pájaroazul

DAVID SAINZ

ESP13830+

PÁJARO AZUL

David Sainz

A Julia.
Mi niña libre y salvaje.

1. Lucas

El insomnio fue el único problema de mi infancia. Pasada la medianoche, protegido solo con un edredón, escuchaba cómo mi madre se acostaba dejando la habitación en un agobiante silencio oscuro que terminaba de robarme el sueño. Recuerdo que lo único que me tranquilizaba era saber que alguien más estaba despierto también. Escuchar de fondo un coche pasar conseguía que por unos minutos no me sintiese tan solo. Hacía bastante tiempo que no me pasaba, pero aquella primera noche en la casa de los Cortés no podía dejar de mirar una pequeña mancha de humedad en el techo de mi nueva celda. Me preocupaba no poder dormir lo suficiente para rendir al día siguiente, pero no podía evitar pensar en aquellas interminables madrugadas que me acompañaron hasta que, a mis catorce años, entré al mercado.

Con los ojos cerrados, repasé mi llegada a la casa de mi nueva familia esa misma tarde. La primera impresión fue bastante buena. No era tan adinerada como la de mis anteriores propietarios, mi celda era bastante más pequeña que la que tenía con los Navarro. No tenía microondas ni nevera, pero tenía una ventana y por primera vez no la compartía. Odiaba el sistema de literas de antes, el crujir de los muelles, los ronquidos de Mario o el pestazo de las botas de Nacho. Sin embargo, en mi recién estrenada celda individual me volvía a sentir solo y desde la primera noche eché de menos lo que hacía solo unos días detestaba.

El señor Roberto Cortés había sido bastante amable cuando Flores me entregó. Me enseñó las cinco habitaciones, los tres baños y el salón de la casa. Desde el primer momento me preguntó mi nombre de pila y me llamó Lucas. Resultaba extraño al principio, pero era muy agradable. Había escuchado que algunos dueños jóvenes de la capital lo hacían, pero no esperaba que me fuera a pasar a mí.

El señor Cortés tenía unos cincuenta años. Era un tipo bastante corpulento, con gafas y una sonrisa que parecía sincera. Vestía unos

vaqueros, una colorida camisa estampada e iba descalzo, todo lo contrario al estilo rancio y formal de los trajes en casa de los Navarro. No vi al resto de la familia, por lo visto habían salido a un centro comercial, pero me comentó que tenía una esposa y tres hijos. No entró mucho en detalles e insistió en que me fuera a descansar.

Habían dejado pan y fruta sobre un pequeño escritorio junto a mi nueva mesita de noche. En el aseo tenía una toalla e incluso champú. Estaba contento con el cambio, casi me alegré de que el imbécil de Navarro me vendiera. Descubrí durante mi reflexión que los nervios por hacer un buen trabajo al día siguiente, por conocer a la familia y empezar a descubrir cómo serían mis dueños en esta prometedora nueva etapa eran los culpables de mi insomnio reincidente. Necesitaba descansar.

Me contuve para no volver a abrir los ojos, intenté dejar la mente en blanco, contar ovejas y hacer ejercicios de respiración, pero seguía despierto. Acordándome de mi infancia solitaria y de mis padres. Cada vez pensaba menos en ellos. Se me fueron olvidando desde que el hijo más pequeño de mi antiguo dueño encontrase y rompiese la única foto que tenía de mi familia. Lo último que hice antes de quedarme por fin dormido fue esforzarme por recordar sus caras que empezaban a difuminarse en mi mente. Conseguí conciliar el sueño cuando el despertador digital estaba a solo tres horas de anunciarme el principio de mi nuevo primer día.

1. Nuevo primer día

Los nervios hicieron que me despertase a treinta segundos de que sonase el despertador. Me pegué una ducha rápida, la primera de mi vida con champú. Tampoco me pareció muy diferente al gel de siempre. Luego me afeité la barba y la cabeza. Solía hacerlo cada viernes, pero aquel lunes era el primer lunes y debía ir impecable. Era obligatorio para nosotros llevar el cráneo rasurado y dejar ver nuestro código de identificación al que llamaban coloquialmente «matrícula». Se nos tatuaba antes de los tres años justo sobre la nuca. Marcaba nacionalidad, fecha de nacimiento y grupo sanguíneo. El mío era: ESP1383O+.

Cuando salí del lavabo pude ver con luz mi celda. Recién pintada de blanco, con una cama, un escritorio, un armario y una silla. Sobre esta se me había dejado bien doblado el uniforme clásico: pantalón negro y camisa gris. Me llamó la atención la suavidad y el agradable perfume de aquellas prendas. Mientras me vestía, escuché cómo alguien de la casa ponía música. No era como los discos de Strauss que yo mismo me encargaba de poner en la residencia de los Navarro. Era algo más moderno. Una chica cantaba en otro idioma, parecía distorsionado, con mucha percusión. Aquello era una mala señal. Aún no controlaba los horarios de mi nueva familia y sin embargo me había confiado lo suficiente como para empezar tarde el primer día. Salí al pasillo y casi corrí en dirección al sonido de aquella canción. A mitad de camino noté el aroma del café haciéndose, una de mis primeras funciones. Aceleré aún más el paso buscando la cocina tras cada puerta abierta.

Justo al entrar, vi a la señora de la casa echándose azúcar en una taza de espaldas a la puerta. Se giró para mirarme y, como costumbre reglamentaria, fijé la vista en el suelo. Antes de que pudiera decirme algo, me adelanté con una disculpa, asumiendo que recibiría mi castigo.

—Discúlpeme, señora. No pensé que despertaría antes de las siete. No volverá a ocurrir.

—Lucas, ¿verdad? —Su tono de voz me hizo sentirme cómodo, sin entender por qué—. No te preocupes, me gusta despertarme temprano para escribir. ¿Quieres un café?

Me quedé en blanco. Nunca un dueño me había ofrecido café. Tuve que pensar rápido si abusar de su confianza diciéndole que sí o despreciar su generoso ofrecimiento. No estaba preparado para aquello, balbuceé para llenar un poco el silencio incómodo que había creado aquella pregunta. Desconfiaba por si me estaba poniendo a prueba. Entonces vi cómo colocaba dos tazas sobre una pequeña mesa alta donde parecían desayunar a diario.

—Siéntate —me dijo señalando uno de los taburetes. Lo hice sin dejar de desconfiar—. ¿Cuántos años tienes, Lucas?

—Tengo veintitrés, señora.

—Por favor, llámame Luisa.

Asentí intentando disimular mi desconcierto, a sabiendas de que no podría evitar decirle «señora». Le dio un sorbo a su café mientras miraba su teléfono móvil. Era mucho más atractiva que su marido. Tenía un corte de pelo moderno de color castaño y gafas de pasta. Intenté calcular su edad y hubiera apostado que no andaba lejos de los cuarenta.

—Según mi marido, tienes buenas referencias. ¿Qué funciones has desempeñado?

—Soy chófer, escolta, camarero y tengo nociones de jardinería y mecánica. También… solía encargarme del café.

—Bueno, no hace falta que madrugues más de la cuenta por mi culpa. —La miré. Me volvió a tranquilizar ver que hablaba sonriendo —. Me despierto temprano para poder trabajar tranquila antes de que se despierte el resto y me sea imposible.

—Igualmente intentaré levantarme antes, señora.

—Luisa.

—Sí, Luisa, perdón.

—Se te enfría, Lucas. —No entendí a qué se refería, no pude evitar parecer tonto.

—¿Qué?

—El café.

La señora Luisa sintió mi respingo, la delató su risa. Le di mi primer sorbo a un café. En casa de los Navarro, el servicio no comía hasta pasado el mediodía; y siempre era pasta y agua. Me ponía nervioso estar sentado en la misma mesa que mi dueña, también era mi primera vez. Terminé aquel café fingiendo que me gustaba y lo más rápido que pude sin quemarme el esófago, luego recogí deprisa las tazas para fregarlas. No era mi trabajo en la casa de los Navarro, pero en esta estaba solo y tenía que empezar a hacerlo todo.

—¿Te habló Roberto sobre nosotros?

—No mucho, señora… Luisa —volví a tardar demasiado en contestar.

—Roberto es abogado. Muy bueno. Yo soy periodista y…, está mal que lo diga, pero bastante buena también. —Volvió a reír y transmitirme esa sensación de estar en casa, aunque en aquel momento no sabía lo que significaba—. Tenemos tres hijos: Gema, Simón y Blanca. Te caerán bien.

—Seguro, señ… guro.

Terminé de fregar y volví a girarme hacia ella. Adopté la postura firme de esperar órdenes a dos metros del taburete donde seguía sentada mirando su teléfono. Tras unos segundos de silencio me miró. Tenía una mueca entre extrañada y divertida.

—¿Qué haces? —volví a tardar demasiado en contestar… porque no sabía qué contestar. Tras un silencio largo vino una respuesta poco elocuente.

—¿Qué?

—¿Que… qué haces ahí tan tieso?

—Pues… espero órdenes.

—Ah, vale. —Sonriente, cambió el tono de su voz a uno más grave y burlón—. Te ordeno que te sientes.

No entendí la broma y seguía pensando que era una falta de respeto reírme ante un dueño. Aun así, obedecí y volví a sentarme en silencio en el taburete frente a la señora Luisa, que no dejaba de mirarme con esa pose interesada y risueña. Se quitó las gafas antes de

volver a hablar.

—Nunca habíamos tenido uno… No sé muy bien cómo funcionan estas cosas.

—¿Perdone?

—Ascendieron a Roberto hace unos meses con un buen aumento y… nunca hemos estado muy de acuerdo con esto. De hecho, hemos ido a manifestaciones en nuestra juventud. Pero… los chicos querían uno y…

No entendía muy bien lo que quería decirme, pero parecía incómoda, como si no quisiera continuar. No me gustaba que la señora Luisa se sintiese incómoda, pero tampoco sabía qué hacer, así que mantuve la mueca en silencio, metiéndole más presión sin pretenderlo.

—Bueno, no sé… Cuéntame tú algo.

—¿Yo?

—Sí, claro. No sé, algo de cuando trabajabas en la otra casa.

—Pues… bueno, empecé con catorce años encargándome de hacer recados y lustrar los zapatos. Luego me fueron ascendiendo y terminé como chófer y tercer escolta del señor Navarro.

—¿Tenían hijos los Navarro?

—Sí, cinco. —Por fin preguntas que podía contestar.

—¿Pequeños?

—Mayores que yo.

—Entonces…, ¿nunca has trabajado con niños o adolescentes?

—Con ellos sí. Para ellos…, no. Pero no habrá ningún problema, señora.

—Luisa.

—Sí, Luisa. Perdón.

—No me preocupan ellos, me preocupas tú. Están en edades complicadas.

Aunque volví a relajarme con su sonrisa, me preocupó aquella frase. El pequeño de los Navarro era un psicópata y tuve duros encontronazos con él. Su padre se dio cuenta de que solo servía para eso y era el encargado de controlarnos, organizarnos y castigarnos. Deseé su muerte cada día.

—Luisa, ¿quiere que limpie algo? ¿Hay ropa que lavar o…?

—No. Quiero seguir sabiendo cosas sobre ti. Si vas a vivir en mi casa, con mis hijos, tengo que conocerte.

—Ah, vale… ¿Qué quiere saber?

—¿Quién eras antes de cumplir los catorce años e ir a casa de los Navarro?

—Era… un niño.

—Eso me lo imaginaba. Me refiero a… ¿Cómo era tu vida?

—Bueno, vivía con mis padres en casa de una familia muy rica, los Vallejo. Y… tenía una vida muy normal. Hasta fui al colegio.

—Se luchó muy duro para conseguirle ese derecho a los hijos de los no libres.

Noté que se ponía firme con esta frase, como si ella hubiera sido responsable directa del cambio de ley que hacía obligatoria la enseñanza general básica para hijos de esclavos. Me hizo gracia que nos llamase «no libres». Es como cuando alguien dice «persona de color» para referirse a un negro y consigue que el eufemismo sea precisamente lo ofensivo. Pero nosotros no teníamos derecho a ofendernos.

—Venga, ayúdame a preparar el desayuno para los demás, Lucas.

—Sí, señora.

—Luisa.

—Luisa.

Preparamos juntos un desayuno enorme para el resto de la familia. Tostadas con mermelada, huevos revueltos, tazones de cereales con pasas, café y chocolate. Media hora más tarde apareció el señor Cortés sonriente y le dio un beso a su mujer.

—Buenos días, Lucas, veo que ya has conocido a Luisa.

—Sí, señor.

—¿Señor?

—Sí…, se lo estoy curando —contestó Luisa divertida, provocando la risa de Roberto.

Ocupé mi lugar de pie y firme junto a la mesa. El señor se sentó y miró su teléfono móvil mientras tomaba café. A lo lejos, en el pasillo, una discusión aguda e intensa se escuchaba cada vez más

cerca de la puerta. Entraron los tres hijos y noté que mi presencia les cortó la conversación. Se quedaron mirándome un poco impactados, como si les impusiera. Creo que sigue siendo la vez que me sentí menos invisible.

—Buenos días. —Rompió el silencio el tono agradable y melódico de Luisa—. Os presento a Lucas. Lucas, te presento a Gema, a Simón y a esta pequeñaja que es Blanca.

—Encantado, a su servicio.

—¿Lo habéis escuchado? —Simón se reía—. «A su servicio»… Es como un puto cíborg.

—Simón. —lo reprendió su madre.

Me miraban como a un animal exótico. Simón era el mayor, de veintiún años. Un chico atractivo y seguro de sí mismo. Tenía el perfil del chulo que pone los apodos a los pringados de clase. Se parecía mucho a Luisa. Por desgracia para las chicas, ellas se parecían bastante más a su padre. Gema tenía dieciocho años, era bastante corpulenta, de pelo castaño y sonrisa permanente. La pequeña Blanca tenía unos enormes ojos azules y brillantes, enterrados en mofletes, tras unas gafas idénticas a las de su madre. Parecían buenos chicos, nada que ver con la crudeza oscura e inquietante que emanaban los Navarro.

—Encantada de conocerte, Lucas —me dijo la pequeña sacándome la primera sonrisa.

Casi dos horas, dos desayunos y cinco presentaciones relativamente traumáticas después de empezar mi jornada, recibí la primera orden del señor. Me alivió tener por fin algo que hacer.

—Lucas, por favor, lleva los chicos a clase. El campus universitario está frente al instituto, de camino al colegio de Blanca. Te he apuntado las direcciones en el GPS. Toma —me entregó las llaves del coche—, es el Ford azul que está en el 21 del parking.

—Sí, señor.

—A la orden, señor —contestó burlón Simón.

Todos se rieron con el comentario del chico. Estaba bastante acostumbrado a que se rieran de mí los dueños, pero aquella vez fue menos dolorosa.

—Les espero en el coche.

1. Niñero

Simón ocupó el asiento del copiloto y las chicas se sentaron en el trasero. Salí del parking siguiendo atentamente la ruta que marcaba el GPS integrado en el salpicadero. La primera de las paradas no estaba demasiado lejos. Me pareció agradable conducir aquel coche moderno. Iba suave, tanto que a veces temía pasarme a la hora de pisar los pedales o girar el volante. Estaba demasiado acostumbrado al lujoso y aparatoso Mercedes clásico del señor Navarro. Simón iba manipulando la radio del vehículo hasta que encontró lo que buscaba y se recostó de nuevo en el sillón con postura de rebelde de telefilme. La música que puso me pareció infernal en aquel momento, intenté buscarle el lado bueno, pero ni siquiera encontré el sentido de la melodía. Aun así, no cambié el gesto sin emoción que había estado practicando durante diez años de servicio.

—E, ese, pe, uno, tres, ocho, tres, cero, más. —La pequeña Blanca leía mi matrícula.

—Deja en paz a Lucas. —Escuché la voz de Gema por primera vez. Desde el retrovisor pude observar que seguía sonriéndome.

—Déjala tú, está en su derecho —interrumpió Simón sin dejar de mirar por la ventana—. Es su propiedad. Puede hacer lo que quiera con él.

—Perdona a mi hermano, es gilipollas.

—Cállate, foca.

Confirmaba en aquel momento que el chico era el chulo que me había parecido en mi primera impresión. Era curioso su cambio de actitud cuando estaba ante sus padres. Seguía siendo idiota, pero de otra manera. Gema, sin embargo, me trasmitía la paz de la sonrisa de su madre. Había salido en mi defensa y era otra de las cosas a las que no estaba acostumbrado. Aun así, el chaval tenía razón. Yo era propiedad de la familia y no solo estaba obligado a aguantar cualquier comentario o vejación por parte de mis dueños, también a cumplir las

órdenes que me dieran, tuviesen la edad que tuviesen. Por ley, a lo único que podría negarme era a suicidarme, robar o asesinar. Los diez minutos que nos separaban de la facultad de Simón y el instituto de su hermana se hicieron eternos por culpa de la desagradable mezcla entre la discusión de adolescentes y el ruido al que él llamaba «música». Fue un alivio verlo bajar del coche, aunque tuviese guardado un dardo final antes de cerrar la puerta.

—Adiós, esclavo.

Gema se sonrojaba por los modales de su hermano y volvía a disculparse por él con un gesto desde fuera del vehículo. No me había ofendido. Me habían llamado de muchas formas a lo largo de todos estos años, y esclavo, era para mí justo la correcta. Los Navarro me llamaban «trece, ochenta y tres». En el fondo era exactamente lo mismo. Antes de volver a arrancar para llevar a la niña a su colegio de primaria, pasó del sillón trasero al del copiloto y apagó la radio. Me miró sonriente con aquellos ojos azules e inocentes que parecían haber visto aún menos que los míos. Le devolví la sonrisa en silencio y arranqué para seguir la ruta. Sentí la atención de la niña como un calor inexplicable en mi yugular. De reojo, pude comprobar que seguía observándome curiosa. Aquel silencio prolongado por parte de Blanca era algo muy excepcional, aunque en aquel momento no lo supiera.

—Lucas, ¿eres feliz?

No esperaba aquella pregunta de la niña. Era tan inocente como trascendental. Complicada como para necesitar argumentarla durante un buen rato. Pensé que aquella criatura pequeña y rechoncha intentaba sacarme información, quizá por orden de sus padres.

—Sí, señorita —contesté con seguridad.

—No te creo.

—¿Qué…?

—A ver, ¿por qué?

—Bueno…, tu familia parece muy agradable. —Demasiado—. Mucho más que la familia a la que pertenecía anteriormente. Así que… estoy contento.

—Eso no es ser feliz.

No supe responder a aquella enorme y sencilla verdad, así que sonreí a la cría y miré a la carretera. Me dio unos diez segundos de tregua antes de volver al ataque.

—Mamá dice que el secreto para ser feliz es hacer siempre lo que quiera, ¿sabes?

—Sí…, supongo.

La pequeña fue consciente del dardo que había lanzado; yo, de que lo había hecho sin querer. Me puso la mano sobre el hombro haciendo un esfuerzo por la distancia.

—Lucas, yo te cuidaré bien.

—Gracias, señorita.

—Blanca.

—Eso.

Detuve el coche justo delante de la puerta de su colegio. La niña bajó sin dejar de sonreírme. Esperé sin dejar de mirarla hasta que atravesó la puerta de cristal del edificio donde la recibió una profesora que hizo el amago de saludarme, pero se arrepintió cuando no encontró al padre de Blanca al volante. Me di cuenta de que seguía sonriendo y corregí el gesto rápido, mirando alrededor por si alguien se había dado cuenta de mi descarada mueca. Estaba rodeado de gente, padres, niños y esclavos, pero nadie me miraba. Era invisible. Un instrumento más aparcado en medio de una multitud para la que no existía, ni siquiera para los que eran igual que yo, que se limitaban a cumplir su misión dejando ver claramente sus matrículas. Acompañar al niño que les tocaba con eficacia y celeridad. Sin más motivación que cumplir con sus dueños. Sin intereses. Sin motivos para mirar el mundo colorido que les rodeaba, pero que no les pertenecía. Que no nos pertenecía.

Miré hacia delante antes de quitar el freno de mano y volver a casa de los Cortés. A la carretera recta que se perdía a lo lejos entre árboles cada vez más espesos. Un punto de fuga que en aquel momento no veía. No podía. No me había enseñado nadie a mirar más allá del GPS. No era una persona.

1. L

Aparqué el coche del señor en su plaza y casi corrí de vuelta al domicilio. Por un lado, era mi responsabilidad profesional, pero no podía negar que me quemaba una extraña emoción por seguir conociendo a los Cortés y comprobar si de verdad me sonreía por fin la suerte. Recordaba a muchos compañeros en casa de los Navarro asegurándome que aquel infierno era un lujo comparado con sus casas anteriores. Esas palabras me mantenían alerta y me preparé para una posible trampa. No podía ser tan bueno.

Mientras giraba por primera vez la llave que abría la puerta principal, me fijé en el colorido llavero. Era una L mayúscula de color amarillo. Supuse que serían de la señora Luisa y que las podría necesitar.

Entré.

Todo estaba en silencio. Para mí era como llegar a otro planeta que debía aprenderme de memoria. En poco tiempo controlaría cada rincón, pero en aquel momento todo era nuevo. Supuse que la familia estaba fuera y me puse nervioso por no haber recibido órdenes, así que decidí barrer la casa y de paso conocerla. Tenía dos pisos. Era mucho más pequeña que la de los Navarro, pero también más moderna y acogedora. En el piso de arriba estaban las habitaciones. Me pareció curioso lo diferentes que eran todas. La del matrimonio era sobria pero elegante, con uno de esos sillones absurdos de dormitorio en los que nunca se sienta nadie. Adiviné el lado de la cama de cada uno de ellos por los detalles en las mesitas de noche: en la de ella, dos libros y un bloc pequeño; en la de él, una foto de los niños y el mando del aire acondicionado. El cuarto de la pequeña estaba lleno de peluches y cuentos; el de la mayor, de fotos en las que sonreía rodeada de unas cuantas chicas más. El del chaval estaba desordenado, lleno de posters en los que jugadores de fútbol gritaban y un gran ordenador.

En el piso de abajo, un salón colorido y luminoso, la cocina

plateada, un baño pequeño y mi habitación. Dejé el cepillo en su sitio, satisfecho por no haber desperdiciado la expedición de reconocimiento. Solo me quedó una puerta por abrir junto al aseo de la planta baja. Era azul y estaba cerrada con llave, así que asimilé que no sería asunto mío. En mi antigua casa ignoré muchas de esas zonas prohibidas de las que nunca supimos nada, así que ni me extrañó ni me intrigó.

Quedaban muchas horas aún hasta el almuerzo, así que pensé en aprovechar la mañana con tareas del hogar para sorprender gratamente a los Cortés. Puse lavadoras, tendí la ropa y la planché. Limpié el polvo, regué las plantas y arreglé un enchufe roto. Cuando comprobé mi reloj, aún me sobraban veinte minutos. Pensé en esperar usando el viejo truco de Juanan, un antiguo compañero de cuando trabajaba en la cocina: empezar una tarea y dejarla segundos antes de terminarla para que los dueños me encontrasen con las manos en la masa y así demostrar que estaba aprovechando la jornada. Sin embargo, sonó el teléfono.

Me quedé paralizado durante los primeros timbres de la llamada. No por no saber dónde se encontraba el aparato, lo había visto en la barrida anterior. Me preocupó no tener orden de contestar y no saber qué decir en caso de que fuera una de mis funciones. Mi indecisión hizo que descolgase demasiado tarde. Me preocupé unos segundos. Mi condición de novato y la falta de instrucciones me ponían nervioso, porque no son excusas para fallar. Podía recibir un castigo. Lo pensaba mirando las fotos familiares de los Cortés, que rodeaban el teléfono colocadas en modernos portarretratos. Momentos felices donde se abrazaban y sonreían todos juntos. Había fotos de viajes, de eventos en los que todos vestían de gala y de la playa con el océano de fondo. En aquel momento ni siquiera sabía que aquella presión en mi estómago era la envidia. No entendía lo triste que era mi resignación, la aceptación de mi condición y de lo improbable que sería cumplir mi deseo por ver y tocar el mar. Vivía demasiado lejos de la costa y, seamos sinceros, los sueños de un esclavo solo son una tontería apretando innecesariamente nuestras tripas. Hoy en día no sé si aquella envidia que confundí con los nervios del primer día era por los

viajes, por el mar o simplemente por la familia. Por poder sonreír de una manera tan pública que pudiera ser incluso retratada y expuesta.

Oí un manojo de llaves al otro lado de la puerta, así que me apresuré silencioso a terminar la tarea que había dejado a medias, que, en aquella ocasión, era sacar brillo a las figuritas abstractas que tenían sobre la chimenea del salón. Escuché cómo abrían y entraban. Después, la voz dulce de la señora Luisa.

—¿Lucas?

—Sí, señora… Estoy en el salón.

Terminé mi tarea en unos segundos y me giré para ir hasta ella, pero me la encontré a medio metro de mi cara, lo suficientemente cerca para notar el susto que intenté disimular. Tiró su bolso junto al sofá y se dejó caer resoplando.

—Te llamé hace cinco minutos… o diez.

—Ah… No sabía si debía cogerlo.

—¿Qué? —Sonrió divertida—. ¿Por qué?

—No sabía si era una de mis funciones o no… Lo siento.

—Bueno, pues será una de tus funciones.

—Muy bien, Luisa. —Ese *Luisa* estaba muy pensado y calculado, intenté que sonase espontáneo, como si ya hubiese asimilado lo del nombre.

La señora se recostó en el sillón, se quitó los zapatos y puso los pies sobre la mesa. Me agaché y los cogí para traerle las babuchas. Sin embargo, ella agarró sus mocasines y me impidió andar. Desconcertado, los solté deprisa mientras veía la sonrisa que se le dibujaba.

—Pero ¿qué haces?

—Recoger su calzado, señora… Luisa. Recogerlo y traerle algo cómodo.

—Pero si me los tendría que volver a poner en un rato…

—Pues… se los vuelvo a traer.

Tras pensar unos segundos, Luisa se volvió a enderezar y me miró fijamente.

—Está bien, hablemos de tus funciones.

—Perfecto.

—Siéntate.

—¿Qué?

Fue la primera vez en mi vida que un dueño me dijo eso refiriéndose a un sofá. No supe cómo reaccionar, pero tenía que pensar y actuar rápido. Debía tomar una decisión antes de que fuese demasiado evidente mi duda. Supuse que sería imposible que se refiriese al sofá. Era el sofá de mis dueños… Lo había hecho en casa de los Navarro cuando nadie miraba, pero, si me hubiesen pillado, me habría llevado una buena bronca. Igualmente era de muy mala educación que a un esclavo se le viese sentado, pero era una orden directa de la persona que debería verme siempre de pie, así que nada tenía sentido. La señora me miraba, eso me hizo darme cuenta de que ya había pasado el tiempo necesario como para haber descubierto mis nervios y mi indecisión. Haciendo un repaso a todas las opciones y con la presión de la mirada de Luisa, concluí que lo mejor sería sentarme en el suelo frente a ella, pero no me dio tiempo ni a flexionar las rodillas.

—Lucas, ¿te puedes sentar, por favor?

Lo dijo señalando el sofá que tenía más cerca, con esa media sonrisa del que mira a un cachorro caminar torpe y gracioso. Asentí con la cabeza y me senté en el lugar que indicó, muy cerca del borde para tocarlo lo menos posible y sin recostarme. Ella sí lo hizo y empezó a hablar.

—A ver, tus funciones son todo lo que haga falta y nada que no lo haga.

—¿Perdón?

—Lo que haga falta en casa. Si hay que llevar a los niños a clase, los llevas. Si hay que limpiar algo, lo limpias. Si llaman al teléfono y estás solo en la casa, cógelo. En definitiva, si hay algún desorden…, lo ordenas. Pero, si no hace falta que hagas nada, descansa. Siéntate, ponte a ver la televisión o lo que sea.

Me quedé en silencio, asimilando todo lo que había dicho y sin haber entendido nada realmente. Aun así, me daba vergüenza preguntar. Supongo que fue un silencio largo.

—Lucas, ¿me has entendido? Lo que quiero decir es que…

pretendo que seas uno más de la familia. Quiero que realices tus funciones, pero no quiero que seas un electrodoméstico. Por cómo te comportas, me puedo imaginar cómo te trataban en tu casa anterior y eso es… No puedo imaginarlo. Sois seres humanos también. Somos iguales genéticamente.

Fue la primera vez que la señora Luisa se quedaba sin palabras. Mejor dicho, se quedó sin la capacidad de ordenar el huracán de palabras que tenía en la cabeza.

—A ver, Lucas, ¿a ti qué te gusta hacer?

—Lo que más me gusta es conducir y ordenar librerías.

—No… En tu tiempo libre.

—No lo sé. —Nunca me lo había planteado.

—¿Qué hacías en tu día libre?

—No tenía día libre. Tenía una mañana a la semana en la que dormía todo lo que podía o paseaba por los jardines de la casa. Tampoco daba tiempo a mucho más.

—Vaya…

Se quedó mirándome con cara de pena, pensando y entornando los ojos.

—Qué hijos de puta… —Resopló y se puso en pie.

—¿Qué?

—Mira, Lucas, ahora todo va a ser diferente. Muy diferente. Me voy a encargar de que seas tratado con la dignidad que se te ha negado hasta hoy.

Luisa se puso frente a mí y extendió los brazos con postura de cruz, con una sonrisa orgullosa y un brillo de emoción en su mirada. Sabía reconocer el ojo que había tenido que aguantar dentro una lágrima, pero no entendí lo que pretendía. Me levanté.

—Venga. Dame un abrazo.

Me estaba acostumbrando a que Luisa me desubicase con sus arrebatos, pero eso fue demasiado. Supongo que en aquel momento no entendía la poca gente que había tocado yo hasta entonces. Como no reaccioné, lo hizo ella. Dio un paso adelante y me abrazó. Fue la primera vez desde que me había separado de mis padres. Dejé las manos abajo, aún no me atrevía a tocar a una persona libre. Fue raro,

tan incómodo como satisfactorio. Cuando se separó, noté cómo se secaba los ojos intentando disimular.

—Hay que averiguar qué te gusta hacer de verdad. Escucha, en esta casa tendrás tiempo libre. Tendrás hobbies, tendrás caprichos, tendrás vida. Te lo prometo, Lucas, ¿vale?

—Vale.

—¿Cuál es tu comida favorita?

—Bueno…, no he comido muchas cosas diferentes. Por como huele…, creo que el pollo.

—Se me parte el alma contigo.

—Gracias. —Pensé que era lo que pegaba en ese momento. En el fondo no había terminado de entender qué había sido todo eso. La poca experiencia, supongo.

—Ve poniendo la mesa, voy a prepararte mi famoso pollo a la mostaza.

Antes de poderle contestar se marchó a la cocina aún emocionada. Me dejó perdido en medio del salón, sin saber muy bien por qué se había emocionado tanto o por qué había dicho que iba a prepararme un pollo con mostaza, así que me limité a cumplir sus órdenes.

En el mismo salón había una mesa grande con seis sillas. Rebusqué en los cajones hasta encontrar manteles individuales. Saqué cinco a juego con cinco servilletas. Empecé a colocarlas, pero un jarrón con flores de plástico y el bolso de la señora me impedían completar la tarea. Aparté el jarrón hacia el lado de la mesa donde no se sentaba nadie. Luego agarré el bolso para colgarlo en el perchero de la entrada. No me di cuenta de que estaban también sus llaves y al moverlo cayeron al suelo. Las cogí deprisa, temiendo que Luisa hubiera escuchado el golpe. Entonces lo vi y empecé a entenderlo todo. Su llavero también era una L, pero de color blanco, bastante desgastado. Por eso supe que el que me dieron era nuevo. Aún encajando lo de tener un llavero propio y personalizado, su voz me hizo girarme asustado.

—Lucas, somos seis.

—¿Qué?

Luisa señaló la mesa donde yo había colocado los cinco manteles individuales. Sé que voy a parecer idiota, pero juro que ni siquiera entonces pensé que sería yo el invitado.

1. Pollo

—Lucas, a comer.

La voz de Luisa sonó desde el salón y viajó hasta mi cuarto de baño, donde estaba acicalándome antes de compartir almuerzo con la familia. No estaba seguro de sentirme preparado, era una prueba de fuego en mi primer día. Una amabilidad de la que no me fiaba porque no estaba acostumbrado. Pensaba que tenía que ser una trampa.

Me miré al espejo y comprobé que estaba limpio y afeitado. Me coloqué la camisa y recorrí el pasillo escuchándolos a todos hablar sentados a la mesa. Me esforcé por hacer mis pasos sigilosos y afinar el oído, seguro de que estarían bromeando sobre el experimento o la broma que estaban a punto de hacerme. Pero no, no hablaban de mí. Cuando llegué a la esquina, las cinco cabezas se giraron para clavarme sus miradas. Mi plato y mis cubiertos estaban también allí. Ya no había vuelta atrás.

—Siéntate, Lucas —me dijo Luisa con su sedante sonrisa.

Le hice caso. En la mesa rectangular, los lados más grandes estaban ocupados por los padres y los hijos mayores. En ambos extremos, enfrentados, estábamos la pequeña Blanca y yo; los últimos en llegar a la familia. Todos me miraban en silencio, con un interés extraño que hacía que me pusiera aún más nervioso. Como siempre, mi dueña se percató y disimuló.

—He preparado mi pollo a la mostaza. Lleva almendras y pasas…

—Es mi plato favorito. —Me sonrió el señor Roberto—. ¡A comer!

Volví a levantarme y agarré con habilidad el cucharón. Estaba acostumbrado a servir el almuerzo en casa de los Navarro. A veces, a más de veinte comensales. Sin querer parecer un fanfarrón, aquello para mí era pan comido. Noté que Luisa hizo el amago de impedirme el trabajo, pero, tal vez impresionada por mi rapidez y precisión, se

quedó quieta y en silencio. De reojo pude comprobar que la mayoría de la familia se miraba sonriendo. La mayoría; Simón estaba serio. Terminé sirviendo el plato que era para mí. Conscientemente me eché menos cantidad y me senté en mi silla. Esperé a que bendijeran los alimentos, pero no lo hicieron, solo empezaron a comer. Cogí mi tenedor y los imité. El primer bocado fue el mejor momento de mi vida hasta aquel momento. En serio, tuve que esforzarme para no llorar extasiado por aquel sabor. El sabor. El que me hizo darme cuenta de lo lejos que estaba un esclavo de su dueño. Tardé un poco en ser consciente de que todos me miraban.

—¿Y? ¿Te gusta? —me preguntó Luisa con expectación.

—Es lo mejor que he comido en mi vida.

Luisa rompió a reír. Todos rieron. Hasta Simón esbozó una sonrisa. Contesté sin pensarlo, sin calcular mis palabras como estaba obligado a hacer, pero me sentó bien. Fue muy satisfactorio y sano, como respirar hondo en el bosque. Sin embargo, no tardé en volver a mi pose firme.

—Te lo dije, es mi plato favorito —dijo Roberto.

Continuamos comiendo en silencio unos largos segundos en los que seguí descubriendo esa explosión de sabores desconocidos y deliciosos. Mastiqué aquella maravilla despacio, aprovechando cada segundo que podía disfrutarlo. De repente, Blanca, con su dulce voz aguda, rompió el silencio y volvió a centrar la atención en mí.

—¿Qué tal tu primer día, Lucas?

—Muy bien. Muy muy bien. —Pensé si era correcto decir lo siguiente—. De verdad… Quiero decir… Ojalá todos los días hubieran sido así.

—Entonces, estás contento.

—Mucho, señorita.

—A partir de hoy, cenarás cada noche con nosotros —dijo Roberto como dictando una ley. Luisa le sonrió y le agarró la mano. Yo seguía sin creérmelo.

—¿En serio? —Simón reventó la magia resoplando.

—Simón. —La voz de su madre sonó como un reproche.

—Cállate, imbécil. —Gema casi ladró en mi defensa. Empezó una

discusión entre los dos hermanos que el padre cortó rápido.

—Niños, por favor. —Roberto consiguió el silencio y la atención de sus hijos. Hizo una pausa y cambió a un tono más conciliador—: A ver, Simón, ¿por qué dices eso?

—El padre de Alejandra dice que los esclavos no son mascotas, que nadie debería encariñarse con ellos. Es como encariñarte de un lavavajillas.

—El padre de tu novia es un facha.

Simón se sonrojó con las palabras de su madre. Noté en su cara que estaba a punto de explotar. Miró a sus padres, luego a mí y terminó levantándose con la mandíbula apretada y marchándose escaleras arriba. Dejó un silencio incómodo. Yo supuse que todo esto terminaría pronto, así que me apresuré a terminar mi plato, disimulando en la medida de lo posible.

—Perdona a Simón… —Levanté la vista y comprobé que efectivamente Luisa me estaba hablando a mí—. Está en una edad complicada y se junta con gente…

—Gilipollas.

—Gema, por favor. —Luisa suspiró y se repuso—. ¿Quieres repetir, Lucas?

Claro que quería. Quería comer eso cada segundo de lo que me quedara de vida. Pero sería abusar de la confianza de mis dueños, y ya con lo que me habían dado me sentía afortunado.

—Claro que quiere repetir. Mira ese plato, ni siquiera hay que fregarlo. —Parecía que Roberto podía leerme la mente.

El resto de la familia volvió a reírse. Mientras Luisa me servía otra ración, me descubrí sonriendo de nuevo. Disimulé el gesto como pude, mirando fijamente al plato. Entonces la voz dulce de la pequeña Blanca me hizo volver a mirar hacia delante.

—Lucas, yo estoy muy contenta de que estés aquí.

Tuve que pensar unos segundos para dejarme llevar y contestar lo que sentía de verdad.

—Y yo también, señorita.

1. Azul

Cuando me desperté mi segundo día, lo hice con unas extrañísimas ganas de que empezara. Había dormido bien y me había levantado fresco y activo. Llegué antes que Luisa a la cocina, preparé el desayuno para todos y fregué rápido. El ambiente en la casa continuaba siendo ideal. Seguían llamándome por mi nombre y tratándome casi como a una persona libre. Yo seguía tan desubicado como contento. Aquella mañana, Roberto pudo llevar a los niños a sus escuelas y Luisa tuvo una reunión, así que dos horas después de levantarme me quedé solo en la silenciosa casa sin orden recibida. Me senté en el sillón más cómodo. Bien recostado.

Recordé la conversación con Luisa del día anterior. Mis funciones son solo las que hagan falta. No llegaba a entender la frase. Me costaba aceptar que fuese literal.

Sin darme cuenta, mis ojos estaban fijos en una fuente de bombones sobre la mesa de centro. Me acordé del sabor delicioso del pollo a la mostaza del día anterior, y una deducción involuntaria que posiblemente me provocó la gula me hizo sospechar lo especial que sería el sabor de uno de esos. Por lo que había visto alguna vez, era un producto que acostumbraban a regalar en ocasiones especiales, como un cumpleaños, o para consolar durante una enfermedad. Después de tantos años en los que un error o riesgo se convertía en un doloroso castigo, me costó mucho atreverme a coger uno. Sabía que en casa de los Cortés podía hacerlo y había muchos iguales. Me imaginé a Luisa riéndose de mis dudas. Desenvolví aquel lujo con cuidado, sin destrozar el papel dorado que lo cubría. Cuando me lo metí en la boca y lo mastiqué, se me empañaron los ojos. Experimentar algo tan increíble como probar el chocolate por primera vez con veintitrés años es indescriptible. Me puso la piel de gallina.

Creo que aquella explosión en mi pecho no solo se debió a

probar por primera vez el que aún hoy es mi sabor preferido. También fue la primera vez en la que fui consciente de todo lo que me estaba perdiendo. No quiero decir que no supiera que la vida de las personas libres fuera mejor que la nuestra, pero en nuestra situación envidiamos cosas grandes como la posibilidad de viajar, de tener propiedades o vacaciones. Sin embargo, algo tan pequeño como un bombón me había dado el momento más satisfactorio de mi vida. Un pequeño dulce de menos de cuatro centímetros que estaba tirado junto a otros treinta en una mesa de la que nadie cogía; una mesa que yo debería tener prohibida.

A pesar de aquella experiencia, no podía evitar sentirme algo incómodo sentado sin tener nada que hacer. Miré a mi alrededor en busca de alguna tarea pendiente u olvidada: los cristales, los espejos, los zócalos, las lámparas… Estaba todo en orden. En casa de los Navarro ya me hubiese puesto a barrer el suelo barrido o refregar los baños, pero aquí no tenía esa necesidad que nacía del miedo.

El segundo día en el que me trataban bien ya me sentía un poco libre. Un sentimiento falso y peligroso, pero que me mantenía un cosquilleo en el estómago y una sonrisa idiota cuando nadie me miraba. ¿Cómo de libre era? ¿Hasta dónde podía llegar? La puerta cerrada de la casa me contestó: solo entre estas paredes. Me parecía más que suficiente. Entonces recordé que la casa tenía un buen jardín delantero.

Salí dejando la puerta abierta. Era mucho más pequeño que el de los Navarro, pero bastante grande comparado con el de la casa de los Cortés. Mucho más colorido y desordenado, con una mesa y unas sillas de esparto. Respiré hondo, con la tranquilidad de haber podido salir al exterior sin permiso. Seguía sonriendo cuando llegué a la verja que separaba mi cárcel libre de la calle. Me apoyé para no hacer nada, para ver la gente pasar. Era una avenida transitada. Me encantaba mirar a los libres. Su ropa de colores, su pelo, su manera de moverse sin códigos y, sobre todo, esa cara triste de quien tiene lo que quiere. Los esclavos éramos todos iguales, no podía inventar ninguna historia interesante alrededor de uno de ellos. Ninguno me había llamado la atención hasta aquel día. El día que la vi clavándome sus enormes ojos

verdes desde el otro lado de la calle.

Era una esclava, con su cabeza afeitada y su uniforme negro. Creí reconocerle un gesto de nerviosismo. Me miraba tan fijamente que en un momento dado tuve que apartar la vista. Cuando volví a mirarla, se acercaba deprisa y directa a mí. Iba contra las normas que nos relacionásemos con un esclavo perteneciente a otra familia. Se quedó muy cerca de la valla, tanto que me hizo dar un paso atrás.

—Azul —susurró. Le temblaba la voz. Tardé unos segundos en contestar.

—¿Qué?

—Az… azul. Azul.

—¿Qué es azul?

—Me he equivocado…, perdona.

Se giró deprisa, antes de terminar de hablar, y se alejó tan rápido como se había acercado, mientras negaba con la cabeza. Pude leer su matrícula: «ESP2085A+». Parecía muy importante para ella eso de azul. De alguna forma, aquello me había inquietado más de lo que hubiera considerado normal. No era por su estado, había visto muchas veces el miedo y la ansiedad en mis antiguos compañeros o en el espejo del baño de servicio en casa de los Navarro. Había algo más.

—¡Eh, espera! —Intenté que se detuviera, que volviese a explicarme a qué había venido eso—. ¡Espera un momento!

No se giró.

Fui consciente de estar gritando en plena vía pública. Algunas personas libres se pararon a mirarme con una evidente mueca de desagrado. Solo las mujeres esclavas tenían derecho a gritar, y únicamente durante el parto. Podía sufrir un castigo durísimo por aquella osadía. Aterrorizado, retrocedí a paso ligero de nuevo hasta la casa. Cerré la puerta y el temor a alguna represalia se difuminó dejando aquellas cuatro letras: *azul*.

Esa anécdota no se borró de mi memoria. Lo normal es olvidar algo que no se ha entendido. Pero se me quedó marcada; poco visible, pero grabada como el surco que crea en la segunda página lo que se apuntó en la primera. Y esto lo sé porque no fue la última vez que alguien me soltó aquella misteriosa palabra.

1. Semanas

Las siguientes semanas pasaron deprisa porque estaba experimentando muchísimas cosas nuevas cada día. Teniendo en cuenta que probar el chocolate había sido un fortísimo impacto en mi vida y la inocencia que eso evidencia, todo lo que vino después fue mágico. Cada sabor que descubrió mi desentrenado paladar no solo me enseñó a qué sabían cosas concretas. Poseía un nivel tan básico que empecé a aprender qué significaba dulce, salado, picante, ácido o amargo. Cada noche me sentaba con la familia Cortés a la mesa y cada vez me resultaba menos complicado. Si bien era cierto que mi día a día se seguía basando en limpiar, recoger, cocinar, servir, lavar, planchar y conducir, había pequeñas diferencias, para ellos insignificantes, que a mí me resultaban un mundo. Detalles como que mi vestuario se lavase en la misma lavadora que la suya, que cuando los llevase a algún lugar me dejaran esperarles fuera del coche o que cada mañana me dijeran «buenos días» habían cambiado mi vida tan radicalmente que aún me perdía. Luisa solía decirme que era como un niño muy mayor descubriendo el mundo demasiado tarde. Que le encantaba la expresión de mi cara cuando probaba algo nuevo. Le hacía mucha gracia el torpe intento por disimular que algo me maravillaba.

Roberto me enseñaba la música. Un día que lo llevé a una reunión a las afueras iba trasteando en la radio del coche y me preguntó qué música me gustaba. Le comenté que mi única referencia eran los discos clásicos que ponía en casa de los Navarro. Se lo tomó como algo personal y cada noche me ponía en su tocadiscos algo de su enorme colección de vinilos. Me dijo que no me explicaría nada porque era inexplicable, que uno no puede elegir qué música le gusta, que la música es la que elige a cada uno. En solo un par de semanas me enseñó quiénes eran Elvis, Nina Simone, los Beatles, Bowie, Camarón o Nirvana. Al señor le hacía gracia que me gustara prácticamente todo porque siempre lo comparase con el ruido que su

hijo me puso el primer día.

A veces me sentía un experimento de los Cortés. A veces, un juguete. Pero me sentía afortunado por ello. Viniendo de donde venía, cada minuto allí era un regalo. Y sí, es verdad que uno podría pensar que era triste estar descubriendo todo esto tan tarde, pero la mayoría de los de mi clase morirán sin saber nada más que cómo realizar sus funciones. Creo que el cosquilleo de mi estómago era por sentirme culpable de ser tan feliz.

No hablaba de nada que no me incumbiese como esclavo, solo para responder a las preguntas que la familia me hacía. A veces se me ocurrían comentarios dentro de sus conversaciones, pero me educaron para considerarlo una osadía imperdonable. Aunque los Cortés me animaban a ser uno más y estaba más cerca que nunca de serlo, no dejaba de ser quien soy; de dedicarme a lo que me dedicaba y vestir el uniforme que se me imponía. De dormir en una celda aparte y tener un número de derechos mucho más limitado que cualquier persona libre. Eso no se me olvidaba.

A pesar de no tener ninguna experiencia al respecto, no había que ser muy espabilado para darse cuenta de que la señorita Gema estaba bastante enamorada de mí. Era la única persona de la casa que, en todo el tiempo que llevaba, no me había dado ni una sola orden. A veces iba a preguntarle si deseaba algo y la veía sonrojarse y encogerse hasta esconder su sonrisa detrás del abrigo. El escritorio de mi celda estaba lleno de regalos que la chica me había hecho: un reproductor de música portátil con una lista de canciones que había elegido para mí, varios libros de tapa blanda que me había dedicado, el bloc donde empecé a escribir o una foto en un marco de madera que me hizo sin que me diera cuenta; la primera foto de verdad que tenía de mí mismo. Antes me habían realizado la de la cartilla de identificación y la del permiso de conducir, pero esta era especial, en blanco y negro. Me pilló de perfil, esperando a recoger la mesa y aguantándome con dificultad una sonrisa. Era un gesto divertido que, según ella, me definía perfectamente. Por desgracia, nunca la vi como sé que ella me veía a mí, aun queriendo vivir siempre a su servicio.

Con Blanca siempre era todo más divertido y descarado. A veces

me ordenaba jugar con ella y, cuando Luisa me daba permiso, me ponía grandes pamelas de su madre y me hacía fingir que tomaba té en una de las sillitas de su habitación que hacía que las rodillas me llegaran al pecho cuando me sentaba. Se enfadaba si no le seguía el juego y contestaba a sus triviales conversaciones que descaradamente había escuchado de los adultos que la rodeaban. Así que, fingiendo ser dos señoras adineradas a la hora de la merienda en un gigantesco jardín, charlábamos sobre el tiempo, el barrio o una tal señora Margarita que siempre nombraba. Otras veces la veía sentada en las escaleras del porche peinando una muñeca. Si no tenía una tarea que me lo impidiese, me sentaba a su lado y hablábamos de cosas más serias. En el fondo era con quien más en común tenía, ya que íbamos descubriendo el mundo casi a la vez a pesar de la diferencia de edad. Me resultaba curioso cómo siempre me hacía preguntas sobre lo que podía o no podía hacer y cómo no se conseguía explicar a sí misma la diferencia que existía entre ella y yo. En una cabeza como la suya, era una locura.

Sin embargo, con Simón siempre fue todo más complicado. Seguía siendo el único de la familia que no me llamaba por mi nombre cuando sus padres no estaban presentes. Le gustaba darme órdenes, no solo aquellas funciones para las que estaba allí o que le hicieran realmente falta. Le gustaba mandarme tareas absurdas que marcaran su posición de dueño. No sé si su intención era humillarme, pero, viniendo de donde yo venía y después de haberme enfrentado al hijo pequeño de los Navarro, Simón me parecía un cachorro mordiéndome la suela del zapato con sus dientes de leche. Yo me limitaba a obedecer lo que me ordenaba sin mover el gesto y él mismo se aburría por no conseguir la frustración en mí que imagino que buscaba. Siempre terminaba mandándome a limpiar alguna habitación cualquiera con el mayor desprecio posible.

Tal vez, el episodio más desagradable con el muchacho en las últimas semanas ocurrió la noche que tuve que ir a buscarlo a una fiesta por orden de Roberto. El chico estaba claramente borracho. Sé cuándo alguien lo está porque era el estado en el que siempre estaba Gabriel Navarro, el mediano de la familia, al que recogí cientos de

veces del asfalto, lo dejé inconsciente en su cama o limpié sus vómitos del suelo de madera. Simón no quería marcharse y la pagó conmigo, rodeado de unos cuantos amigos en el mismo estado. Se divirtieron un rato tratándome con desprecio, insultándome e incluso empujándome con desdén. Me consolaba mirar a aquellos cinco muchachos acomplejados y estar seguro de poder tumbarlos a todos en menos de diez segundos si no fuera uno de los delitos más graves que puede cometer un esclavo. Por golpear a un dueño, lo condenaban y destinaban a trabajos duros y peligrosos. Lo peor es que Simón y sus amigos también lo sabían y jugaban con la ventaja de saber que yo nunca devolvería un golpe. No me parecía raro. Para mí, la de Simón era la actitud normal de un chico libre de su edad. Los raros eran el resto de su familia.

Tenía claro que era cuestión de tiempo que el hijo de los Cortés pasara la barrera y empezara con los castigos físicos. Evidentemente no sería delante de ninguno de su familia, pero iba a llegar. Por suerte no era un chico muy atlético y sabía que podría soportarlo. Era solo un garbanzo podrido en un paquete de gominolas…, que por cierto descubrí que me encantaban.

Todo estuvo bastante equilibrado hasta que llegó el invierno y, aunque me emocionaba que fuera mi primera Navidad en casa de los Cortés, también me preocupaba que los chicos dejaran de asistir a clases durante varias semanas. Esto reventaba todos mis esquemas matutinos establecidos. Ya no realizaría a mi ritmo las tareas en la soledad de un día lectivo. No podía permitirme el sofá, aunque tuviera el permiso de Luisa, ni ponerme un disco mientras trabajaba. Me agobiaba el caos que suponía que sus padres no gozaran de esas vacaciones y me quedase como responsable. Recuerdo perfectamente cómo me sentía porque recuerdo la gracia que me hizo este pensamiento por la velocidad a la que me había acostumbrado a la comodidad de mi nueva vida.

Sé que algunos fantasean con ser libres, pero los dos métodos que hay para conseguirlo hacen que un esclavo solo lo crea posible siendo un soñador adolescente.

La primera es casarse con una persona libre. Parece sencillo,

pero no lo es. Supone un farragoso e interminable proceso de papeleo y una suma de dinero considerable que hace que cualquiera termine cambiando de opinión. Se sabe que hay muchos dueños que tienen sexo con sus esclavos, porque, en un mundo donde nuestros derechos y deberes son tan relativos, para algunos vale todo. Hay muchos hijos de esclavos y libres sueltos en ambos mundos, según la posición que ocupase la madre. También se dice que hay mucho amor secreto entre ambas clases, pero dar el paso de liberar apenas ha ocurrido en toda la historia.

La segunda es la heroica, dar la vida por una persona libre. Siempre me ha parecido una tontería esto porque, siendo esclavo escolta, básicamente es parte del trabajo. ¿Y de qué vale estando muerto? Es el único estado en el que somos iguales, aunque unos tengan derecho a una tumba con su nombre y otros solo aspiremos a una fosa común.

Estaba tan seguro de que nunca sería libre que nunca me preocupó no serlo. Día a día en esta clase te preparan para que te resignes y lo hacen muy bien.

Igualmente, vivía un momento tan dulce con esta libertad dentro de mis posibilidades que ni siquiera me lo planteaba en aquel momento. Era feliz.

1. Hermanos

Ayudé a Luisa y sus niñas a colocar los adornos navideños. Solía hacerlo también para los Navarro y siempre me pareció una costumbre hortera, pero incluso eso era diferente con los Cortés. En esta casa no eran adornos para quedar bien con los invitados estirados que compartirían por compromiso la cena de Nochebuena. En esta casa la decoración era por y para la familia. De alguna forma fue cuando más Cortés me sentí.

Nunca fue mi época del año preferida. Siempre eran días de muchísimo trabajo en jornadas interminables. Era normal para un esclavo ver a las personas libres felices desde nuestro rincón gris, pero en Navidad esa sensación se magnificaba y llegaba incluso a poner tristes a los más sensibles. En mi nueva casa esa alegría era de todos, incluso mía.

Aquella mañana estaba siendo especial, hasta que Luisa tuvo que salir un momento a atender a un mensajero al que yo mismo abrí la puerta. Cuando volví al salón, las niñas seguían con los adornos. Pusieron un disco de música navideña que llamaban «villancicos», encendieron la chimenea eléctrica y enchufaron las luces de colores que rodeaban el árbol que habíamos llenado de bolas juntos.

—Creo que este año debería ser Lucas quien ponga la estrella —dijo la pequeña Blanca ofreciéndome una brillante estrella de cristal.

—Me parece buena idea —apoyó Gema.

Cogí la estrella sonriendo. Imaginé que debía ser algo importante. Busqué un hueco entre las bolas ya colocadas e intenté colgarla a mitad de árbol, pero las risas de las niñas me indicaron que algo estaba haciendo mal. Cuando las miré estaban intentando aguantarse la carcajada mirándome con ternura.

—No va aquí, ¿verdad?

—No —dijo Blanca—, la estrella va arriba del todo, en la punta.

Sin perder la sonrisa que me provocaba mi propia torpeza, coloqué la estrella en su sitio. Estaba claro que era la pieza más

importante. Otro detalle a los que me estaba acostumbrando peligrosamente. Por suerte había un elemento que no dejaba que me relajase del todo y justo en ese momento entró al salón. Simón solía llegar como una apisonadora cuando no estaban sus padres. El desprecio que sentía por mí no estaba muy lejos del que sentía por sus hermanas. Pero aquella mañana cambiaron muchas cosas para el chico y para mí.

—¿Qué haces, esclavo? No toques nuestro árbol si no es para limpiarlo.

—Cállate, Simón. —Gema siempre defensora.

—Venga, anda, hazme un bocadillo que no me haga potar.

—Sí, señor. —Fui directo a la cocina, pero una mano me agarró por el camino. Era Blanca.

—Vete tú.

—Mira, Blanca, tienes que entender que el esclavo no es tu amigo. No es una persona como tú o como yo. Solo le estoy pidiendo que haga su puto trabajo. —Con las cejas, el chico me indicó que siguiera mi camino a la cocina.

—Joder, no sé por qué eres tan gilipollas incluso después de pajearte. —Gema me sorprendió con aquel ataque que sonrojó a un Simón evidentemente culpable.

—¿Qué coño dices, gorda?

—Venga ya, Simón. Llevas media hora en el baño con el pestillo echado. Y lo haces todos los días un par de veces. No somos idiotas.

—¿Qué es pajearse? —preguntó inocentemente Blanca en medio del barullo.

—Mira, imbécil, me da igual lo que digas. Estoy harto de que defiendas al esclavo como si fueras a ganar algo con eso. Es un puto esclavo, joder. Es de mi propiedad y, como me toquéis mucho los cojones con este parguela, le pego una hostia. Porque puedo, porque es mío.

—Como te atrevas a tocarlo… —Gema respiraba agitada y había rabia en su mirada.

—¿Qué? —volvió a dirigirse a mí con seguridad, dispuesto a demostrarle a su hermana el lugar que ocupaba cada uno—. Esclavo,

agáchate un poco, que te voy a dar un bofetón.

—No, Lucas. —Blanca lo pasaba peor que yo.

Me agaché como ordenó mi dueño. Si supiera lo curtida que tenía la cara, ni se habría molestado. Así fue, me dio una bofetada bastante fuerte para pesar sesenta kilos. No importaba, era mi trabajo. Sin embargo, pasó lo que cambiaría todo. Nadie lo vio venir, ni siquiera yo. Justo en el momento en el que el crío iba a explotar en carcajadas y se disponía a darme otra, el puño de Gema chocó a una velocidad endemoniada contra la mandíbula abierta de su hermano. Noté que, aunque las pupilas del muchacho seguían apuntándome, ya no me veían. Se tambaleó casi a cámara lenta para caer sobre su costado. Pude haberlo impedido, pero permití que se golpease contra el suelo también.

Gema era bastante más corpulenta que su hermano mayor, de espalda ancha y manos grandes. Aquel puñetazo había sido de competición y, aunque no llegó a perder el conocimiento, había estado tan cerca que el derrotado tardó unos segundos más de la cuenta en ser consciente de que lo que le había golpeado el maxilar era su hermana y no un bate de béisbol. La pobre Gema se sintió fatal medio segundo más tarde, incluso intentó ayudarlo a incorporarse, pero Simón volvió a la carga.

—Quita, puta gorda, no me toques. ¡Mamá!

No le fue fácil levantarse, su cerebro aún no estaba conectado del todo a sus extremidades. Mientras seguía intentando torpemente ponerse en pie, vi de reojo cómo Gema se llevaba las manos a la cara preocupada por lo que había hecho y Blanca intentaba disimular la risa que le daba aquella situación. De nuevo yo estaba conectado con la más pequeña.

—¿Qué ha pasado aquí? —Luisa entró cargando un paquete.

—¿Que qué ha pasado? Tu hija me acaba de pegar un puñetazo en la cara… Tiene suerte de que no haya querido devolvérsela. —Suerte tuvo él de que la primera lo tirase tan rápido al suelo que no diese lugar a una segunda.

—Perdona, mamá, es que… —Gema intentó disculparse, sabía que no podía defenderse.

—Lucas, cuéntame tú.

—¿Qué? —Luisa era sin duda la dueña más imprevisible que había conocido.

—Cuéntame qué ha pasado aquí.

—¿En serio? ¿Al esclavo? ¿Te fías más del esclavo que de tu propio hijo?

—Bastante más. —La respuesta dejó callado al muchacho, rojo de rabia—. ¿Lucas?

—Pues el señor Simón me pidió que me agachara para golpearme y demostrar que era de su propiedad y a la señorita Gema eso pareció no sentarle bien, aunque entiendo que el señor estaba en todo su derecho. La señorita lo golpeó antes de que él me diera la segunda bofetada. —Simplemente estaba diciendo la verdad, pero intenté que la manera de contarla salvase a Gema de un posible castigo y de paso hundiese un poco más a Simón—. Se han enfrentado por mi culpa y la señorita ha propinado un puñetazo que ha tumbado a su hermano automáticamente como si fuese papel.

—Mamá, por favor… —Simón intentó defenderse, totalmente humillado.

—Blanca, ¿es eso lo que ha pasado? —preguntó Luisa con rostro serio. La niña asintió con la cabeza. Su madre suspiró antes de hablar —. Desgraciadamente todo encaja perfectamente. Me parece inadmisible que le pegues a tu hermano, Gema.

—Gracias. —Se relajó Simón.

—Pero, en este caso, estabas luchando contra un acto que me parece asqueroso por parte de Simón y entiendo que ha pesado más la injusticia que la sangre. A partir de ahora estáis los dos castigados, vendréis a la cabaña en fin de año y no tendréis fiestas con los colegas ni nada. No puedo dejaros solos después de esto.

—No jodas, mamá… —Simón parecía aceptarlo peor que su hermana.

—Y, Lucas, a partir de ahora te doy una nueva directriz que espero que respetes al cien por cien. Simón deja de ser tu dueño. Ahora mismo trabajas para mí, mi marido, Gema y Blanca. No obedecerás nada de lo que él diga. No permitirás que te maltrate.

Puedes ignorarlo y defenderte en caso de que algo así vuelva a pasar.

—¿En serio?

—Sí, Simón, en serio. No te atrevas a dirigirle la palabra a Lucas, lo tienes prohibido. Venga, los dos a vuestro cuarto.

Simón aguantó su rabia, me miró sabiendo que no podía hacer nada y se fue caminando deprisa, dejando claro su estado con el portazo que a lo lejos hizo temblar los cuadros. Gema bajó la cabeza y se marchó. Llegó a la esquina de las escaleras y se giró para volver a mirarme antes de desaparecer. En *mute*, sin emitir sonido, pero abriendo mucho la boca para que me entendiera, le dije «gracias». Ella sonrió y siguió subiendo los escalones. Luisa estaba afectada y retocó el árbol por mantenerse ocupada. Blanca salvó el momento para ella y para mí.

—Mamá, ¿sabes qué? Yo habría hecho lo mismo que Gema.

—Yo también.

1. Navidad

El día de Navidad llegó más despacio de lo que esperaba. La tensión agradable que se respiraba en la casa desde que Simón no podía dirigirme la palabra había alargado los silencios y enfriado las cenas. Seguí con mi trabajo y estreché lazos con las niñas y los padres, que por fin empezaban sus vacaciones.

Aquella mañana me había levantado a la hora habitual y había realizado mis funciones como cada día, sin embargo, estuve solo y esperando que la familia se levantara dos horas. Preparé dos veces el desayuno. El primero lo tuve que tirar porque se enfrió y se echó a perder. Luego intenté acertar el momento de empezarlo de nuevo, pero aprendí que era imposible calcular el principio del día de los que no tienen que madrugar, así que lo dejé todo preparado y esperé en la cocina hasta que escuché la puerta del baño y el sonido de un grifo abierto.

Recuerdo ese veinticuatro de diciembre como si fuera ayer. Quizá porque hasta ese momento pensaba que mi vida no podía seguir mejorando. Me hace gracia comparar aquella mañana con mi último pensamiento antes de dormirme la noche anterior. La vida me sorprendía continuamente y, después de aquel día, aún siguió haciéndolo. Sin embargo, esa Nochebuena se me grabó a fuego. Ninguna después de aquella superó lo que sentí, aunque las haya habido mejores, como todas las primeras veces de la vida.

Luisa era quien se había despertado. Entró a la cocina con el pelo alborotado y en pijama. Ni siquiera se había permitido eso los domingos que había pasado yo bajo su techo. Sentí que aquel día era diferente mientras esperaba que despertaran, pero la visión de mi dueña me lo confirmó. Sonreía y me miraba con la ternura a la que ambos nos estábamos acostumbrando.

—Buenos días, Lucas.

—Buenos días, Luisa. —Pude servirle el café. Me había dado tiempo.

—Hoy vamos a tener un día de trabajo duro. —Asentí mientras deducía a qué se refería, pero Luisa me leía como si fuera un libro para niños—. Ya sabes, la cena de Nochebuena.

—Claro.

—La prepararemos juntos. A Roberto le gusta preparar su cóctel de gambas. Aún cree que es algo elegante. —Me reí porque se rio. A mí sí me parecía algo elegante—. Las niñas nos echarán una mano. Son un obstáculo, pero se empeñan cada año. Ten paciencia.

Sonreí sincero. Digo esto porque no era un gesto calculado, hacía tiempo que me dejaba llevar por mis instintos a la hora de reaccionar siempre que fueran positivos.

Un poco más tarde entró Roberto en la cocina aún frotándose los ojos y saludó a su esposa como si no hubieran pasado la noche juntos. Me seguían sorprendiendo esas insignificantes muestras de afecto porque los Navarro ni siquiera se miraban. Me sonrió afablemente cuando le di su café.

—Buenos días, Lucas. ¿Estás preparado para probar mi exquisito cóctel de gambas? —Miré a Luisa, que ya me miraba con una mueca divertida. Roberto se dio cuenta—. ¿Qué pasa? Ya te han hablado sobre él, ¿no?

—Sí, he engordado aún más su leyenda, cariño.

—¿Le has dicho a Lucas lo de la cabaña en fin de año?

—No, se me olvidó con todo el lío de Simón y Gema. Cuéntale tú, voy a ir despertando a los niños. —Luisa salió de la cocina y me quedé solo con el señor.

—Pues nada, Lucas, te cuento. Solemos pasar el fin de año en una cabaña que tenemos en medio del bosque. Un capricho que siempre me quise permitir y que aprovechamos demasiado poco. Últimamente los mayores, Simón y Gema, se quedaban solos en casa y me iba yo con Luisa y la pequeña, pero, teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, este año nos vamos todos; incluido tú, claro.

—Ah…, claro, Roberto.

—¿Has estado alguna vez en el bosque?

—He estado en parques grandes. —Una vez acompañé a los nietos del señor Navarro a uno enorme. Lo pude ver desde el coche.

—Te va a encantar. Es mi lugar favorito del mundo, es… Te va a cambiar la vida.

Me resultaba muy curioso que la familia Cortés no entendiera el impacto que había supuesto para mí todo este tiempo con ellos. Me emocionó la idea del bosque, había leído sobre ellos en más de una ocasión y había visto fotografías que me parecían pura fantasía. Escuché a los niños acercarse a la cocina y me puse manos a la obra. Recuerdo cómo me miraba Simón. Supongo que no entendía mi sonrisa.

Dedicamos el día entero a preparar la gigantesca cena de la que me había hablado Luisa por la mañana. Primero la acompañé al supermercado e hicimos una compra que, hasta que no llegamos a casa, pensé que era para ser consumida a lo largo del mes. Elaboramos aquel festín con las niñas: cortamos embutido, quesos y turrones. Preparamos mejillones, encurtidos, pato, crema de marisco, solomillo a las finas hierbas y un pastel con fruta de temporada. Roberto pasó por allí cinco minutos para su cóctel de gambas; el plato más sencillo del menú, con un ingrediente secreto: coñac. Bueno, ya no es tan secreto.

Mientras, Simón veía la televisión en el salón aún sin quitarse el pijama. En mis idas y venidas a la despensa pasaba tras el sofá en el que estaba tirado. Ni siquiera me miraba. Parecía muy concentrado en el programa especial que estaban echando sobre una explosión en la capital del país. No pude ver mucho, pero escuchaba de lejos al presentador de las noticias hablando sobre un posible atentado terrorista. Habían herido a muchos ciudadanos y lo cubrían todos los canales. Varios tertulianos discutían indignados por haber sufrido un ataque así el mismo día de Nochebuena. Me pareció una tontería que se insinuara que cualquier otro día hubiera sido mejor. Me asustó un poco aquella noticia, supongo que por el vértigo de tener por primera vez algo que perder.

Pero para mí lo realmente inolvidable de aquella Navidad ocurrió de noche, cuando empezó la pequeña celebración privada en casa de los Cortés a la que yo estaba también invitado. Empezó con una agradable sobredosis de sabores nuevos y deliciosos. Es increíble

que algo tan aparentemente asqueroso como una gamba tenga el sabor que tiene. No sé si el cóctel de Roberto era o no elegante, pero desde luego estaba exquisito. Aquella noche comí por encima de mis posibilidades, no pude resistirme a probar todo lo que había en la mesa. Cada tipo de loncha del plato de los embutidos, cada sabor de turrón… Cuantos más sabores y texturas conocía, menos me sorprendía. Por suerte, no solo me quedaban alimentos por descubrir.

La familia se había arreglado como para una gala aquella noche. Roberto me prestó una corbata roja que me hacía parecer un tipo elegante. Todos estaban felices, reían y se divertían. Incluso Simón parecía darme una tregua siendo educado y agradable en los pocos momentos que compartí con él aquella noche. Hasta sirvió vino en mi copa. Me contaban animados anécdotas de las Navidades pasadas. Todo empezó cuando Gema se manchó el vestido de salsa y todos aplaudieron, contándome que era tradición. Se morían de risa recordando una noche que Luisa empezó a beber vino blanco mientras cocinaba y se quedó dormida en la mesa con el pelo dentro de la crema de marisco, o la Navidad en la que Simón invitó a un amigo que vomitó sobre Roberto mientras cantaba un villancico. Fue una velada perfecta a pesar del momento incómodo que produjo, una vez más, la peligrosa inocencia de Blanca.

—Cuéntanos algo de tus Navidades en la otra casa, Lucas —dijo con su vocecilla aguda. Seguidamente se creó un silencio y supe que todos los demás asimilaron que no iba a ser una respuesta fácil, porque ninguno levantó su vista del plato.

—Pues…, bueno, las pasé trabajando. Era como cualquier otra noche con invitados en casa de los Navarro.

—Pero… ¿no te daban algo especial para cenar o…?

—Blanca… —Luisa intentó pararla, pero sabía como yo que la niña era imparable.

—Comía lo de todos los días. Ya sabes que los Navarro no son como tu familia.

—¿Y no sobraba nada? —preguntó Gema.

—Teníamos que tirarlo. —Ese fue el clímax de incomodidad, pero Blanca volvió a la carga.

—Así que esta es tu primera Navidad de verdad, ¿no?

—Pues… sí.

—¿Y nunca te dieron regalos? —Simón se me adelantó.

—Blanca, para mucha gente los… —Se detuvo dudando si seguir.

—Esclavos —le ayudé.

—Los esclavos, —continuó— son como una lavadora o un microondas. Para ellos no son personas como nosotros, son electrodomésticos. No le regalas nada a una lavadora.

—Por suerte no todas las familias son iguales —añadió su padre orgulloso.

—Me alegro de estar en tu primera Navidad. —Blanca apuró el postre deprisa y se puso de pie—. Ahora, a abrir los regalos.

Hacía solo unas horas que había visto cómo Luisa colocaba decenas de paquetes envueltos con papeles chillones y brillantes bajo el árbol de Navidad. Según me contó, por una investigación personal, Blanca había descubierto que Papá Noel no existía y sin embargo creía a pies juntillas en los Reyes Magos. Me dijo que era ridículo que un viejo gordo vestido de rojo pudiera repartir regalos por todo el mundo en una sola noche. Según su teoría, los Reyes Magos lo tenían más fácil, porque eran tres reyes con sus respectivos séquitos que podían realizar aquellos trabajos que ellos ordenaban, pero sobre todo porque eran magos y eso hacía que tuviesen menos límites a la hora de llevar a cabo su función. Además, no repartían en todo el mundo, solo en algunos países concretos, según le había contado su padre. Era algo que se tomaba muy en serio.

La familia se colocó alrededor del árbol. Escuché cómo sonaba el papel de los chicos desenvolviendo sus regalos mientras recogía la mesa. En el camino a la cocina no pude evitar apurar algunas de las lonchas de embutido que habían sobrado aun sabiendo que era imposible seguir llenándome el estómago.

Estaba feliz, aunque dos paredes me separasen de las risas y las voces de la familia. En el reflejo del roperillo sobre el fregadero me descubrí de nuevo sonriendo. Me sentía bien, pero también raro, y no comprendí aquel mareo agradable hasta que tiré las botellas de vino a la basura. Había visto lo que aquel líquido le hacía a los Navarro y me

pareció normal que les gustara hasta el punto de abusar de él.

—Lucas, ven. —La voz de Blanca me puso alerta. Me sacudí la camisa antes de ir.

Cuando llegué al salón me pareció inquietante cómo toda la familia me esperaba con una mueca algo traviesa y con expectación. Incluso Simón estudiaba mi gesto desde el sofá. Esos escasos cinco segundos de silencio se me hicieron tan largos que me salió preguntar.

—¿Qué pasa?

—Tienes que abrir los tuyos. —Blanca estaba emocionada.

—¿Los míos? ¿Qué…? —La niña se apartó un poco y los vi.

—Tus regalos de Navidad.

Bajo el árbol había varios paquetes con una pequeña etiqueta donde ponía mi nombre. Cuatro cajas envueltas de diferentes tamaños. Los primeros regalos de Navidad para un esclavo. Añadí aquello instantáneamente a mi lista de momentos nuevos en los que no sabía cómo reaccionar. Por suerte, la niña cogió uno de ellos y me lo acercó a las manos.

—Ahora tienes que abrirlo. Venga. —La pequeña estaba impaciente.

Abrí con cuidado aquel papel. La familia me animaba a romperlo, pero pensé en guardarlo como un recuerdo y no quise estropearlo. Era un bote de colonia, parecía bastante caro. Gema me lo cogió de la mano y me echó un poco en la muñeca. Olía a persona libre. Después de aquello vinieron unas cómodas zapatillas deportivas que aún hoy llevo puestas, un elegante reloj de pulsera, un gorro de lana y un abrigo largo de color mostaza.

—En la cabaña hace bastante frío. —Sonrió Roberto.

No sé qué cara tenía en aquel momento, pero todos me miraban con la ternura con la que se mira a un bebé que hace una carantoña graciosa e involuntaria. Sé que estaba sonriendo, pero también tenía una extraña presión en el pecho, una sensación de vértigo en el estómago y toda mi concentración puesta en que no se me escaparan las lágrimas amontonadas tras mis párpados. Se me había secado la boca y se me había cerrado la garganta. Respiré hondo, intenté tranquilizarme y que mi voz sonase normal. No lo conseguí.

—Muchas gracias, de verdad. Esto es…

Mi intención fue disimular y decir algo correcto, pero la garganta se cerró del todo y mis párpados dejaron de resistir. Me derrumbé de alegría, no sabía que eso pudiera pasar. Las niñas me abrazaron emocionadas, sus padres se miraron felices. Incluso Simón desde el sofá parecía enternecido. Aún me da un poco de vergüenza pensar en aquel momento. Quizá fuera el vino. Seguramente no.

1. La gente del bosque

La cabaña de Roberto era aún mejor de lo que me había imaginado y era muy complicado superar las expectativas de un soñador como yo. Cuando la vi desde el coche, me recordó a uno de los enormes cuadros que los Navarro tenían colgados en el salón, pero con más colores y sin animales muertos. Una casa de madera rodeada de enormes árboles y junto a un lago que reflejaba el cielo nublado del día que llegamos. El aire que respiré mientras llevaba las maletas de la familia del coche al salón terminaba por dejarme claro que me encontraba en otra maravillosa primera vez. Recordé el comentario de Roberto: «Te va a cambiar la vida».

A lo largo de aquellos días aprendí mucho más que en los últimos diez años al servicio de mis antiguos dueños: a cortar leña y preparar una chimenea, a coger setas o castañas directamente desde el lugar del que nacen o a preparar una barbacoa de forma primitiva. Vi la verdadera cantidad de estrellas que hay cuando anochece sin luces de ciudad cerca, paseé con la familia durante horas por el bosque y me mojé los pies en un lago. Saboreé por primera vez y al cien por cien la libertad, fui el sexto de los Cortés durante aquel periplo más de lo que lo había sido antes, más de lo que hubiera imaginado aun llevando semanas con ellos. En el espejo del recibidor de la cabaña, me descubrí un día con mi abrigo y mi gorro de lana. No pude evitar quedarme mirando durante unos minutos aquella falsa versión de mí mismo como hombre libre. Aun dándome el lujo de fantasear siempre, me obligué a tener los pies en el suelo, recordándome que siempre sería un esclavo y consolándome con haber vivido mucho más de lo que la vida me tenía reservado. Más que mi familia o que mis antiguos compañeros.

Blanca y sus padres disfrutaban aquel lugar casi tanto como yo. Evidentemente en mucho menor medida, se sentían más libres los días que pasaban en su cabaña en medio de la naturaleza. Entendí que las personas libres también tienen un sentimiento de cárcel a causa de la

rutina, el trabajo o el colegio, el gris de los edificios y el estrés del ritmo urbano. Me sentí como alguien a punto de morir escuchando a otro quejarse de un resfriado, pero me alegré de estar de alguna forma atravesando el mismo agradable sentimiento, aunque la magnitud no tuviera nada que ver. Me permitieron aprovechar sus ganas de libertad para ser un poco más libre. Mentiría si no aceptase que deseé que los Cortés se mudaran al bosque definitivamente.

Por otro lado, Simón y Gema parecían incómodos. La falta de internet, que para sus padres era uno de los motivos más favorables para estar en la cabaña, para ellos era un infierno a cámara lenta. Aquella situación les agriaba el carácter y, aunque era un poco el estado natural de Simón, me pareció curioso ver a su hermana irritada y protestando por el frío, los bichos, el olor de la chimenea, las caminatas, la temperatura del agua o sus padres. Estuvimos pocos días allí, ellos deseando que el tiempo volara y yo que se detuviera.

Luisa y Roberto me enseñaban todo lo que desconocía. Notaba que casi gozaban más que yo descubriéndome el mundo que me faltaba por ver. Que les encantaba comprobar cómo iba perdiendo la vergüenza y haciendo preguntas que podían responder. A pesar de que su actitud era más positiva y parecían más felices incluso que en la ciudad, me sorprendió cómo endurecieron algunas normas. Aunque nos tirábamos horas tumbados en el tejado hablando de constelaciones, no dejaban que ninguno de los seis saliera de casa cuando el sol se escondía. Cuando paseábamos, Roberto se llevaba una escopeta aun habiendo tenido opiniones radicalmente en contra de la caza delante de mí y se mantenía alerta dentro de su intento de disfrute vacacional. Fue algo que se iba haciendo cada vez más evidente y que no capté desde el primer momento, sino con el paso de los días allí. Aunque me extrañó, pensé que sería algo normal en el bosque y no me permití preocuparme. Entonces empezaron a pasar cosas.

La noche antes del 31, alguien me despertó con un agarrón de la camiseta. Era Roberto, que con un gesto me indicó que guardase silencio y lo siguiese. Llevaba su escopeta y parecía muy nervioso. Respiraba agitado y me contagió su tensión. No sabía qué estaba

pasando, pero estaba claro que no era nada bueno. Gateamos sin hacer ruido hasta el salón, donde se encontraban las ventanas frontales de la cabaña. Tras unos segundos en los que seguía mirando a mi dueño esperando alguna instrucción que me aclarase lo que estábamos haciendo allí, la luz de unas cuantas linternas que alumbraban la casa desde el exterior hizo que cargara el arma.

—Vete a la cocina y asegura la puerta, que no entren —me susurró con cara de gritar.

Me apresuré a hacer lo que me ordenaba. Me arrastré deprisa, intentando no hacer demasiado escandalo con el crujir de la madera hasta llegar a la cocina. Apoyé mi espalda contra la puerta e intenté tranquilizarme. Sabía que había una amenaza externa, pero no qué ni por qué. Lo único que tenía claro es que debía impedir la entrada a quien asustaba tanto a Roberto.

Tras unos segundos en los que solo escuchaba mi propia respiración y que el corazón me latía en los oídos, escuché el pomo. Alguien desde fuera estaba intentando abrir. Empujé con fuerza la puerta contra mi espalda e hice presión apoyando los pies en el mueble donde estaba el fregadero. Miré a mi alrededor buscando un cuchillo para defenderme del que estuviera intentando entrar. Cuando me dispuse a acercarme al cajón de los cubiertos a unos metros, reconocí el clic de la cerradura cediendo, así que hice aún más fuerza con las piernas y empecé a notar la tensión. Quien intentaba entrar dejó de empujar y empezó a golpear. Era como si me estuviesen pateando la columna directamente y supe que no iba a aguantar muchas embestidas más.

Pensé en Roberto y en que terminaría fallándole. Pensé en la persona que tan agresivamente quería pasar. Pensé en el resto de la familia que dormía en su habitación ajenos al peligro que corrían. Entonces, tracé en un plan diferente al de mantener la puerta cerrada usando mi cuerpo como candado: dejarlo entrar.

Me aparté y me oculté en la oscuridad frente a la puerta hasta la siguiente carga del intruso. Cuando la puerta se abrió de golpe, chocó contra la pared haciendo un gran estruendo. Solo pude ver la silueta de alguien fornido y con melena que pareció quedarse sorprendido

con la repentina desaparición de resistencia. Tras unos segundos de silencio, entró despacio con un absurdo sigilo tras haber dado veinte golpes previos. Esperé mientras se acercaba a mi escondite. Cuanto más próximo, más grande parecía. Medí la distancia, el tamaño y calculé en la oscuridad a qué altura estaría el mentón del gigante. Como dije, una de mis especialidades es la de escolta, así que tengo nociones de varias artes marciales. No es que sea una máquina de matar, pero sé cómo dejar dormido de un golpe a un agresor. Armé el brazo derecho, giré la cintura y cuando la sombra de la silueta había tapado por completo la luz de la luna menguante que se colaba por la puerta abierta, golpeé. En mis nudillos noté algo con cartílago, muy diferente a un mentón. No lo dormí, pero vi cómo la silueta se tambaleaba, así que aproveché para darle una patada frontal en el pecho y hacerlo retroceder hacia la puerta. Cuando estaba a punto de atravesar el marco, ya mis ojos se habían acostumbrado bastante a la poca luz que dibujaba formas muy básicas a mi alrededor. Justo cuando, con un último empujón, saqué al intruso de la casa, vi cuatro o cinco personas más que se acercaban a la puerta alertadas por el escándalo. Corrí a cerrar y en menos de un segundo noté cómo también empujaban del otro lado. Con más violencia. Podía notar que cada vez había más manos haciendo fuerza para pasar. Y estaban ganando. Habían conseguido abrir lo suficiente para que pudiera colarse una persona. Vi cómo un hombro se metía y una mano intentaba apartarme. Entonces escuché un tiro que sonó tanto fuera como dentro de la cabaña y la presión desapareció. La puerta se cerró y los pasos de una pandilla corriendo sobre las hojas del bosque se fueron apagando hasta que todo se quedó en silencio. Hasta que volví a escuchar solo mi respiración agitada y el latido de mi corazón en mi oído a toda velocidad. Yo seguía empujando la puerta, aunque ya nadie intentase entrar.

—¿Papá? —La voz de Blanca me devolvió la razón.

Dejé mi posición y corrí al salón. Justo cuando llegué, se encendió la luz y vi a la niña con sus hermanos. Luisa bajaba la escalera y junto al interruptor estaba Roberto, que me miró y asintió tranquilo. El disparo fue suyo y había conseguido espantar a la gente.

—Tranquilos, chicos, todo está bien. Eran unos ladrones, pero Lucas y yo los hemos asustado.

—Lucas, ¿qué te ha pasado? —Luisa se había dado cuenta de algo que yo, rebosante de adrenalina, no había notado. Los niños me miraron asustados.

—¿Estás herido? —Roberto me miraba la camiseta manchada de sangre.

—No…, esta sangre no es mía. —Lo comprobé con unos toquecitos.

—Pero hay que curarte los nudillos —dijo Luisa, que cogió el mando de nuevo—. Niños, a la cama, venga.

—No vamos a dormir ni de coña, mamá —protestó Simón subiendo con las chicas.

Luisa abrazó a su marido cuando sus hijos abandonaron el salón y dejaron de fingir fortaleza y tranquilidad. Roberto parecía muy asustado. Yo también lo estaba. Aun así, no me atreví a preguntar nada.

—Gracias, Lucas. Si no hubiera sido por ti…, no sé qué hubiéramos hecho.

Asentí a mi dueño. Mi corazón empezó a latir más despacio y los nudillos empezaron a enfriarse y a doler. Luisa cogió un pequeño botiquín para curarme la mano. Supongo que leyó algo en mi cara y sintió la necesidad de darme explicaciones.

—El bosque es un lugar peligroso a veces. Hay gente en contra de Roberto que… sabíamos que andaban por aquí. Rondaban la casa, pero nunca habían intentado entrar. No sé qué…, no sé…

—No pasa nada, Luisa. Ya se fueron. —Noté que no sabía cómo continuar, así que le eché una mano.

—Solo espero que no vuelvan por aquí otra vez.

—No creo —intenté sonar convincente y tranquilizar a mi dueña.

Seguía temblando y con el miedo en el cuerpo. Yo también esperaba que no volvieran de nuevo…, pero volvieron. Al día siguiente y con el sol fuera.

1. Punto de mira

La mañana siguiente al aterrador intento de allanamiento de morada, se podía respirar un ambiente tenso y disimulado. A diferencia del resto de los días, la familia había decidido desayunar dentro de la casa en lugar de en el porche. Luisa y Roberto se esforzaban en aparentar normalidad sin demasiado éxito. Blanca no paraba de mirar las vendas de mis nudillos y el aburrimiento de los mayores se había convertido en angustia.

—Chicos, hace un día horrible hoy. Podríamos pasar el día en casa. —Todos en aquel salón sabíamos que de lo quería protegerse el padre no era precisamente del clima.

—Lo que deberíamos hacer es irnos de aquí y no volver nunca más —contestó Simón.

Mientras recogía el desayuno de la mesa, noté una conversación seria y silenciosa de miradas entre Roberto y Luisa. No la entendí, pero imaginé de qué podría ir. De camino al fregadero me pregunté si estaría molestando. Algo que me alejaba definitivamente de ser un electrodoméstico más. Roberto me sacó de dudas.

—Lucas, la hoguera se está apagando.

Miré el fuego. Calculé que aún quedaba más de una hora para que necesitara más leña. Un mes antes no habría tenido la capacidad de captar la indirecta, pero en ese momento uní los puntos, sonreí y salí de la cabaña con la misión inútil de traer algunos troncos más. Por la expresión con la que me miró mientras caminaba hacia la puerta, mi dueño se sorprendió casi tanto como yo de que hubiera entendido el mensaje.

Era cierto que fuera hacía un día horrible. El cielo estaba totalmente cubierto por una gigantesca nube gris. Chispeaba un poco y el frío hizo que me cubriese el cuello con la bufanda. Caminé hasta la zona donde almacenábamos la madera. Mi intención era cortar unos cuantos troncos para hacer tiempo y dejar tranquila a la familia, pero el hacha no estaba en su sitio. Roberto solía dejarla clavada junto al

caballete. Busqué en los metros próximos y por toda la leñera sin éxito. Resignado, me levanté y giré mirando a mi alrededor. Entonces los vi acercarse saliendo de entre los árboles del bosque que rodeaba la parcela de mis dueños.

Desde la distancia a la que me encontraba, solo pude ver a cinco personas que caminaban en paralelo. A paso lento, pero constante y convencido, directos a la casa donde estaban los Cortés. Después del altercado de la noche anterior me puse alerta e instintivamente busqué de nuevo el hacha que no encontraba. Calculé la distancia a la que estaban y la velocidad a la que andaban. No tendríamos ni tres minutos para reaccionar a otro ataque. Aunque la noche traicionera me hizo pensar que eran un ejército, imponían menos de lo que mi imaginación me había hecho temer. Igualmente, seguían ganándonos en número teniendo en cuenta que no podíamos contar con los tres niños si aquello se convertía en una pelea; así que solo me quedaba una opción: correr a la casa, avisar a la familia y defendernos desde dentro.

Cuando entré, seguían en los sofás del salón. Parecía que continuaban intentando llegar a un acuerdo sobre si quedarse en la cabaña o volver a la ciudad. Supongo que mi cara les dejó claro que algo no iba bien, porque se pusieron alerta inmediatamente.

—Se acercan cinco personas. Han salido del bosque. —Señalé hacia donde tenían que asomarse.

—Mierda. —Roberto se apresuró a la ventana seguido del resto. Los vieron.

—Dios mío. —Luisa no pudo disimular más.

Roberto corrió al ropero cerrado con llave donde guardaba la escopeta y, aunque estaba asustado, caminó directo a la puerta con el valor instintivo de defender a quien se quiere. Sin embargo, Luisa, que seguía asomada a la ventana, oculta tras el visillo, lo detuvo a medio camino.

—Roberto, mira.

Su marido se acercó a echar un vistazo. Yo también. Se habían detenido a unos veinte metros de la puerta. Uno de ellos agitaba sobre su cabeza una tela blanca. Parecía una camisa abierta que ondeaba en

el aire a modo de bandera improvisada. Podía verlos mucho mejor entonces. Todos ellos tenían el pelo largo e iban vestidos con ropa vieja y manchada. Roberto pensó un momento y me dio la escopeta.

—¿Sabes usar una de estas?

—No. —Evidentemente no. Los esclavos no teníamos derecho a usar ningún tipo de arma. De hecho, suponía un delito muy grave tan solo agarrarla.

—Vale, esto de aquí es el gatillo, pulsándolo dispara. Para apuntar, mira por aquí, es como un catalejo pequeñito. Tienes dos cartuchos. —Miró un momento a su familia antes de seguirme hablando—. Voy a salir, cúbreme desde el piso de arriba. Si ves que la cosa se pone fea…, dispara, ¿vale?

Asentí. Creí haber entendido todas las instrucciones, pero, como digo, era la primera vez que sujetaba un arma. Me sorprendió lo que pesaba. Mientras corría escaleras arriba, escuché la voz de mi dueño antes que el sonido de la puerta abriéndose.

—Ponedle el seguro a la puerta y no salgáis pase lo que pase.

Me apoyé en la ventana de la habitación de Blanca en la planta de arriba, que era la que daba directamente al lugar donde estaban. Coloqué el cañón apuntando a los intrusos y miré por el visor. Gracias al aumento que tenía, pude ver perfectamente la cara de cada uno de ellos. En el centro había una mujer. Era la mayor de todos. Tendría unos sesenta años. Su piel morena parecía hacer más profundas sus arrugas. A su derecha había dos tipos barbudos y enormes, de unos treinta y pico. Ambos rondaban el metro noventa y eran bastante corpulentos. Me fijé en que el que estaba más cerca de la mujer tenía la secuela de un buen golpe en la parte baja de la mejilla izquierda. No pude evitar mirar seguidamente la venda en los nudillos de mi diestra. Al otro lado había una chica más o menos de mi edad y un chico algo mayor al que la barba aún no le había salido lo suficientemente compacta. Era quien agitaba la camisa. Roberto llegó hasta ellos.

Aunque los primeros segundos podía sentir el latido de mi corazón acelerado en el dedo que apoyaba sobre el gatillo de la escopeta, el tono de la conversación que podía ver, pero no escuchar,

hizo que me relajase. Solo hablaba la mujer del centro. Parecía tranquila. Más que Roberto, que gesticulaba exageradamente y miraba la casa cada diez segundos.

En aquel momento me sentí con más poder del que había sentido en toda mi vida. Tener una herramienta como la que mi dueño había puesto en mis manos y el cañón apuntando a cráneos, sabiendo que con un centímetro de presión en aquella minilengua de hierro podía hacerlos reventar, fue terrorífico. Algo que nunca se me había pasado por la cabeza. Fue la primera vez que sujeté un arma. Ojalá hubiera sido la única.

Aburrido, tras unos minutos de conversación en *mute*, volví a repasar la nuca de mi dueño y la cara de los visitantes. La señora parecía relajada, pero su gesto era de evidente desagrado. Fuese lo que fuese aquello de lo que estaban hablando era algo en lo que no se ponían de acuerdo. Miré seguidamente al tipo al que pensé haber golpeado la noche anterior y me regocijó ver el tamaño de sus manos. En un escenario como el de hoy, a plena luz del día, sin el escondite que me aportó la oscuridad, hubiese acabado conmigo con un solo puñetazo. Saber que había expulsado a ese gigante de la cabaña me hizo sentirme un héroe. Deseé que Roberto dedujese que ese golpe lo había dado yo, o que se lo contasen. Deseé que lo supiera.

Al otro lado, descubrí a la chica mirándome fijamente; seria e inmóvil. Aquella arma de fuego me dio la seguridad necesaria para aguantar unos segundos con el punto de mira en medio de sus cejas. Tras el pequeño esfuerzo mental de quitarle el pelo sucio de la cara, vi una chica preciosa. Sus ojos tenían algo poderoso, eran muy diferentes a los míos. Hoy sé que se trataba de todo lo que habían visto antes de que nos mirásemos. En un momento dado, vi que la señora señalaba al bosque. No dejó quieto su dedo índice en un punto, lo movió de izquierda a derecha como si estuviese explicando algo que abarcase casi por completo aquel horizonte arbolado.

Tranquilo por cómo parecía ir aquella negociación, apunté lo señalado. Me entretuve mirando aquellos gruesos troncos mucho más cerca de lo que realmente estaban, al fin y al cabo, era la primera vez que miraba a través de un instrumento óptico que permitía una visión

ampliada. En ese momento, vi algo moverse entre la sombra que proyectaban los árboles y me concentré para intentar deducir de qué se trataba. Poco a poco los fui viendo. Aunque muy bien camuflados entre los árboles, ocultos en el bosque, había más de ellos. Muchos más. Cientos. Aquel ejército que había imaginado la noche anterior. Y todos miraban hacia nuestra cabaña.

Asustado, volví a la conversación de Roberto justo en el momento en el que le ofrecía a la mujer un apretón de manos que ella rechazó. Ni siquiera hizo el amago de acercarse y dejó a mi dueño esperando con el gesto unos segundos. Entonces, los cinco se dieron la vuelta y volvieron por donde habían venido. Todo había acabado. Bajé entonces las escaleras y durante aquel pequeño trayecto no pensé en aquellos intrusos. Ni en la posible conversación que había tenido lugar. Ni en los ojos de aquella chica que me miró fijamente. Pensé en la escopeta mientras combatían en mi cabeza el alivio de no haber tenido que apretar aquel gatillo contra la extraña decepción de no haber podido probarla. En la confianza ciega que mi dueño había tenido en mí dejando en mis manos un instrumento tan letal mientras me daba la espalda durante casi diez minutos de negociación. Cuando llegué abajo, todos estaban abrazados a él. Me miró y me hizo un gesto de agradecimiento antes de hablarle a su familia.

—Chicos, haced las maletas. Volvemos a casa.

1. Año Nuevo

La celebración del Año Nuevo fue prácticamente igual a la de Navidad, pero sin regalos. Mucha comida, mucho vino y de nuevo la sensación de estar integrado. Los Cortés hicieron una especie de pacto de silencio sobre lo que ocurrió en la cabaña. Habían pasado días desde aquello y nadie comentaba nada. Se comportaban como si no hubiera sido importante.

Yo hasta tuve pesadillas por culpa de los extraños invasores. Supongo que era mi cerebro intentando comprender la situación, sobresforzándose en la misión imposible de conectar unos puntos que ni siquiera sabía ubicar. Me esforzaba por no pensarlo durante el día, pero mi cabeza no podía evitar recordármelo cuando no la controlaba.

Empecé el que ha sido sin duda el año más importante de mi vida como cualquier otro día. Me levanté a la hora de siempre y recogí los restos de la celebración de Nochevieja con sigilo para no despertar a la familia que seguía durmiendo. Limpié bastante a fondo y abarroté el lavavajillas. Aproveché la situación para picar algo de las lujosas sobras que ya había tenido la suerte de degustar hacía tan solo unas horas. Aún me sentía un delincuente por hacer este tipo de cosas y afilaba lo que podía mi estado de alerta para disimular si escuchaba una puerta abrirse o alguno de mis dueños bajar las escaleras.

Hasta entonces, nunca le había dado importancia al Año Nuevo. Para mí no existía ninguna diferencia que hiciera especial la fecha. Era otro martes después de un lunes cualquiera. Sin embargo, en aquel momento, comiéndome un par de lonchas de jamón que quedaban sobre un plato, me alegré de lo especial que estaba siendo mi primer desayuno. Mientras pensaba en que no podría empezar con mejor pie, el teléfono del salón empezó a sonar más intensa y violentamente que otras veces por el silencio de la casa y mi compromiso de no despertar a ninguno de mis dueños durmientes.

Desde la cocina, esprinté más para acabar con el ruido que para contestar. Tanto es así que al descolgar tuve que pensar un momento

para recordar que el siguiente paso era ponerme el aparato en la oreja. No había dormido demasiado y estaba más lento de lo habitual. Contesté con solo un punto más de volumen de lo que tendría un susurro.

—Buenos días, residencia de los Cortés.

—Buenos días. —Era una agradable voz masculina—. Quisiera hablar con Roberto.

—Lo siento. El señor no puede contestar ahora mismo. Si me quiere dejar un recado…

Después de aquella frase, tardó mucho en volver a hablar. Aunque escuchaba su respiración.

—¿Hola? —El silencio fue lo suficientemente largo como para atreverme a insistir.

—¿Lucas? —Escuchar mi nombre real en una voz desconocida me sobrecogió. Entonces fui yo el que tardó demasiado en responder —. Eres Lucas, ¿no?

—Sí… Sí, soy yo.

—He oído hablar mucho de ti.

—Ah…, ¿sí? —Cada vez entendía menos lo que estaba pasando. Sin querer, dejé de disimular que estaba totalmente perdido.

—Sí, mucho. Pronto nos veremos. —En mi cabeza había otro estúpido «ah, ¿sí?» que decidí no soltar en el último momento.

—Entonces…, ¿quiere dejar algún recado al señor? —Me obligué a centrarme.

—Sí.

—Muy bien, dígame. —Cogí el bloc donde apuntaba normalmente los recados, pero ni siquiera me dio tiempo de quitarle el capuchón al bolígrafo. Su respuesta volvió a desarmarme por completo.

—Azul.

—¿Perdón?

—Dile solo eso: azul. Él sabrá de qué se trata.

—¿De… de parte de…? —Mi cabeza funcionaba mucho más rápido que mi boca, aunque trabajaba sin orden ni acierto.

—Él sabrá de qué se trata. Adiós, Lucas. Un placer.

—Igualmente, señor.

Creo que para cuando dije «señor» él ya había colgado. Me quedé un rato pensando con el teléfono en la oreja. Mis pocas horas de sueño se mezclaban con la búsqueda mental del recuerdo concreto al que me llevaba la palabra *azul*. Llegué antes de lo que esperaba, la verdad. Además, se había quedado en mi cabeza de forma nítida. Podría dibujar perfectamente a la esclava de enormes ojos verdes que mi segundo día en casa de los Cortés se acercó a la valla de nuestro jardín a soltarme otro enigmático «azul». Me acordaba como si hubiera pasado cinco minutos antes de su respiración nerviosa y de cómo su mirada brillante y desesperada se transformó de golpe en decepción cuando no entendí a qué se refería. Quizá fue por lo extraña que me pareció aquella situación, pero había pensado en ella unas cuantas veces desde entonces. Ese dato me llamó la atención, teniendo en cuenta que ya había olvidado por completo la cara de algunos de mis compañeros en casa de los Navarro.

Me sacó del pause el sonido de la cisterna en un baño del piso de arriba. Colgué el teléfono, que seguía pegado a mi oreja con el incómodo pitido intermitente mezclándose con mis pensamientos. Era todo tan confuso que no noté que desentonara. Mientras escuchaba los pasos cada vez más cerca bajando las escaleras, eché un vistazo al salón. Comprobé con satisfacción que todo estaba perfecto. Aun así, saqué el trapo de mi bolsillo y empecé a pasarlo sobre el cristal de la mesita de café, ya más que limpia, para que mis dueños me descubriesen así.

—Buenos días, Lucas.

Fingí una leve sorpresa cuando vi a Roberto.

—Buenos días, señor. Ahora le traigo el desayuno.

Los pasos en la escalera no cesaron hasta que aparecieron Luisa y la pequeña Blanca. Todos con el pijama puesto y la cara de haber deseado dormir unas horas más. El trío me miraba desde la puerta del salón por la que necesitaba salir para llegar a la cocina. Sin embargo, mis intenciones de prepararles el desayuno estaban sepultadas bajo la palabra *azul*.

—Buenos días, Lucas. —La vocecita de Blanca me relajó lo

suficiente para soltarlo.

—Roberto, te han llamado por teléfono hace unos minutos, no quise despertarte.

—¿Quién? —Se mantenía de pie en la puerta, tenso. No era lo normal de un festivo, en el que se dirigía directamente hasta su ordenador portátil para leer las noticias. Parecía estar esperando algo.

—No lo sé. No me dijo su nombre…, solo dijo «azul». —Roberto empezó a cambiar el gesto, que parecía encaminarse a una sonrisa — dijo que usted sabría de qué se trata.

Tanto Roberto como Luisa se miraron emocionados, como habiendo recibido una esperadísima buena noticia. Sus sonrisas se convirtieron en risas nerviosas y se abrazaron.

—¡Sí, joder! —Mi dueño estaba realmente contento.

—Qué maravilla, cariño. —La alegría de Luisa era diferente a la de Roberto. Él parecía alegrarse por el recado. Ella parecía alegrarse por la alegría de su esposo.

No entendí absolutamente nada de aquella situación y, por lo que vi en la cara de Blanca, ella tampoco. Deseé que la niña lo preguntase para que me sacaran de dudas; para entender qué significaba eso de *azul*. Pero ella, medio dormida, me miró, se encogió de hombros y arrastró los pies a la cocina. Yo me apresuré a seguirla para preparar los desayunos. Cuando pasé junto a sus padres, noté que intentaron disimular que me miraban satisfechos, como si aquella alegría incomprensible que estaban compartiendo tuviera algo que ver conmigo.

Cuando llegué a la cocina, Blanca había conseguido escalar un taburete y permanecía en silencio, con la mirada perdida y el pelo alborotado esperando su desayuno. Tras pensarlo unos segundos me aventuré a cortarle un bostezo preguntándole lo que me estaba quemando por dentro.

—Blanca… ¿Sabes lo que es azul?

—¿El… mar? —Entendí que había confundido mi pregunta con una adivinanza.

—No. Quiero decir… ¿Qué significa eso de *azul* que me han dicho por teléfono?

—Ah, no —contestó sin cambiar el gesto ni desviar sus pupilas del vacío que estaba mirando, dejándome claro que no era algo que la preocupase en absoluto.

Preparé los desayunos de la familia y empezó el día a la vez que el año. Hice el ejercicio mental de recordarme que tenía absolutamente prohibido meterme en asuntos de mis dueños. Sin duda, la bendita manera que los Cortés tenían de tratarme también traía una parte negativa. Una incómoda consecuencia de hacerme sentir parte de la familia. Hacer que me confíe tanto como para permitirme el atrevimiento de sentir curiosidad. Como para cometer la absurda imprudencia de preguntarle a una de mis propietarias por algo que no era de mi incumbencia, tuteándola y llamándola por su nombre de pila.

A menudo me perdía en ese limbo raro y desequilibrante entre mi educación como esclavo y la ilusión creada por la amabilidad de los Cortés. Una línea entre un electrodoméstico y un miembro más de una familia libre.

1. Limpieza general

Recuerdo aquel mes de enero como el mes en el que todo empezó sin que yo entendiese nada de lo que estaba sucediendo. La vida de los Cortés siguió su ritmo normal. Terminaron las vacaciones, los chicos volvieron a estudiar y sus padres al trabajo. Por suerte, volvía a tener las mañanas tranquilas para realizar todas las tareas a mi ritmo y dándome pequeños caprichos. Como dije, la confianza que la familia tenía en mí y su empeño por integrarme me envalentonaba para hacer cosas que siempre me estuvieron prohibidas. Sin embargo, estaba más cómodo realizando esos delitos legales cuando nadie podía verme. Me sentaba en el sofá cada dos por tres solo por la ilusión que me hacía parecer una persona libre; como cuando un niño habla por su teléfono de juguete como sus padres jugando a ser una persona mayor. Se me permitía picar lo que quisiera cuando quisiera y aprovechaba para permitirme unos cuantos caprichos dulces a media mañana. Pero lo que más me gustaba hacer, lo más lejos que podía llegar en esa línea imaginaria que me habían marcado toda mi vida, era poner la televisión mientras limpiaba el salón.

Los Cortés tenían cientos de canales bien ordenados numéricamente, así que cada día veía lo que emitía en esa franja horaria uno diferente. Gema me enseñó a utilizar el mando y decidí empezar desde el uno. A lo largo del tiempo que estuve haciendo esto, solo viendo lo que ponían un rato diario, aprendí muchas cosas. A los esclavos solo se les da la información que necesitan para desempeñar su trabajo, exceptuando los primeros años de escuela, donde aprendemos lo básico: leer, escribir y realizar operaciones matemáticas sencillas como sumar, restar, dividir y multiplicar; el resto de nuestra formación estaba destinada a nuestros deberes. A lo largo de la adolescencia hacemos los cursos que nuestros dueños deciden que debemos hacer dependiendo de sus necesidades. Si necesitan un chófer, aprendemos a conducir; si necesitan un cocinero, hacemos un curso específico de cocina; si necesitan un escolta,

entrenamos en centros donde nos enseñan artes marciales para defenderlos. Sin embargo, no está permitido que sepamos sobre otro tipo de cosas. Sobre cómo funciona el mundo más allá de los muros que limpiamos. Se nos niega toda información sobre política, historia, economía o geografía. Se nos prohíbe ver las noticias. Estar enterados de la actualidad se considera una pérdida de tiempo y un despiste para un esclavo porque… ¿para qué iba a servir que un lavavajillas sepa dónde está Japón o qué equipo de fútbol ha ganado la liga? En casa de los Navarro mis compañeros se entretenían con cuentos y rumores que a menudo inventaban. Historias sobre esclavos que se casaron con personas libres o sospechas sobre qué miembro del servicio era en realidad hijo de un dueño. No necesitaban más. Un pez que nace en una pecera diminuta no echa de menos el océano que no sabe que existe.

Tener la posibilidad de ver la televisión era como abrir por primera vez la ventana de una cárcel. Aunque no entendía la mayoría de las cosas que veía, pasé mucho tiempo viendo noticias. A través de sucesos diarios, escándalos políticos, avisos meteorológicos, competiciones deportivas o chismes sobre famosos, vi lugares y personas reales que nunca hubiera imaginado que existieran. Vi por primera vez qué cara tenía el presidente del país donde vivía. Vi imágenes de playas paradisíacas mientras informaban de un huracán que se acercaba y las de las montañas más altas del planeta gracias a la proeza de un experimentado escalador; deportes olímpicos que me parecieron absurdos. Cantantes famosos contando arrepentidos sus líos de faldas… La televisión me enseñó el mundo que no me estaba permitido conocer y disfrutar. Un mundo que me pareció tan increíble, tan hermoso y tan gigante que me ilusionó y aterrorizó a partes iguales. Envidié a las personas libres aún más que antes, pero también les perdí algo de respeto.

A pesar de esa vuelta a la normalidad, tras la llamada del tipo misterioso y su *azul*, no paraba de percibir una extraña sensación de nerviosismo en Roberto y Luisa. Las primeras semanas decidieron aprovechar los domingos para pintar la primera planta de la casa, limpiarla en profundidad y solucionar algunas averías domésticas con

las que ya habíamos aprendido a convivir. Esos días, la mayoría de la familia se empeñaba en ayudarme. Yo disimulaba y lo agradecía, aunque la mayoría de las veces su ayuda me resultaba un estorbo. No podía evitar compararlo con los momentos en los que adornábamos el salón por Navidad. Notaba la misma motivación. La misma actitud ilusionada del que trabaja preparando una fiesta a la que le tiene ganas.

Durante aquellos zafarranchos, cada uno se encargaba de limpiar y ordenar su habitación. Me resultaba bastante cómico verlos hacer mi trabajo. Evidentemente peor y más despacio que yo. Era comprensible, ellos no habían hecho cursos relacionados con el tema. Aun así, era evidente que había sido una familia sin esclavos hasta la fecha. No me imagino a los Navarro haciendo una cama sin lesionarse.

Yo me encargaba de todo el piso de abajo, incluyendo mi celda y el baño grande de arriba. Tardaba en arreglar esas estancias lo mismo que ellos una sola, y cuando terminábamos, repasaba lo que habían hecho. Durante aquellos días en los que los padres andaban misteriosamente extramotivados, lo niños tenían su propia actitud. Simón, evidentemente agobiado y desganado por perder cada fin de semana, se quejaba constantemente. A veces les recordaba a sus padres que tenían un esclavo para hacer ese tipo de cosas. No podía dirigirse a mí directamente, pero se aseguraba de que lo escuchara.

Blanca era demasiado pequeña para esas tareas, así que su padre le echaba una mano cuando acababa con su dormitorio. Curiosamente, Roberto era el más efectivo y organizado a la hora de limpiar. Aunque la más rápida de todos era Gema. Hacía su habitación con esmero y lo más rápido posible para poder ayudarme con el piso de abajo. Nuestra relación era la que más había evolucionado desde el principio. Ya no se sonrojaba cada vez que la miraba ni se ponía tan nerviosa cuando hablaba conmigo. De hecho, ahora hablábamos mucho. Bueno, casi siempre hablaba ella.

Era agradable que estuviese tan atenta a mí, pero me seguía preocupando que sus motivos fuesen más románticos que amistosos. Al principio creía reconocerle torpes intentos de seducirme. Con el tiempo fue haciéndose todo más evidente. Empezó a perfumarse y

maquillarse para estar en casa. Me hacía regalos caros, personales y portarretratos con fotos suyas. Más tarde empezó a pasarse por mi celda de noche a contarme cómo le había ido en el instituto. Historias sobre la chica popular que le habría gustado ser y que no tenían demasiado que ver con la realidad. Me soltaba piropos que nunca supe encajar. Me decía que era guapísimo, que era un tío genial, que le gustaban mis manos. Yo solo podía contestar «gracias». Buscaba a menudo el contacto físico conmigo haciendo que pareciese algo casual y se reía mucho de lo que yo decía. Demasiado. De cosas sin gracia.

Era evidente que estaba enamorada de mí. Al fin y al cabo, era otra adolescente con las hormonas disparadas y la fantasía de protagonizar una comedia romántica; con unas ganas brutales de ser amada y viviendo con un chico mayor que, a diferencia de los de su instituto, le hacía caso porque formaba parte de su trabajo. Era imposible que el resto de la familia no se diera cuenta, y Simón ya había empezado a bromear sobre el tema para molestarla. Aunque intenté evitarlo, la situación me fue resultando cada vez más incómoda. Odiaba sentir eso por la persona que mejor me había tratado en mi vida.

La noche del segundo domingo, después de la gran limpieza, Gema tocó la puerta de mi habitación. A pesar de llevar ya muchas visitas y haberlo convertido en algo habitual, tuve la corazonada de que iba a dar un paso más. Ojalá me hubiese equivocado.

—Hola, Lucas… ¿Estás despierto?

—Sí. —Siempre recordaba demasiado tarde que debería haberme hecho el dormido. Cada noche me cruzaba ese pensamiento por la cabeza—. Hola, Gema.

Entró con bastante confianza a pesar de la timidez que siempre arrastraba. Se sentó al borde de mi cama, a la altura de mis tobillos. Tuve que recoger un poco la pierna. Su perfume de vainilla inundó la habitación. Un día me preguntó qué perfume me gustaba más entre este y otro más frutal. Parece que se tomó en serio mi respuesta. Venía demasiado maquillada para estar a punto de acostarse y llevaba una camisa grande de su padre que dejaba a la vista prácticamente la pierna entera. Por comentarios de la familia, deduje que este modelo

de pijama era algo nuevo en la chica. Se quedó mirándome unos segundos que parecieron meses.

—¿Necesitas algo o…?

—No. Solo quería hablar un rato contigo antes de acostarme, como siempre.

—Ah, vale. —Me terminé de sentar en la cama, lo más pegado al cabecero posible.

—Vaya paliza nos hemos dado con la limpieza, ¿eh?

—Bueno…, normal. —Miré la puerta de mi celda. Gema casi la había cerrado del todo, normalmente la dejaba abierta. Eso me puso tenso.

—Ya… —La chica también parecía estar más nerviosa de lo habitual, como pensando si saltar o no de un trampolín que parece demasiado alto.

—¿Y tus padres? —Yo solo podía desear que no se atreviese.

—Mi madre arriba, leyendo en la cama. Mi padre viendo la tele en el salón.

—Sí, es un poco tarde ya. —Que venía a significar: «vete a tu habitación, por favor».

—Lucas…, hace tiempo que quiero decirte algo.

Mierda. Bueno, ahí estaba el momento al que no quería llegar. Llevaba demasiado tiempo temiéndolo y viendo cómo se acercaba. Sinceramente, teniendo en cuenta mi total inexperiencia en el asunto, era tan fácil que no me diera cuenta de las señales que creo que Gema nunca quiso disimularlas. La hija menor de edad del matrimonio que me compró estaba a punto de declararme su amor adolescente a la cara y yo no había encontrado ninguna respuesta que no le terminase rompiendo el corazón. Pero los esclavos no tenemos la educación emocional que tienen las personas libres. Estamos preparados para ser directos y eficientes. Estamos educados para hacer siempre lo correcto a no ser que nuestro dueño nos ordene lo contrario. Y lo más importante, la chica no me gustaba. De hecho, nunca pude verla como una mujer. Era la niña de mis dueños y, aunque a esas alturas la quería, no lo hacía como a ella le hubiese gustado. Igualmente, nunca hubiese arriesgado todo por un amor prohibido si hubiera sentido algo

por ella. En aquel momento de mi vida, no tenía ni idea de las locuras que uno está dispuesto a hacer por amor.

—Bueno, he estado pensando mucho en si decírtelo o no… y creo que necesito soltarlo. —Le sudaban las manos y no paraba de tocarse el pelo y las gafas. Supuse que, para empezar, tendría que ayudarla diciéndole justo lo contrario a lo que deseaba.

—Dime.

—Mira…, me gustas. Ya está. —Respiró como cuando uno suelta la pesada bolsa de la compra tras haberla cargado desde un coche aparcado demasiado lejos de la puerta.

—Ah… —Tenía todas las posibles respuestas en la cabeza. Ninguna fue hacia la boca.

—Es una locura. Pero no sé qué coño me pasa. No puedo dejar de pensar en ti. Me acuesto y me levanto con tu cara en la cabeza. En el instituto no me concentro, me paso las clases mirando el reloj, deseando que acabe para volver a casa y verte. No dejo de imaginarme situaciones en las que estamos juntos, en lo increíble que sería dormirme abrazada a ti, darte la mano viendo la tele o besarte. Sueño contigo, joder. Llevo unas cuantas noches en las que estás en mi sueño, donde soy más valiente y te digo todo esto…, y cuando estoy en casa…, cuando estás…, bueno, lo único que quiero es mirarte, estar contigo. Creo que me he enamorado de ti.

Madre mía. Cuando terminó de soltar toda esa parrafada que le salía más del pecho que del cerebro, se hizo un silencio que pesaba toneladas. Sin que ninguno de los dos lo supiese en ese momento, Gema acababa de abrir una brecha entre nosotros que nunca volvería a cerrarse del todo. Ojalá ella nunca hubiese sabido que yo lo sabía. Ojalá yo hubiese podido seguir disimulando el resto de mi vida. No me dio tiempo a abrir la boca, supongo que la pausa se hizo demasiado larga y necesitó llenar aquel silencio que quemaba.

—Perdona, te habrás quedado flipando. Necesitaba decírtelo porque…, no sé, pensé «¿y si…?». No sé. Es que no puedo evitarlo, Lucas. No puedo evitarlo. Me intento poner siempre cerca de ti o de tus cosas para olerte. Me encanta cuando me das la taza de café por la mañana y nuestras manos se tocan un segundo… No sé… Dime algo.

No podía esconderme más rato en el silencio que solo avivaba su llama descontrolada.

—Mira, Gema…

—Mierda… —La chica cambió el gesto inmediatamente. La expectación se convirtió notablemente en decepción con un simple «mira, Gema». Tonta no era.

—Escucha…, nunca me había pasado esto y no sé muy bien cómo decir las cosas.

—No te preocupes, no puedo seguir cayendo desde el fondo del pozo. Di lo que sea.

—Verás…, yo nunca me he enamorado ni nada, así que no sé bien cómo funciona todo esto. Tú me gustas mucho a mí, pero no creo que esto que yo siento sea amor de ese.

—Vale. —Se mantenía firme y disimulaba una sonrisa comprensiva solo con la parte inferior de su cara. Sus ojos, que iban llenándose de brillo, me hicieron seguir adelante.

—Quiero decir que eres muy importante para mí. Al principio solo te veía como la hija de mis dueños, luego como mi dueña, y ahora… como mi mejor amiga.

—Claro. —Seguía manteniendo la pose, pero las fuerzas le flaqueaban cada vez más. Yo aún no sabía que decirle a alguien que te ama que es tu mejor amiga era lo mismo que clavarle un puñal precioso en pleno esternón.

—Además, soy un esclavo… Tu esclavo. Gema, tú te mereces algo muchísimo mejor. —Esta excusa sale instintiva, pero es una huida hacia delante que tiene mucho más sentido si eres un esclavo.

—Vale, Lucas… Perdóname, en serio. Olvida que esto ha pasado, soy una idiota.

Gema se levantó deprisa de la cama, se giró lo suficiente para que yo dejase de verle la cara y se tocó los ojos disimuladamente para secarse las lágrimas que no había podido seguir manteniendo dentro. Caminó deprisa hacia la puerta y mientras lo hacía la cogí de la muñeca porque no quería que saliese de mi cuarto triste y que fuera por mi culpa. Yo no sabía cómo manejar una situación como esa, pero necesitaba intentarlo.

—Gema…, por favor, no te enfades conmigo. Eres mi persona libre favorita. —Y eso también era la pura verdad.

—Ojalá pudiera enfadarme contigo. No te preocupes… Buenas noches, Lucas.

Me apretó la mano con afecto y caminó lo más rápido que pudo hacia la escalera. Me asomé al pasillo para verla desaparecer por la esquina y no entendí por qué me dolía el tórax a mí si era yo quien acababa de romperle el corazón a ella. Me quedé unos segundos congelado, mirando el vacío donde antes estaba Gema, donde solo quedó la luz cambiante e intermitente del televisor que Roberto estaba viendo en el salón.

Justo antes de volver a la celda, escuché algo tras una de las puertas del pasillo y me quedé alerta porque no era algo que tuviese sentido. Aguanté la respiración para quedarme en silencio por si se repetía y entonces vi cómo algo se colaba por el hueco de debajo de la puerta que yo no podía abrir. Me acerqué sigiloso e intenté girar el pomo, pero seguía cerrada con llave. Alguien había metido un sobre azul desde el otro lado con un nombre escrito: «Miguel». Tras meses preguntándome qué habría tras esa puerta siempre cerrada por la que nadie entraba ni salía, el misterio se hacía gigantesco.

—Lucas… —La voz de Roberto me sobresaltó. Esa vez no lo escuché llegar.

—Señor… Digo…, Roberto. He escuchado ruidos en el pasillo y… —Le mostré el sobre azul porque no sabía muy bien cómo explicar lo que había pasado—. Pone «Miguel».

—Sí, es para mí. Gracias.

Roberto cogió la carta. De nuevo actuaba como si estuviese esperando con muchas ganas que eso pasara. Se quedó mirando un rato el sobre y, sin darme cuenta, yo también.

—Gracias, Lucas. Puedes volver a acostarte.

—Sí. Buenas noches.

—Buenas noches, chico.

Entré en mi habitación y escuché los pasos de mi dueño alejarse hacia el salón. Me acosté sin saber qué es lo que estaba tramando Roberto, pero me tranquilizó saber que para él parecía ser algo bueno.

Inesperadamente, no me preocupó demasiado que un sobre azul saliese de debajo de una puerta cerrada con llave.

La imagen que durante aquella movida noche no me dejó dormir bien fue la de Gema desapareciendo por la esquina donde empezaban las escaleras.

1. Febrero

La semana siguiente continuaron pasando cosas que no entendía porque nadie me las explicaba, y, evidentemente, yo no preguntaba. Tras la limpieza profunda que se le dio a la casa, se hicieron importantes compras de comida, mantelería y vajilla. Solía llevar en el coche a Luisa y Roberto en todas estas gestiones. Él seguía poniéndome música y explicándomela. Le motivaba lo mucho que a mí me gustaba. Además de la música, los últimos días había empezado a contarme pequeños trucos de persona libre; datos sin importancia, como las redes sociales que se llevaban entonces y la comparativa con las anteriores, cómo cambiaban las modas constantemente o en qué consistía un *reality*. Me explicaba cómo y por qué las personas libres reaccionaban de distinta manera que los esclavos. Me lo explicó muchas veces usando como ejemplo una alcachofa, por lo visto así se lo habían explicado a él hace tiempo. La base de una persona es como la base de una alcachofa; la parte tierna del interior de la verdura, el corazón. Todos los seres humanos, tanto si son libres como si no, son esa parte central. La diferencia entre ambos es que una persona libre necesita cubrirse de capas para sobrevivir en este mundo, porque un hombre libre está condenado a aparentar ser mejor de lo que es, ocultar sus secretos y debilidades, intentar que su casa, su ropa, su familia, su trabajo y sus amigos lo definan como a él le interesa que lo hagan para que la sociedad lo acepte de la manera que quiere. Necesita cubrirse de capas para ser lo que le han dicho que es ser feliz, capas duras y secas que protegen esa parte central que ya casi se les ha olvidado. En definitiva, las personas libres son esclavos demostrando ser personas libres cada minuto de su vida.

Las conversaciones con Luisa eran más personales. Casi hablaba yo más que ella. Quizá el hecho de que fuese periodista hacía que pasara los silencios de cada trayecto haciéndome preguntas. Ella era la única que sabía lo que me gustaba el chocolate, que la lasaña y el jamón eran mis comidas favoritas en aquel momento. El nombre de mis padres, los juegos de mi niñez e incluso lo de Gema. Me sentía

cómodo contándole las cosas, siempre me daba una respuesta que me hacía sentir mejor. Yo, la mayoría de las veces, ni siquiera sabía que lo que contaba necesitaba una respuesta, pero necesitaba que alguien me hiciera sentir mejor por lo que pasó con mi joven dueña. Luisa me tranquilizó. Me habló de lo desgarrador que podía ser un amor adolescente y también de lo típico que era.

—Mañana se enamorará de un chico popular de su instituto al que le da igual que ella exista o de un cantante americano al que nunca se va a poder acercar y va a sufrir de la misma manera que hoy por su esclavo.

Me dijo que la tristeza que se me había quedado dentro también era normal y a la vez muy bonita, porque significaba que Gema me importaba, aunque no fuera románticamente.

Gema fingía una fría normalidad. Se esforzaba en que aquella amistad de cartón piedra pareciese real. Nuestra relación había mutado mal y parecía no haber marcha atrás. Creo que a ambos nos daba la misma pena, pero a ella un poco más de vergüenza. Pensé que debíamos hablar e intentar normalizarlo todo como me aconsejó su madre.

Tenía pensado hacerlo la misma tarde que escuché revuelo en el piso de arriba mientras preparaba la cena, pocos minutos antes de que bajaran Simón, Gema y Blanca siguiendo a su madre, arrastrando pequeñas maletas de viaje. Los ayudé a cargarlas en el todoterreno de Luisa sin preguntar qué significaba todo aquello. A ninguno de los chicos parecía entusiasmarle el plan, pero sus padres estaban aguantando esa euforia que empezó el primer día del año. Se despidieron de Roberto y de mí, se montaron en el coche y desaparecieron al final de la calle.

Creo que escribir todo esto en un párrafo ayudará al lector a comprender lo instantáneo que fue todo esto. No pasaron ni diez minutos desde que escuché las ruedas del equipaje por la tarima flotante del piso de arriba hasta que el coche arrancó. La casa se llenó de un silencio distinto al de cada mañana. Más frío, menos confortable. Roberto entendió que debía explicarme la situación y vino a buscarme a la cocina. Yo estaba allí pensando en qué hacer con

tantísima cena ya preparada.

—Lucas, perdona que todo esto haya sido tan precipitado. Luisa y yo hemos tomado la decisión esta misma tarde.

—Ningún problema, Roberto. —Seguía siendo raro recibir explicaciones y disculpas de él.

—Verás… Mañana es un día muy importante para mí. Para la familia, incluido tú. Llevo bastante tiempo esperando este momento y… estoy un poco nervioso.

—Sí…, he notado algo de tensión estas semanas.

—Lo sé. Sé que lo has notado. —Sonrió orgulloso—. Eres un chico muy inteligente.

No contesté a eso. Ni hubiera sabido hacerlo ni sonaba a algo que tuviese que ser respondido. Roberto hizo una buena pausa, respiró hondo y cambió el gesto de la cara.

—Mañana vamos a celebrar una cena en casa para unas doce personas. Por eso hemos estado comprando comida, platos nuevos y demás estos días. No te preocupes, aunque sé perfectamente que podrías prepararla tú, he contratado a unos cocineros —me lo dijo como si tuviera que disculparle por quitarme el problema de cocinar para una docena de personas.

—Vale.

—Quiero que sirvas la mesa, pero necesito algo más sofisticado para impresionarlos.

—Entiendo.

—Tiene que salir bien. Todo tiene que ser perfecto. ¿Recuerdas lo de la alcachofa?

—Sí, claro.

—Bien. Mañana es el día en que me pongo todas las capas posibles. —Descubrí a qué padre salió Gema a la hora de fingir normalidad. Roberto estaba ilusionado, pero bastante preocupado también—. Todos los invitados son personas muy importantes: jueces, políticos, banqueros, dueños de periódicos, empresarios muy poderosos…

—Perfecto. Todo va a salir bien.

Pensé que era el comentario adecuado en aquel momento. Creo

que acerté, porque se quedó callado, me miró y se rio. La risa lo tranquilizó. Por mi parte, ya había servido grandes cenas y reuniones profesionales importantes en casa de los Navarro. Ya había conocido a jueces, políticos y empresarios poderosos. De hecho, trabajaba para ellos. Así que sentí que, de alguna forma, estaba más preparado que mi dueño para la noche del día siguiente. Tampoco pensé que me jugara algo más que en cualquier otra cena. Ese problema era de Roberto. Yo me basaría en hacer lo que me pidiese y ayudarlo en lo que hiciera falta.

—Además, mañana vamos a buscar el producto estrella del menú: marisco de primera, lo más fresco posible. Tendremos que conducir un par de horas.

—Estupendo.

Roberto pensó en algo que le hacía una notable ilusión preguntarme.

—Lucas… ¿Has visto el mar alguna vez? —Él ya sabía perfectamente que no.

1. Océano

Roberto buscó adrede un camino desde el que yo no pudiese ver el mar antes de encontrármelo como él había planeado. Paramos en el parking de una urbanización de apartamentos vacacionales. Desde el primer momento me sentí en un sitio diferente. En pleno invierno, el silencio era demoledor en un lugar diseñado para la alegría festiva y el turismo. La forma de los balcones, los innumerables *pubs*, centros comerciales y salones recreativos cerrados por la temporada baja me deberían haber hecho imaginar este lugar vivo en agosto, pero nunca había visto algo parecido a eso. Aun así, nada me parecía tan nuevo como el olor de aquel sitio. El agresivo perfume del salitre impregnado en cada esquina del pueblo. El primer golpe que te da el mar después de una vida sin conocerlo es en plena nariz. Eso está claro.

Roberto me dijo que lo siguiera y me guio por unas estrechas callejuelas entre casas encaladas hasta salir directamente a la avenida donde la visión del mar me petrificó en el acto. Escuchaba la risa de mi dueño, que preveía mi reacción. Yo ya había visto el mar en televisión y fotografías, pero no tiene nada que ver con la realidad. No le hace justicia. Me lo encontré calmado. Las pequeñísimas olas alcanzaban con suavidad la orilla donde la arena parecía absorberlas para impedir que llegasen más lejos. El brillo del sol se movía con la marea y terminaba de hacer mágica la visión del gigantesco océano que me hizo sentir aún más pequeño. Recobré disimuladamente la compostura y le sonreí a Roberto.

—¿Qué te parece?

—No… no sé cómo explicarlo.

—Es normal. —Me dio unas palmaditas paternales en la espalda.

Si mis dueños no hubieran sido los Cortés, nunca hubiese salido de la calle que lleva de la mansión de los Navarro al supermercado. Lo normal es que un esclavo pase sus setenta años de vida útiles viendo la misma casa, el mismo jardín, las mismas calles y la misma gente. Yo ni siquiera deseaba ver más que eso. No porque no quisiera sino porque no sabía que podía quererlo. No tenía la capacidad de soñar

con algo que es evidentemente imposible desde el día en que nací. Antes de poder ver la televisión, no había pensado en la magnitud de lo que desconocía y lo básica que es mucha de esa información para entender la vida en general. Podía comparar el mar y esa visión del horizonte lejano donde se pierde y parece infinito, con todo lo que me quedaba por aprender y con los sueños que me habían permitido empezar a tener. Eso me hacía ser consciente de lo diferente que ya en ese momento era del Lucas que llegó a casa de su nueva familia.

Compramos todo el marisco que Roberto necesitaba casi recién sacado del agua. Los esclavos de los pescadores organizaban deprisa todo el producto. Tenían marcados los músculos en sus delgados brazos, las manos llenas de heridas y la piel machacada por el sol. Era un tipo de esclavo totalmente diferente a aquellos a los que yo pertenecía. Solo nos parecíamos en el número tatuado, el uniforme y la expresión de tener que realizar correcta y rápidamente el trabajo para no recibir un castigo. Pensé que la posibilidad de ver el mar a diario no compensaba la dureza de la tarea que desempeñaban. Uno casi podía sentirse afortunado por ser un esclavo doméstico antes que uno pescador, minero o constructor.

Cuando volvimos al coche, Roberto me dijo que me sentase en el sillón del copiloto, quería conducir él de vuelta a casa. Eso me dio la posibilidad de ir mirando por la ventanilla todos aquellos paisajes nuevos para mí. La extraña marisma, los blancos y desiguales pueblos de la costa y el mar interminable que siempre estaba de fondo. Me pude permitir perderme un rato en aquellas vistas. La experiencia fue bastante inolvidable gracias a la música que me acompañó durante aquellos kilómetros. Mi dueño había puesto un disco que combinaba a la perfección con aquel momento, con la luz del sol que empezaba a bajar e incluso con todas las cosas que me revoloteaban en el pecho. *Bossa nova* me dijo que se llamaba.

—¿Sabes, Lucas? Es ilusionante ver cómo descubre el mundo alguien como tú. Creo que en el fondo tienes suerte.

—No sé a qué te refieres.

—Quiero decir que una persona libre… Simón, Gema o Blanca, por ejemplo, vieron el mar cuando eran muy pequeños y han crecido

con esa imagen, sin darle más importancia que al jardín de casa. Es una experiencia que les impactó de la misma forma que descubrir la textura de una alfombra. A esa edad, en la que normalmente la vida se basa en ir descubriendo todo, supongo que el cerebro está también en una fase de aprendizaje continuo que de alguna forma nivela esos impactos diarios…, pero, con veintitrés años, tu fase ya es muy diferente. ¿Entiendes?

—La verdad es que no… Perdona.

—El impacto de ver el mundo…, descubrir el mar con una mente ya formada, pudiendo darle la importancia que otros que ya se han acostumbrado a verlo no le dan, hace que la sensación se multiplique. Es muy interesante vivirlo así. No todos pueden.

Asentí sin entenderlo del todo. En un momento dado, mucho después de haber dejado atrás el último pueblo de costa que cruzamos, Roberto entró por un angosto camino de tierra. Los baches y la velocidad a la que iba hicieron que tuviese que agarrarme a lo que pude. No hice preguntas, pero, cuando lo miré buscando respuestas, solo lo vi sonreír y me contagió la sonrisa. Tras un par de kilómetros de saltos detuvo el coche. Estábamos en una playa enorme y vacía, en medio de la nada. Solo había mar, arena y arbustos. Los pueblos cercanos y la carretera de la que nos habíamos salido no podían verse desde aquel punto. Roberto abrió su puerta.

—Bájate.

Bajé del coche y me puse cerca de mi dueño, que se había quedado delante del coche, respirando hondo con los ojos cerrados y de cara al mar. El sol de invierno calentaba lo justo para compensar la fresca brisa que bailaba con las olas.

—Venga, Lucas, quítate los zapatos —dijo mientras se descalzaba.

—¿Qué?

—Los zapatos y los calcetines, venga. Vamos.

Le hice caso y le seguí hasta la orilla. Me indicó que me remangase el pantalón y me pusiera a su lado. Entonces la espuma del mar me rodeó los pies. Recuerdo que no la esperaba tan fría y eso me hizo soltar una carcajada. La sensación se parecía de alguna forma a

las cosquillas que mi madre me hacía de niño. Mi reacción le hizo mucha gracia a Roberto, que se partió de risa. Lo notaba disfrutar con cada cara de perplejidad que los descubrimientos importantes me hacían poner. Era así desde que el pollo a la mostaza de luisa me cambió el gesto la primera vez. Sentir la arena en la planta de mis pies ya había sido espectacular, así que mezclarlo con el agua salada y notar cómo me iba hundiendo unos milímetros con cada ola en mis tobillos fue algo que me costó gestionar.

—Venga, vamos para adentro. —Roberto empezó a descamisarse.

—¿Qué?

—¡Al agua! —Tiró su camisa en la arena y empezó a abrirse el cinturón. Yo no me moví—. Venga. Aquí nadie puede verte.

Desconocía si alguna vez un esclavo se habría bañado en el mar sin que fuese para desempeñar alguna tarea concreta, pero suponía que no. De hecho, nuestra presencia solía estar prohibida en las playas y, si alguna vez alguno tenía que entrar, debía ser vestido y calzado de forma reglamentaria.

—Lucas, quítate la ropa y métete en el mar —insistió Roberto—. Es una orden.

—Es que… —Me daba miedo.

—Lo sé. Solo en la orilla, tranquilo. —¿Cómo lo sabía?—. Además yo entro contigo.

Me quité la ropa más despacio que mi dueño, doblándola correctamente antes de posarla con cuidado en la arena seca. Él, que ya llevaba desnudo un rato, se adelantó.

—Venga, yo voy primero. No le tengas miedo.

Lo vi entrar dando zancadas y demostrándome que se iba haciendo cada vez más profundo. El agua pasó de cubrirle los tobillos a la cintura en cuestión de diez metros. Finalmente saltó y se zambulló grácilmente, desapareciendo de cabeza a pies unos segundos. Me hizo señales desde dentro para que fuese hacia él, así que di el primer paso intentando no pensar en que me estaba terminantemente prohibido y que, hasta aquel momento, no entendía exactamente en qué consistía nadar, pero estaba seguro que era necesario y que yo no sabía.

Sentí el intenso frío del mar subiendo a cada paso por mi cuerpo.

A priori no era muy agradable por el cambio de temperatura, pero me resultaba interesante la sensación de atravesar el agua y la mínima presión que ejercía en mí a pesar de su magnitud. Caminaba muy despacio, intentando que mi piel se adaptase al gélido Atlántico, pero las malditas olas aceleraban el proceso. En un momento dado, siguiendo las instrucciones de Roberto, doblé mis rodillas y me hundí hasta el cuello. Una vez lo hice, tardé unos segundos en olvidar el frío. Él me explicó algún truco para flotar sin tener que moverme y me dijo cómo podría nadar, enseñándome cómo lo hace un perro. El animal no nada porque sepa hacerlo, intenta correr y ese mismo movimiento le sirve para desplazarse. «Es la manera más fácil», me dijo.

No sé cuánto tiempo estuve, pero mis manos y mis pies se arrugaron hasta el punto que Roberto tuvo que explicarme que era algo normal. Fue una sensación increíble. No tengo vocabulario suficiente para explicar todo lo que sentí, pero recordarlo hoy me sigue emocionando. Fue sin duda lo que más libre me había hecho sentir hasta entonces.

1. La cena

Recuerdo que era 20 de marzo porque llevábamos mucho tiempo esperando ese día. Comprobé en mi reloj de pulsera que ya solo quedaban diez minutos para las nueve de la noche, así que realicé la vigésimo cuarta y última comprobación al salón comedor, aun sabiendo que todo estaba perfecto. Todo en su sitio, la gran mesa abierta y preparada para doce comensales. Vajilla nueva, cubertería de plata y cristalería reluciente. Cada uno con su plato hondo, plato llano, bajoplato, platito para el pan y plato de postre. Con su cuchillo para el pescado, para carne, para ensalada; su cuchara, su cucharilla, y su pala para el pescado. Copa de tinto, copa de blanco, copa de agua y copa de champán.

Unos pasos en la escalera interrumpieron el recuento. Era Roberto ya preparado con un impecable traje negro y una corbata azul. Me miró y destensó un poco la mueca. Nunca lo había visto tan nervioso. Se secaba el sudor de las manos en la parte baja de su chaqueta constantemente y bailoteaba instintivamente cuando se quedaba parado.

—¿Qué tal estoy?

—Perfecto. Muy elegante. —No mentí y aun así dije lo que él necesitaba.

—Bien, están a punto de llegar. Recíbelos, cógeles el abrigo y hazlos pasar.

—Muy bien. —Puede que fuese la quinta vez que me repetía lo mismo.

—¿Cómo va la cosa en la cocina?

—Me dijeron que estaban acabando, pero voy a asomarme para asegurarme.

Salí del salón y Roberto se quedó solo, ensayando en *mute* saludos y risas forzadas. Me resultó muy tierno ver un dueño tan vulnerable. Si cuando me preguntó le hubiese dicho que el traje le quedaba mal, lo hubiese destrozado. Me propuse hacer lo posible para

que todo saliese perfecto aquella noche; más por empatía que por oficio.

Volví a la cocina para asegurarme de que la cena estuviese a tiempo. Habían venido cuatro profesionales a encargarse de ello. Un chef y tres ayudantes que trabajaban con eficacia y compenetración. Me asomé a la puerta y me bastaron diez segundos observando aquella improvisada pero ensayada coreografía culinaria para darme cuenta de que lo único que yo hacía en esa cocina era estorbar. Era extraño como esclavo controlar un equipo de hombres libres. A veces se daban este tipo de situaciones, pero, para ellos, nosotros estábamos más lejos de ser una persona al cargo que de una videocámara de vigilancia.

El timbre sonó. Me sorprendió que aquellos importantes invitados fueran tan puntuales como cualquier esclavo. De camino a la puerta me crucé con Roberto respirando deprisa, secándose el sudor de las manos y con una sonrisa que parecía de cartón. Se había colocado protocolariamente justo en la entrada al salón para recibir la visita.

—Tranquilo, Roberto. Suerte. —Él solo asintió sin mover aquella mueca tirante.

Abrí la puerta y encontré un matrimonio de unos sesenta años muy elegante. Ambos me miraban amables y sonrientes.

—Buenas noches, señores. ¿Me permiten sus abrigos?

—Sí, claro. Muchas gracias —contestó la señora. No es normal darle las gracias a un esclavo, y menos gente que puede permitirse abrigos como los que les guardaba.

—Pasen. El señor les espera.

—¿El señor? —El hombre se rio y siguió caminando hasta Roberto.

Esperé unos segundos junto a la entrada para no interrumpir su saludo mientras intentaba encontrarle sentido a aquel «¿el señor?» que me acababa de soltar un tipo con zapatos de ochocientos euros. Pensé que tal vez ese comentario y el innecesario «gracias» de la señora se debía a un carácter amable y liberal, similar al de los Cortés cuando me conocieron. Era mi primera cena con gente rica fuera del techo de los Navarro y los millonarios invitados de allí no me daban las gracias,

eso seguro. Me acerqué a ellos, que ya iban concluyendo su saludo.

—Lucas, ven. Te presento. —Vale, sí, era justo lo que pensaba—. La famosa doctora Flora Sánchez y Juan Campos, uno de los periodistas más influyentes del país.

—No seas zalamero, Roberto. Un placer, Lucas —soltó el periodista sonriente.

—Encantado. —Tuve que hacer un esfuerzo enorme para callarme el «señores».

En poco menos de diez minutos llegó el resto de los comensales: un par de cargos políticos importantes, una catedrática, un fiscal, una jueza, un banquero, un doctor, dos exitosos empresarios, una comisaria de policía y un niño rico más o menos de mi edad, que supuse que era el hijo de los León. Todos los hombres llevaban una corbata azul como la de Roberto y las mujeres un pañuelo del mismo tono. En unos minutos de aperitivo hacían evidente su estatus, su elegancia y su manejo del protocolo. Mientras me aseguraba de que no faltase vino en las copas, escuchaba una conversación que apenas entendía. Palabras técnicas complejas, cantidades de dinero y apellidos compuestos.

Había servido más de veinte grandes cenas en casa de los Navarro, pero aquella noche me tenía desubicado por varios motivos: que mis esfuerzos por asegurar el triunfo del anfitrión se basasen en el afecto y no en el miedo. Que, a diferencia de lo que ocurría con el resto de camareros contratados por Roberto, los invitados me llamaran por mi nombre. Que el único muchacho joven sentado en la mesa no perteneciera a ninguna familia, pero me mirara igual que el resto, como si supiera algo de mí que ni siquiera yo sabía. Sin embargo, cuando parecía imposible que la situación fuese más extraña, llegó el postre y empezaron a hablar conmigo.

—Dinos, Lucas, ¿te cuida bien Roberto?

Escuchar mi nombre tan rodeado de silencio me tensó la espalda. Me giré y me encontré a todos los comensales mirándome divertidos mientras apuraban el pastel de queso y les daban los primeros sorbos a los licores. La voz que había planteado la pregunta pertenecía a la reputada jueza Estefanía Casares. Era la mayor de la mesa y, por el

sitio que se le había reservado y el trato excesivamente respetuoso del resto de los invitados, daba la impresión de ser la líder. Tardé demasiado en contestar, de nuevo me di cuenta de ello cuando aún no había movido los labios para hacerlo. Miré de reojo a Roberto y este asintió sutilmente con la cabeza, dándome permiso para decir lo que tuviese que decir, así que dije la verdad.

—Muy bien. —No dije «señora»—. Mejor que nadie en mi vida.

La mujer sonrió y se encendió un cigarrillo largo y estrecho muy despacio. Tal vez no fue tan despacio, pero a mí se me hizo eterno. El resto de la mesa se giró para mirarla y me dieron a entender que aquello solo era el principio de la conversación.

—Por lo que nos ha contado Roberto, eso tampoco habrá sido difícil —dijo tras una larga calada—. ¿Te quieres sentar?

—No se preocupe, estoy bien. —Para mí seguía siendo tan extraño que no podía evitar considerarlo una trampa.

—No me preocupo en absoluto, Lucas.

Escuché el ruido de una silla a mi izquierda y miré deprisa, alerta, como una presa en peligro. Era Roberto, que estaba levantándose y ofreciéndome con un gesto su sitio.

—Siéntate, Lucas —me dijo mi dueño. Parecía tan nervioso como yo.

No podía volver a rechazarlo. Me senté entre dos señores trajeados, bajo la mirada fija de toda la mesa. La jueza me miró sonriendo y en silencio antes de hablar.

—Antes pertenecías a la familia Navarro, ¿no?

—Así es, señora.

—He escuchado que son especialmente crueles con sus esclavos.

—Bueno…, no especialmente.

—Ah…, ¿no? Roberto nos comentó que eran muy estrictos con las normas, las dietas y muy duros con los castigos físicos.

—Sí, señora, pero no especialmente. —El tiempo se paró. Todos esperaban en silencio mis siguientes palabras. Poder seguir adelante con la presión de hablar por primera vez ante tantas personas me sorprendió a mí mismo—. Quiero decir que…, bueno, una de mis funciones en la casa de los Navarro era la de chófer, así que esperé al

señor en muchos parkings junto a otros esclavos y…, bueno, creo que lo especial es lo de los Cortés.

Noté cómo los comensales se miraron entre ellos y asintieron satisfechos. Tuve la sensación de haber aprobado un examen. Se creó un murmullo en el que era imposible distinguir palabras, pero la mujer mandó silencio y todos obedecieron enseguida. Aquello no había terminado.

—Así que tenías normalizados esos abusos, ¿no? Formaban parte de tu rutina.

—Sí, claro. —Intentaba disimular lo obvia que me resultaba la respuesta, pero a esas alturas ya entendía que no lo era tanto para una persona libre.

—¿Y no había ni rastro de sentimiento de culpa cuando te hacían daño? —Parecía indignada—. ¿Cómo no podía haber un mínimo de misericordia en ellos?

—¿A usted le da pena un microondas? —De nuevo recurría al ejemplo más claro—. ¿Una lavadora?

—Pero… tú eres una persona, Lucas.

—A lo mejor para usted sí, señora.

Se volvió a crear un murmullo que duró lo mismo que una calada al cigarrillo de Estefanía.

—¿Y cómo lo soportabas? ¿No vivías con miedo?

—No. De hecho…, creo que ahora es la primera vez que vivo con miedo.

—Porque es la primera vez que tienes algo que perder. —Aquella mujer acababa de leerme la mente palabra por palabra—. Me alegro de que Roberto te haya encontrado.

—Y yo.

Todos rieron. Supongo que pensaron que era un chiste, así que fingí que lo había sido. Aquella carcajada relajó bastante el ambiente. La mayoría hacía comentarios en voz alta y algunos aprovechaban para servirse otro vaso de licor. Deduje que aquel examen sorpresa había llegado a su fin y decidí incorporarme para organizar la recogida de los platitos de postre, pero una mano se posó en mi hombro e impidió el movimiento. Era Roberto, que sutilmente me

recordaba que, igual que no debía sentarme si no se me ordenaba, tampoco debía levantarme cuando yo lo decidiese, así que volví a mirar a Estefanía esperando su permiso y me encontré con sus ojos clavados en los míos, como si no hubiese dejado de observarme en ningún momento. Leí en su gesto que aún no tenía todas las respuestas que esperaba de mí. No fui el único que se dio cuenta. Mi dueño mandó a callar al resto con un enérgico «¡chist!».

—Cuando fantaseas con ser una persona libre, ¿con qué fantaseas exactamente?

—Intento no hacer eso, señora.

—Ya, lo sé. Pero… es inevitable, ¿no?

Tardé unos segundos en contestar. Intenté mantener la postura firme de esclavo perfecto, pero la verdad me doblegó. Me hubiese gustado que la jueza no tuviera siempre razón.

—Sí.

—Es normal. ¿Y dónde te ves?

—¿Qué quiere decir?

—Pues…, no sé…, ¿a qué imaginas que te dedicas, por ejemplo?

—Bueno, mis fantasías no llegan tan lejos. Solo deseo cosas más… pequeñas.

Todos quedaron en silencio, un silencio que pesaba cada vez más, como si fueran metiéndome un ladrillo por segundo en una mochila invisible, así que seguí hablando tras una pausa que no utilicé para pensar en qué iba a decir.

—Cosas como saludar a alguien por la calle, tirarme de cabeza en una piscina pública, ver un bar o un cine por dentro, comprar un perrito caliente en un puesto ambulante y comérmelo de pie al lado. Que un camarero diga mi nombre por la megafonía de un Starbucks, tardar en escoger la ropa que ponerme por la mañana, conducir solo hasta donde quiera, tener dinero propio para comprarle un regalo a un ser querido y verle la cara al abrirlo. Quedarme dormido en un sofá con la televisión puesta… y con la cabeza de alguien apoyada en mi hombro. Levantarme tarde sin sentirme culpable.

Después de aquella retahíla siguió el silencio, pero era uno diferente. Este no pesaba. Era una mochila vacía. Muchos de los

comensales me miraban con una sonrisa y el más joven se secaba los ojos antes de que pudiera escapársele una lágrima. Estefanía puso su mano sobre la mía con ternura, como si me conociera desde hacía tiempo.

—Eres un gran chico, Lucas.

—Lo es —dijo Roberto, que seguía de pie detrás de mi silla.

—Gracias —dije—. ¿Necesitan algo más?

—No. —La jueza quitó su mano de la mía—. Disculpa por haberte robado este tiempo.

—Ha sido un placer.

Me levanté y el murmullo de los invitados volvió a llenar la sala a un volumen normal. Aquellos veintiséis ojos dejaron de mirarme y me sentí libre volviendo a ser el esclavo de siempre. Después de aquel inesperado atracón de protagonismo, me apresuré a recoger todo lo que no fueran licores, vasos y copas de la mesa. Hice el esfuerzo de coger lo máximo posible entre mis dedos y mi antebrazo para no tener que volver de la cocina en un buen rato. Tenía la sensación de haber estado sometido a un examen sorpresa y haber rellenado todos los folios sin tener demasiado clara la asignatura. Necesitaba refugiarme con el servicio.

Caminé deprisa hacia la salida cargado de platitos de postre y tazas de café vacías, pero cuando mi pie derecho ya había atravesado el marco de la puerta, la voz de la jueza se elevó entre las del resto para volver a decir mi nombre.

—Lucas, una última cosa. —Me giré y la miré a modo de respuesta—. ¿Qué opinas sobre las personas libres?

Aquella pregunta me pareció la más complicada de todas; una pregunta trampa y fuera de tiempo. Miré a Roberto, que estaba junto a ella, y decidí seguir la misma estrategia que antes: ser sincero por muy arriesgada que fuese la respuesta.

—Pienso que solo han tenido suerte de haber nacido en la familia adecuada.

—¿Hubieras contestado eso antes de haber trabajado para Roberto?

—No, señora.

—¿Por qué?

—Porque no lo sabía. —La mujer sonrió.

—Gracias, Lucas.

—A usted.

Seguí mi camino sin mirar atrás. En unos pocos pasos ya estaba en mi zona de confort, rodeado de camareros recogiendo y cargando el lavavajillas. El murmullo del salón estaba lo suficientemente lejos como para poder respirar hondo de nuevo sin fingir normalidad, así que me relajé volviendo al trabajo.

Aunque el servicio contratado se había encargado de la limpieza más superficial, había que ocuparse de los detalles en los que alguien que quiere volver a su casa pronto no se detiene: la limpieza más profunda en los rincones de aquella cocina que solo conocía yo, desde los azulejos menos accesibles donde se acumulaba la grasa hasta las esquinas de la encimera o el fondo del frigorífico. Justo en esta última parte del repaso me encontré con una bandeja de pequeños postres rellenos que no habían llegado a la mesa.

—¿Y estos pasteles? —Los camareros me miraron—. ¿Por qué nadie los ha sacado?

—Nadie nos dijo que lo hiciéramos.

El tono en el que me hablaban aquellos chavales es difícil de explicar. Eran muchachos libres de prácticas en una empresa de *catering*, obligados a recibir órdenes del esclavo encargado de la casa. Que a alguien a quien consideras rotundamente inferior le hayan regalado el derecho a darte órdenes es complicado de digerir. Y aunque no les quedaba más remedio que obedecer, no podían evitar verlo como una situación injusta. Lo noté en el tono con el que me contestaban, un desdén sutil escondido detrás de un respeto impuesto. Para mí fue mucho más evidente en ese momento porque venía de hablar con una reputada jueza millonaria que sí me había hablado con la amabilidad con la que se le habla a un igual; así que decidí dejar de perder el tiempo respondiéndoles, cogí la bandeja y salí deprisa hacia el salón deseando que no fuese demasiado tarde para aquellos carísimos canapés dulces.

Justo a mitad de camino, escuché el chirriante sonido que hacen

trece sillas de madera deslizándose de forma brusca y entrecortada por el suelo cuando sus ocupantes se levantan a la vez. Aquel estruendo inesperado me detuvo en medio del pasillo y, aunque no llegué a asomarme, no pude evitar quedarme escuchando lo que pasaba a continuación. Tras un breve silencio, la voz de Estefanía empezó una frase que el resto siguió.

—Hoy, en plena primavera, dejo abierta la puerta de la jaula al pájaro azul.

Justo después reconocí el sonido característico de copas chocando en un brindis, la pausa justa de un trago y un aplauso. Fui consciente de que era demasiado tarde para los dulces. Volví deprisa y sigilosamente a la cocina para dejar de nuevo la bandeja en la nevera y volver al salón por si a alguien se le ofrecía algo más, pero los otros camareros me estaban esperando.

—Nosotros nos vamos ya.

—Muy bien. —Sin mirarles a la cara, les abrí la puerta de la cocina para el servicio.

No se despidieron, pero yo tampoco les di las gracias. Cerré con llave cuando estuvieron fuera y al girarme me di cuenta de lo que me molestaba que aquellos intrusos estuviesen estorbando en mi cocina. Justo entonces escuché los pasos de todos los comensales salir del salón. Instintivamente, cogí un paño y me puse a limpiar la encimera limpia hasta que Roberto asomó la cabeza por la puerta.

—Lucas, nosotros nos vamos ya. Te quedas solo un buen rato, luego te veo.

—Espere, voy a darles los abrigos a…

—No te preocupes, ya los están cogiendo.

Noté que Roberto estaba contento y eso me dejó bastante tranquilo. La gran tormenta que llevábamos esperando y temiendo desde enero estaba a punto de acabar por fin. Mantuve la posición firme con la intención de relajarme al escuchar la puerta principal cerrarse, pero un movimiento totalmente inesperado terminó de desestabilizarme en la que, aun a día de hoy, fue una de las noches más raras de mi vida. Empecé a verlos pasar a todos en sentido opuesto a la entrada de la casa, es decir, justo hacia donde estaba mi

celda. Iban desordenados y charlando de forma distendida. Los que miraron hacia la cocina me encontraron allí paralizado por la incertidumbre. Muchos se despidieron de mí gestualmente.

Cuando pasó el último, me acerqué al pasillo y me asomé con cuidado, utilizando el quicio de la puerta como escondite. Después del intenso interrogatorio al que me habían sometido hacía un rato, supuse que tocaba inspeccionar mi habitación. Repasé mentalmente si todo estaba en su sitio: el baño limpio, la cama hecha y los cajones ordenados; todo correcto.

Pero estaba equivocado. Lo que hicieron fue muchísimo más inquietante. Se pararon un par de metros antes, delante de la misteriosa puerta azul. Y eso hizo imposible que yo dejase de mirar.

La jueza, que iba delante del grupo, sacó una llave de su bolso y abrió la más alta de las tres cerraduras. Luego, Juan Campos, el periodista que llegó antes que el resto a la cena, sacó otra llave y abrió la de en medio. Finalmente, Roberto abrió la inferior con la suya. Luego fueron entrando tranquilamente. La perspectiva no me dejaba ver qué había tras la puerta, pero pude escuchar cómo bajaban escalones. Eran tantos e iban tan cerca unos de otros que me fue imposible calcular la longitud de aquella escalera. Roberto fue el último en pasar y cerrar con llave desde dentro. Me quedé unos segundos asimilando que trece personas con sus abrigos puestos y sus bolsos colgados hubieran desaparecido tras una puerta del pasillo de mi casa. Tras un buen rato, me di cuenta de que por mucho que me esforzase no iba a lograr entenderlo. Por lo menos no aquella noche.

Recogí el salón y ordené la casa sin abandonar un instintivo estado de alerta que me tenía agudizando el oído por si escuchaba algo, pero el silencio era absoluto, tanto que el ruido que producía al recoger me resultaba escandaloso.

Cuando lo tuve todo hecho, me quedé un rato de pie en medio del salón intentando recordar las respuestas que había dado; la mirada de Estefanía clavada en mis ojos, como si pudiese leerme la mente; la sonrisa que hacía aún más profundas las arrugas de su rostro. El resto de los invitados, con sus trajes caros, sus corbatas azules y sus gestos de entender lo que estaba diciendo; el chaval de mi edad que lloró con

mi respuesta… Tan diferente a ellos; tan diferente a mí.

Pasaron unas horas y preví que mi dueño no iba a llegar temprano, así que decidí acostarme. Había sido una noche muy intensa que cerraba unos meses agotadores. Recuerdo cómo me empezaron a doler las articulaciones cuando mi cuerpo se relajó sobre el colchón, algo que no me pasaba desde que trabajaba para los Navarro. Llevaba arrastrando tanto sueño que me pareció increíble no desmayarme sobre la almohada enseguida.

Después de mucho tiempo durmiendo bien, el insomnio volvió a mantenerme horas mirando al techo, hasta que volví a escuchar la puerta del pasillo abrirse. Cerré los ojos por si a alguno se le ocurría asomarse a mi celda. Lejos de despejarme alguna duda, aquello me abrió un par de preguntas más, porque solo entró Roberto.

1. Fin de fiesta

Para alguien como yo, la romántica primavera solo significa una cosa: más trabajo en el jardín. Es época de eliminar las malas hierbas, entutorar las plantas, comprobar si la poda del invierno fue correcta y tomar las medidas necesarias para evitar las plagas estacionales. La jardinería no era mi fuerte, pero siempre he agradecido trabajar al aire libre. Aunque disfrutaba mucho más estas tareas en casa de los Navarro, supongo que porque en la de los Cortés no sentía la necesidad de escapar.

Todo había vuelto a la normalidad. La familia estaba de nuevo en casa y yo retomaba mi rutina diaria: preparar el desayuno cada mañana y llevar a los chicos en coche a sus respectivas clases, limpieza general de las zonas comunes, preparación del almuerzo y la cena. Las tardes dependían del plan de cada uno y de quién requiriese mis servicios. Después de los tres meses de tensión que había provocado la cena, me encantaba que lo más emocionante de mi jornada fuese cargar bolsas en un supermercado o hacer la colada de blancos. Creo que a todos nos hacía falta recuperar la monotonía de siempre, aunque no podía dejar de ver que algo seguía siendo diferente en Roberto. Lo conocía lo suficiente para percibir que estaba haciendo un esfuerzo continuo por disimular algo. Y lo notaba sobre todo cuando hablaba conmigo. Era imposible saber de qué se trataba, pero al menos tenía la sensación de que era algo positivo. Como la emoción contenida de alguien que debe esperar el momento justo para dar un regalo, aunque desearía poder hacerlo lo antes posible. Igualmente, yo fingía no haberme dado cuenta de su evidente y torpe disimulo.

Gema seguía algo distante desde su declaración de amor frustrada. No podía evitar sentirme algo culpable, así que me volqué mucho en nuestra amistad. Le prestaba más atención que nunca, me terminaba los libros que me recomendaba para poder comentarlos con ella y habíamos convertido en tradición ver una película juntos los

miércoles por la noche. Sin embargo, el trato se había enfriado un poco por su parte. Hacía tiempo que no teníamos una de esas charlas antes de dormir que tanto me incomodaban y que en aquel momento echaba de menos. Ya no encontraba sus ojos cada vez que la miraba, ni se sonrojaba con mis chistes no pretendidos, ni buscaba disimuladamente el contacto físico conmigo. Seguía estando más unido a ella que al resto y aun así estábamos miles de kilómetros más lejos que antes. Creo que aún tenía que hacer un esfuerzo para canalizar lo que sentía y convertirlo en amistad. Aquel amor era diferente, más cómodo y, sin embargo, más triste.

Blanca continuaba enseñándome el mundo libre a su manera. La niña seguía siendo a quien mejor entendía, por compartir la inocencia de haber vivido menos que los demás. Era la única de la que no percibía un soniquete condescendiente en sus lecciones. Pasaba las horas conmigo en el jardín y reflexionaba sobre temas importantes con la sencillez de un sabio que sabe que le queda mucho por aprender. Y eso hacía que ya supiese más que la mayoría.

—Creo que, aunque los años empiezan el uno de enero, el principio es la primavera.

—¿A qué te refieres? —Me gustaba escucharle desarrollar sus teorías.

—A que el año debería empezar ahora.

—¿Por qué?

—Imagínate que un año es como un día, pues la primavera es como la mañana. Salen las flores y el sol ya empieza a dar calor, pero no mucho. Luego viene el verano, que es como mediodía, con el sol más fuerte y más tiempo en el cielo, y salen las frutas porque es… como la hora de comer. El otoño es la tarde; el sol se empieza a esconder, las hojas se secan y se caen de los árboles, como cuando llegas a casa y te quitas los zapatos para ponerte el pijama. El invierno es la noche. No se nota el sol, está más oscuro y da más miedo, por eso hacen la Navidad en invierno, porque es como cuando dejas la luz del pasillo encendida para dormir más tranquilo.

—O también puede ser como la vida, ¿no? —Yo también intentaba teorizar.

—¿A qué te refieres?

—Pues… la primavera es como la niñez, el verano es la juventud, el otoño es la vejez y el invierno… como la muerte.

—No. —Su seguridad era como una bofetada—. No es como la vida, es como un día.

—Pero si es lo mismo…

—No. Porque después del invierno siempre viene otra primavera.

Blanca me dejaba a menudo pensando con sus reflexiones profundas sobre cosas pequeñas. Teorizaba sobre personajes de dibujos animados, el ruido que hacía la cafetera o los semáforos. A veces eran solo graciosas y otras inesperadamente profundas. Aunque debo confesar que he olvidado la mayoría, esta de que la primavera era el principio se me quedó clavada por lo premonitoria que terminó siendo para mí.

Con Luisa aprendía sobre temas que los adultos sí consideraban importantes, por ejemplo, de política. Como periodista, estaba al día de cada movimiento o declaración en el Congreso. Me intentaba explicar cómo funcionaban esas cosas, pero su manera de contarlo, llena de tecnicismos que daba por hecho que yo entendía, hacía que yo asimilase solo una pequeña porción de la lección que pretendía darme. Era como si leyese solo una página de un libro entero. Tenía relativamente claro quién era el presidente y a qué partido pertenecía. Qué era la izquierda y qué la derecha; pero, sobre todo, la postura de cada uno sobre el tema de los esclavos. Estaban los que defendían nuestros derechos básicos e incluso proponían un régimen de obediencia un poco más moderado, y otros con una postura más tradicional, explicando que el sistema de persona libre/esclavo siempre ha mantenido el mundo equilibrado; que, si perdiésemos la figura del segundo, la sociedad se derrumbaría en un caos insostenible. Que no funcionaría porque ninguna persona libre estaría dispuesta a asumir las funciones que realiza un esclavo, y que, además, es algo que siempre ha sido así y hay que respetar las tradiciones.

Luisa me explicó que antes era aún peor. Que por lo menos ahora existía un debate sobre el tema y que eso era un gran paso, aunque

aún quedase un largo camino por recorrer. Supongo que pretendía que me pareciese esperanzador, pero en aquel momento yo era tan ignorante que entendía la teoría de que el mundo no podría funcionar sin esclavos. No me imaginaba una persona libre siendo peón en una mina o una obra. Comprendía que un sistema económico que se sostenía gracias a la mano de obra gratis no podría asumir perderla. Así que, sin decirle nada a mi dueña, acepté que un mundo lleno de personas libres era una fantasía y que simplemente se seguiría usando la situación de los esclavos con fines políticos, para ganar votos sin llegar a conseguir cambio alguno. Igualmente me pareció muy tierna la inocencia de una persona tan inteligente como Luisa imaginando algo así y eso me hizo entender la necesidad de soñar con algo.

Con Simón, todo seguía más o menos igual que siempre. Su desprecio pasivo se había moderado un poco, pero seguía ahí, recordándome cada vez que podía mi condición de sirviente inferior, algo que, como ya he comentado, no me afectaba en absoluto. Sin embargo, todo cambió desde el incidente del fin de fiesta.

Sucedió durante aquellos días en los que recobrábamos la tranquilidad. Roberto y Luisa habían prorrogado la hora de recogida a Simón hasta las tres de la madrugada en sus salidas nocturnas con amigos. Imagino que es inevitable temer las consecuencias de esto e imaginar horribles posibilidades y peligros a los que su niño podría enfrentarse; que es imposible sentirse seguro del todo dejando a su hijo menor solo en la calle durante la salvaje noche que en su día ya conocieron, por lo que me encomendaron la misión de recogerlo en un punto concreto a las tres y traerlo sano y salvo de vuelta a casa. Me pareció algo normal.

Así que programé el despertador para que sonase tres horas después de acostarme. Me duché y me vestí como cada mañana, cogí las llaves del coche que Roberto había dejado en la mesa del salón y salí a por el chico en una misión que, en aquel momento, no pensé que fuera a resultar complicada. Lo único que me preocupaba cuando salí del garaje era poder retomar el sueño cuando regresáramos un rato más tarde.

Llegué en menos de quince minutos, era una zona de pubs

relativamente cercana al barrio donde vivíamos. Simón había salido muchas veces por esos locales, pero solo hasta la una y media, un buen rato antes de que algunos fiesteros se conviertan en monstruos, de que se redujera el tráfico de coches y peatones, de que la policía estuviese entretenida con numerosos altercados repartidos por toda la ciudad.

Aparqué en el punto acordado, a una sola manzana del centro del bullicio. Simón no había llegado, así que paré el motor y subí la radio. Es normal que un adolescente estire la noche todo lo posible. Imaginé que aparecería de un momento a otro odiándome como siempre. Luego compartiríamos un viaje tenso y silencioso hasta casa en el que no tendría que verle la mala cara si no miraba por el retrovisor.

Dos canciones más tarde, la calle seguía desierta. Maldije por inercia al chaval, empeñado en buscarnos un problema a ambos. Tenía delante las luces parpadeantes de los pubs, a unos doscientos metros de distancia. Son menos de tres minutos a pie yendo muy tranquilo. Tras un rato calculando riesgos, decidí salir a por él. No me iban a dejar entrar en ninguno de los locales, pero quizá me lo encontrara fuera, vomitando junto a alguna señal de tráfico.

Apagué el motor y salí del coche. Era un polígono con la mitad de las farolas inservibles. Si no se contaba con el jaleo lejano de la zona de pubs, estaba bastante tranquilo. Hacía bastante frío y yo, que no pensaba bajarme del vehículo, no iba debidamente abrigado. Caminaba deprisa, pensando en lo complicado que sería encontrar a Simón entre tantos chavales vestidos y peinados igual que él, pero entonces me pareció escucharlo. Había sido como un grito, no entendí qué decía, pero estaba casi seguro de que había sido su voz. No estaba lejos. Afiné el oído y anduve intentando que el sonido de mis pasos no tapase otra pista sonora. Detecté el eco de un murmullo que salía de uno de los oscuros y solitarios callejones entre naves. Decidí asomarme sin estar seguro de encontrar lo que estaba buscando. Mientras me acercaba a aquellas voces, deseaba no encontrarme una pareja apasionada escondiéndose para llevar un poco más lejos su amor de una noche.

Cuanto más cerca estaba del callejón, la voz de Simón era más evidente y más claro quedaba que no estaba en una situación cómoda. Aceleré el paso hasta la esquina y finalmente conseguí ver lo que estaba pasando: tres tipos de casi treinta años habían acorralado al chaval, que tenía puestas las manos delante de la cara en posición de defensa. Los abusadores iban bien vestidos, seguramente lo habrían seguido desde la zona de bares viendo que se alejaba solo. Llegué demasiado tarde al callejón para evitar los primeros golpes, pero afortunadamente antes de la paliza. Estaban todos borrachos, aunque la poca experiencia del hijo de mis dueños le hacía parecer bastante más afectado. Mi plan inmediato, para lo que me habían entrenado, era detener a los matones y acabar con aquella desagradable situación con una actitud conciliadora.

—Eh… Tranquilos… ¿Qué está pasando?

Todos se giraron nerviosos cuando escucharon mi voz, pero se tranquilizaron al ver que era solo un esclavo. Simón estaba visiblemente perjudicado, y no solo por el alcohol.

—Lucas, me han quitado la cartera y el móvil. —Un empujón lo silenció de nuevo.

—¿Lucas? Esta mierda tiene nombre, chavales. —Los tres rieron.

—A ver, señores, no quiero problemas…

—Pues creo… que los vas a tener.

Los matones se enfrentaron a mí dejando de lado al maltrecho Simón, así que la primera parte de mi objetivo estaba cumplida. Se acercaron amenazantes y calculé posibilidades. Dos de ellos eran físicamente más corpulentos que yo, el que hablaba no llegaba a 75 kilos. Estaban algo borrachos y su ropa cara les restaba movilidad. Por la manera de andar podía saber que no eran precisamente atletas. Ni siquiera me cuadré.

—Venga, denme el teléfono y la cartera del chico.

—Lo que te vamos a dar es una buena hostia —me dijo mientras me rodeaban.

—Unas cuantas, gilipollas —apostilló su compinche.

Di un paso atrás para que no me viesen la matrícula. Si las cosas se ponían feas, solo los Cortés sabían que me llamo Lucas y ellos no

podrían identificarme. Un esclavo tiene prohibido golpear a una persona libre a no ser que sea la única opción para salvar a su dueño en un altercado muy grave o que el propio dueño lo ordene en un momento justificado. Aun así, lo normal era recibir un castigo posterior por ello. Miré a Simón. Estaba sentado en el suelo, apoyado en la pared y con los ojos casi cerrados. El más bajito de los tres matones me hizo mirarlo a él con una bofetada y tuvo que ponerse de puntillas para acercar mucho su cara a la mía.

—¿Qué vas a hacer? ¿Eh, calvito? —Me dio un empujón.

—Lo necesario para proteger a mi dueño, señor. —Volvieron a reírse.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Entonces me dio un puñetazo en el pómulo. Me tranquilizó la fuerza infantil de aquel golpe. No me movió ni un centímetro. Supongo que esperaba doblarme o aunque sea una leve mueca de dolor por mi parte. Le irritó bastante no encontrarla y volvió a empujarme.

—Venga, defiende a tu dueño, basura.

—Péguenme si quieren, pero, si vuelven a tocarlo a él, me veré obligado a evitarlo.

—*Mi virí ibliguidi i ivitirli*… ¿Tú lo vas a evitar?

—Sí —contesté tranquilo.

—¿Tú solo?

—Sí. —Volvió a reírse el bajito, pero aquella risa ya no era de verdad.

El chaval le hizo una señal a uno de sus amigos para que fuese a por Simón. Querían probarme, daban por hecho que no me atrevería a tocarlos. No iban a llegar tan lejos con mi dueño como para que pudiera considerarse altercado muy grave y a mí podían pegarme lo que quisieran porque estaban en su derecho. Solo me hicieron falta aquellos minutos para saber qué tipo de personas libres eran. Niños pijos a los que maltratar esclavos se les quedaba tan pequeño que atacaban a otros libres; ricachones consentidos que se divertían dejando constancia de su superioridad. Me recordaban mucho a los

hijos de los Navarro y, de forma involuntaria, vinieron a mi mente recuerdos de algunos duros castigos a los que me sometieron mis viejos dueños mientras bebían, solo para demostrar que podían hacerlo cuando quisieran. A veces, solo para pasar la tarde con colegas a los que animaban a unirse a la diversión. «Cada uno hace con sus cosas lo que quiere, para eso las ha comprado», decían.

—Mírame a la puta cara. —El bajito me agarró la cabeza—. Te vamos a reventar y, cuando estés en un puto charco de sangre, vas a ver cómo reventamos a tu dueño. A ver cómo coño lo evitas… ¿Te gusta el plan, calvito?

Miré a Simón, estaba casi inconsciente, aunque tenía la fuerza suficiente para mirarme. El matón que había ido a por él tenía un pie puesto sobre su espalda y lo empujaba hacia el suelo. Entonces, supongo que gracias a la sensación de libertad que me habían aportado los Cortés, me atreví a hacer algo que jamás me habría planteado antes. Le dejé la puerta abierta al odio que llevaba acumulando años hacia este tipo de psicópatas. A su ofensiva actitud de ser dueños de todo, de pensarse con el derecho de destruirlo. Por otro lado, calculé consecuencias. Estábamos en mitad de la madrugada, en un callejón oscuro y solitario de polígono industrial. Ellos estaban visiblemente ebrios y no me habían podido leer la matrícula. Sin la cartera de Simón, no serían capaces de encontrarnos en el futuro.

—Lo que no puede hacer un puto esclavo es acercarse a personas con esos aires. No sé qué educación habrás recibido, pero me temo que vamos a tener que explicarte cómo funciona el mundo. Vamos a enseñarte a tener puto respeto y, además…

Creo que iba por la letra eme de *además* cuando le di un puñetazo directo al mentón; un golpe certero a la base del maxilar inferior al que mi entrenador le llamaba «el botón de *off*». Aquellas milésimas de segundo en que su mirada pasaba a ser de dueño a derrotado sorprendido me aportaron la misma paz que mirar el océano por primera vez. Ese ya no se levantó más.

Sus amigos, que necesitaron un momento para entender lo que estaba pasando, vinieron también a por mí. Al más cercano le di una

patada en el pecho. El rato que necesitaría para volver a respirar sería suficiente para encargarme del que estaba sobre Simón. Caminé rápido hacia él, que ya venía corriendo a por mí. Cuando estuvo a mi altura me lanzó uno de los puñetazos más lentos que he visto en mi vida. Fue sencillo enfrentarse a alguien que peleaba a esa velocidad. Inmovilicé su brazo enganchándolo con el sobaco y le di un golpe que le luxó el codo y le hizo soltar un chillido agudo que yo mismo apagué con un cabezazo en el tabique nasal. Los ojos se le llenaron de lágrimas y la luz se le apagó. Entonces me agaché para ver cómo estaba mi dueño.

—Simón, ¿estás bien? —El chico me miró con los ojos como platos.

—Sí… ¡Cuidado, Lucas!

No me dio tiempo a reaccionar. El tercero se había recuperado de la patada en el pecho y me había agarrado por la espalda pretendiendo inmovilizarme. El estúpido me había dejado los brazos libres, así que le di unos cuantos codazos en las costillas debilitando considerablemente su presa. Lo empujé con mi propio cuerpo y volví a quedarme frente a él.

—Vale…, perdona, tío. —El tipo sabía que le convenía parar la pelea—. Por favor…

—Dame el teléfono y la cartera del chaval.

—Las tiene él. —Señaló la alfombra en la que se había convertido el bajito.

—Pues tráemelas, rápido.

El matón de metro noventa bajó la cabeza y se apresuró a registrar los bolsillos de su amigo. En menos de veinte segundos me estaba dando todo lo que le habían quitado a Simón por pura diversión. Precisamente a ellos no les hacía falta dinero.

—Vale, por favor, no me hagas daño. No voy a contar nada —suplicó mintiendo.

—Lucas —Simón hablaba con dificultad—, reviéntalo.

Antes de que el abusón pudiera articular palabra, le di un puñetazo en la sien. Luego dos en el pecho y finalmente en el interruptor humano con el que ya había apagado a su compinche. Los

tres cuerpos se mezclaron inertes con el resto de la basura del callejón. Debo reconocer que estaba eufórico. Fue una experiencia increíble cumplir un deseo prohibido que llevaba teniendo desde niño, cuando un Navarro abofeteó a mi madre en la cocina de su mansión.

—Vámonos.

Ayudé a Simón a levantarse y caminar hasta el coche. Se había llevado unos cuantos golpes, aunque en la cara solo se le notaba un pómulo algo hinchado. Andaba con algo de dificultad, pero no precisamente por la paliza. Los Navarro me habían ayudado a detectar fácilmente un agresor, pero también a alguien que había bebido demasiado. Supongo que su estado había facilitado el convertirlo en una presa fácil para aquellos tres abusones vestidos de marca.

Antes de meterlo en el vehículo, el chaval se detuvo y se indujo el vómito con los dedos. Viendo cómo sufría devolviendo, me alegré de que el alcohol lo tuviese medio anestesiado durante la tunda que había recibido. Cuando no le quedaba nada dentro, lo senté con cuidado en la parte de atrás y le puse el cinturón, más porque no se deslizara que por la posibilidad de sufrir un accidente. Conduje despacio hasta casa, cogiendo curvas suaves y abiertas, frenando con antelación y relativamente despacio. Había abierto todas las ventanas para que Simón se mantuviese despierto y, sobre todo, sin manchar la tapicería. No me dijo nada en todo el camino. Tampoco es que estuviese esperando un agradecimiento, pero el chaval cada vez tenía menos capacidad de articular palabra.

Cuando llegamos al aparcamiento, Simón se había quedado dormido. Lo cogí en brazos y lo subí al segundo piso de la casa intentando no hacer ruido. Lo metí en su habitación y lo tumbé en la cama. En aquel momento no lo hubiese despertado ni una orquesta *amateur* de pueblo tocándole a seis centímetros del tímpano, así que le quité los zapatos y la ropa, le puse el pijama y lo tapé con su edredón. Me quedé mirándolo unos segundos, desmayado y roncando sobre sus sábanas del Real Madrid. Volví a salvar al villano. En parte, me dedicaba solo a eso.

Antes de salir del cuarto, pegué la oreja a la puerta. Mi tarea silenciosa había salido bien. Abrí con cuidado y volví a mi celda con el

pecho henchido de satisfacción tras aquella noche sucia pero llena de triunfos.

Justo antes de agarrar el pomo, me sentí observado. Miré instintivamente en dirección al salón y vi a Luisa a oscuras, agarrando un vaso de agua. Me saludó seria con un gesto de cabeza. Le devolví el saludo disimulando la endiablada velocidad a la que me latía el corazón, hasta que volvió a entrar en la cocina sin decirme nada. No hizo falta. Cuando me acosté, no pude evitar reírme pensando en que aquella agradable señora en bata del pasillo me había dado muchísimo más miedo que tres matones en la calle.

1. Miguel

El domingo tenía una hora más para dormir. Roberto y Luisa no trabajaban y los chicos no iban al colegio. Mis dueños insistieron en que para mí también fuese un poco festivo. Aun así, solía encargarme de las primeras tareas del día mucho antes de que cualquiera de ellos se despertase.

Aquella mañana, el silencio de la casa era más tenso de lo habitual. Aún me dolían los nudillos del incidente de la madrugada con Simón. Cada cinco minutos aparecía la imagen de mi dueña mirándome desde la penumbra del pasillo en mi cabeza como el fogonazo de un *flash*. Intentaba concentrarme en el trabajo, pero, después de mucho tiempo, volvía a tenerle miedo a la reacción de un dueño. Incumplí la ley como esclavo golpeando a aquellos chavales libres y no sabía de qué manera se lo tomarían los Cortés. Me tranquilizaba pensar en la posibilidad de que el único testigo que podía delatarme no recordase nada.

Había terminado el repaso matutino en tiempo récord, pero solo fui consciente de ello cuando escuché el ruido de la cisterna en el piso de arriba advirtiendo que ya había alguien más despierto.

El desayuno fue un momento tenso. La pequeña Blanca seguía durmiendo, pero el resto ya le daba vueltas al café en completo silencio. Simón tenía evidentes marcas en la cara, la huella clara del altercado callejero que llegué a pensar que sería esquivable. Los padres estaban muy serios, evidentemente disgustados. Gema se hacía preguntas sin articular palabra mirando el pómulo hinchado su hermano, que no levantaba los ojos de su tostada sabiendo que era responsable directo de aquel incomodísimo ambiente. Me preparé psicológicamente para ser traicionado, para volver a ser un escudo humano. Sin embargo, esta vez, evitar una bronca de cinco minutos al chaval podría costarme una condena seria. La voz de Roberto partió aquella tranquilidad artificial como un machete viejo lo haría con un melón. Con más fuerza que filo.

—Lucas, por favor… —Noté que no encontró las palabras adecuadas.

—¿Puedes subir a cambiar las sábanas? —Luisa las tenías todas.

—Claro.

Subí las escaleras preocupado, consciente de que estaba molestando. Aún me seguía pareciendo un detalle el esfuerzo de los Cortés por ser delicados incluso para echarme. Cuando llegué al pasillo del piso de arriba me crucé con Blanca, que salía de su habitación despeinada y en pleno proceso de despegar los párpados. Aún con el cerebro empezando a funcionar, captó en la mueca de mi cara que algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Creo que tus padres están enfadados conmigo.

Su gesto de incredulidad dio paso a uno de ordenarme silencio. Nos quedamos quietos junto a la barandilla y afinamos el oído. Sabía que habría un interrogatorio intenso y que el testigo no era precisamente un compinche leal. Puede que fuese el episodio más tenso que viví entre aquellas paredes, incluso más que el de la cena en la que fui yo el interrogado. Quedarme espiando la conversación de mis dueños iba casi tan en contra de las reglas como pegar a una persona libre. Habíamos llegado demasiado tarde a la pregunta, pero escuchamos la voz de Simón dando la respuesta.

—La noche estaba siendo una mierda, así que me fui un rato antes al sitio donde os había dicho que quería que me recogieran.

—Sigo sin entender por qué no quedaste directamente en la puerta de la discoteca.

—Ya te lo dije, mamá. No quería que vieran que mandabais al esclavo a recogerme. Nadie hace eso, todo el mundo va por su cuenta, en su coche. Si yo tuviera coche…

—Eso ya lo hemos hablado, Simón —zanjó Roberto.

—Pues eso, tres tíos me siguieron hasta allí y me amenazaron para que les diera el móvil.

—¿Qué eran, unos quinquis? —preguntó Luisa.

—No, parecían tres chavales normales, bien vestidos. Venían de los pubs también. Los había visto en algún momento de la noche

liándola superborrachos.

—Bueno, tú tampoco ibas muy sobrio —sentenció la madre—. ¿Eran de tu edad?

—No, eran mayores. Tendrían veinticinco años más o menos. Me acorralaron y…, joder, eran tres, así que les di el móvil. No quería problemas, pero les dio igual el móvil. Empezaron a pegarme y me metieron a empujones en un callejón. Intenté salir corriendo, pero me tiraron al suelo y empezaron a darme patadas. Estuve bastante tiempo así, hasta que llegó Lucas.

—Qué fuerte —dijo Gema con la boca llena.

Justo cuando dijo eso hubo un silencio de unos segundos. Imagino que se cruzaron unos gestos hasta que el chico continuó. Blanca notó que la parte de la historia que venía a continuación me ponía tenso. Imagino que apreté la barandilla con la fuerza necesaria como para llamar su atención, porque me puso la mano encima, mostrándome su apoyo.

—Intentó calmar las cosas, pero eran tres putos borrachos gilipollas y no pararon. Se metieron con él y eso. Quisieron demostrarle que no podía hacer nada para impedir que me siguieran pegando. Entonces…, Lucas los noqueó.

—¿A los tres? —preguntó Gema.

—A los tres. Y si hubieran sido cinco, también los habría reventado. Es una máquina. Después cogimos mi móvil y nos fuimos. Fue la hostia, la verdad.

—¿La hostia? ¿Sabes lo que le puede pasar a un esclavo por pegarle a una persona libre? Es totalmente ilegal, Simón. Es una falta muy grave.

—Sí, mamá, lo sé. Lo sabemos todos. Pero no le quedó más remedio.

Debo aceptar que, aun estando aterrado por la posible reacción de mis dueños, me emocionó escuchar a Simón hablar así de mí. No tanto por las palabras como por el tono. Fue la primera vez que notaba algo parecido al aprecio por su parte. Una inesperada e importante batalla ganada en medio de una guerra que asumía perdida.

—Podrían destinarlo a las minas o al vertedero. —Noté la preocupación en las palabras de Luisa; no era para menos—. O podrían encerrarlo… o sacrificarlo.

—Qué fuerte —soltó Gema.

—¿Pudiste ver la pelea? —preguntó Roberto.

—¿Qué?

—La pelea de Lucas contra esos tres.

—Sí…, más o menos…, y fue en defensa propia. —Simón seguía protegiéndome.

—Cuéntamela. Golpe a golpe.

—¿Cómo? —Simón no entendía ese interés de su padre. Yo tampoco.

—¿Cómo fue? Explícamelo lo más detalladamente posible.

El chico tardó un poco en arrancar, imagino que ordenando sus borrosos recuerdos.

—Pues el *jefe* le fue a atacar y lo tumbó de un solo piñazo en la barbilla. Cayó como un tronco y no se levantó más. Al colega le dio una patada en el pecho y lo dejó un rato fuera de juego. El tercero, que me estaba agarrando a mí, fue a darle un puñetazo, pero Lucas le agarró el brazo y creo que se lo partió, luego le pegó un cabezazo. El de la patada se levantó y lo agarró por detrás, pero no aguantó mucho tiempo… El gilipollas le suplicó mientras me devolvía el teléfono, pero al final lo dejó también *KO*.

Después de aquella explicación hubo un silencio largo. No sé cuánto duró, pero estuvo entre diez segundos y cuarenta años. Esos silencios son aún más inquietantes cuando no puedes ver la cara de los que lo provocan. Por suerte Simón sintió la necesidad de romper esa tensión.

—No sabía que Lucas sabía pelear así.

—Fue escolta en la casa donde trabajaba antes —explicó Luisa.

—¿Crees que alguno de esos tres le vio a Lucas el número identificativo de la nuca?

—No lo sé, papá…, pero, si hubiera algún problema, yo testificaría a su favor. Diría que fue una orden directa mía y ya está.

—¿Lo fue? —insistió Roberto.

—No…, porque no podía ni hablar…, pero se la habría dado.

De nuevo se hizo un silencio. Solo se escuchaban un par de mandíbulas masticando tostadas. Simón se había puesto de mi lado y era lo único positivo de aquella charla. Bueno, eso y el comentario susurrado e inesperado de Blanca en aquel momento difícil.

—Eres un karateka.

—Sí. —Tuve que hacer un esfuerzo por no reírme en alto—. Voy a cambiar las sábanas.

Había dormido pocas horas y la tensión me había provocado un incómodo dolor de cabeza, así que puse el piloto automático y cambié la ropa de las cuatro camas pensando solo en la función: sábana bajera, sábana superior, manta enganchada al somier y edredón; punto. Cuando bajé de nuevo a la cocina, ya solo quedaba Luisa exactamente en la misma posición que tenía cuando me fui, pero con el plato y la taza vacíos delante. Miraba su teléfono móvil negando con la cabeza, indignada con lo que leía como cada mañana. Entré sin hacer ruido, deseando ser invisible. Pasé al lavadero y metí las sábanas sucias en la lavadora.

—Lucas. —La voz de Luisa desde fuera hizo que algo me bailase en el estómago.

—Sí, dime —contesté aparentando normalidad.

—¿Quieres un café? —¿Qué?

—Pues… no suelo beber café a esta hora.

—Ya, pero te va a hacer falta estar despierto hoy. —No supe cómo tomarme eso—. Te lo voy preparando, quiero hablar contigo.

Di por hecho que había llegado el momento de, como mínimo, la primera bronca de los Cortés. En el fondo me alegraba que fuese Luisa y no Roberto quien se encargase de ello. Tenía la habilidad de hacerme sentir a salvo. Su voz acolchaba cualquier golpe en forma de palabras. Puede que fuera la mejor persona posible para dar una mala noticia.

Usé el doble de tiempo del habitual en poner la lavadora, retrasando aquel café que prometía ser el más amargo de los que había probado hasta el momento. Cuando volví a la cocina, Luisa ya lo había servido y me miraba con la calidez de siempre. Me tranquilizó

no encontrar su expresión de la noche anterior. En el fondo nunca esperé un castigo por parte de mis modernos y permisivos dueños, pero de la charla no me iba a librar nadie. Por eso su primera frase me golpeó como un palazo con barra de hierro. No fue para tanto, pero lo magnificó que yo estuviese seguro de recibir un anecdótico puñetazo con guante de gomaespuma.

—Lucas, en un rato voy a salir a comer con los chicos, así que te quedas con Roberto. ¿Cuánto de azúcar?

—Dos o tres cucharadas… —La bronca de Roberto me daba algo más de miedo. Pensé que finalmente Luisa estaba actuando como crema anestésica para prepararme un poco. Por eso, de nuevo, su siguiente pregunta me dejó fuera de juego.

—¿Sabes cortar el pelo?

—¿Qué?

—Corte de caballero, sencillo.

—Pues, bueno, no estoy seguro… Tengo nociones de peluquería, pero…

—¿Qué quieres decir con «nociones de peluquería»?

—Una de las funciones de mi madre era la de peluquera, así que de pequeño la vi muchas veces cortándole el pelo a los dueños. Supongo que por mantenerme entretenido y evitar que me metiera en líos, me explicaba lo que iba haciendo. No es que tenga mucha práctica, pero voy bastante sobrado de teoría.

—Bien. Me parece suficiente.

Acto seguido se centró en su café dejándome con mil preguntas dentro, así que empecé por la primera.

—¿Por?

—Porque Roberto tiene una reunión bastante importante mañana a primera hora y tiene el peinado de un vagabundo, así que estaría bien que te encargaras.

—Bueno, hace mucho de eso, y tampoco es que yo sea peluquero…

—Eres la mejor opción. —Luisa hablaba segura, sin darle importancia al peligro de dejar en mis manos una función que no controlaba y de la que dependía, en parte, una reunión bastante

importante.

—Pero es que… a lo mejor no queda bien.

—Mejor de lo que está, seguro. No te la juegues tampoco, es solo recortar. Rebajarle un poco en general. Que la gente por la calle no le ofrezca limosna, ¿sabes?

Luisa se rio de su propio chiste y yo sonreí también. Los nervios anulaban cualquier posibilidad de que algo me hiciera gracia en ese momento. Pensaba en el corte de pelo y en la reprimenda por la pelea callejera. Pensaba en todas las posibilidades de que algo saliera mal y sin embargo sonreía de manera relativamente convincente.

—En serio, lo necesita. Le digo que tú lo solucionas esta tarde.

Luisa se levantó y recogió las tazas de café. Supongo que se dio cuenta del torbellino marrón que me ocupaba la cabeza y me congelaba en el taburete.

—Tranquilo, Lucas. Lo harás bien. Has hecho bien cosas más difíciles.

Luisa tenía el poder de relajarme, aunque fuese momentáneamente. Había algo en la melodía de sus frases que me amansaba involuntariamente. Durante unos minutos, pensé que podía hacerlo, pues había visto a mi madre cientos de veces. Recordé sus manos sobre la cabeza de su dueño. Cómo pinzaba los mechones entre sus dedos índice y corazón para luego recortar con la tijera el pelo que quedaba sobre ellos. Cómo habilidosamente perfilaba las patillas y la nuca con cortes minúsculos. Su imagen apareció clara de algún cajón perdido en mi memoria y sentí nostalgia de un tiempo en el que no era consciente del lado negativo de nuestra vida, en parte, gracias a ella. Hacía mucho que no pensaba en mi madre. Entonces me di cuenta de que compartía con Luisa el superpoder de hacerme sentir apto y seguro con solo su manera de hablarme. Me di cuenta de que, salvando las distancias, ella era lo más parecido a una madre que había tenido desde que me separaron de la mía, y tuve la extraña seguridad de que nunca haría nada que pudiera perjudicarme; que siempre tendría razón si pensaba que yo era capaz de hacer algo, incluso cuando yo creyese que no.

El tiempo pasó más deprisa de lo que me hubiese gustado, y

antes de asimilar del todo la tarde que me esperaba, Luisa y los niños se habían marchado. En la casa solo se escuchaba la televisión que estaba viendo Roberto en el salón mientras yo preparaba un sencillo almuerzo para ambos. Me dijo que le apetecía un sándwich vegetal, así que hice uno para cada uno, aunque el suyo iba bastante más cargado de todo. Comimos en el sofá, con los platos sobre los muslos y el televisor delante. Luisa se lo tenía totalmente prohibido por el riesgo que suponía mezclar el aceite, la carísima piel de los sillones y la torpeza de su esposo.

A Roberto le encantaba ver el telediario; sin embargo, era el programa que menos me gustaba de todos los que había podido ver. Me parecía deprimente asomarme al mundo libre y verlo hecho trizas. Lo peor es que ni siquiera me consolaba comprobar que detestaba parte de lo que me estaba perdiendo por ser un esclavo. Recuerdo que en poco menos de media hora hablaron sobre el auge de la delincuencia por culpa de una terrible crisis económica nacional, robos, agresiones y un gravísimo incendio provocado en un bosque cercano a la ciudad donde vivíamos. La noticia que aparentemente consideraron más positiva fue la muerte de cuatro peligrosos terroristas a manos de la policía. Por lo visto estaban planeando atentar en un gran centro comercial en la hora punta de un domingo, justo cuando se llena de niños. Me parecía tan absurdo y terrible que los dueños del mundo estuviesen empeñados en destruirlo que preferí desconectar y volver a preocuparme por el momento que vendría después del parte meteorológico.

Empecé a unir puntos y sacar conclusiones sobre todo lo que había pasado en la casa desde que Luisa me pilló la noche anterior entrando a mi celda. Deduje que el corte de pelo era una excusa para que Roberto pudiera reprenderme sin tener que mirarme directamente a los ojos. Entonces la televisión se apagó y dio paso a otro de esos silencios abrumadores en el salón. Vi a mi dueño pensativo y con el mando en la mano. Los dos nos miramos unos segundos en el espejo negro en el que se acababa de convertir la pantalla. Sentados juntos en el sofá, con un plato lleno de migas en el regazo. Era una imagen patética y a la vez cargada de libertad desde mi punto de vista. Estaba

seguro de que para Roberto tampoco iba a ser fácil esta tarde.

Caminó directo al tocadiscos. Buscó entre su colección algo que claramente ya tenía pensado antes de levantarse del sofá. Era uno de mis LP preferidos: el *Nice Secrets* de la virtuosa pianista US1820B-. El único caso de una esclava convertida en leyenda de la música gracias a que la fortuna la colocó a sus doce años delante de un piano en la casa de los dueños adecuados. Por un lado, fue un inspirador símbolo de éxito para el mundo. Por otro, fue tan desgraciada como cualquiera de nosotros, obligada a ser una estrella para enriquecer a sus dueños. Para muchos, un ejemplo de que contamos con los mismos dones que cualquier humano, aunque no nos den la posibilidad de descubrirlos.

—Luisa me dijo que me podías cortar el pelo. —Señaló la mesa del comedor donde mi dueña había dejado una toalla, unas tijeras, un peine y un pulverizador de agua.

—Sí… Eso dice ella. —Mi respuesta le hizo sonreír.

—Tranquilo, es solo rebajarme un poco la parte de atrás.

Antes de dejarme contestar, Roberto cogió la toalla y se la colocó alrededor del cuello a modo de capa de peluquería. Arrastró una de las sillas que rodeaban la mesa hasta dejarla frente a un gran espejo que adornaba una de las paredes principales del salón y se sentó en ella.

—Cuando quieras.

Respiré hondo y me levanté para llevar a cabo la función que mis dueños me habían encomendado. Realmente no importaba si tenía más o menos nociones para realizarla, estaba adiestrado para obedecer cualquier cosa que se me ordenase, y mi única opción era hacerlo lo mejor posible. Mentiría si no aceptase que me asustaba salir de mi zona de confort, pero no era la primera vez que me enfrentaba a un servicio para el que no estaba debidamente preparado. Mientras acercaba las herramientas de trabajo al pequeño mueble junto al espejo, volvía a repasar mentalmente todo lo que podría salir mal e intentaba seguir recordando cómo lo hacía mi madre: cada paso, cada movimiento… Así llevaba ya unas cuantas horas, pero la cercanía de la prueba me hacía dudar más que antes.

Agarré el dispensador y le rocié el pelo de agua para trabajar

mejor. Cuando está mojado, el cabello deja ver más fácilmente cantidad, dirección y posibilidades. Lo peiné como solía hacerlo Roberto: con la raya a la izquierda y un poco hacia delante para disimular sus entradas. Empecé desde la nuca, subiendo poco a poco hasta la coronilla. Iba agarrando pequeños mechones entre mis dedos índice y corazón para recortar lo que sobresalía. Cada vez que lo hacía iba ganando algo más de confianza, y cuanto más confiado estaba, más deprisa iba. Llegó el momento en que sentí que la peluquería de caballero podía sumarse a mis habilidades básicas.

Tenía casi finiquitada la parte posterior, pero peiné a contrapelo para asegurarme de que no había quedado ninguna imperfección. Entonces lo vi. Tuve que pasar el peine por la zona de nuevo para asegurarme de que aquello era lo que parecía. Ya prácticamente borrado por el paso de los años sin mantenimiento, podía leerse con dificultad «ESP9955AB+». Roberto tenía matrícula y yo no era capaz de asimilarlo. Se me erizó el vello de todo el cuerpo aun sin saber explicarme a mí mismo qué hacían esos números en esa cabeza. Cuando le miré la cara a través del espejo en busca de algo de luz y habiendo perdido toda capacidad de articular palabra, lo descubrí sonriéndome, esperando el momento perfecto para soltarme la bomba.

—Encantado de nuevo, Lucas, soy Miguel y… tengo mucho que contarte.

1. Reunión de té

Roberto se vio obligado a darme una breve sinopsis para volver a encajarme la mandíbula. Entendía que estuviese desubicado, como si hubiera estado en mi situación.

—Nací y crecí siendo un esclavo, pero me liberaron. Hay muchos como yo. Te lo explicaré todo de camino.

—¿De camino?

—Sí. Conduzco yo.

Mi dueño parecía entusiasmado. Era como un padre disfrazado de Santa Claus regalándole su libro preferido a un hijo demasiado pequeño para saber leer. Se montó en el coche y me invitó a sentarme en el lado del copiloto. No empezó a hablar hasta que llegamos a la autovía.

—Ninguna conversación es segura a menos de ochenta kilómetros por hora. —Me miró sonriente unos segundos—. No entiendes nada, ¿no?

—No, la verdad. —«Nada de nada», añadí mentalmente.

—No te preocupes, es normal. Cuando lleguemos tendrás la información necesaria.

Roberto necesitó unos segundos para ordenar en su cabeza todo lo que tenía que decirme.

—A ver, hay muchas personas libres en el mundo que en realidad son esclavos liberados. Muchos. Y esto es así desde hace siglos. Forma parte de un plan.

—¿Luisa también?

—No. Luisa nació como persona libre, la conocí cuando yo también lo fui. Salí con la mujer de la que estaba enamorado, una de las grandes ventajas de dejar de ser esclavo. Le conté que tenía una matrícula en la nuca cuando estuve seguro al cien por cien de poder fiarme de ella. A los dos años de casados más o menos.

—Vaya.

—Pero, por ejemplo, todos los comensales de la cena azul nacieron esclavos y hoy en día son altos cargos que viven ilegalmente como gente libre. El plan es ejecutar una gran revolución diplomática que lleva gestándose cientos de años, demostrando que un esclavo es capaz de llegar a la cima. Ya estamos colocados en los puestos más importantes, prácticamente manejamos el mundo: el momento está muy cerca.

—¿Y los niños lo saben?

—No. Todavía no. —Noté que me miró unos segundos, tal vez percatándose de que la información no estaba llegando en el orden adecuado a mi cerebro—. Creo que lo mejor es que empiece por el principio, por la reunión de té.

Seguí en silencio, digiriendo todo aquello con la mirada en la carretera. Roberto salió de la ciudad en dirección al norte e interpretó mi ausencia de respuesta como un «cuéntame».

—Doña Rosario de la Flora y Toledo fue una cultivada duquesa que enviudó de Alonso Velasco de Guevara, II Duque de Horcajo, Grande de España, señor de Zafra, La Parra y Salvatierra, Comendador de Segura de la Sierra en la Orden de Santiago a mediados del siglo XVI. En aquel momento, se convirtió en la mujer más poderosa del país. Grandes extensiones de terreno, lujosos inmuebles y castillos, cientos de esclavos a su servicio… y un secreto complicado. Llevaba años ocultando una aventura amorosa con su sirviente de confianza. Pero aquella relación era mucho más profunda que la típica aventura sexual interclasista, así que cuando murió su esposo, a doña Rosario se le ocurrió dar un paso más: convertirlo clandestinamente en un hombre libre; hacerlo pasar por un forastero para poder vivir su romance sin esconderse.

En ese momento hizo una pausa para tomar una salida a una carretera secundaria. Ni siquiera me paré a deducir a dónde llevaba. La historia empezaba a interesarme más que el camino.

—Así que… todo empezó por amor —dije para reactivar la historia.

—Como todas las cosas importantes que hacen que el mundo avance, Lucas. Pero hacer pasar un esclavo por hombre libre era muy

complicado, y el castigo por ello, en aquella época, era letal. Afortunadamente, la duquesa era una mujer muy inteligente. Entendía los riesgos que suponía y, sobre todo, que no podría hacerlo sola. Así que empezó a organizar exclusivas reuniones de té cada tarde de domingo con mujeres de su confianza, las esposas de los hombres más importantes del país relegadas a un normalizado segundo plano. Antes, el poder era algo exclusivamente masculino, no dejaban a las mujeres votar o formar parte de según qué asambleas relevantes.

—¿En serio?

—Sí. Estaban en una posición complicada…, a medio camino entre una persona libre y un esclavo, para que me entiendas. De hecho, ha sido así hasta hace relativamente poco. Pero incluso estando a la sombra, ellas siempre han conseguido manejar la situación de alguna forma. Estar detrás era también estar más cerca que nadie. De hecho, se dice que en esas reuniones de té surgieron muchas de las decisiones más importantes para el reino. Aquellas meriendas aparentemente inocentes terminaron cambiando el mundo de muchas maneras…, pero vamos a la que nos interesa.

—La duquesa y el esclavo.

—Exacto. A lo largo de muchas de esas reuniones, la duquesa fue analizando a sus invitadas, intentando quedarse solo con aquellas en las que pudiera confiar al cien por cien. No solo era importante que fuesen señoras inteligentes y cultivadas, también era necesario que tuviesen una corriente de pensamiento similar a la suya. De lo contrario, se opondrían al plan que estaba dispuesta a llevar a cabo, con el peligro que eso conllevaba. Una de las formas de averiguar de qué pie cojeaban sus comensales era haciendo sutiles comentarios a favor de la humanización de los esclavos en medio de una charla distendida. Todas aquellas que estaban en desacuerdo no volvían a ser invitadas. Este proceso de selección terminó cuando estuvo segura de compartir mesa con las aliadas correctas.

Roberto se detuvo en un *stop* y aprovechó para mirarme.

—Si ves que voy demasiado rápido, párame y pregunta lo que sea. Sé que es mucha información de repente.

—Tranquilo, de momento creo que me estoy enterando. —

Sonreí. Sonrió y siguió adelante en todos los sentidos.

—Intentaré resumirlo. A ver, cuando la duquesa se vio en un ambiente seguro, les contó su situación con el esclavo y lo que tenía pensado para convertirlo en hombre libre. En aquel momento, el proyecto de la anfitriona tenía bastantes lagunas, pero entre todas terminaron de diseñarlo para que fuese perfecto. Llevaron al esclavo a una de las propiedades de su amada, el Castillete Azul de Trebujena. Era una especie de palacete vacacional en medio de la marisma gaditana que llevaba cerrado y deshabitado mucho tiempo. Un lugar bastante aislado, rodeado de enormes extensiones de tierra seca que en sus buenos tiempos fueron campos de algodón y remolacha blanca. Allí se mudó completamente solo. Escondido, sin compañía ni sirvientes. Y allí permanecería el tiempo que fuese necesario para parecer, no solo un hombre libre, también uno que tuviese las cualidades necesarias para conocer y conquistar a alguien de la talla y categoría de la duquesa.

—¿Qué tipo de cualidades?

—Básicamente la cultura y conocimientos de alguien perteneciente a la alta burguesía de la época. Había que convertirlo en alguien que no levantase sospechas en las elegantes fiestas a las que asistía ella. Y teniendo en cuenta que los esclavos de aquella época ni siquiera sabían leer, iba a ser un proceso largo e intenso. Tres años tardó.

—¿Tres años ahí encerrado?

—Sí. Tres años alejado de la duquesa, que le escribía cartas que no sabía descifrar. Mientras le crecía el pelo, las otras mujeres de la reunión de té se encargaron de la parte académica. Le enseñaron a leer y a escribir. Le enseñaron modales para una época en la que el código de comportamiento diferenciaba a los nobles del resto. Mantenían larguísimas conversaciones con él para hacerle entender cómo funcionaba un mundo del que solo conocía las cloacas. El esclavo se esforzó mucho en aprender a leer para poder entender la correspondencia de la duquesa, y cuando pudo hacerlo, aquella mansión empezó a hacerse cada vez más pequeña. Sin embargo, solo había terminado la primera parte del proceso. Entre las cinco

burguesas compinchadas, realizaron una selección literaria básica para cultivarlo lo antes posible. Diez libros que le darían una visión elevada de la vida. Después de aquello y gracias a las influencias que todas tenían, le dieron una identidad con nombres, apellidos y títulos: don Armando Medina de Villafranca. Lo vistieron con ropa suntuosa y lo invitaron a conciertos, obras de teatro y espectáculos de *ballet* solo al alcance de los más adinerados. Lo presentaron ante personas reputadas, de familias prestigiosas, como un avispado hombre de negocios que había hecho fortuna en el extranjero; como a un nuevo rico al que era interesante tener como aliado. El recién liberado resultó ser un tipo bastante inteligente y carismático. Tres años después de encerrar a un sirviente analfabeto en un castillete aislado, habían construido pieza a pieza a un hombre libre, culto y bienquisto. Solo entonces volvió a reunirse con la duquesa y pudieron empezar una relación amorosa pública y aceptada por la aristocracia. Ese fue el principio de todo. La primera piedra de un movimiento liberador que hoy perdura.

—¿Quieres decir que fue el primero de muchos?

—Exacto. Para aquellas señoras adineradas fue una aventura estimulante, un juego que se les hizo corto, así que cada una, con la ayuda del resto y el castillete de la duquesa, liberó con el mismo método a un esclavo al que pensaron merecedor. Buscaron los que destacaban por su inteligencia y capacidad de aprendizaje para darles una vida mejor. Esas seis nuevas personas libres liberaron a otras seis. Esas seis a otras seis. Y así ha seguido hasta hoy día. De esta forma, aunque no lo parezca, hay un cuantioso grupo de personas que nació como esclavo. El único que conoce esta parte de la historia.

Entendí que Roberto había pasado por una situación muy similar a la que yo estaba pasando; que sabría cómo toda aquella información me estaba afectando, las preguntas que me estaba haciendo y el poderoso sentimiento de pertenecer a un selecto y reducido grupo de personas que conocen un secreto de tal magnitud.

—Pronto te irás enterando de quién es un esclavo liberado y te sorprenderás. Políticos, jueces, arquitectos famosos, empresarios de éxito, periodistas influyentes, escritores de superventas, estrellas

internacionales de la música, actores premiados, directores de cine, diseñadores, comisarios de policía, catedráticos, ingenieros, cirujanos… Estamos en todos lados, ocupando posiciones estratégicas y esperando el día adecuado para dar un golpe en la mesa.

—Entonces…, hay muchos como tú.

—Muchísimos. Cada uno de los esclavos liberados ha liberado como mínimo a uno desde hace quinientos años. Y lo mejor es que las personas libres no tienen ni idea.

—Y… ¿por qué me lo cuentas a mí? —Estaba deseando escuchar la respuesta.

—Porque hoy empieza tu proceso de liberación. Tú eres mi pájaro azul.

Justo en ese momento, Roberto detuvo el coche y volví a mirar al exterior después de muchos kilómetros sin hacerle caso al camino. Estábamos en la cabaña vacacional de los Cortés, junto al lago. No me dio tiempo a encontrar respuestas antes de volver a hundirme en preguntas. Se bajó del coche y me indicó que lo acompañase con un gesto de cabeza.

—No sabes lo curioso que me resulta verme tan reflejado en ti ahora mismo
—comentó mientras andábamos—. Bueno, lleva pasándome desde que llegaste a casa. Todo este tiempo has estado a prueba. Prácticamente cada función que te encomendamos, cada viaje al que te llevamos y cada pregunta que te hemos hecho ha formado parte del exhaustivo examen al que teníamos que someterte para estar seguros de que merecías la libertad…, y, sinceramente, has aprobado con muy buena nota. Lo que te pasó con Simón y esos matones fue la prueba definitiva que demuestra tu compromiso y lealtad. Anteponer la seguridad de mi hijo a la tuya sin tener por qué, sabiendo las duras consecuencias que podría acarrearte, ha sido suficiente.

Roberto introdujo su llave en la puerta de la lujosa cabaña y abrió. Estaba tan ilusionado como yo. Quizá un poco más, porque él sí sabía exactamente lo que estaba pasando.

—Aquí empieza tu adiestramiento. Bienvenido a nuestro particular castillete azul. Pasa.

Entramos juntos. El sol se había escondido casi por completo tras las copas de los árboles que rodeaban la casa y el salón apenas se veía. Durante unos segundos, recordé el incidente con aquellos extraños salvajes que nos asaltaron en medio de la noche y temí lo que podrían ocultar aquellas sombras. Sin embargo, cuando Roberto encendió la luz, mi miedo volvió a dejar sitio a nuevos interrogantes. Habían cambiado bastantes cosas desde la última vez que vi aquella estancia. Alguien había llenado de cajas el lugar en algún momento de aquel periplo. Había una gran televisión en el salón que antes no estaba y unas maletas junto a la escalera. Miré a mi dueño y, al no encontrar en él un gesto de sorpresa, asumí que era el responsable.

—Durante los próximos meses permanecerás aquí solo. Alguien vendrá a traerte comida y cualquier otro suministro que necesites cuando haga falta. Ahora mismo tienes la nevera y la despensa llena. En esas maletas tienes ropa nueva de tu talla; ropa cómoda para estar en casa y algo de abrigo para las noches frías que quedan antes del verano. Hoy dejas de estar obligado a servir a otros. Ya no eres un esclavo…, aunque tampoco eres una persona libre todavía. No lo serás hasta terminar esta fase a la que llamamos «crisálida». —Aquel punto sonó a conclusión—. Supongo que tienes unas cuantas preguntas.

—Sí… Sí que tengo algunas.

—Vale, siéntate. Prepararé un té para hablarlo tranquilamente. Puedes encender la chimenea. —Roberto se detuvo de camino a la cocina y me miró antes de seguir andando—. Solo si te apetece. Esta es tu casa y yo ya no soy nadie para darte órdenes.

Me quedé solo en el salón y no me moví durante unos segundos. Intentaba recopilar las preguntas que me habían ido surgiendo. Me descubrí en un momento dado frotándome las rodillas para entrar en calor, así que, mientras escuchaba el ruido que Roberto hacía en la cocina, decidí encender la chimenea. Conforme iba metiendo ramas pequeñas, sentía que aquel fuego iba a ser lo primero que hacía por y para mí. Algo que *a priori* era insignificante, pero que a la vez resultaba muy simbólico. Alguien me explicó una vez que el fuego fue lo primero que dividió a los animales de los hombres. El elemento que marcó la evolución.

—¡Cinco minutos! —me gritó desde la cocina.

Empecé a pensar en todas las pequeñas pruebas que había visto e ignorado a lo largo de todo este tiempo que indicaban que Roberto fue un esclavo. El cóctel de gambas o la habilidad que demostró haciendo las habitaciones debieron habérmelo dejado claro. Pero después de esas vinieron otras muchas a las que no di importancia, supongo que porque en mi cabeza no cabía la posibilidad de que esto estuviese pasando.

Pensé en la famosa cena llena de invitados ilustres que habían sido liberados en algún momento. Me resultaba imposible imaginar a la jueza limpiando un retrete. Aquel evento en casa de los Cortés había sido una parte del examen al que se me estaba sometiendo para comprobar si era apto. El interrogatorio tenía mucho más sentido entonces. Roberto interrumpió mi torpe intento de atar cabos cargando una bandeja con las tazas de té.

—Ya estoy aquí. —Se sentó en el sofá que estaba frente a mí—. ¿Cómo te encuentras?

—Pues contento, pero… un poco perdido, la verdad.

—Es normal. Para eso estamos aquí, para aclararte cualquier duda. Venga.

—¿Has dicho que ya no volveré a casa? —Rectifiqué—: ¿A tu casa?

—Eso es. Vas a estar en esta cabaña durante bastante tiempo, y cuando termines aquí…, ya no tendrá sentido que vuelvas a casa.

—Entonces…, ¿no volveré a ver a Luisa y a los chicos?

—Claro que sí. —Noté que tomaba un sorbo de café para pensar —. Pasará algo de tiempo hasta que puedan visitarte, pero lo harán. Lo haremos.

—Vale…

—Entiendo que ha sido desagradable la forma de sacarte de allí, sin despedirte de nadie, pero era el momento adecuado. Esa pelea nocturna ha sido la excusa perfecta para hacerlo. Diré que te he ocultado unos días por si alguno de esos cabrones te vio la matrícula. Como te dije, los chicos aún no saben lo mío, y… está claro que se acerca el momento de contárselo, pero aún queda un poco. Debo estar

seguro al cien por cien de que puedo confiar en ellos.

—Pero… son tus hijos.

—Ya. Y eso debería dejarte claro lo importante que es guardar bien este secreto. —Asentí con la cabeza—. Igualmente podrás hablar con ellos.

Roberto rebuscó en su bolsillo y sacó un teléfono móvil de última generación. Lo encendió y me lo dio junto a su respectivo cargador.

—El pin es tu matrícula. Tenlo siempre encendido y llama cuando quieras a casa, tiene mi número y el de Luisa guardados en la agenda.

—¿Qué hay en las cajas?

—Es prácticamente todo el material que necesitas para tu preparación. Aunque puedes usarlas en el orden que te apetezca, yo te recomiendo que lo hagas de izquierda a derecha. La primera es una enciclopedia completa y actualizada de veinticinco tomos. Te puede resultar algo aburrida porque es mucha información, pero creo que es una base necesaria para entender mejor todo lo demás. La segunda caja es para apoyar todo lo que has aprendido con la primera de una manera más ilustrativa y divertida. Son unos cuarenta documentales sobre biología, sociedad, historia… Mucho de lo que habrás leído en la enciclopedia podrás verlo en imágenes.

—Para eso es la televisión y el reproductor de DVD. —Pensé en voz alta.

—Claro…, y para ver la televisión cuando quieras también. No olvides que todo esto puedes ir haciéndolo a tu ritmo, vas a tener tiempo de sobra. No te agobies.

—No, tranquilo.

—Vale, la tercera caja contiene una selección de veinte libros que consideramos imprescindibles. Muchos de ellos están escritos por esclavos liberados. Y la última…, que en realidad puedes ir usando cuando quieras, está llena de películas y discos. Una enorme selección de cine y música con la que creo que vas a disfrutar bastante.

Roberto dejó de hablar para darle un sorbo a su té y supongo que para dejarme asimilar aquello. El tamaño de las cajas era considerable, había mucho material. A diferencia de lo que pudiera pensar él, me

resultaba estimulante el viaje que tenía por delante.

—Básicamente, esto es todo lo que tienes que hacer durante los próximos meses aquí. A partir de ahora, esta es tu casa y tú marcas los tiempos. Si un día no te apetece abrir un libro, no lo hagas. Aprovecha y date largos paseos, báñate en el lago, duerme hasta tarde, permítete los caprichos que nunca te has podido permitir. Aunque es solo el principio de un largo proceso, piensa que hoy empieza tu vida de verdad.

Aquellas palabras me dibujaron una sonrisa involuntaria. Daba un poco de vértigo, era un paso de gigante para alguien que llevaba toda la vida con los tobillos atados, pero era una sensación agradable. No tenía ni idea de cómo serían los próximos meses, pero les tenía muchas ganas.

—Aparte de las visitas que te yo te haré, tendrás otras tres importantes a lo largo de este período: los tres maestros. Llegarán sin avisar para comprobar que todo está en orden y enseñarte lecciones que no están en ningún libro. Sabrás que son ellos porque vendrán siempre en un coche azul que podrás ver llegar y aparcar desde las ventanas. Desconfía de cualquier otra persona que se acerque.

—¿Te refieres a aquellos intrusos que vinieron la última vez?

—Por ejemplo, sí. Esas ratas… —Señaló la puerta de un mueble cercano con una pequeña llave puesta en una cerradura—. Ahí tienes la escopeta y la munición, por si vienen.

—¿Quiénes son?

—Eso es algo que aprenderás un poco más adelante, pero son peligrosos. Lo ideal sería que ni siquiera te vieran. Los pájaros azules no les caemos precisamente bien.

—¿Ellos saben lo de los esclavos liberados y eso?

—Sí, ellos sí. Tú mantente alerta. La luz encendida de noche les dejará claro que hay alguien aquí, no dejes que se acerquen demasiado. No hables con ellos. He reforzado la seguridad en cada puerta y ventana, asegúrate de que todo está bien cerrado por la noche.

—Vale. —Supongo que mi cara de miedo fue suficiente para que Roberto intentase tranquilizarme.

—No te preocupes. Lo que pasó aquel día no es lo normal. Nunca antes se habían acercado y no tienen por qué volver a hacerlo. Tú haz tu vida normal, sin pensar demasiado en esa amenaza. Si no llamas la atención, no creo que haya problema. Eso sí, no te adentres demasiado en el bosque, y menos dirección norte, ¿entendido?

—Entendido. No te preocupes, Roberto. Me las arreglaré.

—Lo sé. —Cambió su tono de voz a uno más optimista—. Pero bueno, no te quedes con eso, quédate con la parte positiva de qué haces aquí. En serio.

Roberto se levantó y recogió la bandeja con las tazas vacías. Las llevó a la cocina y me dejó de nuevo solo en el salón. Aunque hacía solo unos segundos nada me interesaba más que aquellas cajas, no pude evitar quedarme mirando la ventana. La noche había caído y ahora solo podía ver mi reflejo en el cristal, ocultando los árboles donde se escondía la amenaza. Solo se me había quedado una pregunta importante en la cabeza, pero, por cómo la había esquivado Roberto, supe que no debía repetirla. ¿Cómo esos salvajes del bosque podían saber la historia de los pájaros azules? ¿Por qué no les caemos precisamente bien?

—Mira esto, Lucas.

Roberto volvió de la cocina con una vieja cámara y una fotografía que me mostró. Allí estaba él cuando era Miguel, más o menos con mi edad, con la cabeza afeitada y posando junto a la chimenea que teníamos delante ahora mismo.

—Soy yo en mi primer día de crisálida. Mi liberadora me la hizo para que no olvidase nunca de dónde venía. Eso es importante. Ponte ahí, venga.

Me indicó el mismo sitio mientras encendía y configuraba su cámara. Me coloqué en el lugar que él ocupó en la foto que me había enseñado e hice un esfuerzo por hacerle caso, por olvidar a los intrusos y centrarme en la parte positiva, en la suerte que estaba teniendo. En este verdadero primer día de mi vida.

Recordé todas las mierdas por las que había pasado antes de llegar a casa de los Cortés y tuve claro que ninguna amenaza empañaría aquel vértigo bonito que tenía en la boca del estómago. La

sonrisa volvió a mi cara y el *flash* de la cámara marcó de forma concluyente el final de una etapa y el principio de todo.

1. Insomnio

Había sido un día muy intenso y mi cuerpo se negaba a que terminase. Eso se mezclaba con las ganas que tenía de que llegase el siguiente, y si algo había aprendido, es que nada me quitaba más el sueño que querer quedarme dormido.

Repasaba mentalmente la historia de la duquesa y pensaba en la cantidad de antiguos esclavos que vivían fingiendo ser una persona libre. En cuántos me habría cruzado sin ser consciente de que al mirarme entendían perfectamente lo que estaba viviendo.

Pensaba en cuánto iba a echar de menos a los Cortés y en si me habría desacostumbrado a la soledad a la que me había adaptado antes de llegar a su casa. Vinieron a mi cabeza cientos de preguntas que no le hice a Roberto y maldije mis nervios por ello. ¿Qué hay detrás de la puerta azul por la que entraron los invitados a la cena? ¿Cuánto tiempo exactamente duraba la crisálida? ¿Quiénes eran esos tres maestros que me visitarían? Y lo que más me inquietaba: ¿cómo es que los salvajes del bosque que nos asaltaron saben quiénes somos?, y ¿por qué nos atacan? Aquellas preguntas se enquistaron en mi cerebro el tiempo suficiente como para levantarme de la cama y bajar a comprobar si todo estaba bien cerrado.

Roberto había cambiado la puerta trasera de la casa, la de la cocina, por una blindada. Tenía dos cerraduras y una barra de metal que la atravesaba por dentro. Había colocado gruesos pestillos en todas las ventanas de la planta baja y en las más accesibles de la alta. La puerta principal seguía siendo la misma, pero la había reforzado con una enorme placa metálica y cuatro cerrojos de alta seguridad. Aunque me tranquilizó comprobar que era físicamente imposible que alguien entrase en la casa, comprobé la escopeta y la dejé cargada. Decidí que lo más seguro era tenerla siempre cerca: llevarla a la habitación cuando fuese a dormir, al salón durante el día, colgármela para salir a por leña…

Miré el viejo reloj de pared que colgaba sobre la chimenea. Eran

las tres de la mañana y seguía tan despierto como a las dos de la tarde. Cuando trabajaba en una casa, debía estar en mi celda durante todo el horario nocturno, tuviese sueño o no. Pero en aquel momento fui consciente de que mi situación había cambiado. No tenía que volver a acostarme sabiendo que iba a estar horas mirando el techo. Estaba solo en aquella casa. Nadie me controlaba. Nadie me reprendería si me quedaba dormido en el salón como un hombre libre cualquiera. Nunca había dormido en un sofá, siempre imaginé que debía ser incómodo. Decidí comprobarlo.

Abrí la primera caja de las que me habían dejado. Dentro, como dijo Roberto, había una enciclopedia completa de veinticinco tomos y bastante moderna. Cogí el primero: el de la A. Me senté en el sofá y lo abrí por la primera página. Era una tontería esperar al día siguiente. Tenía ganas de empezar y, además, me motivaba tanto como la lectura desprenderme de los horarios. Si me quedaba dormido al amanecer y me despertaba por la tarde, no tendría que sentirme incómodo. Ya no.

«*A* n. f. (pl. aes) 1. Primera letra del alfabeto español y la más abierta de las vocales. *A* prep. (lat. *ad*) Expresa fundamentalmente idea de movimiento material o figurado».

La enciclopedia se convirtió en un interesante somnífero; en *abad* empezaron a caérseme los párpados y me dejé llevar por el sueño mi primera noche en un sofá.

1. Crisálida

Después de una semana solo en la cabaña, ya me sentía una persona bastante diferente. No me había afeitado la cabeza ni la cara durante siete días y empezaba a tener pinta de hombre libre e indigente. Nunca había sido muy consciente de cómo me crecía la barba. Era como si no hubiese pelo suficiente para cubrir el espacio necesario y, en vez de concentrarse en una perilla, estaba desperdigado de forma caótica. Llevaba un par de jornadas sin quitarme el pijama, comiendo chucherías y todo aquello que no requiriese más elaboración que meterlo en el microondas. Pasé aquellos primeros días de la cama al sofá, del sofá a la cocina y de la cocina al baño. En la enciclopedia iba por la letra F de *Filipinas*. Había una foto de ese lugar que ilustraba el artículo y quedé fascinado por el paisaje insular y el color celeste del mar en sus playas. Nunca imaginé que aquel país fuese tan paradisíaco. Conocí unos cuantos filipinos en casa de los Navarro. Dentro del mercado esclavista son los más valiosos. Tener un criado filipino es equivalente a tener un Mercedes de alta gama. Son trabajadores resistentes, obedientes, extremadamente habilidosos y silenciosos. Entre esclavos se suele bromear diciendo que trabajan como si cobraran.

Estuve poniendo música durante ese tiempo para que acompañase mi lectura. Roberto había metido la mayoría de mis discos preferidos junto a un montón más que me quedaba por descubrir. A veces, cuando sonaba algún estribillo que me gustaba, lo cantaba en voz alta mientras bailoteaba. Empezaba a tomarme esas pequeñas libertades, a veces teniendo que recordarme a mí mismo que podía hacerlo.

Aquellos primeros días de libertad, en los que aún no había digerido del todo mi nueva condición, en los que empezaba a acostumbrarme, cada pequeño detalle me sabía a gloria. En un momento dado empecé a escuchar algo extraño bajo mi canción favorita de Creedence Clearwater Revival. Lo supe porque la había

escuchado tantas veces como para sabérmela de memoria. Oía una melodía aguda que no encajaba y rápidamente supe que no venía del vinilo que giraba en el tocadiscos; así que me apresuré a detenerlo para escuchar ese sonido aislado. Era una versión básica de música clásica. La conocía: era la *Tocata y fuga* de Bach.

—Compositor alemán del período barroco —dije en voz alta, demostrándome a mí mismo que la lectura de la enciclopedia no estaba siendo en vano.

Era un tema que Roberto solía ponerse cuando necesitaba relajarse. Sonaba relativamente fuerte y venía de uno de los muebles del salón. Dejé que el sonido me guiase hasta encontrar el origen. Junto al viejo armario para la vajilla, enchufado a la corriente, encontré el teléfono móvil que me habían dejado. Se movía un poco con cada vibración. Lo cogí deprisa después de comprobar quién llamaba. En la pantalla pude leer «Casa». Pasé unos segundos en silencio con el aparato en la oreja. Llevaba toda la vida contestando con un «Casa de los Navarro» o «Casa de los Cortés» y tuve que pensar en la manera correcta de hacerlo según mi nueva condición.

—¿Dígame?

—¿Lucas? —Era la voz de Luisa—. Lucas, es una videollamada, mira el móvil.

Me despegué el teléfono de la cara y por fin la vi sonriéndome desde la pantalla. Estaba despeinada y con las gafas puestas, así que deduje que estaba trabajando en casa.

—¿Cómo estás?

—Pues bastante bien, la verdad. —Intenté buscar el ángulo adecuado para ocultar el desorden que me rodeaba, pero no existía.

—Vaya…, cómo tienes la cabaña, parece una leonera.

—Sí…, perdona…

—Tranquilo, es la señal de que todo va como debe ir. —Me tranquilizó bastante.

—Os echo de menos.

—Y nosotros a ti. Justo anoche lo estuve hablando con Gema.

—Me dio mucha pena no despedirme… No sabía si llamaríais.

—Qué tontería. Te llamaremos a menudo. Te quise llamar antes,

pero Roberto dijo que dejásemos pasar como mínimo una semana de adaptación en soledad.

Claro, la soledad. No me había parado a pensarlo hasta ese momento. Supongo que debería haber sido una semana difícil para alguien que ha pasado toda la vida compartiendo habitación y cocina con otros esclavos o bajo la constante mirada de sus dueños. Sin embargo, a mí me resultó bastante fácil. De hecho, los siete días se me pasaron volando. Era como si ya conociera esa sensación. Supuse que Roberto ya no recordaba que se puede estar solo y rodeado de gente.

—¿Cómo estáis? —pregunté—. ¿Cómo están los chicos?

—Bien, estamos todos bien. Roberto les dijo que te quedarías en la cabaña hasta que se aclarase el tema de la pelea en el callejón y se lo han creído. Simón se siente culpable.

—Vaya…, pobre. Lo siento.

—No lo sientas. Le está viniendo bien empatizar de esta manera, la verdad. Pero, bueno, cuéntame. ¿Qué has estado haciendo?

—Pues… leyendo la enciclopedia, escuchando música… —Hubo un silencio.

—¿Y qué más?

—Pues nada más. Eso he estado haciendo.

—¿Y no has salido ni nada?

—No. Apenas me he movido, la verdad. Ni siquiera me ha hecho falta leña.

—Bueno…, te queda bastante tiempo ahí. Ya se te hará pequeña la casa.

—Supongo.

—Pronto intentaremos visitarte. Te avisaré para que recojas un poco la casa.

Se rio. Nos reímos. Justo en ese momento la soledad pesó un poco más. Entonces sonó un pitido intermitente y a Luisa le cambió el gesto, tuvo que recolocarse las gafas para leer algo que solo se veía en su pantalla y se aceleró un poco.

—Perdona, Lucas, tengo que dejarte. Me están llamando del periódico.

—No te preocupes.

—Luego te llamo, ¿vale?

—Vale. Un saludo a los chicos.

Creo que me colgó antes de terminar la frase. De repente el silencio se hizo tan denso que tuve que pensar en algo para solucionarlo. De camino al tocadiscos, un sonido inesperado me dejó petrificado. Era un ladrido agudo, insistente y cercano. Justo fuera de la cabaña. Me agaché instintivamente y me acerqué a una de las ventanas para asomarme con cuidado. Un perro sin raza del tamaño de un pastor alemán estaba delante de mi puerta. Entonces escuché una lejana voz de mujer.

—¡Luna, Luna, ven aquí!

Caminé de cuclillas y lo más silencioso posible hasta un lugar que me diera la mejor visión de aquella voz que se acercaba. Era una chica joven, con media melena negra, suelta y despeinada. Llevaba un vaquero roto a la altura de las rodillas y un viejo jersey. No sé mucho de ropa, pero fui capaz de percibir que no iba precisamente conjuntada. Caminaba deprisa hacia la casa. Se notaba que temía a quien pudiera estar en su interior tanto como yo a ella.

—Luna, cállate. ¿Qué te pasa?

La escuché a través de la puerta. Los ladridos cesaron casi de inmediato y yo volví a pasar de cuclillas hasta la ventana que daba a la entrada. La chica acariciaba al perro, el animal seguía moviéndose nervioso y ella intentaba tranquilizarlo. A esa distancia pude ver que su ropa estaba bastante sucia. No había que ser muy listo para relacionarla con aquellos locos que intentaron asaltarnos durante nuestras pasadas vacaciones navideñas, así que, haciendo caso a Roberto, casi dejé de respirar para que la casa pareciera deshabitada. Entonces, levantó la cabeza para mirar hacia dentro y la reconocí.

Era la última persona que esperaba encontrarme en medio de la nada, por eso me costó un momento relacionar aquel rostro con el que guardaba en mi memoria. Por alguna razón, no había sido capaz de olvidar su mirada desde que se acercó a la puerta del jardín de los Cortés en mi primer día de trabajo y me soltó aquel enigmático «azul».

—¿Qué pasa, Luna? —susurró—. ¿Hay alguien dentro?

La chica intentó ser silenciosa dando los cuatro pasos que la

separaban de la ventana desde la que yo la observaba. Pegó la cara al cristal para mirar al interior y se quedó prácticamente frente a mí. Tras unos segundos pegando la nariz al vidrio, se separó y se acomodó como pudo el flequillo. Entonces recordé que, desde fuera, las ventanas son espejos. Eso me dio la confianza suficiente para ponerme de pie y quedarme mirándola a menos de un metro. Había cambiado mucho desde la última vez que la vi, pero seguía produciéndome la misma sensación en la boca del estómago. No entendía muy bien qué era, pero me gustaba aquel nervio agradable. Por eso me alegré de verla. Incluso sabiendo que lo mejor es que ella no supiera que yo existía.

Bach sonó de repente y el silencio hizo que resultase ensordecedor. Se me había olvidado por completo que Luisa iba a volver a llamar. El perro empezó a ladrar de nuevo. Yo caminé rápido hasta el sofá donde había dejado el teléfono, pero mi poca experiencia con esos aparatos hizo que me costase unos segundos colgar. La chica se puso nerviosa y se alejó de la ventana.

—Vamos, Luna. —Empujó al animal—. Vámonos.

La miré correr hacia el bosque. Miró atrás un par de veces, dejándome claro que sabía que había alguien dentro de la cabaña y que informaría a su gente de ello. Unas horas más tarde, empezó a preocuparme que volvieran otra noche a intentar allanar la casa, pero en aquel momento solo me entristeció volver a verla alejarse.

1. El paseo

Había pasado el primer mes de mi proceso de crisálida. Había terminado la enciclopedia completa y había empezado a leerme otros libros de la caja. Llevaba tanto tiempo leyendo solo datos y definiciones que cuando me enfrenté a las historias que contaban las novelas, las devoré. No me disgustó aprender de todos aquellos tomos Larousse, pero ahora que había empezado con las otras lecturas tenía la sensación de escuchar una orquesta sinfónica después de pasar meses oyendo el taladro de un vecino.

Me pareció un acierto que el orden de la lectura estuviese impuesto, porque uno puede disfrutar mucho más de un paquete de tortitas de arroz inflado cuando no conoce el sabor el chocolate. Sin embargo, mi disfrute de la literatura no hubiera sido tan pleno sin el aprendizaje previo. A veces, emocionado en medio de una lectura, me asomaba a las obras que me quedaban por delante y leía los títulos como el que mira con hambre todas las posibilidades deliciosas que le ofrece un bufé. *La odisea*, *Guerra y paz*, *El guardián entre el centeno*, *Cien años de soledad*, *El viejo y el mar*, *La metamorfosis*, *1984*, *El Quijote*, *El señor de los anillos*… Creo que sin ellos me hubiese vuelto loco durante aquellos días.

El silencio en el que me sentía tan cómodo al principio, ese que olía a sábanas propias, había pasado a ser tenso e incómodo. Desde que esa chica y su perro se alejaron de la cabaña con la certeza de que había alguien dentro no pude dejar de mirar por la ventana cada diez minutos. Me obsesioné con comprobar los cerrojos de cada puerta diariamente e intenté salir lo menos posible al exterior. Me acuerdo mucho de cuando Luisa me dijo que la casa se me iba a quedar pequeña porque ya las paredes me aplastan.

A veces, me parecía ver movimiento entre los grandes árboles del que los vi salir la última vez, pero era consciente de que estaban demasiado lejos y el viento que mece los arbustos podía jugarle una mala pasada a mi cerebro. Tenía más que ensayado el recorrido desde el sofá en el que pasaba la mayor parte del día a la ventana del piso

superior que me daba la mejor perspectiva posible para la defensa. Llevaba los bolsillos llenos de cartuchos y la escopeta siempre a menos de un metro de mi mano derecha. Dormía junto a ella, la acomodaba sobre los cojines del sillón más cercano del salón e incluso me la llevaba al baño. Mi obsesión por la posible amenaza de los salvajes era tan poderosa que pasaba las noches atento a cada pequeño sonido de mi alrededor, y eso en una vieja cabaña de madera que cruje cuando se dilatan los tablones con los continuos cambios de temperatura es una auténtica locura.

La peor de las vigilias tuvo lugar la tercera semana. Ya llevaba media hora tumbado en la cama, con los ojos abiertos, adivinando la silueta de la lámpara del techo entre la oscuridad. Sabía que en el exterior soplaba el viento con bastante fuerza porque escuchaba mínimamente el movimiento de los árboles lejanos. Si no me hubiese encontrado en el estado de alerta continuo en el que estaba sumido ni llevase el peso de la falta extrema de sueño sobre mis cervicales, habría sido hasta relajante. Entonces fui consciente de unos golpecitos secos y continuos en el cristal de una de las ventanas del piso de abajo. Cada segundo y pico escuchaba un clac. Lo que más me preocupó es que llegué a notar pequeñas variaciones de tiempo entre uno y otro a pesar de ser un golpeteo constante. No pude evitar imaginar a uno de esos salvajes golpeando el vidrio con algún objeto puntiagudo para quebrarlo, haciéndolo con cuidado para no alertar a los habitantes de la casa, pero intentando hacerlo rápido por si el sigilo no funcionaba del todo. Pensé que, si realmente se trataba de eso, estaban a solo unos pocos golpes de invadir la cabaña. Tuve que decidir si esperarlos arriba o bajar a buscarlos.

Me levanté y llené mis bolsillos con la munición que había dejado sobre la mesita de noche. Cogí la escopeta y bajé los escalones rápido, intentando no hacer ruido, maldiciendo el chillido de la madera en cada una de mis pisadas. Me detuve en el último peldaño, cerré los ojos y aguanté la respiración para ubicar el sonido. Afinando el oído me di cuenta de que efectivamente venía de la ventana que se encontraba junto a la puerta principal. Los golpecitos no cesaban y no podía evitar pensar que estarían a uno o dos más de lograr su objetivo,

así que salí apuntando hacia el cristal, caminando rápido hasta los interruptores que encendían las luces del porche.

Los pulsé. Estaba totalmente preparado para ver dónde estaban los intrusos y apretar el gatillo, pero, cuando se iluminó el exterior, no vi a nadie. Aun así, los golpes seguían. Con el corazón acelerado, me acerqué a ver de qué se trataba. El cable de la antena se había soltado y el viento lo mecía haciendo que el extremo produjese ese ruido. Apagué deprisa la luz y me quedé a oscuras respirando hondo, intentando tranquilizarme. Entonces empezó a preocuparme haber llamado la atención con la iluminación exterior de la cabaña en medio de la oscuridad durante la madrugada.

Los Cortés me habían llamado unas cuantas veces. Había podido charlar con los chicos un rato. Al principio me hacía gracia que me hablaran como si estuviese cumpliendo condena en una cárcel, pero con el tiempo ese tono combinó bastante con mis sentimientos. Igualmente, me he hecho el fuerte ante ellos. El único al que le conté lo que pasó con aquella intrusa fue a Roberto. Intentó tranquilizarme detallándome cómo se había encargado de asegurar la casa hasta convertirla en una fortaleza infranqueable. Pero yo seguí mirando al exterior continua y obsesivamente, esperando un grupo numeroso de salvajes salir del bosque y rodearme. Si algo me ha enseñado la enciclopedia, es que los castillos más blindados también fueron invadidos por ejércitos enemigos más numerosos y preparados.

Aunque la familia siempre me hablaba de un día cercano en el que vendrían a visitarme, el único que pasó por allí fue el padre justo treinta días después de dejarme solo. Supongo que, preocupado por mi tono nervioso cuando le conté el desgraciado incidente del perro, decidió venir en persona a ver con sus propios ojos cómo iba todo.

Aquel fue el único día que pasé más de media hora bajo el cielo. Me propuso dar un paseo por una zona segura y, sinceramente, hasta ese momento no me di cuenta de la falta que me hacía despejarme de ese modo. El frío había dejado de ser desagradable y el clima primaveral nos abrazó durante toda la caminata. Recorrimos la zona más cercana al lago, cargados con la escopeta y munición como para extinguir un batallón. Él había pasado por lo mismo que yo, así que

sabía mejor que nadie cómo podía sentirme, cómo podía ayudarme y la información que necesitaba para rellenar los huecos que me habían robado el sueño las últimas semanas.

—Enhorabuena, Lucas. —Sonreía—. El primer mes es el más jodido de todos.

—Bueno, no ha estado mal. —No era del todo verdad, pero tampoco mentira.

—Sé que has estado nervioso por la gente del bosque.

—Sí…, un poco, la verdad.

—Es normal. Pero no deberías preocuparte tanto. —Pensó un momento en el peso de sus palabras—. Tienes que estar alerta, sí, pero no estás en peligro. Te lo digo en serio.

No contesté. No sabía qué contestar. Seguí caminando y puse cara de comprenderlo y creerlo, pero Roberto me leía la mente porque también había sido Miguel.

—Supongo que tu temor bebe mucho de aquella noche en la que intentaron entrar.

—Supongo —contesté sin mirarlo.

—Como te he dicho, eso nunca me había pasado. Al día siguiente hablé con los líderes y llegamos a un acuerdo: nosotros no pisaríamos su territorio y ellos no se acercarían.

—Pero se acercaron.

—Bueno, me dijiste que la chica vino a buscar a un perro, ¿no? —Sonrió de nuevo—. Los animales no entienden de acuerdos.

—Ya. Si tienes razón. Han pasado tres semanas y no ha pasado nada, pero…, no sé.

—Te entiendo, es difícil dejar de pensar en la posible amenaza que supone. He estado dándole vueltas a cómo podría tranquilizarte y he llegado a la conclusión de que otra buena parte de tu temor se debe a la desinformación.

—¿A qué te refieres?

—A que, para ti, por lo que has visto, estos salvajes son criminales sucios y violentos que nos vigilan, que nos odian y nos atacan sin motivo. Y, la verdad, en parte es así, pero también son más parecidos a ti…, a nosotros, de lo que puedas imaginar.

—Ya, bueno… —razoné sus palabras en voz alta—. Que tendrán sus motivos para hacer lo que hacen y que también son personas.

—No solo eso, Lucas. —Hizo la pausa reglamentaria y la aspiración profunda típica de antes de soltar una bomba—. Ellos también fueron esclavos.

—¿Qué?

Mi sorpresa dejó paso inmediatamente a la rabia por no haberme dado cuenta antes a pesar de tener todas las señales necesarias para ello. La más clara había sido la chica del perro, a la que había visto con uniforme, la cabeza afeitada y el código en la nuca.

—La única diferencia entre ellos y tú es que ellos no han sido debidamente liberados y educados para mezclarse con la gente libre. Son fugitivos que escaparon por la fuerza del sistema y viven ocultos en los bosques, sobreviviendo de la única forma que alguien puede hacerlo sin la posibilidad de ganarse la vida honradamente.

—Pero, entonces…, ¿por qué nos atacan?

—Porque son unos bárbaros y consideran que nuestra lucha es demasiado lenta. Según su postura, nos sentimos tan cómodos en nuestra posición de personas libres que nos agarramos a ella y dejamos de lado el objetivo de la liberación total. No entienden la dificultad y el tiempo que requiere un proceso tan delicado como… cambiar el mundo.

—Claro.

—Lo peor es que sus actos delictivos hacen más complicada nuestra estrategia. Por mucho que se lo hemos intentado explicar a lo largo de los años, no quieren darse cuenta de que son realmente ellos los que están retrasando el objetivo.

Guardé silencio repasando la información recibida. Me resultaba difícil entender por qué existía un enfrentamiento entre personas que deberían luchar en el mismo bando.

—La verdad es que aún no había llegado el momento adecuado para darte toda esta información, es algo que ocurrirá más adelante. Quizá entonces lo entiendas mejor. He intentado resumirlo todo lo posible, pero pensé que, dadas las circunstancias, te vendría bien conocer la naturaleza de la amenaza que te tiene preocupado.

—Sí, creo que me viene bien.

—Me alegro.

—Aunque sigue habiendo cosas que no entiendo.

—Pronto se te darán todos los detalles que yo me he saltado, no te preocupes. De hecho, ten preparadas todas las preguntas que tengas que hacer. No solo de esto, de todo en general, porque en unas semanas…

—¿Y son muchos? —Las cuentas en mi cabeza hacían imposible escuchar.

—Sí, son muchos, pero mal organizados.

—Vale. —Sé que Roberto se quedó mirándome, sabía que no había sido suficiente.

—Venga, volvamos a casa. Tengo algo que enseñarte.

Nos dimos la vuelta y aceleramos el paso hacia la cabaña de manera más o menos instintiva. Durante aquel recorrido apenas hablamos. Quizá Roberto entendía que yo necesitaba mi tiempo para digerir toda la información. Igualmente fue agradable. El sol empezaba a ponerse, coloreando el lago de una forma más intensa que los días de frío. Ya me estaba acostumbrando a esos detalles. Al principio me resultaban más mágicos. Era curioso cómo la libertad empezaba a robarme la capacidad de sorprenderme.

—Justo a tiempo para ver la puesta de sol desde el porche. ¿Te quedan birras?

—Sí, algunas.

Quedaban casi todas las que me habían dejado, aún seguía sin entender por qué a la gente le gustaba beberse ese líquido amargo. Pensaba lo mismo sobre el café, pero la cerveza no podía solucionarse con tres cucharadas de azúcar. Saqué dos botellines y me sorprendió no ver a Roberto en el porche, sino de pie justo delante de la fachada.

—Ven —me dijo. Caminé hacia él ofreciéndole la bebida—. Mira.

Me puse a su lado y me fijé en que tenía una piedra del tamaño de una pelota de tenis en la mano. Sin decir nada, la tiró con todas sus fuerzas hacia la casa e impactó con potencia contra una de las ventanas. Rebotó y volvió a caer cerca de nuestros pies. El cristal

estaba intacto.

—¿Ves? Son bastante duros. —Sonrió con orgullo—. Es más…

Se descolgó del hombro la escopeta y apuntó a la ventana. Retrocedí un paso porque, aunque habíamos sacado las armas a pasear unas cuantas veces, no habíamos llegado a disparar y no estaba seguro de a qué distancia estaría a salvo. Apretó el gatillo y tampoco los perdigones hicieron mella en el cristal. En ese momento consiguió lo que se había propuesto hacer en esta visita: darme la tranquilidad que no me había dejado disfrutar de la mayoría de mi estancia.

Nos sentamos en las sillas de mimbre del porche y miramos el sol esconderse detrás del lago un día más. Brindamos contentos, de nuevo centrados en la gigantesca parte positiva de aquel proceso que vivíamos, él como liberador y yo como liberado. Bebimos a la vez e imité su cara de satisfacción mientras me preguntaba de nuevo a mí mismo cómo a la gente puede gustarle la cerveza.

1. La sabia

El día que vino a visitarme el primer maestro empezó igual que cualquier otro. Dejé que me despertase el sol que se colaba por las ventanas de la habitación y retocé unos minutos extras bajo el edredón. Me di una ducha caliente y me peiné. Ya llevaba casi dos meses dejándome crecer el pelo, así que empezaba a experimentar esa sensación tan simple pero tan nueva para mí. Puse un disco al azar de la caja y desayuné un café con tres cucharadas de azúcar y pan tostado con aceite y jamón. La banda sonora de aquella mañana estuvo a cargo de Marvin Gaye, que aportaba la cálida y premonitoria sensación de que iba a ser un día importante.

Curiosamente, aquella mañana no llevaba el pijama puesto. La noche anterior se había terminado la leña, así que había decidido vestirme para salir a buscar un poco más y, de paso, dar un paseo junto al lago para variar y hacer algo de ejercicio. La idea era despejarme un poco para dedicarle otra tarde a la lectura compulsiva.

Salí casi a mediodía, la temperatura era perfecta. Necesitaba la chimenea porque cuando el sol se escondía seguía haciendo frío, pero a lo largo de la jornada se notaba la primavera avanzada. Hacía un calor agradable y el entorno empezaba a teñirse de colores. Apoyé la escopeta en el cuartillo de las herramientas y me puse a seleccionar los pedazos de madera necesarios para calentar la casa durante un tiempo. Entonces escuché el motor de un coche y lo vi acercarse por la carretera de tierra que unía la cabaña con la autovía. Instintivamente agarré el arma, pero cuando estuvo a unos cien metros pude ver que se trataba de un BMW de alta gama azul marino. Roberto ya me había avisado de que los tres maestros llegarían en un vehículo como ese. Creo que se aproximaba lo suficientemente despacio como para darme tiempo a llegar a aquella conclusión.

Se detuvo justo en la entrada, a solo unos pasos del punto al que yo había caminado para recibir a quien viniese. Bajó primero el conductor, vestido de traje. Le dio la vuelta al vehículo para llegar a

las puertas de atrás mientras se acomodaba con la mano el caótico pelo rizado que combinaba fatal con su indumentaria. Cuando abrió la puerta, vi a la persona que había venido a visitarme. La conocía y sin embargo eso no me tranquilizó en absoluto. Era la jueza Estefanía Casares, la señora que ya me había interrogado durante la famosa cena azul. Bajó del coche y me sonrió afectuosa.

—Buenos días, Lucas.

—Buenos días, señora.

Llevaba un elegante traje de chaqueta negro y un pañuelo azul en el cuello, ocultando las únicas marcas que delatarían su avanzada edad. Era casi tan alta como yo y su delgadez la hacía parecer décadas más joven. Supuse que ella sería la que respondería todas las preguntas que había ido acumulando a lo largo de estos días, así que empecé a repasarlas en mi mente. Sin embargo, no venía sola, y la imagen de su acompañante me dejó de piedra. La jueza me la presentó con el frío afecto con el que solía hablar.

—Esta es Mercedes. Se encargará de la cabaña mientras hablamos.

Mercedes era una esclava bastante mayor. Calculé que andaría por encima de los sesenta y cinco años. Tenía la cabeza afeitada y el uniforme reglamentario. Me saludó con una sonrisa y una ligera reverencia. El no entender qué estaba pasando me tenía congelado frente a ellas y cargado de leña, pero Estefanía volvió a conectarme.

—Lucas… —La miré desubicado—. ¿Podemos pasar?

—Sí…, claro.

Pasamos los tres a la casa, el chófer se quedó junto al coche. Al entrar, la primera visual consciente me avergonzó. Estaba todo bastante patas arriba y no limpiaba desde hacía semanas. A la jueza no le sorprendió en absoluto, de hecho, parecía esperárselo.

—Disculpen el desorden, no sabía que iban a venir hoy.

—No te preocupes. Mercedes, nosotros estaremos aquí sentados charlando un buen rato. ¿Podrías prepararnos un té antes de ponerte a limpiar?

—Sí, señora.

—Gracias.

Vi a la esclava caminar hacia la cocina con torpeza, intentando darse prisa, pero sin lograr ser rápida. Era una mujer de rostro entrañable a la que empezaban a fallarle las fuerzas, lo que me hizo sentir más culpable por el estado de la casa. Estefanía se sentó en el sillón que estaba justo enfrente del sitio que yo solía ocupar. La imité intentando parecer despreocupado. Curiosa, cogió el libro que estaba sobre la mesita que nos separaba.

—*Los Miserables* de Víctor Hugo —leyó sin mirarme—. ¿Te está gustando?

—Me está encantando. Bueno, de momento me han gustado todos los que he leído.

—Me alegro. —Volvió a dejarlo en la mesa—. ¿Y cómo llevas la crisálida?

—Pues bastante bien, la verdad. Me levanto tarde, me paso el día leyendo, como cuando tengo hambre, duermo cuando tengo sueño… No me puedo quejar.

—A algunos se les hace complicada la soledad y el silencio.

—Por suerte a mí ambas cosas me parecen bastante cómodas.

Se rio y yo volví a reírme sin saber muy bien por qué. Rebuscó en su bolso y sacó uno de sus cigarrillos.

—¿Te importa que fume?

—No, claro que no. —Le acerqué un cenicero que solía utilizar para dejar las llaves.

—Gracias. —Encendió el pitillo—. Cuéntame. ¿Qué has aprendido?

—Pues ya me he leído toda la enciclopedia.

—No. Me refiero a qué has aprendido sobre ti en estas primeras semanas.

—Ah… —Esa mujer siempre me hacía pararme a pensar—. Que me adapto fácil a la nueva situación, que la barba me crece de forma un poco caótica y que me encanta leer.

—Estupendo. Sabíamos que estarías bien. —Me quedé pensando en a quién escondería ese plural. Ella, mientras, le dio una calada larga al cigarrillo con sus ojos clavados en mí—. Como ya te contaron, vendrán tres maestros a visitarte. Yo soy la primera, la que enseña, así

que estoy aquí para responder a todas tus preguntas.

—¿Y qué otros maestros quedan?

—El conversador y el hermano mayor. Lo entenderás cuando llegue el momento.

—Vale. ¿Cuánto tiempo me queda aquí?

—Pues es imposible responder eso de forma concreta porque depende de ti. De que estés preparado para el siguiente paso. Pero, vamos, te queda bastante aún. Prácticamente acabas de llegar, ¿no?

—Claro… Era por hacerme una idea. —Repasé mentalmente las preguntas que tenía pensado hacer. La jueza tenía la capacidad de dejarme la mente en blanco.

—Venga. Siguiente pregunta.

—Sí… Hay algo que llevo preguntándome incluso antes de estar aquí…

—La puerta azul. —Sus dotes adivinatorias me dejaron mudo unos segundos.

—Sí, exactamente eso.

—Es una de las preguntas típicas. Y siempre pienso que es mucho más bonito descubrirlo entrando, pero bueno… Le llaman el Dédalo. Es un gigantesco sistema de pasadizos. En cada casa con servicio había un acceso directo, con entradas a lugares básicos como mercados, tiendas o lavanderías. Una ciudad bajo la ciudad que se construyó hace siglos para el uso exclusivo de los esclavos; para que no tuvieran que mezclarse con la gente libre. Pero fracasó y decidieron prohibirlo y taparlo. Algunos años más tarde, los pájaros azules volvieron a abrirlo en secreto.

—¿Cómo que fracasó?

—Fracasó para los libres porque no pensaron en las consecuencias de habilitar un lugar exclusivo para esclavos. Sin supervisión, se sintieron capaces de desarrollar de forma clandestina algo parecido a vivir como personas. Allí abajo empezaron a socializar, se creó un mercado basado en el trueque y surgieron relaciones profundas, amistosas y románticas entre ellos. Aquella ratonera pensada para tratarlos como animales se convirtió en un refugio subterráneo donde se podían sentir humanos, y claro, empezó

a ser peligroso para mantener el equilibrio que los dueños pretendían mantener.

—Y si no entraban, ¿cómo se dieron cuenta de lo que pasaba abajo?

—Porque aquella sensación de libertad era tan poderosa que volver a sus rutinas se hacía cada vez más duro. Antes de aquella vida en el subsuelo, no se habían planteado lo infelices que eran. Eso hizo que algunos esclavos nunca regresaran a sus casas, y claro, ahí los libres empezaron a sospechar.

—¿Y entraron a buscarlos?

—Enviaron a la guardia esclavista para poner orden, pero en ese complejo entramado de pasadizos solo sabían moverse los esclavos, así que muchos de esos guardias tampoco volvieron. Eso evidentemente asustó a los dueños y decidieron tapiarlo antes de que sus siervos fuesen conscientes de que habían sido capaces de ganar una batalla.

—Para evitar que se dieran cuenta del poder que podían tener…

—Así es. —Apagó su cigarrillo a medias estrujándolo en el cenicero—. Pasó algo parecido en el antiguo Imperio romano. Hubo un momento en el que los patricios barajaron la posibilidad de uniformar a sus esclavos para que fuesen fácilmente identificables. Sin embargo, terminaron abandonando esa idea al temer que así se dieran cuenta de lo numerosos que eran y la fuerza que tendrían organizando una revuelta.

Miré tenso cómo Mercedes se acercaba despacio, portando temblorosa una bandeja con dos tazas de agua caliente, unos sobres de té, el azucarero y una pequeña jarrita de leche. Sin embargo, su rostro estaba lleno de seguridad, así que seguí con mi interrogatorio.

—¿Y qué pasó con los que nunca volvieron?

—Huyeron antes de quedarse sin salida y se escondieron antes de ser capturados. Se alejaron de las ciudades y se escondieron entre las sombras de los bosques cercanos. Fueron los primeros de un grupo muy numeroso y salvaje de forajidos que siguen ocultos, sobreviviendo como ratas.

—Sí, los he visto.

—Lo sé. Me comentó Roberto que tuvisteis un encontronazo con

ellos durante el invierno. Siempre han sido un problema para nosotros, para los libres e incluso para ellos mismos. —La vieja esclava dejó la bandeja en la mesa—. Gracias, Mercedes.

La mujer volvió a la cocina y la escuché trastear en busca de los productos de limpieza. Intenté concentrarme en las preguntas que me quedaban por hacer mientras estrujaba con la cucharilla la bolsa de té en mi taza, pero el jaleo de Mercedes lo hacía difícil.

—¿Conoció usted a la dueña liberadora de Roberto?

—Claro. Sofía, en paz descanse. —Se quedó sonriente unos segundos, como si encontrase algo bonito en el fondo de su memoria —. Una gran mujer.

—¿A qué se dedicaba? Me refiero a una vez liberada, claro.

Estefanía movió los labios para contestar, pero se lo pensó mejor en el último momento. Se levantó en silencio y rebuscó en la caja que contenía las novelas hasta sacar una de ellas. Me la dio en la mano y volvió a sentarse en el sofá. Miré la portada. Sobre el paisaje nocturno de una aldea encantadora leí: «*La madre muda*, de Sofía Noguera».

—Vendió cientos de miles de libros. Le pusieron su nombre a un aeropuerto.

—Será el siguiente que me lea.

—Me parece buena elección. —Se encendió otro cigarrillo—. Le habrías caído bien.

Mientras me leía la contraportada del libro, Mercedes volvió de la cocina cargada de paños y productos de limpieza. Sostenía demasiadas cosas con sus manos débiles, llevaba el cepillo pinzado bajo el brazo y andaba con pasitos cortos hasta la mesa de comedor. Escuché con angustia la dificultad en su respiración. Ya estaba cansada y aún no había empezado.

—Lucas —Estefanía hizo que volviese a mirarla a ella—, seguro que te quedan más preguntas que a mí tiempo en esta cabaña.

—Sí, perdone. ¿Cómo…? —Volví a mirar a Mercedes—. ¿Cuándo…?

La mujer había empezado a recoger toda la basura que yo había ido dejando caer a lo largo de este tiempo: envoltorios, platos sucios y latas vacías que, sin casi darme cuenta, habían empezado a ser parte

de la decoración del salón. Cada vez que ella se agachaba intentando no soltar un inevitable quejido, yo sentía un latigazo en el pecho. En un momento dado, tuvo que pararse unos segundos para recuperar el aliento. No podía soportar verla en esa situación, más allá de lo culpable que me sentía por haber convertido la casa en un vertedero. Mercedes ya no tenía fuerzas para seguir haciendo bien un trabajo que la estaba rompiendo del todo. Cuando se volvió a agachar, no pude evitar levantarme de un salto y acercarme a ayudarla, pero de nuevo la voz de la jueza me detuvo a medio camino.

—Lucas —soltó mi nombre como un claxon y luego relajó el tono—, ¿qué haces?

—Voy a ayudar a…

—No, Lucas —me interrumpió—. Ese no es tu trabajo. Siéntate, por favor.

Me quedé unos segundos de pie y en silencio, asimilando lo que estaba pasando, lo que me estaban ordenando y quién era yo. Tenía los ojos puestos en los de Estefanía, sabiendo que no existiría una respuesta por mi parte. Durante aquel eterno momento, solo se escuchaba el paño de la esclava sacando brillo a la madera de la mesa. Resignado, me volví a sentar.

—Mercedes, ¿podrías empezar por el piso de arriba? —dijo la jueza sin mirarla.

—Sí, señora.

La mujer agarró con dificultad todos los productos de limpieza y subió las escaleras con una lentitud incómoda que hizo que pareciesen horas. Estefanía me marcó con gestos que me mantuviese tranquilo y en silencio. Le hice caso sin dejar de mirar cómo cada escalón para la pobre Mercedes parecía dos veces más alto que para el resto de la gente.

—Ella no solo ha venido a limpiarte la cabaña, también para que seas consciente de algo importante en lo que debes trabajar: el instinto del siervo.

—¿Y qué es eso?

—Justo lo que te acaba de pasar: ese impulso por intentar ayudar a una esclava. Algo que tienes demasiado arraigado como para

dejar de hacerlo. Sin embargo, aunque a veces te resulte duro, debes esforzarte por evitarlo de aquí en adelante.

—Pero… ¿por qué?

—Porque se supone que debes parecer una persona libre, así que tienes que actuar siempre como si fueras una de ellas. Pase lo que pase. Es importante, Lucas.

Apreté la mandíbula y guardé silencio un momento. Entendía lo que la jueza me explicaba. Tenía mucho sentido, pero me hervía la sangre en aquel momento. Supe que era una sensación que me acompañaría siempre y que esconderla sería muy complicado. Era una bofetada de realidad ser consciente de que nunca sería libre, solo un esclavo disfrazado y fingiendo.

—Todos pasamos por eso. Quizá sea la parte más dura del proceso. Pero es esencial borrar cualquier rastro de sometimiento. Ahora debes parecer uno más en la punta de la pirámide, que nadie note tu olor a base. Ni siquiera un esclavo.

—¿Y por qué ella no ha sido liberada? —No podía dejar de pensar en eso.

—¿Quién? ¿Mercedes?

—Sí, claro. ¿Por qué sigue siendo esclava? Tu esclava.

—Bueno, no todos son aptos para la liberación, Lucas. Es importante reunir una serie de requisitos para ello, porque nosotros hacemos esto por un objetivo concreto. Todos los pájaros azules han sido escogidos cuidadosamente para que puedan aportar. Si liberásemos a todos los esclavos…

—¿Qué? —Me esforcé para rebajar un poco el tono—. ¿Qué pasaría?

—Que sería un caos. No habría plan. No podríamos perseguir un fin común. Seríamos como esos salvajes que se esconden en el bosque haciendo crecer aún más el odio de las personas libres hacia los esclavos.

—Claro. —Podría haberle rebatido muchas cosas, pero eso me habría jugado en contra.

—Es normal cuestionarse este tipo de cosas, te entiendo. Pero en realidad deberías sentirte afortunado por haber sido escogido y

aceptado para ser un pájaro azul.

—Lo estoy. —Sonreí y creo que se lo creyó—. Mucho.

—Esta bendición tiene sus esquinas sombrías, chico. Ya te acostumbrarás.

Después de aquello, me quedé dándole vueltas a lo interiorizadas que la jueza tenía aquellas despiadadas normas. En el fondo comprendía lo que quería decir, pero supuse que yo aún conservaba la empatía del que no tenía a nadie por debajo. Me quedé con las ganas de preguntarle qué teníamos nosotros que no tuviera Mercedes, qué sentido tenía salvar a unos pocos y abandonar a la mayoría, qué se sentía al dejar que otra persona igual que ella le sirviese. Me quedé con las ganas de confesarle que, en aquellos momentos, estaba más cerca de la filosofía de los salvajes que de los pájaros, aun entendiendo que solo estos últimos podrían conseguir un cambio real. Pensé que tal vez aquella camarilla se había equivocado con su evaluación y no fueron capaces de percibir que yo tenía demasiada compasión para ser un azul. La mujer debió leerme la mueca pensativa durante aquel silencio en el que se me olvidó disimular.

—Lo que pretendemos hacer es más grande que todos nosotros, Lucas. No se cambian las reglas del mundo de un día para otro. Muchos como tú y como yo han muerto preparando lo que va a pasar dentro de poco. Han luchado cada día de su vida por algo que sabían que ni siquiera iban a ver. Ha sido un camino larguísimo para poder colocar cada pieza estratégica en su sitio adecuado. Y no ha sido fácil. Si fallara un pedacito, todo se echaría a perder. Cientos de años de trabajo desaparecerían. Por eso tenemos que estar seguros de que todo encaje, de que todos seamos uno.

—Pero lo que no entiendo es…, a ver, todos los pájaros son cerebros. Jefes de equipo. ¿No haría falta un ejército como el que se esconde en el bosque?

—¿Colaborar con las ratas? —Se rio altiva—. Es imposible.

—Pero perseguís el mismo objetivo, ¿no?

—Sí, pero de forma muy distinta. Además, son indomables. Para encajar esa pieza en nuestro puzle, habría que apretar tanto que haría saltar todas las que ya están colocadas.

Por cómo contestó deduje que no era la primera vez que le cuestionaban el tema. Pasé el resto de la tarde haciéndole preguntas menos importantes, buscando respuestas sobre asuntos más pequeños para terminar de rellenar los espacios en blanco de todo el proceso en el que me encontraba. La jueza contestó cada una de mis dudas con paciencia y elocuencia mientras Mercedes dejaba la cabaña a punto. Podía haber sido una tarde agradable, pero Estefanía tenía la capacidad de hacerme sentir inseguro, de obligarme a estar alerta. Reconozco que, cuando tuve toda la información necesaria, las ganas de que se marchara hicieron las horas más largas. Aún recuerdo su inquietante despedida antes de subir al coche.

—Gracias por esta encantadora tarde, Lucas. Espero haberte ayudado lo suficiente como para que al menos necesites una vigilia de reflexión. Te deseo una crisálida tranquila y enriquecedora. Nos vemos en la cena.

Supe a qué cena se refería. Le devolví la sonrisa agradecido y vi el coche alejarse con la luz naranja del sol reflejada en sus cristales tintados. Había aprendido en una tarde casi tanto como en una enciclopedia. Una tarde que me condenó a bastantes más vigilias de las que en aquel momento esperaba.

Entré y cerré todos los cerrojos. Daba gusto recorrer la cabaña limpia después de tantos días acumulando basura. Aquella esclava había hecho un trabajo de primera en un tiempo récord. Sobre todo, teniendo en cuenta la velocidad a la que la vi moverse en el salón. Me fijé en cómo había colocado las cortinas del piso de abajo y cómo estaban doblados los paños en la cocina. Hacía tiempo que no veía aquel estilo clásico. Era de la vieja escuela, como mi madre. La nostalgia me dio un puñetazo inesperado en el esternón. Subí para comprobar cómo había hecho las camas, emocionado por dormir entre unas sábanas colocadas como aquellas con las que mis padres me arroparon de niño.

Sin embargo, cuando subí me encontré algo que me descolocó antes de entrar en las habitaciones. Un objeto concreto fuera de su sitio, sin duda puesto a propósito para llamar mi atención. Se trataba de un pequeño telescopio que había visto antes en el cuarto de los

chicos, estaba colocado junto a la ventana, con su trípode abierto y apuntando hacia un lugar determinado que no era precisamente el cielo. Al mirar, vi un lugar concreto del bosque cercano, los grandes troncos de los árboles y, de repente, un par de salvajes que parecían hacer guardia mientras charlaban relajados. Me incorporé tenso, intentando entender por qué motivo Mercedes, la única que había subido, quería que yo viese eso.

1. Vigilante

Me despertó la melodía del teléfono sonando en el salón. Abrí los ojos desorientado. Tardé en recordar de dónde salía aquella canción, aún no me había acostumbrado a ella. La altura del sol, que calculé por la luz que entraba por la ventana, me dejó claro que era casi mediodía. Me arranqué las sábanas y bajé corriendo las escaleras. El móvil estaba en el mueble de siempre, vibrando con violencia y deslizándose sobre la repisa. Era una videollamada de Roberto. La acepté mientras me rascaba las legañas e intentaba parecer espabilado.

—Lucas, buenos días. ¿Estabas durmiendo?

—¿Qué? No… Llevo despierto un buen rato ya.

—Me alegro de verte, chaval —fingió que me creía—. ¿Cómo te va? Ya llevas más de dos meses de crisálida.

—Me va bien. Hace tiempo que terminé con la enciclopedia.

—Lo sé. La semana pasada me dijo Estefanía que te había visitado y que andabas devorando novelas. ¿Qué tal con la jefa?

—Pues… bastante bien.

—¿Bastante bien? ¿Nada más? —Por algún motivo le hizo gracia —. ¿Sabes lo difícil que es conseguir cinco minutos de esa mujer?

—Bueno, me resolvió todas las dudas que tenía. —Mi cerebro estaba en pleno proceso de activación y se me notaba en la boca.

—Te pone un poco nervioso, ¿verdad?

—No —la sonrisa cómplice de Roberto me animó a seguir—, me pone súper nervioso.

—Sí, tiene ese poder. Siempre he pensado que lo sabe y lo utiliza. —Me tranquilizó que no solo fuera cosa mía—. Pero cuéntame más de esa tarde.

—Es que no hay mucho más que contar, nos sentamos en el sofá y estuvimos hablando durante horas mientras Mercedes limpiaba la cabaña.

—¿Mercedes?

Su pregunta me hizo sentir una inseguridad inesperada. En aquel

momento pensé que lo de la vieja esclava podría ser una prueba y que me estaba enfrentando al examen. Me extrañó que Roberto no supiera quién era. Por la edad de la mujer, debía llevar bastante tiempo a las órdenes de la jueza. Dudé de si aquel sospechoso gesto del telescopio era un movimiento calculado para demostrar mi lealtad a los *pájaros*. Sin embargo, por todo lo que había descubierto la semana anterior sobre la gente del bosque, decidí jugármela.

—Mercedes, la esclava de Estefanía.

—Ah, sí. La vieja. No me acordaba de cómo se llamaba. ¿Dejó bien la casa?

Ahí estaba la pregunta clave. Si iba a delatarla, aquella era mi oportunidad. Me di cuenta de que ya conocía lo suficiente a Roberto fingiendo y en ese momento no me pareció que lo estuviese haciendo. De alguna forma, lo que deseaba es que realmente Mercedes me estuviese señalando algo a espaldas de la organización liberadora.

—Pues…, la dejó perfecta.

—Seguro que sí. Esa mujer es de la vieja escuela. —Disimulé el alivio.

—Y nada, por lo demás…, leyendo todo el día —mentí.

—Bien. Me alegro de que ya se te haya pasado esa obsesión con los salvajes.

—Sí, casi ni me acuerdo —volví a mentir.

—Es lo mejor. —Pensó unos segundos—. Por cierto, esta mañana recordé que habíamos tenido problemas con la antena de la televisión la última vez que fuimos. ¿Me podrías decir si hay señal?

—Vale, un momento… No la he encendido desde que llegué.

Cogí el mando a distancia que estaba junto al mismo televisor y lo encendí. No estaba del todo seguro de haber pulsado los botones adecuados, pero apreté la mayoría para estar lo más seguro posible.

—Parece que no.

—Me lo imaginé. Tranquilo, mandaré un técnico a solucionarlo. Ver la televisión es una parte importante del proceso. Conocer el mundo y la actualidad es básico para… —Escuché cómo tocaban el timbre en su casa. Se puso un poco nervioso—. Uy, creo que los chicos han vuelto ya de clase.

—Qué bueno, tengo ganas de saludarlos.

—Es que… ahora mismo no va a poder ser, Lucas. Pero pronto iremos a verte todos juntos a la cabaña. Te tengo que dejar. Cualquier cosa, llámame.

—Vale…, salúdalos tú de mi parte entonces.

—Eso está hecho. —Creo que me mintió—. Chao.

Me pareció extraña aquella despedida apresurada. Llevaba algún tiempo sin saber nada de los chicos y los echaba de menos. Sobre todo, a la pequeña Blanca. Supuse que aún no se les había dicho nada sobre el proceso que estaba viviendo y quizá lo habían escondido tras una mentira que no era compatible con una videollamada mía desde la cabaña. Aun así, me quedé agarrado a la esperanza de esa visita familiar que me había prometido. Tras unos minutos en silencio y mirando al vacío, fui a hacerme un café.

Cuando tuve la cafeína necesaria para empezar a funcionar, repasé mentalmente la conversación con Roberto. Después de ocultarle el susto por la pregunta directa acerca de Mercedes, lo que más me preocupaba era no haber sido lo suficientemente convincente mintiendo sobre mi obsesión con los salvajes. La verdad era que había pasado la mayor parte de la semana mirando por el telescopio que la esclava de Estefanía había dejado colocado. A pesar de lo que disfrutaba la lectura de las novelas, las había abandonado por la fascinación que sentía por pegar el ojo en aquel visor. Tras siete días, tenía bastante controlada la que, sin duda, era una de las entradas al refugio de la gente del bosque.

Había dos guardias, no siempre los mismos. De momento había contado cuatro parejas diferentes que se iban turnando para vigilar el acceso permanentemente. Lo hacían siempre en el mismo orden y en tandas de seis horas. Por lo que había podido ver en siete días, cada tres cambiaban el orden: los que trabajaban durante el día pasaban a la noche y viceversa. Eran hombres y mujeres grandes y atléticos, totalmente capacitados para interceptar con contundencia a cualquier intruso. La mayoría rondaba los cuarenta años, sin embargo, me di cuenta de que una de las parejas, a pesar de ser físicamente tan imponente como el resto, era considerablemente más joven. Deduje

que eran nuevos porque, además, no se les veía la misma seguridad que a sus compañeros. Para diferenciarlos del resto los apodé Temeroso y Fuertecito. Temeroso era un chaval grandote, con un evidente sobrepeso y de casi dos metros. Nunca lo vi relajado en su puesto. Siempre en un incómodo estado de alerta, nervioso y mirando constantemente el entorno, moviendo rápido la cabeza de una dirección a otra. Fuertecito marcaba brazos con una camiseta sin mangas, aunque le tocase trabajar durante una noche fría. Su actitud era la contraria a la de su compinche. Pasaba sus seis horas notablemente aburrido y deseando el cambio de turno. Cuando les tocaba a ellos custodiar, el acceso era considerablemente más vulnerable.

Durante aquellas jornadas de observación casi continua, descubrí datos interesantes sobre ellos. El más importante de todos, y que discrepaba con la información que tanto Roberto como Estefanía me habían facilitado, es que no eran tan caóticos. De hecho, parecían estar bastante bien organizados.

Además de los guardas, había un grupo armado que hacía rondas constantes. Desde mi posición era imposible saber el recorrido que realizaban, pero sí que pasaban por ese mismo punto cada hora y media. Rara vez salían del cobijo que les daba el bosque, como mucho solían moverse siempre tras la primera hilera de troncos. A las tres horas de empezar su turno, justo a la mitad, se le acercaba algo de comer a los vigías. Y cada atardecer, la mujer mayor de larga cabellera cana que vi negociar con Roberto la primera vez que vinimos se colocaba entre ambos y miraba hacia la cabaña con unos prismáticos durante un buen rato. Aun estando seguro de que los cristales con exterior de espejo me ocultaban, no podía evitar el instinto de agacharme. Cuando terminaba, volvía a perderse entre la maleza que rodeaba los árboles.

Lo que más me llamaba la atención era la forma que tenían de relacionarse. Había una camaradería bastante sana, más parecida a la que veía en los chicos a la salida del instituto cuando iba a recoger a Gema que a la de los integrantes de la cena azul. Se reían, se hacían bromas y se golpeaban con afecto. Parecía gente feliz a pesar de ser

unos fugitivos condenados a sobrevivir ocultos y marginados. Supongo que se debía a la densa soledad de mis últimas semanas, pero debo reconocer que muchas veces no podía evitar envidiarlos. Sobre todo, porque aquella sensación me hizo pensar que, durante toda mi vida, la gente por la que he sentido algo de afecto habían sido familiares, compañeros o dueños que me trataron bien. Nunca había tenido un amigo.

Otro factor importante que me enganchaba de ellos como una lámpara a una polilla era la posibilidad de que la chica de la mirada verde que había llegado hasta mi puerta detrás de un perro fuese una más allí. Confieso que fue la culpable de hacerme estar el tiempo suficiente mirando por el telescopio como para aprenderme el horario de las guardias y las rondas. El deseo de verla aparecer en algún momento, de poder mirarla aunque fuera unos segundos, me tenía bastante descolocado. Era como si me hubiera hecho adicto a una sustancia que solo hubiese podido ver en fotografías. Una desconocida fue la protagonista indiscutible de los episódicos pensamientos agradables que me robaban el sueño entre la montaña de temores y predicciones pesimistas que me aplastaba cada madrugada. No entendía aquel poderoso e injusto síndrome de abstinencia, el sufrir la consecuencia negativa de algo que no había hecho.

Lo más extraño de todo era que, a pesar de todas las advertencias recibidas y de haber sido directamente atacado por un grupo de ese bando, me resultaba imposible odiarlos. Después del tiempo que había pasado observándolos, llegué a la conclusión de que aquellos salvajes me caían bien. Quizá porque aún estaba en la primera etapa de la crisálida y seguía siendo más parecido a ellos que a cualquier pájaro azul. Siempre que este pensamiento culpable me rondaba la cabeza pensaba en si era el que Mercedes pretendía que tuviese. Me daba la sensación de que aquel era su objetivo, pero, por más vueltas que le daba, no podía entender el porqué.

1. Nocturno

Tuve que hacer un esfuerzo considerable por dejar de obsesionarme con la gente del bosque. Llevaba más de una semana con el cerebro dedicado a ellos, mirase por el telescopio o no. Había aprendido todo lo posible sobre aquel punto específico de su comunidad, pero me martirizaba la seguridad de haber estado observando solo la punta del iceberg. Igualmente era imposible profundizar basándome solo en la superficie.

Retomé la lectura. En aquel momento, más por la necesidad de encontrar una distracción que por el placer que sentía antes con ello. La novela de Sofía Noguera, la liberadora de Roberto, me pareció realmente inspiradora. Era la historia de una mujer que se muda de ciudad fingiendo ser la madre de un niño que ha secuestrado siendo un bebé. Como esclavo, me resultó evidente que en realidad estaba contando su historia. Mi historia. Nuestra historia. Me sentí brutalmente identificado con aquel sentimiento de culpabilidad como efecto secundario de cumplir su deseo. La protagonista de la novela nace con el síndrome de Turner, una enfermedad cromosómica que le causa infertilidad. Su necesidad de ser madre y la imposibilidad de conseguirlo naturalmente la llevan a robar un bebé huérfano de un convento. Se traslada a un lugar donde nadie la conoce y donde todos dan por hecho que el hijo es suyo, pero, a pesar de estar en un lugar donde su secreto se mantiene a salvo y criar a un niño que estaba destinado a no tener familia, no puede evitar sentirse una impostora. Por suerte para ella, el tiempo y su buen hacer como madre hacen que vaya aceptando la situación, adaptándose, sintiéndose cómoda y finalmente creyéndose su propia farsa. Sin embargo, llegando a las últimas páginas, reconoce que el peso de envejecer asegurándose de que su hijo nunca sepa la verdad impedirá que pueda dormir tranquila lo que le queda de vida. Sofía Noguera contó su propia experiencia como esclava liberada y se la vendió a cientos de miles de personas libres. Para alguien como yo, que estaba empezando el proceso que ella esconde tras la metáfora de robar un bebé huérfano, aquel libro

era un vistazo rápido al acantilado del que estaba a punto de saltar. Me gustó, pero me dio un vértigo horrible.

Después de *La madre muda* empecé otros libros de la caja, pero ya no me resultaba fácil concentrarme. Probé poniéndome un par de películas: *El Padrino* y *Terminator 2*. Por más que busqué no encontré la primera parte. Las disfruté, pero tendía a evadirme constantemente. Tal vez porque la violencia de ambas me llevaba inevitablemente a otros lugares. El ritmo de aprendizaje de mi crisálida se estaba viendo seriamente afectado. Me resultaba imposible dejar de pensar en las profundidades del bosque.

Recuerdo el momento exacto en el que tomé mi primera decisión arriesgada como esclavo liberado. Eran las dos menos cuarto de la madrugada, lo sé porque cuando no podía dormir me quedaba mirando los números luminosos del despertador, la única luz del dormitorio. Pensé que solo existía una manera de librarme completamente de aquella obsesión: enfrentarme a ella.

Eché un vistazo por el telescopio. Como cada noche, la tenue luz de una vela bailaba entre los dos vigías y en aquel momento la iluminación no tenía el refuerzo habitual de la luna. Una oscura manta de nubes ocultaba incluso las estrellas, así que, para camuflarme entre las sombras, me vestí con la ropa de deporte negra que me habían dejado para practicar un ejercicio con el que aún no había empezado. Me pinté la cara con los restos carbonizados que quedaban en la chimenea y me puse unos guantes oscuros de trabajo para que no me delatase la piel. Me metí un pequeño cuchillo de carne en un bolsillo de mi cortaviento por lo que pudiera pasar y salí de la cabaña.

Aquella noche concreta, la vigilancia corría a cargo de los dos guardias menos experimentados. Que Temeroso y Fuertecito estuviesen custodiando el acceso me aportaba la tranquilidad suficiente para atreverme a intentarlo. Había pasado gran parte de mi vida trabajando sin encender las luces de la casa que servía y siendo lo suficientemente sigiloso para no perturbar el sueño de mis dueños, así que moverme a oscuras y sin hacer ruido era una de mis habilidades más entrenadas. Mi plan era acercarme lo máximo posible a los salvajes y ver más allá de lo que el pequeño telescopio alcanzaba a

mostrarme.

Recorrí deprisa los quinientos metros que me separaban de los árboles. Solo me concentré en que mis pisadas no sonasen durante el último tramo del trayecto. Me quedé apoyado en un tronco relativamente cerca de los vigías, convencido de que no habían sido capaces de verme. Me acerqué un árbol más a ellos pisando algo seco que crujió. Temeroso, en un estado de alerta enfermizo, lo escuchó tan claro como yo.

—¿Qué coño ha sido eso? ¿Lo has oído?

—¿El qué, Cristóbal? —Fuertecito tenía tono de resignación.

—El ruido ese. Como un crac.

—No, tío, no he escuchado ese puto ruido. Ni ninguno de los anteriores. Y si los escuchara…, joder, estamos en un bosque. Aquí suenan mierdas todo el rato.

—Esto ha sido diferente.

—Te juro que estoy deseando que me cambien ya de destino. No pido que sea al mantenimiento del fuego o a la cocina, en serio, me vale limpiar las putas letrinas si con eso dejo de hacer guardias contigo. De verdad, Cristóbal, eres un buen tío, pero me produces ansiedad, colega, mucha ansiedad. Es que no puedo con esta tensión cada jodida noche.

Se hizo un silencio tenso justo después de aquel acalorado discurso. Me daba mucha pena Temeroso y por lo visto a Fuertecito también.

—Vale, mira…, no me arrepiento de nada de lo que he dicho, pero no han sido las formas correctas. Te pido perdón, en serio.

—No pasa nada. —Su voz sonó algo triste.

—Exacto, Cristóbal. Nunca pasa nada. Así que…, tranquilo, ¿*OK*?

Aproveché para moverme hacia dentro del bosque, pero no pude llegar más lejos de la segunda hilera porque escuché a la pareja de la ronda ya muy cerca de mi posición. Me tiré al suelo rápidamente cuando comprobé que ellos sí llevaban linternas. Por suerte estábamos en una estación de hierba alta. Se pararon a saludar a los otros dos y una de sus botas se detuvo a menos de un metro de mi cara. Intenté seguir respirando sin hacer ruido, pero era muy complicado con el

pulso acelerado. Mientras tanto, me sentí un idiota por no haber calculado el paso de la ronda, sobre todo porque lo sabía perfectamente. Sentirme libre me hacía cometer errores estúpidos como actuar de manera impulsiva.

—¿Qué pasa, chicos? —dijo un recién llegado—. ¿Cómo va la noche?

—Pues aquí, jefe, pasándolo genial —contestó Fuertecito con ironía.

—Venga, Felipe, no te quejes. Ya hace semanas que se fue el frío.

—Odio el turno de noche.

—Un momento… —La chica que hacía la ronda interrumpió—. ¿A qué huele?

—¿Qué? —Temeroso se sintió inseguro.

—¿No oléis eso? ¿Qué coño es…?

—Tienes razón. —Ese al que llamaron «jefe» empezó a olfatear sonoramente—. Huele raro aquí.

El ambiente se puso tenso. Deduje que el olor diferente para ellos durante una vigilancia que hacían a diario era yo. No había pensado en eso. Me había duchado antes de acostarme y, aunque no me había perfumado, el champú que me habían dejado tenía un fuerte olor a albaricoque que incluso a mí me sorprendió la primera vez que lo abrí. Había dejado un cabo suelto porque ni siquiera había pensado que llegase a ser un problema. Levanté un poco la cabeza para mirar la posición de los cuatro. Las posibilidades de salir victorioso de aquel enfrentamiento apenas existían. Todos llevaban armas considerablemente más letales que mi cuchillo de cortar solomillo. Pensé en que mi única opción era levantarme y correr con todas mis fuerzas hasta la cabaña. Les hice un reconocimiento visual. Físicamente los tres hombres me podrían en fuerza, pero no en velocidad. Sin embargo, la chica tenía complexión de atleta. Me consoló pensar que yo tendría la ventaja de la sorpresa. Quizá fuera suficiente para alcanzar la puerta de mi casa con tiempo para encontrar la llave, abrir y cerrar los candados antes de que llegasen. Quizá no. Igualmente era mi única salida, así que cogí aire y me mentalicé para el esprint de medio kilómetro al que me enfrentaba

para salvar la vida.

—Ah, ya sé. —Fuertecito detuvo mi plan—. Es esa puta vela nueva. Es de vainilla.

—A mí me da hambre. —Todos rieron con el comentario de Temeroso, incluso yo.

—Joder…, es que os tienen aquí como reyes.

—Muy gracioso. —Fuertecito le enseñó el dedo corazón a su superior.

—Bueno, nosotros seguimos —se despidió el jefe guasón—. Buenas noches.

El ritmo al que bombeaba mi corazón volvió a ralentizarse. La pareja de la ronda se alejó hasta desaparecer entre la oscuridad de la noche. Cuando me di cuenta de que Temeroso y Fuertecito también los miraban marchar, aproveché para seguir adentrándome en el bosque en la dirección que pensaba estaba su guarida.

Sin hacer ruido, eché a andar hacia lo profundo de aquella espesa arboleda de la que solo había podido ver el exterior desde mi ventana. La sensación de enfrentarse a un peligro que ya se ha podido observar es muy diferente a zambullirse en lo desconocido. Sobre todo, cuando apenas se tiene la luz suficiente para verlo. Tras unos treinta metros de negrura, me choqué con una barrera casi invisible que no esperaba. Una verja metálica marcaba el trayecto al destino que yo pretendía alcanzar, pero me encontraba por fuera. Aun así, pensé que rodearlo basándome en aquella valla sería mucho más seguro e igualmente conseguiría mi objetivo de mirar el corazón de su misteriosa organización. Por lo menos, en aquel momento ya tenía algo por lo que guiarme ayudándome del tacto, así que la sensación de haber elegido el camino incorrecto se dio completamente la vuelta en cuestión de segundos.

De esa forma estuve andando un buen rato, calculé mentalmente que habrían sido unos quince minutos, intentando no hacer ruido y agudizando el oído lo máximo posible. En un momento dado empecé a escuchar un murmullo que fue estando cada vez más presente, confirmando que iba en la dirección adecuada. Eran personas hablando y riendo. Podía distinguir una guitarra entre todo aquel

jaleo y algún que otro golpe de vidrio de vez en cuando. Hubo un punto en el que entre toda aquella penumbra empecé a ver un punto de luz que también se fue haciendo más grande paso tras paso. En un momento dado, aquella luz cogió forma y se convirtió en una imponente hoguera rodeada de gente; un fuego que alcanzaba los dos metros de altura y que, sin embargo, estaba en un lugar tan profundo del bosque que era imperceptible desde fuera.

Me fijé en todos aquellos salvajes felices. Parecía que celebraban algo importante. Supuse que sería una ocasión especial por aquella fiesta en plena madrugada. Uno tocaba una melodía que no reconocí en una guitarra y un pequeño coro lo acompañaba. El resto charlaba distendidamente, riéndose y brindando junto al fuego. Entre varios tipos cargaban un enorme barril de cerveza que abrieron cerca del resto. Uno de ellos, al que reconocí inmediatamente de mi pelea en invierno, llamó la atención de todos con una voz grave y potente que durante un momento enterró la del resto.

—¡Otra ronda, amigos! ¡Vayan pasando por aquí!

Aquel gigante barbudo al que golpeé para evitar que allanase la cabaña empezó a repartir bebida a todos los que se acercaban con su vaso en la mano. Tuve que hacer un esfuerzo para digerir que aquel imponente agresor que quiso atentar contra los Cortés era el mismo que el melenudo alegre que se estaba llevando una ovación de los suyos. Observaba aquella explosión festiva y desordenada con la misma mirada novata con la que vi por primera vez el océano. Las fiestas a las que había asistido en casa de mis dueños eran velatorios con aperitivos al lado de aquel festival silvestre. Y entonces me bloqueó la envidia. Celos mucho más profundos que los que pude sentir de aquellos a los que serví cuando aún solo era un electrodoméstico de carne y hueso. Quise ser un salvaje más y celebrar mi recién estrenada libertad con su pasión. Y poder gritar de alegría y compartirla con otros que sabían exactamente lo que estaba sintiendo. Y darle un abrazo a alguien. Hablar con quien no tuviera que medir mis palabras. Sentirme parte de un grupo, ser igual que el resto, sin estar por debajo; sin tener que fingir nada.

Observaba aquella celebración a unos cincuenta metros de

distancia. Lo suficientemente cerca como para poder distinguir rostros, pero lo suficientemente lejos y a oscuras como para no ser descubierto por ellos. En un momento dado, divisé la melena blanca de la señora que miraba la cabaña con los prismáticos. Llevaba una jarra de barro en cada mano y caminaba tranquilamente parándose a charlar con algunos que le salían al paso. Por cómo le hablaban, era evidente que se trataba de alguien que ocupaba un puesto importante en aquella jerarquía.

Sentí una punzada en el pecho cuando vi que la tercera persona que interrumpió su recorrido fue la persona que estaba esperando ver: la chica del perro. Forcé la vista para volver a recrearme en aquella mirada verde que no era capaz de olvidar. Era la primera vez que la notaba contenta y relajada. Algo de lo que dijo la señora le hizo reír y pude distinguir su carcajada entre el murmullo. Unos segundos más tarde, me di cuenta de que me había contagiado la sonrisa. Tuve que preguntarme a mí mismo si no era realmente la posibilidad de volver a contemplarla el verdadero motivo para estar corriendo aquel estúpido riesgo. Entonces recibí un fuerte golpe en el omóplato y perdí el equilibrio.

—¿Quién cojones eres?

Una voz masculina salía de una sombra con forma humana que la hoguera no llegaba a iluminar. Solo podía adivinar su silueta, con un grueso cayado en la mano. Yo me había quedado tumbado bocarriba después del impacto. Me dio tiempo a lamentarme por no haber estado más alerta, teniendo en cuenta el sentido que tenía que hubiese alguien rondando la valla por fuera, antes de que me lanzara el segundo golpe. Aquel pude esquivarlo rodando por el suelo. Me puse de pie, repasando toda la información física que aquel golpe me había dado sobre mi contrincante. Era fuerte, pero no demasiado rápido. Desde esa nueva perspectiva, comprobé que era bastante más bajo que yo y que pretendía golpearme de nuevo. Antes de que pudiese lanzar el tercer bastonazo, le di una patada en el lateral de la rodilla que le hizo perder el equilibrio. En aquel momento mi cerebro iba a toda velocidad y en cuestión de milésimas de segundo decidí que noquearlo para poder salir de allí sin que llamase la atención del resto

era la mejor opción. Le di un par de puñetazos en la cara y conseguí el silencio necesario para escapar con ventaja. Entonces, corrí.

Cuando estuve cerca de la hilera de árboles que separaba el bosque del llano donde se encontraba mi cabaña, me detuve para forzar el sigilo. Miré antes de pasar. Los guardas seguían en su sitio y no había rastro de la pareja de la ronda. Recuperé un poco el aliento y corrí a toda velocidad sin mirar atrás hasta llegar a la puerta de casa. Aquel camino que hacía menos de una hora había recorrido en dirección contraria se me hizo tres veces más largo y cuesta arriba.

Una vez estuve dentro y con todos los candados cerrados, me senté en el sofá esperando a que mi pulso se fuera relajando. Mirándome los nudillos magullados, supe que había escapado por muy poco de una situación letal. Como cuando has sentido el viento que ha originado un coche pasando demasiado cerca y deprisa cuando cruzabas una calle sin paso de peatones. Sin embargo, tenía la sensación de que ese coche a punto de atropellarme podría dar media vuelta para intentar conseguirlo, porque aquel tipo haría saltar las alarmas cuando informase de haber sido agredido por un intruso que los observaba desde las sombras.

1. Antenista

Pasé los días posteriores a mi visita al bosque esperando un ataque de los salvajes. Supuse que vendrían buscando venganza, seguros de que la agresión a su compañero había sido de quien estuviese en la cabaña. Apenas dormí, atento a cualquier ruido extraño. Volví a la rutina de llevar conmigo la escopeta cargada a todos lados. Tenía la ventaja de estar en medio de un gran llano desarbolado, así que les era imposible acercarse de día sin que pudiese verlos llegar. La noche era siempre más tensa, porque, al igual que hice yo, podrían aprovechar la oscuridad como escondite. Así lo hicieron la última vez que llegaron a estas puertas.

Sabía que Roberto había convertido la casa en una fortaleza, pero no pude evitar perder la sensación de seguridad después de comprobar en su campamento que había cientos de ellos. Preparé numerosas estrategias de defensa intentando adelantarme a sus posibles asaltos. Me había cronometrado desde la habitación hasta la puerta delantera y de esa puerta a la de la cocina. Tenía en la cabeza las mejores posiciones del piso de arriba para disparar a los intrusos y había ubicado los puntos muertos donde podrían ocultarse. Pensé en preparar trampas para colocar justo en esas zonas y estuve practicando para mejorar mi velocidad a la hora de recargar el arma. Aun así, sentía que no estaba preparado para una invasión y que, por muy bien que lo hiciera, mi desventaja numérica podría condicionar mi cómoda posición en el baluarte.

Seguía acumulando horas de telescopio, aunque en aquel momento la motivación era distinta y bastante más incómoda. Esperaba alguna señal de que estuviesen preparando el ataque, algo que me diera la posibilidad de anticiparme al golpe. Sin embargo, no noté nada extraño. Los turnos de los vigías seguían igual, las rondas tenían la misma frecuencia. La única diferencia fue que no volví a ver a la mujer de los prismáticos. En ningún momento noté que mirasen hacia la cabaña o señalaran en mi dirección. Aun así, mi obsesión me llevaba a pensar que formaba parte de su plan. Que disimulaban para

que me relajase y así poder sorprenderme con la guardia baja. Por eso no dejaba de mirar, buscando insistentemente un detalle que los delatase durante el día y luces que se acercaran por el llano oscuro durante la noche.

En esas me pilló aquella segunda visita inesperada. Vi entrar por el camino una vieja furgoneta azul de trabajo con un rótulo en el lateral donde se leía «Gándara e hijos, servicio técnico». Esperé en la puerta y escondí la escopeta junto al marco para tenerla a mano cuando fuera a abrirle a quien llamara.

Seguí cada uno de sus movimientos desde la mirilla de la entrada. La furgoneta paró delante y bajó un tipo de unos cincuenta años, medio calvo y regordete vestido con un mono de trabajo azul marino. Se encendió un cigarrillo y echó un vistazo a la fachada de la casa antes de forzar la vista como buscando algo en el tejado. Unos segundos más tarde, me dio la sensación de que había encontrado lo que quería, tiró el pitillo casi entero y se acercó a la puerta. A pesar de estar viendo cada uno de sus movimientos, el sonido del timbre me asustó cuando tocó. Esperé un rato antes de contestar para que no supiese que llevaba mirándolo desde antes de aparcar. Ya con la mano en el pomo, pensé que no estaba de más tener una prueba más de que era inofensivo.

—¿Quién es? —pregunté a través de la puerta, sin quitar el ojo de la mirilla.

—Buenas tardes, me han llamado porque tienen un problema con la antena.

En aquel momento recordé que Roberto me lo había mencionado durante su última llamada. Nunca tuve señal de televisión, tampoco la eché de menos en ningún momento. Me pareció que el tipo tenía mucha pinta de antenista, así que no tuve por qué desconfiar. Escondí mejor la escopeta y abrí la puerta.

—Perdone, no me acordaba que tenía que venir.

—No te preocupes, chaval. —El tipo tenía una voz tan agradable que no combinaba con su cara—. He visto ahí fuera que se ha soltado el cable.

—Lo sé. Lo escucho cada vez que hace viento.

—Voy a por mis herramientas y estoy contigo.

Aproveché el tiempo que el técnico tardó en recoger las cosas de su maletero para adecentar un poco el salón y guardar la escopeta dentro de un mueble. Supuse que ese hombre estaría acostumbrado a encontrarse con casas más desordenadas por su trabajo, pero aún no estaba acostumbrado a causar impresiones negativas sin que me importase.

—Ya estoy por aquí. —El tipo se había quedado parado en la puerta—. Empiezo solucionando lo del cable suelto y ya luego voy para dentro.

—Muy bien. —Me alivió que retrasase su entrada, así podría recoger algo más.

—Vale. —Se quedó parado en la puerta como una estatua.

—¿Necesita algo?

—Pues sí, la verdad. —Noté que le costaba decir lo que seguía—. Es que tengo un poco de vértigo y me preguntaba si podrías sujetarme la escalera.

Me resultó entrañable que tuviese vértigo alguien con un oficio que suele desempeñarse en los tejados. Agarré la escalera de mano por la que subió para arreglar el cable suelto. El tipo solucionó el problema en cuestión de segundos y, aun así, cuando volvió a bajar, sudaba como si hubiese estado pedaleando con todas sus fuerzas en una bicicleta estática dentro de una sauna.

—Bueno, eso ya está. Muchas gracias. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Entró y repasó la estancia con la mirada hasta encontrar la televisión. Se dirigió a ella y separó el mueble de la pared para acceder a la toma de antena. Al verla, resopló.

—Uy, esto está fatal. Voy a tener que cambiar la cajetilla entera.

No supe muy bien qué hacer. Aún había códigos de comportamiento libres que no controlaba. No tenía muy claro si lo correcto era irme y dejarlo trabajar tranquilo o acompañarlo. El silencio del momento se convirtió en una tensa cuenta atrás en la que cada segundo me hacía sentir un poco más incómodo. Por suerte, fue él quien rompió el hielo y me desbloqueó.

—Está muy bien esta cabaña, parece más pequeña desde fuera.

—Sí, es muy cómoda.

—¿Y vives aquí tú solo? —Hablaba sin mirarme, sin dejar de trabajar.

—Bueno, ahora mismo sí. Me estoy quedando una temporada.

—Joder, qué suerte. Está en un sitio espectacular. Parece un cuadro.

—Pues tendría que verlo cuando atardece. —Me senté en el sofá.

—Tiene que ser la hostia. —No supe contestar a eso—. ¿Es tuya la casa?

—No. Estoy… de alquiler. —Me di la enhorabuena a mí mismo mentalmente.

—Costará una pasta quedarse aquí.

—No es barato, no. —La verdad es que no tenía ni idea.

—¿Qué estás, de vacaciones?

—No. —Antes de acabar el monosílabo me arrepentí. El sí era la respuesta fácil.

—Y… ¿a qué te dedicas? —Me miró por primera vez—. Si no es indiscreción.

Lo siguiente que vio aquel técnico fue mi cara congelada en una sonrisa que me había dejado puesta mientras pensaba qué contestar. Entonces, teniendo en cuenta lo poco que mi entrevistador de aquel momento me imponía, decidí convertir lo que al principio me pareció un aprieto en un juego de improvisación creativa. La verdad es que el tipo era bastante entrometido. En cualquier otra ocasión hubiese sido más evasivo, pero llevaba mucho tiempo solo y estaba deseando charlar con alguien en persona.

—Soy escritor. Estoy escribiendo una novela ahora.

—Ah, por eso estás aquí. Para inspirarte. —Él mismo rellenó un espacio en blanco.

—Exacto. Necesito tranquilidad para trabajar. Es un proceso complicado.

—Entiendo. —Me regocijé en su rostro impresionado—. ¿Y de qué es?

—¿El qué?

—La novela que estás escribiendo. —Mierda, esa no la vi venir.

—Pues no le puedo contar mucho, aún está en proceso, pero es una historia de amor y de… ciencia ficción también un poco.

—¿Hay naves espaciales y eso?

—No…

—¿Entonces? ¿Qué tiene de ciencia ficción?

—Bueno, es porque todo pasa en un contexto utópico.

—¿Qué es utópico?

—Utópico de utopía.

—Ah. —Se tomó unos segundos—. ¿Qué es utopía?

—Pues… una utopía es una representación imaginaria de una sociedad futura de características favorables para la humanidad. —Gracias, enciclopedia.

—Vale. —El pobre hombre parecía no haber entendido nada.

—Por ejemplo, en mi novela no existe la esclavitud en el mundo.

—¿En serio? Vaya, chico, tienes mucha imaginación. —Si él supiera…

—Y menos mal, porque vivo de esto.

En aquel momento quise vivir en la cabeza del antenista, donde era un escritor que podía permitirse pasar tiempo escribiendo su novela en una cabaña alquilada junto a un lago. Intenté parecer un intelectual incluso con mis movimientos, ser el burgués viajado, culto e inaccesible que él pensaba que era. Alguien totalmente diferente a mí.

—Entonces…, habrás escrito más libros, ¿no?

—Sí…, claro. —Era consciente de que me estaba viniendo arriba, pero la inocente credulidad del tipo me llenaba de confianza—. Tres más.

—¿Cómo se llaman? —El hombre volvió a trabajar tras el mueble.

—Se llaman… *Blanca*, *Gema* y *Simón*. —Ahí no estuve tan brillante, pero intenté solucionarlo—. Es una trilogía. Literatura juvenil.

—¿De utopía también?

—Es de unos niños con… poderes mágicos.

—Pues los buscaré, hombre.

—Espero que le gusten.

Sonreí sabiendo que no pensaba buscarlos, y que, si lo hacía, no iba a encontrarlos. Pero me daba igual, nunca más iba a ver a ese hombre y estaba muy orgulloso del personaje que me había inventado y de cómo había solucionado los imprevistos. De repente me di cuenta de que aquella distendida conversación me había hecho olvidar momentáneamente el motivo que llevaba quitándome el sueño las últimas noches. Eché un vistazo al exterior por la ventana y comprobé que estaba todo tan tranquilo como de costumbre. El sonido del tipo arrastrando el mueble a su lugar original fue la señal de que había terminado.

—Pues esto ya está. —Cogió el mando de la televisión y la encendió—. Tardaré un rato en sintonizar los canales.

—Lo que necesite.

Me recosté en el sofá. Me sentía tan cómodo con aquel sudoroso técnico como con el joven escritor con dinero que acababa de inventar.

—Nunca había conocido a un escritor de verdad.

—A lo mejor sí, pero no sabía que era escritor.

—Puede ser. —Hablaba sin dejar de mirar la tele—. ¿Cómo te llamas?

—¿Yo? —respondí para ganar tiempo.

—Sí, para buscar tus libros.

—Ah. —Vaya, otra prueba de fuego. Pensé rápido y aproveché la evidente poca cultura literaria del hombre para adoptar el nombre del protagonista de uno de los últimos libros que había leído—. Lázaro González.

El tipo no cambió el gesto, no le sonó raro que tuviese el nombre y el apellido del pícaro personaje principal del popular clásico del siglo XVI. Mientras la televisión realizaba la búsqueda automática de señal, se hizo un silencio que no me atreví a romper. Consideré que había hecho demasiado buen trabajo contestando como para arriesgarme a preguntar algo. Solo escuchaba la respiración agitada del antenista, que era incapaz de estar en silencio incluso dejando de

hablar. Cuando el proceso de sintonización terminó, saltó un canal automáticamente. Él pasó unos cuantos para confirmar que todo estaba correcto, pero en un momento dado vio algo que despertó su interés, retrocedió y lo dejó puesto en un especial informativo. Yo no le puse interés hasta su comentario.

—Qué hijos de puta…

La noticia de última hora que había interrumpido la programación informaba de un atentado en el centro de la ciudad que había dejado seis heridos graves. Una bomba casera había explotado cerca de una famosa avenida llena de tiendas exclusivas y se le atribuía a un grupo organizado de esclavos furtivos que solía actuar de esta manera. Las imágenes eran desgarradoras. Sonaban sirenas de policía y de ambulancias mientras salían sanitarios atendiendo a los más afectados entre los escombros que había provocado la explosión. Gente que lloraba y se abrazaba con heridas leves en el rostro. El reportero que narraba lo sucedido hablaba de asesinos desalmados que pagaban con violencia y muerte a aquellos que en su día les habían dado todo.

—Son unos putos animales. —Noté cómo giraba la cabeza para mirarme—. ¿No?

—Totalmente.

Ni siquiera lo miré. Aquellas terribles imágenes me tenían atrapado. Contesté deprisa porque antes de su comentario ya había intentado justificar en vano que algunos como yo hubieran sido capaces de eso. Había visto antes noticias como esa; de fondo, en la televisión de mis dueños, mientras yo desempeñaba alguna tarea cercana. Pero nunca había prestado la atención suficiente para enterarme de quién era responsable. Empecé a comprender el rechazo que notaba en Roberto o en Estefanía al hablarme de los salvajes del bosque. Entendí perfectamente a qué se referían cuando criticaban sus métodos y los relacionaban directamente con el caos. Quizá el sistema para lograr el objetivo de los pájaros era demasiado lento y farragoso, pero sin duda era mucho mejor que el suyo. Sentí una profunda decepción en aquel momento; como si me hubiesen traicionado, como si en algún momento ellos hubieran sido de los míos. Me preguntaba

cómo podían haber llegado a pensar que de esta manera convencerían al mundo de que merecíamos la libertad. Era imposible que en algún momento nos viesen como a iguales teniéndonos miedo.

—En la *Etiopía* de tu novela esto no pasa, seguro. —No me apeteció corregirlo.

—Claro… Como no hay esclavitud, está todo más tranquilo. No hay lucha.

—Estos no luchan. Estos se esconden y matan. No sé qué coño pretenden…

—Será… por venganza, supongo.

—¿Venganza? —El tipo se giró ofendido hacia mí—. ¿Venganza por qué?

—Por haber sido esclavos, ¿no?

—¿Y qué culpa tengo yo de que hayan sido esclavos?

—¿Y ellos? —La jueza Estefanía no habría aprobado este comentario.

—Ah…, ya. —Empezó a recoger sus herramientas—. Eres de esos.

—¿De cuáles?

—De esos progres que piden derechos para los esclavos.

—Supongo que sí. —No quise que mi escritor inventado fuese un cretino.

—Es curioso cómo siempre sois los más ricos. Los que no sabéis lo que es trabajar de verdad. Los que no tenéis ni puta idea de las consecuencias de lo que pedís.

—Y me imagino que usted sí lo sabe todo.

Percibió incómodo mi recién estrenada ironía.

—Pues sé lo suficiente para entender que sin el equilibrio que la sociedad consigue gracias a los esclavos el mundo estaría mucho menos desarrollado. Si todos los humanos de la Tierra fueran personas libres, no duraríamos ni dos telediarios. Si la gente libre tuviese que dedicarles tiempo también a las tareas que suelen desempeñar los *mulos* —hacía tiempo que no escuchaba esta forma despectiva de referirse a nosotros—, todavía estaríamos en la Edad Media.

—Ya, pero… ¿hay algo más medieval que una sociedad en la que

el hijo de un rey tenga que ser rey o que el hijo de un esclavo tenga que ser esclavo?

—La vida no es justa, chaval…, pero podría ser peor.

—Igualmente yo no he hablado de hacer libres a los esclavos. —Aunque lo piense en secreto—. Hablo de darles derechos humanos, que dejen de ser objetos.

—No sé si conoces la historia del Dédalo.

—Sí, la conozco.

—Bien, pues ese es un ejemplo perfecto de que cuantos más derechos, más sensación de libertad tendrán. Y cuanto más libres se sientan, más difícil será manejarlos. A la vista está —dijo señalando la televisión.

Decidí no seguir adelante con la conversación. El antenista ya se estaba poniendo demasiado nervioso y no quise que fuese a más. También pensé que yo aún no estaba preparado para debatir mucho más sobre ese tema sin que se me escapase algo. Me hubiera encantado verlo enfrentado a una persona locuaz y cargada de contundentes argumentos como Luisa. Lo habría dejado mudo en tres frases. Pero yo fingí ceder.

—Tiene razón. —La noticia del atentado seguía en la televisión —. Entiendo lo que quiere decir.

—A mí también me da pena lo que algunos cabrones hacen con sus esclavos.

—Mi respuesta lo tranquilizó bastante—. No soy un monstruo. De hecho, creo que habría que penar el maltrato físico a siervos y mascotas. Pero de ahí a cambiar todo un sistema que lleva funcionando desde el principio de los tiempos…

—Claro. —Me resultó impactante lo rápido que había cambiado mi concepto de aquel imbécil.

—Ahora, a esos terroristas de mierda, habría que fusilarlos en público.

—¿Y por qué no lo han hecho?

—Porque son muy buenos escondiéndose, como putas ratas. Por eso se llaman así.

Sonreí. Fingí que sabía perfectamente a qué se refería con lo de

que se llamaban así, hasta que leí el rótulo que llevaba en pantalla desde que el técnico puso el canal: «El grupo de esclavos furtivos Ratas Amarillas firma su quinto atentado del año en el país».

Mientras él terminaba de recoger sus cosas, me hice con el mando y apagué la televisión. La ola de silencio posterior me resultó tan satisfactoria como útil, porque le estaba mandando un claro mensaje a mi visita impuesta: «es hora de que te vayas».

—Al final se ha hecho un poco tarde —me dijo mirándose el reloj.

Plegó su escalera, la amarró en la baca de su furgoneta y cerró con fuerza las puertas traseras tras dejar la caja de herramientas. Yo lo miraba desde la puerta, con el gesto afable que aprendí a poner durante mis años de servicio. Cuando ya estuvo sentado ante el volante y con el motor en marcha, sacó la cabeza para algo más que para despedirse.

—Ese cable que tienes justo arriba es el de la antena, el que empalmé nada más llegar. Te acuerdas, ¿no?

—Sí, claro. —Miré el cable en su sitio correcto.

—Pues quédate bien con cómo está puesto, por si vuelve a soltarse en el futuro.

—¿Puede volver a soltarse?

—No es lo normal… —Pensó cómo continuar—. No quería decirte nada de esto por no meterme donde no me llaman, pero, por cómo me lo encontré, parecía que alguien lo había soltado a propósito.

—Vaya… —Aquello no me lo esperaba—. Vale. Gracias por todo.

—A ti. Suerte con el libro ese, chaval. —Me alegró ver cómo la furgoneta empezaba a moverse por fin, pero aquel técnico me guardaba una última e inquietante sorpresa final—. Nos vemos en la cena, Lucas.

Supongo que le hizo gracia mi cara de tonto y mi cuerpo convertido en estatua haciéndose cada vez más pequeño en su espejo retrovisor. Acababa de despedirme, sin saberlo, del segundo maestro: el conversador.

1. Presa

La sensación de haber caído en una trampa me duró unos cuantos días. Estuve repasando frase a frase la conversación que había tenido con aquel pájaro azul disfrazado de técnico antenista, preguntándome si habría aprobado su examen sorpresa. Pensando con perspectiva, entendí que la prueba servía para probar cómo me desenvolvía en una conversación como hombre libre; para comprobar cómo llevaba el instinto del siervo y si era capaz de aparentar ser quien no era. Si no me hubiera hecho sentir tan estúpido, hasta me habría hecho gracia lo básica que había sido la estrategia de preguntarme directamente por la esclavitud. La parte positivas de aquello es que en ningún momento tuve la impresión de haber suspendido y que había servido para dejar de mirar constantemente por la ventana esperando un ataque que, por el tiempo que había pasado, cada vez me parecía más improbable.

Después de mi período de obsesión con el telescopio, volví a las cajas de aprendizaje. Seguí leyendo novelas con las que conseguía evadirme de todo lo que me retrasaba el sueño cuando apagaba la luz. Descubrí que cada documental equivalía a casi un tomo de enciclopedia, así que me propuse imponerme la rutina de visionar uno cada noche. Gracias a ellos entendí mucho de lo que no había llegado a asimilar leyendo. Me parecieron especialmente interesantes los históricos, que desde el punto de vista de un esclavo estaban abarrotados de capas invisibles para el que no lo era.

Cuando tenía una noche en vela, cada vez menos frecuentes, me tiraba delante de la televisión, que era como una ametralladora de luz e información sobre la parte más artificial del mundo. Resulta curioso cómo idealizamos a las personas libres cuando solo conocemos las órdenes de nuestros dueños y la bofetada que supone descubrir lo idiotas que los presuponen los productores televisivos.

La última noche de esta parte de la historia fue una de esas que desperté a mitad de la madrugada en el sofá del salón, con una postura imposible y un tipo bronceado y gritón intentando vender una

picadora mágica en la teletienda. Apagué el televisor para hacer a oscuras, de memoria, el camino hasta mi dormitorio. Ya lo había hecho otras veces. Era la mejor forma de asegurarme retomar el sueño. Como insomne, lo único que me importaba era que mi despertar fuese tan solo una pausa corta. Por desgracia, en aquella ocasión no lo fue.

No había subido ni tres escalones cuando lo escuché. Era un sonido diferente a cualquiera que me hubiera robado el sueño anteriormente. Venía de fuera de la casa. Me quedé quieto para escucharlo bien y asegurarme de que no me estaba jugando una mala pasada mi duermevela. Era un ruido seco y agudo, como una palmada en medio del silencio nocturno. Por la cadencia supe que el origen era humano, sin embargo, todas las veces sonaba exactamente igual: no podía ser una palmada. Desde la ventana era imposible ver algo durante la cerradísima madrugada.

Aunque estaba seguro de haber cerrado cualquier posible acceso, tuve que comprobar todas las cerraduras otra vez. Me movía por la casa descalzo, intentando no hacer ruido y con la esperanza de ver la sombra de alguien cruzándose delante de mis narices. Sin embargo, solo percibía negritud y ese chasquido seco. A veces cada veinte segundos. A veces cada tres o cuatro minutos. Tras media hora inmóvil junto a la ventana, entendí de qué se trataba. Y eso me hizo agacharme y volver a repasar mentalmente el estado de las cerraduras. Aquellas palmadas eran en realidad disparos de un arma de muy bajo calibre. Una especie de escopeta de balines, por ejemplo. Alguien estaba disparando muy cerca de la cabaña en plena noche.

En un momento dado los tiros cesaron, pero no me moví hasta que la luz del sol empezó a hacer visible mi entorno. Gateé hasta las escaleras y luego las subí a toda velocidad. Recuerdo que llegando al piso superior me tranquilizó pensar que una bala con un calibre tan pequeño sería incapaz de atravesar mis cristales blindados. Una vez arriba, me asomé por todas las ventanas, pero no vi a nadie. Busqué a los guardias del bosque con el telescopio. Allí seguían, bostezando, deseando que llegase el cambio de turno. No entendía nada, pero necesitaba saber qué había pasado, aunque eso significase exponerme.

Agarré mi escopeta, teniendo presentes los ángulos muertos de la casa, y salí con cuidado, apuntando tenso a todos lados, tomándome cada esquina como una posible trampa mortal. Después de darle la vuelta entera a la cabaña me quedé más tranquilo y relajé la pose del arma. El día empezaba a abrirse y la temperatura del verano, que parecía llegar con prisa, dejaba una mañana de foto turística promocional. En ese momento fui consciente de lo cansado que estaba por mantenerme en estado de alerta durante las últimas horas de la noche. Tenía un punzante dolor cervical y una migraña que había ido creciendo en mi sien tan paulatinamente que apenas la había sentido llegar. Cerré los ojos e intenté relajarme respirando hondo la brisa fresca de la mañana, esforzándome por dejar de pensar unos minutos en todo lo que había pasado. Pero, mientras hacía todo eso, también paseaba despacio y casi en círculos, hasta que escuché un contundente crujido debajo de mi pie izquierdo.

Acababa de pisar un pájaro negro muerto. No entiendo de pájaros, pero diría que se trataba de un mirlo común. Me agaché para comprobar que no podía hacer nada por él y entonces vi la herida de balín que me ayudó a unir unos puntos que seguía sin ubicar. Por la postura de aquel cadáver, tenía sentido pensar que alguien lo había colocado. Bocarriba, con las alas extendidas y a apenas quince metros de mi puerta. Me tranquilizó pensar que, si alguien estuviera intentando mandarme un mensaje, lo habría puesto justo delante de la entrada.

Sin buscar, encontré en la hierba que empieza a secarse algo que podría ser una huella. Eso me llevó a asegurarme de que no fuera mía, así que encontré otras cuantas. Le busqué sentido y repasé mentalmente todos los invitados que habrían podido dejarla. Pensé en Roberto, en el falso antenista o en el chófer de Estefanía. Pero no dejé de seguir el rastro hacia la izquierda y, cuando estuve a unos diez metros del anterior, encontré otro mirlo muerto colocado en la misma postura.

Sentí algo parecido a un puñetazo en el estómago que solo me dolió por dentro y me provocó un escalofrío que aún vuelve a mi espalda cada vez que lo recuerdo. No quería continuar, pero no me

quedaba más remedio que hacerlo, así que, más o menos a esa distancia de mi refugio, volví a rodearlo. Fui encontrándome uno detrás de otro, cada diez metros, formando un enorme círculo alrededor de la cabaña. Doce mirlos muertos en total. Doce pequeñas heridas producidas por un proyectil disparado con un arma de aire comprimido. Tras unos minutos desconectado, decidí volver a rodear la casa e irlos recogiendo. Cuando los tuve todos, los tiré en el bidón metálico donde vaciaba cada semana los restos de la chimenea. En ese momento me di cuenta de que durante todo el tiempo que duró aquella tarea estuve tenso y acelerado, mirando al bosque, esperando ver una pandilla de salvajes correr para atacarme. Quizá por eso, escuchar en aquel momento una llamada a mi móvil hizo que casi se me parara el corazón.

Entré corriendo en la casa, pensando en que habría sido casualidad, y cogí el teléfono esperando leer el nombre de Roberto, pero aquella vez solo ponía «número oculto».

—¿Diga? —El pequeñísimo momento de silencio posterior me pareció un mes.

—Escúchame. —Reconocer la voz de Estefanía me tranquilizó aproximadamente el segundo que tardó en seguir hablando—. Enciérrate en la casa ya. Roberto va en camino.

—Vale. —La seriedad de su tono me dejó aún peor que el círculo de pájaros.

—Lucas.

—Sí, dime. —Debió notarme el miedo, pero le dio igual.

—No vuelvas a coger el teléfono si no conoces el número.

Me quedé con el auricular pegado a la oreja un buen rato después de que la jueza me colgase. No entendía qué estaba pasando, pero parecía importante y peligroso. Cuando volví a activarme, repasé cada cerradura y esperé pegado a la ventana desde la que veía el bosque y la carretera de tierra por la que Roberto llegaría. No estoy seguro de cuánto tiempo pasó, pero fue lo suficiente como para que me empezaran a doler las piernas por la postura.

Me quedé sacando conclusiones basadas en mi propia imaginación, que volaba veloz impulsada por el miedo. Doce pájaros

haciendo un círculo alrededor de mi cabaña…, marcando un objetivo, como la marca que se hace sobre un mapa; señalando el nido de un pájaro azul con una docena de pájaros muertos. Los disparos durante mi noche en vela. La orden de encerrarme en una fortaleza blindada. La sensación de estar a las puertas de un episodio oscuro e inesquivable.

Vi llegar el coche de Roberto desde el principio del camino. Quizá fuesen mis ganas de que llegase y arrojase algo de luz sobre el manto de preguntas que me estaba atreviendo a contestar de la forma más pesimista posible, pero me dio la sensación de que iba más despacio que nunca. Sin embargo, tras detener el vehículo, salió de él casi corriendo. Abrí la puerta cuando él estuvo a medio camino del timbre.

—Rápido, ayúdame con las cosas.

Lo seguí hasta el maletero, que estaba abarrotado de bolsas. Tuvimos que dar tres viajes cada uno hasta la cocina. Era una compra gigantesca, como para no tener que volver a un supermercado en muchísimo tiempo. Una vez que dejamos todo dentro, mi liberador cerró la puerta con sus cerrojos y se asomó un momento a la ventana. Lo noté algo inquieto y ese no era precisamente un rasgo destacable de su personalidad. En un primer momento tuve la inercia de esperar respetuoso a que empezase a hablar, pero no estaba en un estado demasiado propicio para aguantar más de diez segundos.

—¿Qué pasa?

—Saben que estás aquí. —Su tono era de alguien que había fracasado.

—¿Quién?

—Los que no deberían saberlo. Escucha, Lucas. He hecho una compra enorme para que tengas de sobra el tiempo que haga falta. No contábamos con este… contratiempo, así que la crisálida tiene que pasar a una fase de crisis.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, no te asustes. —Intentó cambiar el gesto y resultar tranquilizador. No le salió del todo bien—. Lo más importante es que esta cabaña es un lugar seguro. Así que, en los próximos días,

permanece aquí encerrado. No salgas ni abras la puerta si no estás seguro de conocer al que llama, ¿vale?

—Vale…

—Aprovecha para leer todo lo que te queda, para ver las películas y los documentales. Intenta tomártelo con tranquilidad. Cuando estemos seguros de que no existe ningún riesgo, vendrá el tercer maestro y todo habrá terminado.

—Pero ¿riesgo de qué?

—Si te quedas dentro de esta cabaña, de nada. —Pude deducir perfectamente la cara que se me había quedado por sus siguientes palabras—. Hazme caso, he trabajado mucho en este lugar después del ataque para que sea infranqueable. Aguanta aquí dentro, por favor. No queda mucho, solo tienes que…

—¡Roberto! —Mi grito nos sorprendió a ambos a la vez. Rebajé el volumen, pero no la intención—. ¿Me puedes decir qué está pasando?

—No, Lucas. Porque, sinceramente, no tengo ni idea. Solo sé que me han llamado los pájaros que vuelan más alto y me han dicho lo que tenía que hacer.

Después de aquello hubo un silencio en el que ninguno supo continuar. En la mirada de Roberto pude leerle la tristeza. Supe que le daba lástima aquella situación y que no podía evitar sentirse responsable, así que fui yo quien se lo puso fácil.

—Entiendo. Me quedaré aquí dentro. No te preocupes, estaré bien.

Los dos fingimos tranquilidad. Me dio un largo abrazo antes de salir y montarse en el coche. Escuché el motor alejarse mientras cerraba todos los pestillos y me quedé solo con el silencio que iba a ser mi único acompañante durante un largo periplo. Era muy molesta la incertidumbre, pero muy cómodo volver a acatar una orden.

1. Preso

La fase más complicada de la crisálida empezó justo en el momento en el que vi el coche de Roberto perderse entre los árboles del bosque. Me quedé en una preciosa caja fuerte junto a un lago que se convirtió en una prisión de máxima seguridad. Perdí la cuenta del tiempo que pasé allí solo, pero sé que fueron meses. Bastantes meses. Como mínimo dos estaciones completas. Desde la ventana vi cómo el otoño lo teñía todo de amarillos y naranjas justo después de que el largo verano me pasase por encima. En todo ese período, no abandoné mi lujosa celda. Solo pensé en recoger leña cuando las noches empezaron a ser frías de nuevo. Pero lo peor fue que incluso todas aquellas preguntas que se quedaron sin responder acabaron dándome igual.

Pasé por unas cuantas fases en lo que quedó de crisálida. En la primera de ellas estuve consumido por las dudas, pegado al telescopio y vigilando a los salvajes, buscándole una explicación al círculo de pájaros muertos mientras esperaba su ataque en cualquier momento del día. Comiendo junto a la ventana, sin perder de vista el entorno en ningún momento; atento a cada sonido que amplificaba el silencio nocturno; obsesionado con toda la información que me faltaba. Preguntándome si aquellas aves muertas eran un objetivo marcado, una amenaza o simplemente un aviso de que sabían que estaba dentro. No podía dejar de martirizarme con la idea de que todo aquello lo había provocado yo y mi excursión al campamento de las *ratas amarillas*. Que aquella estupidez supondría una decepción para mi liberador o un secreto que me pesaría el resto de mi vida, mientras trataba de entender cómo Estefanía pudo haberse enterado de que estaba en peligro tan rápido desde la distancia y cuánto poder tenían esos pájaros que vuelan más alto a los que se refirió Roberto.

Nunca vi nada raro desde el telescopio. No volví a escuchar nada más que los grillos de noche y las chicharras de día. Igualmente, durante bastante tiempo, cargué con la escopeta continuamente e hice el ejercicio físico que el espacio me permitía para mantenerme

preparado, por si llegaba el momento en que tuviese que defenderme. Pero que nunca pasara nada me fue relajando.

Cada vez dormía más horas seguidas y pasaba menos tiempo mirando el bosque. Los interrogantes en mi cabeza solo aparecían cuando me paraba a pensar. En un momento dado, dejé de usar el telescopio, guardé el arma y asumí que mis mayores enemigos aquellos días iban a ser básicamente el encierro, la soledad y el silencio.

La segunda fase fue un oasis en medio de aquel infierno. Cuando volví a tener la capacidad de aburrirme, retomé mis estudios. Tuve el tiempo suficiente para leerme los libros que quedaban; para ver los documentales y películas que aún no había sacado de las cajas. Combatí el silencio con música a todas horas y me enganché a un culebrón diario en televisión. Cuando terminé, volví a leerme los libros que más me gustaron y a revisionar los documentales que me habían quedado menos claros. Aquella fase llevó bastante tiempo. Al fin y al cabo, ese curso intensivo equivalía a toda una vida de consumo y aprendizaje. Me lo tomé con mucha calma, esperando mi tercera visita o una llamada de teléfono. Pero nunca llegaron.

La tercera fase fue la peor de todas con diferencia. Después de aquel atracón de cultura, se detuvo todo. Se me habían agotado las distracciones y ya no supe cómo matar el tiempo, así que el tiempo empezó a matarme a mí. Parecía que los días triplicaban su duración y el segundero del reloj reducía considerablemente su velocidad. La soledad, que siempre había sido una agradable compañera, empezó a pesar de manera insoportable. Cada jornada era idéntica a la anterior y mi única escapatoria era la televisión. Gracias a ella sabía en qué día estaba y qué pasaba en el mundo que sentía tan lejano como otro planeta. Empecé a sacar conclusiones mucho más grandes que yo sobre las noticias diarias, me permitía opinar sobre el trabajo de actores o músicos con más talento del que yo nunca tendría y jugaba a posicionarme en cuestiones concretas que prácticamente no entendía. Me propuse disfrutar de las competiciones deportivas que televisaban, aun sin comprender qué criterio había que seguir para elegir el equipo al que defender. Siempre me ha gustado el color amarillo, así que me

decanté por animar a los que lo vestían. Me gustaba ver programas de preguntas y respuestas para contestarlas desde el sofá, imaginándome que era yo el concursante. Así fue cuando empecé a hablar solo en voz alta; primero a la televisión, y luego a cualquier cosa.

Fui perfectamente consciente de que el aislamiento forzado estaba dinamitando mi cordura. Ya no esperaba que viniese un coche azul ni que algún Cortés me llamase. A veces los odiaba por eso, por dejarme tan solo durante tanto tiempo. Aquella fue la primera vez que tuve la capacidad de reprocharle a alguien la falta de cariño, algo que solo puede pasar cuando en algún momento te lo dieron.

En ocasiones me ponía trágico y me montaba películas de terror en mi cabeza directamente producidas por su ausencia prolongada. A menudo aparecía en mi mente la posibilidad de que les hubiera pasado algo malo mientras yo permanecía protegido. Que la amenaza de la que me escondía finalmente les hubiera alcanzado a ellos y no hubieran sobrevivido. Que ya no quedase ningún pájaro conocido. En ese caso, nadie en el mundo sabría que yo estaba aquí encerrado. Nunca vendrían a buscarme y moriría pretendiendo que no me mataran.

Estas ideas que aparecían de forma espontánea tenían un porqué contundente. Cuando empecé a caer en la espiral depresiva en la que me encontraba, busqué refugio en la que consideraba mi familia. Llamé más de cincuenta veces a los números de teléfono que Roberto me había dejado apuntados en la agenda del móvil para emergencias, pero nunca contestaron. Probé a diferentes horas cada día de la semana sin éxito. Esperé que me la devolvieran alguna vez, pero no pasó. Estaba solo.

Me sentía un náufrago en medio del océano, manteniéndome a flote como podía, sin restos de embarcación para agarrarme, sabiendo que dentro de poco me quedaría sin fuerza en las piernas y me hundiría. Pero justo en el momento en que empezaba a asumir que terminaría ahogándome, cuando menos lo esperaba, un pequeño tablón flotó justo hasta donde yo estaba. Escuché un sonido corto, dos notas agudas que no reconocí. La televisión y la minicadena estaban apagadas; las puertas, cerradas. Me puse a buscar el origen de aquel

ruido intentando recordar de oído. Entonces vi encendida la pantalla de mi teléfono. Leí «tienes un mensaje nuevo» junto a un número desconocido.

Recordé las últimas palabras que escuché de la jueza Estefanía y mi primer impulso fue obedecer su orden. Sin embargo, esa micromelodía era lo más interesante que me había pasado desde que me despedí de Roberto la última vez. Pulsé en «abrir» aun contando como una posibilidad de que eso desembocase en mi asesinato.

«Lucas, ¿estás bien?».

Esta vez no decía «número desconocido», podía ver perfectamente el número del que me escribía, simplemente no estaba guardado en la agenda. Nunca había escrito un mensaje en un teléfono, pero fue bastante intuitivo. La sensación de no estar haciendo lo correcto seguía posada en mis hombros, pero ya había abierto el mensaje.

«Sí, gracias. ¿Quién eres?», contesté.

No esperaba que aquello me condenase a quedarme quieto, mirando la pantalla y esperando el próximo mensaje. Tras unos segundos de nada, salieron unos puntos suspensivos que progresivamente desaparecían y volvían a salir. Entonces llegó.

«Soy Gema. He conseguido tu teléfono sin que mi padre lo sepa».

Pensándolo bien, recibir un mensaje de Gema en aquel momento no era un tablón de madera en medio del Atlántico, era un crucero con todas las comodidades. Y una manta. Y un café con espuma.

Me puse eufórico, me descubrí a mí mismo dando un gritito de felicidad. La mayor de los Cortés me había agarrado de la muñeca justo en el filo del abismo y, en aquel momento, no se me ocurría una mano mejor que la suya.

«Gema, no te imaginas la alegría que me da leerte. ¿Cómo estáis todos?».

«Bien, como siempre», contestó.

Aquel «como siempre» terminó con mi temor a que la amenaza de la que me ocultaba también les afectase a ellos. Antes de volver a escribir, algunas de las estanterías de mi cabeza volvieron a ponerse en pie, dejándome ver los límites en cuanto a la información que

podía dar. No sabía si Roberto les había dicho dónde me encontraba o que podría estar en peligro, ni si les había confesado la historia de Miguel. Teniendo esto en cuenta, decidí seguir escribiendo. Lo único que necesitaba era comunicarme con otra persona, aunque solo pudiera charlar sobre el clima. Pero ella escribió antes.

«Papá nos ha dicho que estás bien. Le preguntamos todos los días».

Me dieron ganas de decirle que, si me hubiera muerto de un infarto hace dos meses, su padre no se habría enterado, pero me pareció más útil quedarme con lo bueno; con que los chicos se acordasen de mí.

«Me acuerdo mucho de vosotros. Os echo de menos».

Mientras miraba cómo aparecían y desaparecían los puntos suspensivos que indicaban que me estaba escribiendo, decidí correr el riesgo de hacerle una pregunta que no debía. El estado de alegría que me embriagaba minimizó en mi conciencia las posibles consecuencias de que no saliese bien. Me adelanté a su mensaje.

«¿Sabes dónde estoy?».

Tras mi pregunta, los puntos suspensivos desaparecieron del todo unos larguísimos segundos. El corazón me latía con fuerza, lo que quedaba de sensatez en mi interior me reprochaba lo que acababa de hacer. Empezó como un susurro que pronto se convirtió en un grito. Volvieron los puntos y no pude evitar poner el gesto que uno pone cuando está a punto de explotar un petardo que acaba de encender.

«Sí. Sé dónde y por qué. Mamá nos lo ha explicado todo».

Entonces, aquel lujoso crucero atracó en el gigantesco puerto de una isla paradisíaca. Y por fin me sentí a salvo. Gema me había salvado la vida.

«Ahora mismo me la estoy jugando. Te escribo más tarde. Besos».

A partir de este momento el tiempo volvió a avanzar a velocidad normal y el silencio se hizo lo suficientemente ligero como para soportarlo. No quiero pensar en lo que podría haber pasado si Gema no hubiese conseguido escribirme, pero después de aquello existía una recompensa al final del día. Solíamos escribirnos durante horas cada madrugada. Pude contarle todo lo contable de mi proceso,

reservándome detalles irresponsables como el de la visita a los salvajes o la obsesión con el telescopio. Por suerte, en ese momento ya podíamos comentar libros y películas que antes desconocía. Me habló de su verano en el pueblo costero de sus abuelos maternos, de cómo Blanca me había convertido en un amigo imaginario más y del cambio a mejor de Simón desde la noche que se precipitó todo.

Me dijo que su madre había sido la encargada de explicarles la verdadera naturaleza de su padre y de lo inesperadamente poco traumático que resultó para ellos; de cómo les habían dicho que para acelerar mi retorno debían renunciar a tener contacto conmigo y que absolutamente todo tenía un porqué.

1. Hermano mayor

El ruido del freno de mano de un coche aparcado junto a la cabaña me sorprendió dormido en el sofá, con la televisión encendida y el teléfono en la mano. Solo habían pasado unas horas desde el último mensaje que le había enviado a Gema. Después de tanto tiempo en la más absoluta soledad, aquella visita me dejó sin capacidad de reacción. Me quedé mirando las cerraduras sin levantarme, esperando a que llamaran. Escuché cómo alguien subía las escaleras de madera del porche y se detenía justo delante de la entrada. Tras unos cuantos segundos en silencio, vi cómo un sobre azul del tamaño de medio folio se deslizaba bajo la puerta.

Me levanté y caminé hasta aquella carta sin hacer ruido. Antes de agacharme a cogerlo pude leer «Lucas» escrito en el dorso. Me recordó inevitablemente al que vi en casa de los Cortés con el verdadero nombre del que era mi dueño. Lo abrí y desdoblé la hoja que contenía. Había un mensaje escrito a mano.

«Enhorabuena, Lucas, lo has conseguido. Puedes abrir la puerta. Fdo.: Roberto».

Con el mismo sigilo con el que había hecho todo lo anterior, me acerqué y eché un vistazo por la mirilla. Reconocí inmediatamente a la persona que estaba al otro lado. Lo había visto antes, durante la cena azul. Era el chaval que destacaba por su edad y actitud desubicada durante aquella velada. Recordaba su cara perfectamente y, sin embargo, lo noté bastante cambiado. Llevaba uno de esos polos caros, con motivos deportivos y totalmente inapropiados para cualquier ejercicio físico; un corte de pelo moderno y engominado y un ridículo bigote despoblado. Abrí la puerta y me miró con una mueca que se situaba justo entre la burla y el desagrado.

—Joder, Lucas, estás horrible. —Ni siquiera contesté—. Anda, recoge tus cosas. Te llevo a casa.

Tardé unos segundos en reaccionar. No podía creerme que por fin hubiera finalizado la maldita crisálida. El chaval, que evidentemente había pasado por lo mismo que yo hacía poco,

entendió mi mirada perdida y mi revuelo mental.

—Ya has acabado, chaval. Lo has hecho bien —me dijo sonriendo—. Soy Santi.

—Me acuerdo de ti. De la cena.

—Recoge tus cosas.

—¿Me da tiempo a ducharme?

—Claro, no hay prisa —contestó afable.

Aún no había sido capaz de reaccionar del todo. Me encontraba en *shock*, en ese estado de nada que a veces ocurre cuando muere un ser querido y se tardan días en llorar. Subí al baño y me miré al espejo que estaba sobre el lavabo. Hacía tiempo que no me enfrentaba a mi propia imagen con la certeza de volver a ver a alguien y el reflejo me dio una buena bofetada. Tenía el pelo bastante largo, me llegaba prácticamente a los hombros. También me había crecido considerablemente la barba que, descuidada, me cubría el rostro más compacta de lo que al principio prometía. Me costaba bastante reconocerme en aquel estado y no estaba seguro del todo de si estaba mejor o peor que antes. Lo que estaba claro es que verme entrar iba a causar un impacto contundente en los Cortés. Fue entonces, al imaginar sus caras, cuando empecé a ser consciente de estar a solo unas horas de volver a verlos.

Tras la ducha, intenté peinarme lo mejor posible y estrené algunas de las prendas que seguían en las maletas que llegaron a la cabaña el mismo día que yo. Pasé prácticamente toda la crisálida entre el chándal y el pijama, así que había muchísima ropa que conservaba incluso la etiqueta. Me puse un pantalón vaquero azul marino, una camisa verde y unas deportivas blancas que no había sacado de su caja. Por último, un abrigo negro que me resultó elegante.

Al salir de la habitación, ese tal Santi había subido también al piso de arriba y me esperaba junto al telescopio que nunca llegué a recoger. Seguía tal y como Mercedes lo había dejado y él lo miraba curioso. Por suerte, no tuve que inventarme una excusa.

—¿Te gusta la astronomía?

—¿Qué? —Di un repaso mental a esa parte de la enciclopedia—. Sí, mucho.

—A mí también. Era una de mis opciones cuando terminé mi crisálida.

—Ah. —Había demasiado que procesar para responder algo más que eso.

—Al final me decanté por la industria farmacéutica. Menos romántico. Más rentable. —Parecía estar autoconvenciéndose—. ¿Estás listo?

—Sí. En realidad…, yo no traje nada.

El chaval me convenció para que cogiese una maleta y la llenase con algo de ropa que me gustara y algún libro que quizá algún día quisiera releer. Así lo hice. Justo antes de salir por la puerta, eché un último vistazo al salón donde había pasado nueve meses de mi vida. Los primeros como hombre libre.

—Quizá debería recoger un poco antes de irme…, está hecho un desastre.

—Es normal. No te preocupes, mandarán a alguien a limpiarlo todo. Vamos.

Mientras echaba los cerrojos, me tranquilizó y me inquietó a partes iguales la sensación de estar ante alguien que sabía exactamente cómo me encontraba. Además, parecía tener muy controlado todo lo demás. Lo que había pasado y lo que venía después. Entendí que él era el tercer sabio, al que Estefanía llamó el «hermano mayor». Básicamente el último pájaro azul antes de que llegase yo. Conducía un todoterreno que aún olía a nuevo. Cuando arrancó me quedé mirando por el retrovisor cómo dejábamos atrás la cabaña. Sabía que la iba a echar de menos a pesar de no poder evitar odiarla.

—¿Qué día es hoy?

—Veintiuno de diciembre. El primer día del invierno.

—Vaya.

—Parece que ha pasado mucho más tiempo, ¿verdad?

—Bastante más, sí.

Supe que sería más traumático de lo que pensaba volver a pillarle el paso al mundo real. Aquel tiempo encerrado me había convertido en una persona mucho más culta, pero también me había

hecho perder el control por completo.

—La última parte es la más complicada —dijo—. El aislamiento forzoso.

—¿Cómo? —¿Era parte del proceso?—. Me dijeron que estaba en peligro.

—Sí, lo sé. Siempre dicen eso. Y, en parte, tienen razón.

—No entiendo. —Debo reconocer que aquello me puso de mal humor. Él lo sabía.

—Lo entenderás. No te sientas traicionado, tiene sentido.

—¿Qué sentido?

—Mira, Lucas. Lo que viene ahora es lo más complicado. Esto solo ha sido un breve entrenamiento intensivo para saber encajar mejor la hostia que te va a dar el mundo en los próximos meses. Esta última fase concretamente te prepara para lo que vas a sentir cuando estés, por ejemplo, en el momento en el que estoy yo ahora mismo. Parece una tontería, pero, si no hubiese soportado el aislamiento, ya me habría tirado de un puente.

—¿En serio?

—Ya te digo. La crisálida es un simulacro del aislamiento real al que te vas a enfrentar después, cuando salgas al mundo como hombre libre y tengas que mezclarte con un montón de gente que no es como tú, que nunca ha sido como tú y, sobre todo, que no puede saber cómo eres en realidad. —Me vio el gesto de necesitar un ejemplo y lo buscó —. ¿Te dejaron el tomo de *Superman*?

—¿El cómic? Sí.

—Vale. Superman es un extraterrestre que en la Tierra es un ser superior. Imagínate que en su planeta también tuviese todos esos poderes, pero fuera un pringado. Allí volaba más despacio que el resto, pero aquí nadie vuela.

—No sé qué quieres decir.

—Ahora, imagínate que se da el caso contrario y es un terrícola el que de alguna forma llega a Krypton, donde todo el mundo tiene las habilidades de Superman. Para los *kryptonianos* no son superpoderes, pero para el tío de la Tierra sí. Sin embargo, tiene que fingir ser uno más, quitarse las gafas y hacerse pasar por uno de ellos porque, si lo

descubrieran, correría peligro. Es mucho más difícil eso que fingir que eres un ser inferior. Justificar por qué no puedes derribar un edificio de un puñetazo cada día, sin poder decirle a nadie que los que son como tú no tienen superfuerza. Pues más o menos esa será tu vida y en ese momento entenderás lo que es realmente el aislamiento.

—Joder…

—Aun así, es mucho mejor que ser esclavo. No te agobies.

—¿Y entonces…? —Algo seguía sin cuadrarme—. ¿Lo de los pájaros muertos?

—¿Qué pájaros muertos?

—Aparecieron junto a la cabaña justo antes del aislamiento.

—Ni idea. A mí no me pasó eso. De todas formas, mi liberador no tenía una casa de campo. Yo pasé toda la crisálida en un ático vacacional con terraza. Supongo que habrá sido diferente.

—Claro.

—Hay muchos que no lo consiguen. La crisálida tiene varias funciones, no solo la de culturizar al futuro pájaro azul. También es un examen. Una prueba de resistencia psicológica para la que no todo el mundo está preparado.

—¿Y qué pasa con los que no lo consiguen?

—A los que no desaparecen, les proporcionan herramientas para repetir la prueba con éxito. Pero eso ya es una mancha en su expediente que los priva de algunas cosas como liberar a un tercero o ascender dentro de la organización.

—¿Qué quieres decir con «los que no desaparecen»?

—Algunos huyen en medio del proceso y no vuelven a encontrarlos. —Cambió el tono, se puso más serio—. He pensado mucho en eso últimamente. Creo que eligen desaparecer por la vergüenza de decepcionar a quien confió en ellos más que por el miedo a perder la posibilidad de ser libres.

Me cayó especialmente bien aquel chaval y lo hizo incluso antes de llegar a la autovía. Quizá por las ganas que tenía de encontrarme con alguien de carne y hueso. Quizá porque apenas llevaba un año siendo libre y aún tenía ojos de esclavo. Sea como fuere, lo sentí rápidamente un aliado que, aunque un poco por delante, corría en el

mismo carril solitario que yo.

—Entonces, ya soy un hombre libre.

—Bueno, oficialmente no se te considerará libre hasta la próxima cena azul. Pero ese es un poco el trámite ceremonial clásico. En mi opinión, psicológicamente dejas de ser un esclavo al principio de la crisálida, en el momento que te dicen que vas a ser liberado.

—Y después, ¿qué?

—Después: todo. Ya lo verás. El mundo es incluso más grande de lo que ponía en la enciclopedia. —Me hizo gracia pillar la referencia de otro que lo había vivido.

—¿También fue a verte la jueza Casares?

—Claro. Estefanía es el pájaro clave en nuestra zona. La que más sabe.

—Es la jefa, ¿no? —Era algo que siempre había dado por hecho.

—Es más bien el enlace entre los pájaros que vuelan más alto y nosotros. Es a la vez cola de león y cabeza de ratón, no sé si me entiendes.

—Sí, entiendo. ¿Y el falso antenista?

—Ese es un cabrón. —Soltó una carcajada contagiosa—. Me hizo caer en la trampa nada más llegar. No fui demasiado creativo inventando mi coartada y, la verdad, estuve bastante sobreactuado. Por eso solo saqué un seis y medio al final.

—¿Que ponen nota? ¿A la crisálida?

—Claro. Ya te he dicho que es un examen de nueve meses. De esa nota dependerá tu capacidad de decisión inmediata para muchos temas de la liberación. ¿Cómo se te dio a ti el antenista?

—Pues creo que bastante bien. Me hice pasar por un escritor que había alquilado la cabaña para terminar una novela.

—Qué máquina. —Me dedicó una mirada llena de admiración—. Pero ese perro no se conformaría con eso. Te preguntaría hasta sobre de qué va la novela.

—Sí, claro. Y el título. Pero salí del paso.

—Pues no sabes cuánto me alegro, porque, por lo que sé, ese hijo de puta no suele perder. A mí me sacó el tema de los esclavos y ahí perdí un poco el control.

—A mí también. —Se ve que era parte de la prueba—. Debatí un poco con él, pero terminé fingiendo que le daba la razón.

—Entonces ya tienes mucho ganado, Lucas.

—Pero fallé en otras cosas. Lo del instinto del siervo con la jueza, por ejemplo.

—Yo también. Sinceramente creo que hay que ser un psicópata para no fallar ahí.

Ahí supe que Santi era definitivamente la persona que más en común tenía conmigo de todas las que me había cruzado. Me sentí muy afortunado de haber sido liberado justo después que él.

—Me alegro mucho de que hayas sido tú mi tercer sabio.

—Me alegro de que te alegre, porque no solo tengo la misión de llevarte a casa. A partir de ahora eres mi hermano pequeño. No sé si sabes lo que significa.

—Nadie me lo ha explicado.

—Básicamente yo seré tu contacto de apoyo cuando te liberen del todo. Cuando tengas alguna pregunta o necesites ayuda, deberás acudir a mí.

—Pensé que sería a Roberto.

—A ver, a Roberto lo vas a tener siempre. Ahora su familia es tu familia, pero hace mucho tiempo que fue liberado y han cambiado muchas cosas en el mundo. La tradición es que tu guía sea el pájaro azul más reciente.

—Tiene sentido.

Salimos de la autovía y entramos directamente a la ciudad. Ver todos aquellos edificios amontonados delante del cielo y las calles abarrotadas de gente esquivándose hizo que me sintiera en casa. Me relajó muchísimo aquel caos familiar. En un momento dado, Santi detuvo el coche ante un semáforo en rojo. Miré por la ventanilla y mi mirada se encontró directamente con la de otro conductor que estaba admirando el todoterreno en el que yo estaba montado desde su viejo monovolumen. Noté cómo se cohibió un poco al sentirse sorprendido y, como ya era demasiado tarde para disimular, me saludó afable con un movimiento de cabeza. Me di cuenta de que aquel tipo me había saludado como a cualquier otra persona libre. Fue la primera vez que

sentí que la esclavitud formaba parte de mi pasado y que, a pesar de seguir viviendo exactamente en el mismo sitio, mi nueva perspectiva lo convertía en un nuevo mundo.

—Santi… ¿Cómo dirías que son las personas libres?

—Madre mía, vaya preguntita. —Sonrió mientras pensaba cómo explicarlo—. Sabes que entre nosotros solemos decir que hay tres tipos de esclavos, ¿no?

—Sí. El responsable, el escaqueado y… ¿el filipino?

—Exacto. El puto filipino. —Nos reímos sonoramente—. Bueno, pues yo ya me he encontrado con cientos de tipos de personas libres. Hasta que no cruzas como mínimo un par de palabras con ellos, no sabes cómo son. Lo bueno es que el resto de libres tampoco lo saben. Y creo que, en parte, eso es lo interesante.

—Yo solo conozco a los Navarro y a los Cortés.

—Claro. Yo solo conocía a los Pisuerga y los León antes de todo esto. Pero cuando salí ahí fuera me di cuenta de cómo son realmente. La clave es verlos interactuar entre ellos, porque no se relacionan como lo hacen con nosotros. Los hay autoritarios y seguros de sí mismos, pero también tan tímidos y pusilánimes como cualquier esclavo. Hay gente que se puede permitir ser rara, excéntrica, reservada, acelerada, ignorante, gritona, exigente o misteriosa. Aunque los rasgos que más te llamarán la atención son los que nosotros no tenemos derecho a tener: los negativos. La mayoría es muy egocéntrica y eso lo condiciona todo.

—Así que para parecer libres hay que intentar ser egocéntrico.

—Por suerte no es nada difícil.

Empecé a reconocer las calles que atravesábamos. Los edificios que había visto en cada uno de mis trayectos de ida y vuelta al colegio de los niños con los que estaba a punto de reencontrarme. Esa sensación de estar a escasos kilómetros del abrazo con la que consideraba mi familia me dejó la mente en blanco y el todoterreno en silencio.

—Pues ya estamos aquí —dijo el conductor parando el coche.

—Un placer, Santi. Espero volver a verte pronto.

—Como máximo el día de tu cena azul.

—Muchas gracias por todo.

Estreché su mano y abrí la puerta para bajarme. Ya veía la fachada de los Cortés y estaba ansioso por tocar el timbre, pero cuando puse el primer pie en el asfalto, Santi me detuvo sujetándome la manga izquierda de la chaqueta.

—Un momento. Tengo que darte el *pack* de bienvenida.

—¿El qué?

El chico se estiró como pudo y metió el tronco de entre el sillón del conductor y el copiloto para alcanzar algo que tenía en el asiento trasero. Tras unos segundos, volvió a su posición natural ofreciéndome una elegante bolsa de cartón azul.

—Ahí dentro van las primeras piezas de la persona en la que vas a convertirte. Un sobre con tu primer sueldo y un teléfono móvil nuevo, de última generación. Ya está encendido y en la agenda tienes apuntados dos teléfonos: el tuyo y el mío. Ya sabes que mi papel es guiarte en lo que necesites a partir de ahora, es mi responsabilidad como hermano mayor, así que no dudes en llamarme.

—Eso haré.

Miré dentro del sobre. Había bastante dinero. Un fajo de billetes ordenado de mayor a menor valor. Era la libertad en forma de autosuficiencia. Mi sonrisa hizo sonreír al chico, que me dio una palmadita en el hombro.

—Ahora sí. Bienvenido a casa, Lucas.

1. Casa

Recuerdo la presión agradable que sentí en el pecho el rato que pasó desde que toqué el timbre hasta que se abrió la puerta. Blanca fue la primera que se encontró conmigo. Estos meses ella también había dado un cambio notable. Noté en su cara cómo tardaba en reconocerme después del susto inicial. Cuando lo consiguió, se relajó y sonrió.

—Te pareces al primo roquero de mi compañera Ana, que va a buscarla en moto al cole. —Bajó el tono de voz considerablemente—. Es drogadicto.

Aquel comentario me hizo explotar en una carcajada. Ya me había reído un par de veces con Santi por el camino, pero no de esa forma. Me agaché y le di un abrazo que me devolvió con el mismo cariño. Blanca era sin duda mi persona favorita del mundo, la única por la que hubiera recibido una bala sin pensármelo. Echaba mucho de menos a toda la familia, pero, si solo me dieran la opción de reencontrarme con uno de sus miembros, no tendría ninguna duda en elegirla a ella.

—Se me ha hecho larguísimo, Lucas.

—A mí también.

Pasamos dentro y la niña se encargó de anunciar mi llegada soltando un sonoro «tenemos visita». Luisa fue la primera en asomarse desde el salón y por la expresión de su cara deduje que nadie había avisado de mi vuelta.

—¡Lucas! —También me dio un fuerte abrazo—. Pero ¿cómo no nos han avisado?

—Pues no sé.

—¿Cómo estás?

—Ahora muy bien, la verdad. —Sonrió entendiendo el matiz de mi «ahora».

Roberto bajó la escalera junto a Simón. Mi liberador me miró con mucho orgullo antes de darme un abrazo. Sentí que para él suponía un alivio volver a tenerme en casa y entendí en ese momento

que mi crisálida no solo era una prueba para mí.

—Lo has hecho perfecto, chaval.

—Vaya pelos. —Simón estaba muy cambiado también, tanto que hasta me dio un escueto abrazo—. Me alegro de verte.

—¿Dónde está Gema? —Tenía ganas de ver a mi salvadora.

—Seguro que se está peinando —soltó Simón.

—Si hubiera sabido que venías hoy, habría preparado algo especial para celebrar tu vuelta —dijo preocupada Luisa.

—Nunca avisan, ya te lo dije —le recordó Roberto.

—A mí me da igual lo que comamos, lo especial es volver a comer con vosotros.

—Claro que sí, joder. —Simón estaba realmente cambiado.

Escuché los pasos de Gema bajar la escalera deprisa y ralentizar el paso justo cuando quedaba medio metro para girar la esquina y hacerse visible. Me miró sonriente y me acerqué a darle un abrazo que mostrase mi agradecimiento, pero que no nos delatara.

—¿Cómo estás? —La chica también disimuló.

—Muy contento.

—Bueno, voy a pedir pollo —cortó Luisa.

Pasamos todos al salón y nos sentamos en los sofás a charlar mientras esperábamos al repartidor de la pollería. Ya habían puesto la decoración navideña, era idéntica a la del año pasado. Todos me miraban con alegría, pero también como a un animal que solo habían visto por la tele hasta ese momento. Tenían mucha curiosidad por el proceso que había vivido y no paraban de preguntarme. La mayoría fueron cuestiones básicas sobre cómo me sentí al saber que sería liberado o al saber que Roberto era Miguel. En un momento dado, él me hizo la pregunta que estaba deseando hacerme desde el principio.

—¿Pasaste miedo en algún momento?

—Claro. Sobre todo, al final.

—Me imagino, es la parte más difícil. —Torció el gesto, no podía evitar sentirse culpable porque sabía exactamente lo que sentí aquellos días—. Aunque tengo que confesarte que desde nuestra perspectiva también ha sido jodido aguantar sin cogerte el teléfono.

—Doy fe —añadió Luisa—. Y lo peor fue cuando dejaste de

llamar.

—Supongo que terminé adaptándome. —Busqué la mirada cómplice de Gema, pero no la encontré—. Igualmente, estaba deseando que se acabara.

—Dice papá que tuviste que leerte una enciclopedia entera —comentó Simón.

—Bueno, ese fue solo el principio.

—Yo ahí ya me hubiera rendido —bromeó.

—¿Y te ha cambiado? —preguntó Gema. No me esperaba preguntas suyas.

—A ver, sigo siendo el de siempre, pero sé muchas más cosas del mundo.

—O sea, que sí —sentenció Luisa.

El timbre de la puerta detuvo la conversación. Los chicos se levantaron a preparar la mesa mientras su madre abría al repartidor de pollos. Me quedé solo con Roberto un momento en los sofás. Notaba que tenía muchas más cosas que decirme y preguntarme, pero por algún motivo no lo hacía. Supuse que ese motivo era el resto de la familia.

—¿Y ahora qué? —le pregunté. Parecía estar esperando a contestarme eso.

—Pues ahora lo siguiente. De momento pasarás un tiempo con nosotros en casa, mientras se prepara la próxima cena azul. La tuya, en la que serás oficialmente liberado.

—¿Cuándo crees que será?

—Como mínimo faltan un par de meses, así que no te agobies. Hay decisiones que tienes que tomar ese día y esta pausa te servirá para pensar en ellas.

—¿Qué decisiones?

—Detalles importantes que marcarán la persona que vas a ser.

—Venga, a comer —cortó Luisa, ya con el pollo sobre la mesa del comedor.

—Luego te cuento. Vamos —dijo Roberto.

Nos sentamos. Aunque durante la crisálida tuve un cargamento de chucherías a mi disposición, echaba mucho de menos el pollo

asado a domicilio. Aunque para ellos fuese un remedio socorrido para cuando no tenían ganas de preparar nada, a mí me seguía pareciendo un manjar del que sería capaz de alimentarme a diario. En el fondo seguía habiendo pequeñas cosas insignificantes para los libres y extraordinarias para mí. Supuse que con el tiempo irían perdiendo la magia, como lo hicieron los impresionantes atardeceres que se veían desde la cabaña cuando formaron parte de mi rutina. Ese pensamiento me llenó de tristeza y deseé ser un niño para no ser consciente del proceso de desencanto.

—Como te decía, Lucas. —Roberto retomó la conversación antes del postre, con el resto de la familia aún en la mesa—. Tienes que pensar en las elecciones que marcarán tu futuro. Algunas de ellas son definitivas, así que dale vueltas.

—Está bien —contesté para que siguiera adelante.

—Por ejemplo, en qué sitio de la ciudad te gustaría vivir o a qué te gustaría dedicarte.

—Ah, genial. Eso lo tengo bastante claro.

—¿Estás seguro? —Roberto se puso algo nervioso.

—Segurísimo.

—Y… ¿a qué te gustaría dedicarte? —preguntó Luisa curiosa.

—Me gustaría ser escritor.

—Toma ya —soltó Simón.

—Me encanta. —Gema sonó como si fuera la primera vez que lo escuchara.

—A mí también. —Me guiñó un ojo su madre.

—Bueno, es una decisión bastante romántica —dijo Roberto—. Ojalá sea posible.

—¿De qué depende? —le preguntó su mujer.

—De su nota en la crisálida. Como casi todo. Si es lo suficientemente alta, los pájaros harán todo lo posible para que cumplas ese deseo.

—¿Y si no? —pregunté.

—Si no, te reubicarán en algo similar dependiendo más de las necesidades de la organización. Periodista como Luisa, por ejemplo.

La conversación se interrumpió de repente con el agudo ruido

que hizo la cucharilla de Blanca en su vaso de agua. La niña consiguió el silencio y la atención que pretendía.

—Lucas acaba de llegar. ¿Podemos hablar de otra cosa? ¿Aunque sea hoy?

—Tienes razón. —Sonrió su padre.

—Mi pregunta es, ¿qué quieres por Navidad? —siguió diciendo la niña.

—No sé. —Reímos todos—. Me da igual, la verdad. No lo he pensado.

—Pues eso es lo único en lo que tienes que pensar ahora mismo —contestó.

La ocurrencia de la pequeña relajó bastante el ambiente e hizo que la charla cambiase de dirección durante el café. En el fondo lo agradecí. Aunque tenía ganas de saber qué me deparaba el futuro inmediato, necesitaba dejar de pensar en ello, aunque fuese una tarde. Empecé a concentrarme en asuntos que me sacaran de ese pozo momentáneamente, como los regalos que este año sí podía hacer a la familia gracias a mi inesperado primer sueldo. Deseaba experimentar por primera vez la sensación de dar.

Me sorprendió la velocidad a la que todo volvió a colocarse en su sitio. Recogimos la mesa entre los cinco y Roberto se tiró en el sofá como solía hacer siempre. Simón volvió a quedarse hipnotizado con la pantalla de su móvil y Luisa sacó su ordenador portátil para finiquitar el trabajo que había empezado por la mañana, algo que la había visto hacer cada día desde que llegué a esa casa. Yo, sin tareas de esclavo, me quedé desubicado.

—Lucas. —La voz de Blanca me sacó de aquel pozo—. ¿Esa maleta es tu equipaje?

—Sí. —Me dio vergüenza haberla dejado en medio del pasillo con la emoción.

—¿No quieres llevarla a tu habitación? —preguntó Gema.

—Claro, perdonad.

Noté algo extraño en ellas mientras me guiaban por el pasillo hasta la puerta de mi vieja celda. Una complicidad divertida por compartir un secreto que estaban a punto de contarme. Se detuvieron

delante de la puerta y se quedaron esperando a que yo abriese aguantándose una risita que luchaba constantemente por salir.

—¿Qué pasa? —pregunté dejándome contagiar de aquella sonrisa nerviosa.

—Venga, abre ya —explotó Blanca.

Abrí la puerta y me encontré la sorpresa que las chicas estaban deseando darme. Mi viejo y austero dormitorio estaba totalmente cambiado. Lo habían convertido en una acogedora habitación de invitados con todas las comodidades de las que se suelen privar al esclavo. Habían pintado las paredes de un agradable color celeste, la cama tenía un moderno cabecero a juego con una mesita de noche; había también un armario empotrado y un escritorio nuevo relativamente equipado. Colgada justo encima de este, una foto enmarcada de la familia conmigo, de cuando estuvimos en la cabaña la primera vez. Supuse que eligieron esa porque no llevaba el uniforme y me había crecido lo suficiente el pelo como para esconderle mi verdadera naturaleza a un posible fisgón.

—Ya no es la habitación de un esclavo —dijo Blanca.

—Porque ya no hay esclavos en esta casa —añadió Gema—. ¿Te gusta?

—Me gusta mucho.

—Te dejamos tranquilo para que coloques tus cosas. Vamos, Blanquita.

Salieron de allí satisfechas por haber dibujado una sonrisa en mi cara. La pequeña casi corriendo, pues, antes de que su hermana llegara a la puerta, ya se escucharon sus pisadas veloces sobre los escalones camino a su habitación. Era un momento perfecto para algo que llevaba queriendo hacer desde que me bajé del coche de Santi.

—Gema —se giró para mirarme—, muchas gracias.

—Ha sido cosa de todos.

Después de contestar, sin darle ninguna importancia, siguió su camino. Recuerdo cómo me heló la sangre y me dejó petrificado mirando el vacío que se había quedado en la salida del cuarto. Quizá esperando a que la chica volviese a asomarse para tranquilizarme aceptando que sabía el motivo porque estaba dándole las gracias.

La respuesta automática de Gema había hecho saltar todas las alarmas de mi cabeza. Me sentí un estúpido inmediatamente por no haberme parado ni un segundo en la cabaña y pensar que aquellos mensajes podrían haber sido otra trampa más de la crisálida. Fue dolorosa la inevitable sensación de haber estado intercambiando mensajes con alguien haciéndose pasar por ella. De haber mordido el anzuelo sin siquiera cuestionarme que aquel número de teléfono desconocido podría haber sido de cualquiera.

—Soy idiota —solté en voz alta dándome un manotazo en la frente.

No dejaba de ser impactante la velocidad a la que una bofetada de realidad como la que acababa de recibir podía amargar uno de los días más felices de mi último año. Recordé lo que aquella mañana me había comentado Santi en el trayecto desde el bosque: la crisálida es un examen evaluable de nueve meses del que dependerá todo lo que venga después. Tenía sentido que aquellos mensajes de texto fueran una prueba más por el momento exacto en que llegaron. El más duro de todo el proceso, en el que me sentía mentalmente más débil. El más propicio para fallar como yo lo había hecho.

Aun estando bastante seguro de haber caído en una trampa para crías de pájaro, por puro instinto de supervivencia me agarré al único y finísimo hilo de esperanza que podía salvarme. Quizá Gema solo estuviera disimulando con la maestría de una actriz multipremiada porque entendía perfectamente los riesgos que entrañaba ser descubierta.

Sin tener apenas fe en esta última teoría, me propuse asegurarme. Debía hacer lo posible por estar completamente a solas con ella cuanto antes.

1. Compras

El día anterior a Nochebuena conseguí convencer a Gema para me acompañase a realizar mis primeras compras navideñas. Era la excusa perfecta para pasar una jornada completa a solas con ella. Sería fácil encontrar un momento adecuado para preguntarle directamente por aquellos mensajes de texto que parecía no haberme mandado.

Roberto me prestó su coche y justo después de desayunar fuimos en dirección al centro comercial más alejado de la casa. Tras una pequeña investigación, averigüé que era el único sitio donde se encontraba la tienda oficial del equipo de fútbol favorito de Simón y, con la excusa de querer comprarle la camiseta reglamentaria, tenía la posibilidad de estar solo con Gema bastante tiempo en el que era, según su padre, el sitio más seguro para hablar: un vehículo en movimiento.

La chica puso la radio nada más subir, buscó una emisora concreta y dejó sonando la lista de éxitos del momento. Supuse que conocer esas canciones también me haría estar más en el mundo, así que intenté disfrutarlas, aunque no fuesen del estilo que más me gustaba. Iba contenta, sé que le agradaba mi compañía y eso hizo fácil que accediera a ayudarme con los regalos. No sabía cómo preguntarle de una forma lo suficientemente directa para que no hubiese equívocos sin parecer desesperado e interesado.

Mientras pensaba en cómo empezar la conversación adecuada que me llevase paulatinamente al sitio al que quería llegar, la miré canturrear un momento. Ella también había cambiado mucho en un año. Era como si hubiera pasado de niña a mujer durante mi ausencia y no solo físicamente. Había cambiado de peinado, ahora tenía un corte moderno con flequillo, usaba lentillas y parecía haber dado un pequeño estirón, pero también notaba cómo había ganado toneladas de seguridad en sí misma. No pude evitar sentir un poco de nostalgia por haberme perdido los últimos coletazos de la cría que conocí, pero

estaba orgulloso de ver en lo que se había convertido. Aquella nueva Gema hacía que me sintiera lo suficientemente pequeño como para no encontrar las palabras con las que sacar el tema. Entonces me miró y me di cuenta de que ella también estaba buscando la mejor manera de empezar con la charla.

—¿Qué? ¿Cómo te ha sentado la vuelta a Zihuatanejo?

Ahí estaba la señal que estaba buscando. Después de su pregunta, ya no hacía falta encontrar la manera de confirmar que los mensajes me los había escrito ella. Durante aquellas madrugadas en las que hablamos de todo, hacíamos referencia a la casa de los Cortés llamándola Zihuatanejo. Era una referencia directa del relato *Rita Hayworth y la redención de Shawshank* de Stephen King, en la que su protagonista soñaba con huir de una prisión y terminar su vida en una paradisíaca región mexicana con ese peculiar nombre. El incómodo interrogante se había resuelto deprisa para variar. Respiré tranquilo, como si me hubiesen dejado de presionar las costillas con el cañón de una escopeta, e inesperadamente eché a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó divertida la chica.

—De que eres muy buena disimulando.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Porque llevo dos días preocupado, pensando que no eras tú la de los mensajes, que había sido una trampa.

—¿En serio? —Soltó una carcajada.

—Eres bastante mejor actriz que todas las que salen en televisión.

—Papá nos dijo que estaba prohibidísimo contactar contigo, que era importante entenderlo…, pero siempre que sonaba su teléfono y veía que eras tú pensaba que quizá te estuviese pasando algo malo, que podrías necesitar ayuda.

—Además, llamé muchas veces. —Muchísimas.

—Por eso. Me acordaba constantemente de aquella gente que atacó la cabaña el invierno pasado, así que una noche, mientras mis padres dormían, copié tu número porque necesitaba saber que estabas bien.

—No lo estaba. —Hice la confesión que no hice por escrito—. Me

salvaste la vida.

Nos sonrojamos los dos y tuvimos que disimular mirando la carretera unos segundos. Pero me parecía importante que supiera en qué se convirtió para mí.

—Pero nadie puede saber que eso pasó —siguió hablando—. No solo por ti, también por papá. No te puedes imaginar el nivel de estrés al que ha estado sometido todo este tiempo.

—Tienes razón. Menos mal que eres más lista que yo.

Aquella conversación en marcha con Gema me dio una visión necesaria de la crisálida desde el punto de vista de los Cortés. Pensándolo fríamente, tampoco era una perspectiva cómoda. La incertidumbre de no saber qué me estaba ocurriendo, el no poder contestar mis llamadas al teléfono que se me había dado para emergencias o pensar en que quizá, al ir a buscarme, podían encontrarse con la casa vacía era igualmente devastador. Mi fracaso en el proceso era el fracaso de Roberto. Él me había propuesto, así que asumía todos los riesgos. Ambos sufrimos, ambos nos la jugamos. Supuse que, si los que no aguantaban eran castigados, sus liberadores también lo serían. Tal vez mi nota repercutiera directamente en su estatus dentro de la organización.

Dejamos el coche en el parking subterráneo del centro comercial y subimos por unas enormes escaleras mecánicas hasta la zona de las tiendas. Los esclavos tienen prohibida la entrada a lugares de ocio, y en sitios como aquel suele haber recreativos, restaurantes y algún cine, así que era la primera vez que yo entraba, y seguramente por eso me impactó cómo el silencio del aparcamiento se fue convirtiendo gradualmente en un ensordecedor estruendo humano. Nunca antes me había acorralado una multitud como aquella, donde cientos de personas se movían de forma caótica de un lado para otro, cada una con un objetivo y una conversación diferente que duraba justo las milésimas de segundo que pasaban cerca de mi oreja. Reconozco que me asusté un poco y, aunque intenté fingir que todo iba bien, la mano de Gema en mi brazo intentando tranquilizarme me demostró que se me daba mucho peor que a ella disimular.

—Venir a un centro comercial un veintitrés de diciembre es una

locura.

Si la chica no me hubiese acompañado, no habría tenido el valor de aguantar cinco minutos más en medio de aquella horda. Habría salido corriendo al coche tras el primer impacto. Gema se sabía mover perfectamente entre la marabunta, parecía conocer la ubicación de cada una de las tiendas a las que le había dicho que quería ir. Gracias a ella todo fue relativamente rápido, teniendo en cuenta lo complicado que era moverse y las eternas colas que se creaban delante de las cajas para pagar.

En medio de aquella horrible experiencia, también tuve momentos que guardo en el recuerdo como pepitas de oro en una bolsa de basura. Por ejemplo, el instante en que pagué las zapatillas deportivas que elegí para Roberto.

—Buenos días, señor. —La joven cajera me había regalado mi primer «señor».

—Hola. —Coloqué la caja sobre el mostrador. Comprobó el código de barras.

—Serían setenta con veinte. —Me sonrió profesional—. ¿Tarjeta o efectivo?

—Efectivo. —Saqué el dinero justo, lo tenía preparado.

—¿Desea que se lo envuelva para regalo?

—Claro. —Me di cuenta de que contesté con demasiado entusiasmo.

—¿Algún color en especial?

—Sí. El verde oscuro. —Me daba igual el color, solo estaba disfrutando que se me permitiese pedir cualquier cosa—. Y con un lazo de esos rojos, por favor.

—Claro, señor. —Envolvió la caja con una destreza increíble—. Muchas gracias, que pase un buen día.

Entiendo que para alguien que ha vivido siempre en libertad esta conversación de caja registradora sea algo típico e insignificante. Sin embargo, ser tratado como un dueño, que me llamaran señor, me deseasen un buen día o sentir el poder del dinero propio fue algo muy especial para mí. Ya había vivido algo similar con Mercedes en la cabaña, pero era mucho más gratificante la servidumbre de una

persona libre que cobra por ello.

No estoy seguro del tiempo real que pasó en lo que completamos aquella misión. Solo puedo asegurar que estuvimos más del que me hubiese gustado allí encerrados. Por suerte, conseguí hacerme con todo lo que fui a buscar. La camiseta del equipo de Simón, las zapatillas deportivas para Roberto, un bolso para que Luisa pudiera transportar su ordenador portátil y unos auriculares inalámbricos para Blanca. Lo más satisfactorio no era poder tachar de la lista aquellos encargos pendientes, sino la sensación de haber sobrevivido al camino para conseguirlos.

Metí todas las bolsas en el maletero y subimos al coche. Cuando cerramos las puertas, el silencio y el olor familiar del ambientador de melocotón que usaba Roberto me terminó de relajar. Hasta ese momento, había sido un día intenso pero positivo. Básicamente porque el objetivo era despejar la duda que me robaba el sueño y eso ocurrió incluso antes de llegar a las tiendas. Gema notó en mi suspiro que por fin me sentía a salvo.

—Lo has pasado regular, ¿eh?

—Ha sido un infierno. —Nos reímos los dos, pero no era un chiste. Aquella experiencia hizo que no me pareciera tan duro el aislamiento en la cabaña.

—Pues ya está. Ya lo tienes todo.

—Bueno, todo no. Aún me falta el tuyo, que evidentemente no pensaba comprar estando tú delante.

—Por mí no te preocupes, anda —dijo sonriente.

—No me preocupo. Pero tu regalo tiene que ser el mejor. Si quieres algo concreto, pídemelo, que estamos a tiempo.

—Vale. —Se rio—. Lo pensaré.

Arranqué el coche y miré por el retrovisor para sacarlo del aparcamiento. Coloqué la palanca de cambio en la posición de marcha atrás y, justo cuando fui a pisar el pedal para mover el vehículo, el motor se paró. Vi que había sido Gema la que había vuelto a girar la llave en el contacto. La interrogué con la mirada y tardó unos segundos en hablar. Me preocupó su radical cambio de gesto. No había rastro de la sonrisa con la que había terminado nuestra

conversación anterior. Casi a oscuras, en medio de aquel parking subterráneo, el segundo abrazo del silencio resultó más frío.

—Escucha, Lucas… —La noté preocupada—. Sí que voy a pedirte algo.

—Claro. Lo que sea.

—A ver cómo te digo esto… —Me contagió la preocupación—. ¿Tú alguna vez has besado a alguien?

Aquella pregunta me transportó inmediatamente a aquella conversación en mi celda cuando se me declaró, cuando me vi obligado a romperle el corazón. Tenía tan claro que era algo que habíamos superado que lo había escondido detrás de otros recuerdos mejores. Ambos habíamos cambiado mucho desde ese día, pero yo seguía en el mismo punto. La quería de la forma más profunda que podía quererla, pero no era la que ella pretendía cuando se armó de valor para confesarme su amor.

Repasé todas nuestras conversaciones por mensaje de texto buscando algún detalle por mi parte que pudiera haberle dado falsas esperanzas. Pensé que quizá mi poca experiencia con las relaciones sociales podía jugarme una mala pasada a la hora de expresarme y no saber diferenciar un amor del otro. Sin embargo, mantuve de nuevo la esperanza en la indudable inteligencia de la chica, la única a la que no imaginaba tropezando dos veces con la misma piedra, así que decidí no adelantarme, simplemente contesté esperando comprobar adónde iba a llevarme aquella pregunta.

—No. Nunca.

—A ver, te explico. Cuando termine el próximo verano, empiezo en la universidad y, después de pensarlo mucho, voy a hacer la carrera en otra ciudad. Tengo muchas ganas, la verdad. Me apetece mucho cambiar de aires, conocer a gente nueva, salir de casa de mis padres y ser relativamente autosuficiente. Para mí es como empezar de cero, ser la mujer que quiero ser y que me conozcan siéndolo; sin que nadie tenga una imagen de mí contaminada por mi pasado, por haberme visto crecer desde niña. Y es superemocionante, estoy deseando que llegue el día. Pero a la vez es un salto que me da vértigo, ¿sabes?

—Sí, te entiendo perfectamente. —Aunque seguía sin saber

adónde quería llegar con todo aquello—. Yo estoy ahora mismo en una situación bastante parecida.

—Lo sé, y por eso te digo esto. Los dos estamos a punto de empezar a vivir de verdad, de ser quienes siempre hemos querido ser. Quienes merecemos ser. Y estamos ansiosos por entrar en esa puerta, pero no sabemos exactamente qué hay al otro lado. No estamos lo suficientemente preparados para todo lo que pueda pasar allí. Tenemos carencias muy locas los dos.

—Como lo de no haber besado a nadie, ¿no?

—Exacto. Lucas, tengo casi veinte años y no me han besado nunca. Casi todas mis amigas ya saben lo que es y yo solo he practicado con mi propia mano.

—¿En serio?

—Sí, es patético. Por eso, lo que quiero es que aprendamos a la vez. No te lo digo porque siga sintiendo algo por ti, es que no tengo a nadie más a quien poder pedirle esto. Sé que me ves como tu mejor amiga. Y gracias a este tiempo que has estado fuera he conseguido que tú solo seas eso para mí. Lo que te propongo es un ensayo sin más, un entrenamiento de mejores amigos.

Aquella proposición me dejó sin palabras. Necesité unos segundos para asimilar lo que la chica me estaba pidiendo, y ella, que lo sabía, los respetó en silencio. Hasta ese momento, nunca me planteé que supusiera un problema enfrentarme a mi nueva vida como hombre libre sin haber experimentado eso. Entendí que no era normal para alguien de nuestra edad seguir sin haberlo vivido, cada uno por sus propias circunstancias. Gema siempre fue una chica demasiado tímida y yo un esclavo. Aun creyéndome que solo me tuviese cariño amistoso, seguía resultándome un poco raro llegar a ese punto de intimidad con ella, pero nadie había hecho tanto por mí, e inevitablemente me sentía en deuda. Si de verdad lo necesitaba como una práctica, estaba dispuesto a hacerlo. Además, yo tampoco podría pedirle algo así a otra persona que no fuese mi mejor amiga.

—Bueno, ¿qué dices?

—Está bien, pero… ¿cuándo? ¿Aquí? ¿Ahora?

—Claro. No va a haber un momento en el que estemos tan a

solas ni un sitio menos especial que este parking. Es perfecto.

—Vale. Pero… solo un beso, ¿eh? —Quería dejar claro que no llegaría más lejos.

—Evidentemente. Tampoco te flipes, colega —me tranquilizó ridiculizándome.

—Estoy nervioso.

—Por eso lo hacemos, para normalizarlo.

Miré alrededor, estábamos aparcados en un lugar poco transitado del aparcamiento. Nadie nos vería, estábamos solos ella y yo. Casi a oscuras. El silencio dejó de ser frío. Cuando la miré, ella ya tenía el cuerpo en una postura adecuada para lo que pretendíamos que pasara. No sabíamos cómo empezar. Sentía mis pulsaciones aceleradas latir en rincones inesperados de mi cuerpo e intuía las de Gema al mismo ritmo. Miré su boca entreabierta cada vez más cerca de la mía, y entonces cerré los ojos.

Tras un instante de nada, de ese vértigo por lo que está a punto de pasar que uno siente cuando el tren de una montaña rusa se para justo antes de descender por la caída más vertical de la atracción, sentí cómo nuestros labios se encontraban de repente. La inexperiencia hizo que fuese un choque más violento de lo que debería, pero rápidamente recuperamos la posición. Recuerdo la suavidad del roce de ambos, el acolchado tacto húmedo y agradable de aquel primer beso; cómo paulatinamente, animados por lo satisfactorio de la experiencia, empezamos a ampliar los movimientos y a arriesgar en nuestros armónicos mordiscos sin dientes. Gema se atrevió a usar la lengua antes de que yo siquiera me hubiese planteado que existía esa posibilidad, y sentir cómo me la deslizaba de una comisura a otra fue inesperada y explosivamente placentero. Sentí cómo se me erizaba el vello del cuello y los muslos, una sensación de cosquilleo de dentro a fuera del pecho. Noté sus dedos acariciando mi cabeza, introduciéndose entre mi pelo hasta llegar a la nuca para presionar un poco más mi boca con la suya, haciendo más intenso si cabía el contacto. Nuestra respiración era cada vez más profunda y rápida. Nos estábamos excitando peligrosamente, y entonces, cuando empezaba a ser todo demasiado apasionado, cuando tuve la certeza de

que aquello se nos podía ir de las manos, me separé de repente.

Nos quedamos frente a frente, casi jadeando como si hubiésemos hecho un esfuerzo desmedido. Con la mirada de un par de incautos que acababan de encontrar un tesoro muchísimo más valioso que aquel que ya sabían que iban a encontrar. Habíamos sido el primer beso del otro. Y ese, por muchos que vinieran después, era para siempre.

No pudimos evitar reírnos como respuesta a aquel descubrimiento común.

1. Cortés

Aquellos últimos meses con la familia antes de ser oficialmente liberado fueron como los pasos en firme que se dan en un trampolín antes de saltar con miedo. Seguros, pero inestables. Cortos para retrasar el momento de ver la altura a la que nos enfrentamos.

Mis segundas Navidades en casa de mi familia adoptiva no fueron tan reveladoras como las primeras, pero también experimenté algunas de las novedades más emocionantes que viví hasta el momento. La más importante fue la sensación de regalar algo, de provocar en alguien a quien quieres una reacción de sorpresa y alegría explosiva. Por suerte, les gustó bastante todo lo que compré. Incluso a Gema, a la que le conseguí una bonita edición de su novela favorita y una cafetera italiana que pudiera llevar a su nuevo destino universitario. Como bien dijo ella, era perfecta para las noches de estudio y las mañanas de resaca.

Aun así, el momento que todos estaban esperando era el de mi regalo. Todos habían aportado algo, evidentemente los padres más que los chicos, pero era común. Me sorprendió el tamaño y lo que contrastaba con el peso. Intenté adivinar mientras quitaba el papel que lo envolvía qué podría ser tan grande y ligero. Cuando lo vi, no pude evitar emocionarme. Era un ordenador portátil con una nota escrita por Blanca que entre arcoíris y unicornios decía: «Para que escribas todas tus historias».

—Me alegro de que te guste —dijo Roberto.

Los miré. A todos les brillaban las lágrimas contenidas en los ojos que yo mismo les estaba contagiando. A pesar de que mi deseo de ser escritor no estuviese aún demasiado claro, ellos me confirmaban con aquello su confianza ciega en mí. La que yo era incapaz de tener. Era otra muestra de apoyo incondicional, como siempre habían hecho. Yo sabía que eran mi familia, pero en ese momento supe que siempre lo serían y me sentí muy afortunado por haber caído en su casa. Por ser otro Cortés.

Fue una cena copiosa, con el cóctel de gambas de Roberto y

todos aquellos ingredientes que, sin ser demasiado caros, parecían ser exclusivos de aquellas fechas festivas. Hicimos larga esa noche, charlando hasta altas horas de la madrugada, sin levantarnos de la mesa donde solo quedaban sobras y los turrones que a nadie le gustaban; siendo conscientes de que aquella Nochebuena sería la última antes de mi nueva vida, la última en la que los niños seguiríamos siendo niños.

Los meses que quedaron de aquel invierno lo pasé con ellos. Fue un periplo bonito, aunque relativamente triste, porque se convirtió en una larguísima despedida que ninguno se atrevía a hacer evidente. Sabíamos que nuestros caminos no se separarían del todo, pero dejaríamos de caminar de la mano. Seguro de eso, intenté aprovechar el tiempo. Puedo destacar un momento especial con cada uno.

Luisa se convirtió en lo más parecido que he tenido a una madre desde que dejé de ser un niño. Me enseñaba sin hacer evidente que me daba lecciones y me trataba con el cariño que se me había negado hasta llegar a su casa. Nadie ha estado nunca tan dentro de mi cabeza. Tenía una capacidad inquietante para completar todos mis puntos suspensivos. Se aseguró de que tuviese mis propias opiniones sobre todas las cuestiones importantes y de que estuviese preparado para defenderlas con argumentos.

Me llevó a un par de veces a su trabajo, cuando pensaba que las entrevistas que tenía que hacer podrían aportarme algo. Me hacía pasar por su ayudante en prácticas, y de camino a casa debatíamos durante el paseo todo lo que se había hablado. Recuerdo una especialmente interesante a un famoso y multipremiado fotógrafo extranjero de nombre imposible. El tipo viajaba por todo el planeta retratando aquello que le llamaba la atención y, por suerte para él, también se la llamaba al resto del mundo.

—Háblenos de su criterio —preguntó Luisa—. ¿Cómo elige qué fotografiar?

—Baso mi trabajo en la diferencia de las perspectivas. En lo distinto que para las personas alrededor de la Tierra es la vida. Lo que para algunos es básico para otros es un lujo. Hay lugares en los que les resulta extraordinario algo que para nosotros forma parte de nuestra

rutina y viceversa. Cuando sucede algo y me siento el único al que no le parece normal, cojo la cámara.

—Supongo que hubo una primera vez. El momento en el que tuvo la revelación.

—Sí, en uno de mis primeros viajes a África. Fui a trabajar con una tribu que vivía en una zona apartada, en medio de la sabana. Apenas habían tenido contacto con gente externa, nadie los había contaminado y me resultó muy interesante observarlos. Nada más llegar, me crucé con una niña de unos siete u ocho años que tenía la misma curiosidad por mí que yo por ella. Recuerdo que le di una chocolatina que llevaba para ganarme su confianza y a partir de ahí empezamos a comunicarnos como pudimos. Entonces, de repente, se orinó encima, sin cambiar de postura ni dejar de hablarme. Para ellos era lo normal, una necesidad como rascarse cuando les picaba. Nada por lo que sentir pudor y ocultarse.

—Muy interesante.

—Esa niña, Aberash, me enseñó que lo extraordinario solo depende del punto de vista. Y solo tuvo que mearse encima.

—Y dígame —Luisa me miró antes de preguntar—, ¿ha sentido curiosidad alguna vez por el punto de vista de un extraño tan cercano a nosotros como un esclavo?

—Sinceramente, no. Para mí, un esclavo me despierta el mismo interés que el deportivo de un millonario. Pero esa es solo mi perspectiva.

—Entiendo.

Aquellas declaraciones combinadas con la reflexión de Luisa durante el paseo posterior me resultaron bastante significativas. Desde hace mucho tiempo, las personas libres se organizan para ayudar con donativos a los menos favorecidos, construir pozos y escuelas en países subdesarrollados. Luchan contra importantes injusticias y tradiciones crueles de algunas culturas. Se han unido gracias a la compasión que le ha despertado la desfavorable situación de esos pueblos lejanos porque sus habitantes, a los que el azar les hizo nacer en un lugar donde la vida es tan difícil, son personas que evidentemente merecen esa ayuda de quien puede ayudarle, de los

mismos que son incapaces de mirar al esclavo como algo más que un electrodoméstico, así que despertar la piedad hacia nosotros pasa por demostrar que también somos humanos.

Mi relación con Gema, después de compartir aquel primer beso de ambos, evolucionó hacia la que, para mí, era la dirección correcta. No volvimos a hablar del tema que hizo que nuestra amistad subiera de nivel y nos uniese de una forma mágica, sin rastro de romanticismo. Imagino que, por eso, mi mejor amiga se empeñó en formar parte de muchas de mis primeras veces. Con ella vi por primera vez una película en una sala de cine, un acontecimiento que me maravilló. Pasamos una tarde entera jugando en un salón recreativo, comimos hasta reventar en un bufé libre, desafinamos a pleno pulmón en un karaoke y viajamos juntos en la primera clase de un tren. Pequeñas pero inolvidables vivencias que agrandaron mi mundo y me reconciliaron con la gente libre que destruye, pero también crea. Con el tiempo entendí que todo formaba parte del plan de enseñarme a ser libre antes de ser oficialmente liberado.

Simón, que se había tomado en serio eso de convertirse en mi colega, también se empeñó en mostrarme algo que para él era importante. Su idea era ser mi *sherpa* nocturno por las fiestas que frecuentaba entre pubs y discotecas. Aunque terminó confesándome borracho y de vuelta a casa que en realidad había sido un favor mutuo. Él se sentía más seguro si yo lo acompañaba y de paso me enseñaba aquel agujero lleno de muertos vivientes haciendo el ridículo, desesperados por fornicar. Yo aún no había encontrado una bebida alcohólica que me gustara. Todas me resultaron amargas, fuertes y desagradables en general. No entendía por qué todos se empeñaban en tomarse algo con mal sabor que además terminaba mermando sus sentidos, debilitándolos y mareándolos. Tenía una opinión similar con el tabaco. Me parecía una tontería pagar un precio por un sacrificio propio.

No me divertí. Acabamos en una discoteca, casi a oscuras, rodeados de gente eufórica chocándose a propósito entre sí por algún motivo que no comprendía. Los miraba desde un extremo, agarrando mi carísimo refresco de limón y preguntándome cuándo acabaría

aquel averno festivo. El peor momento fue cuando Simón, que llevaba toda la noche sin hacerme mucho caso, me dejó solo para darse una vuelta. Entonces me dio la sensación de que subía considerablemente la marea de borrachos, la música atronadora y el olor a gente restregándose sudores.

En ese momento vi una chica que me miraba y sonreía mientras bailaba. Era muy atractiva y se movía de forma sensual. Tomaba algo de su copa, sorbiendo por una pajita. Le devolví la sonrisa sin saber muy bien por qué y se lo tomó como una invitación para acercarse. Pensé que me diría algo, pero lo que hizo fue seguir bailando muy cerca de mí y sin dejar de mirarme. Aquello podría haber resultado seductor si no me hubiera hecho sentir tan incómodo. En un momento dado, intentando detener aquella absurda situación, empecé a hablar.

—Hola. —La chica no dejó de bailar, pero disminuyó bastante la intensidad.

—Hola, me llamo Sandra, encantada. —Me plantó dos besos mientras yo me inventaba un nombre, suponiendo que no sería seguro dar el mío.

—Yo me llamo Santi. —Fue el primero que encontré en mi cabeza.

—Nunca te he visto por aquí. —A estas alturas ya había destruido cualquier barrera de mi espacio interpersonal. Nuestras caras estaban a quince centímetros.

—Es que… soy nuevo en la ciudad.

—¿Necesitas alguien que te la enseñe? —Me resultó muy educada y generosa—. ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta?

—No te preocupes, muy amable. —Noté cómo le cambiaba el gesto, pero no entendí muy bien por qué. Yo solo estaba evitando molestar.

—*OK*.

Su tono de voz me resultó inesperadamente seco y su mirada se transformó en algo entre la sorpresa y la indignación. La miré marchar pensando en que sería un sueño gustarle a una chica tan inalcanzable como esa. Algún tiempo más tarde, fui consciente de que me estaba seduciendo. Aunque desconocía la mayoría de los códigos de

comportamiento, nunca fui torpe adivinando las intenciones de la gente. Lo que pasa es que aquella muchacha parecía una supermodelo. Jamás pude imaginar que me estuviera cortejando a mí. Me acuerdo a menudo de ese tren perdido.

Mi tiempo en casa intentaba pasarlo con Blanca, la pequeña enciclopedia humana complementaria a la que más iba a echar de menos. Jugué con ella a todo lo que propuso y la ayudé con los deberes de las materias que tenía más controladas. Merendábamos juntos en el jardín casi todos los días. De hecho, esos tentempiés a la intemperie me iban marcando el paso del tiempo y el final del invierno, porque cada vez íbamos menos abrigados. Con nuestros sándwiches y cacaos en la mano, hablábamos del futuro.

—¿Tienes ganas de irte? —me preguntó.

—Por un lado, me da bastante pena, pero por otro sí que tengo ganas. Aunque os voy a echar mucho de menos.

—Si nos vamos a seguir viendo, ¿no?

—Ya, pero no todos los días.

No acompañó mi gesto melancólico, no le pareció algo importante. Se encogió de hombros y untó pensativa un poco más de mermelada en su rebanada de pan de molde.

—Tu vida va a ser superdiferente.

—Ya lo está siendo un poco.

—¿Y no te da miedo?

—Más que miedo…, me pone un poco nervioso no saber qué va a pasar.

—Eso es miedo —sentenció.

—Puede ser. No estoy seguro.

—¿Qué cosas te dan miedo? —Clavó por primera vez la mirada en mí.

—Pues no sé.

No pude evitar recordar el círculo de pájaros muertos, la tensa espera del ataque de los salvajes, el peso de la soledad y el silencio de la cabaña, los días en casa de los Navarro en los que sabía que sería reprendido o el pánico a decepcionar a Roberto. Cosas que no podía decirle a Blanca. Ella, siempre cuatro pasos por delante de cualquiera,

supo que aquel «no sé» era mentira.

—Es normal tener miedo, Lucas. A mí, por ejemplo, me dan miedo las cucarachas y la oscuridad.

—Pero eso no puede ser miedo. Las cucarachas no te pueden hacer daño, será asco.

—Pero mucho mucho mucho asco se convierte en miedo —soltaba esas verdades como el que deja caer un yunque al suelo—. La oscuridad tampoco puede hacerme daño, pero a lo mejor hay cucarachas y no las veo.

—Entonces no es miedo a la oscuridad. Es miedo a no saber qué esconde.

—Claro. —Sonrió como un jugador de ajedrez que acaba de visualizar con claridad su jaque mate—. Es miedo a no saber qué va a pasar.

Blanca siempre me ponía en mi sitio y me dejaba pensando. Era descomunal la profundidad que nacía de su inocencia. Me hizo aceptar que mi futuro inmediato era tan sugerente como opaco. Lo peor es que llevaba en la penumbra desde mi primer día de crisálida. Fui descubriendo todo paso a paso, estaba atravesando un muro de niebla que no dejaba ver nada más allá de un metro. Y estaba a punto de hacerse de noche.

Estar con Roberto no era precisamente tranquilizador. Vivía la previa a la cena azul con la misma tensión que yo, trabajando en que todo saliera perfecto; empeñado en repetirme lo importante que era esa noche para mí. Me acompañó a un sastre de la organización que me hizo un elegante traje de chaqueta a medida. Me explicó quién era cada uno de los once invitados que me acompañarían durante la velada, el nombre, la ocupación y la importancia dentro de la estructura. Notaba que quería contarme cosas que no debía y le ardían las ganas de soltármelo.

En las treguas que le daba la tensión a la que estaba sometido, su mirada pasaba a ser de orgullo paternalista. Sé que se veía a él mismo cuando me miraba y eso le tranquilizaba. Confiaba en mí. Me consideraba un chico coherente y responsable con la inteligencia necesaria para saltar las trampas que se me pusieran por delante. Ya

me había visto hacerlo antes. Creo que en el fondo siempre estuvo seguro de que todo saldría bien, porque cuanto más cerca estábamos de la cena azul, más relajado lo notaba.

1. Mi cena azul

Me miré en el espejo de mi habitación con mi traje azul marino puesto y el corte de pelo elegante que Roberto había insistido en hacerme. Más corto por la parte de abajo que por la de arriba, bien peinado y con la raya a la izquierda. Aún me costaba creerme que ese era mi reflejo. Siempre que me enfrentaba a él, esperaba que me diera una orden.

Me despedí de Luisa y los chicos con una sensación extraña. Sabía que no estaría lejos, que los seguiría viendo a menudo y, sin embargo, sentía cada abrazo como definitivo. El vínculo que habíamos creado era tan intenso que no podía evitar sentirme otro Cortés. Roberto ya me esperaba en el coche, con el motor encendido. El resto me miraba con el orgullo y la tristeza de ver cómo un pariente coge un tren para cumplir su sueño con un billete solo de ida. Busqué en mi cabeza un bonito discurso de agradecimiento que darles antes de marchar. No lo encontré.

—Bueno, familia, deseadme suerte.

—No te hace falta —contestó Blanca guiñándome un ojo.

No llevaba nada de equipaje. Según tenía entendido, no lo necesitaba donde iba. Hasta que no salimos del aparcamiento, no empecé a ponerme nervioso. En unas horas, cambiaría definitivamente mi vida. Puede que ninguna persona nacida en libertad dé un paso tan importante como al que yo me enfrentaba. Me sudaban las manos y se me habían acelerado las pulsaciones. Tenía ganas de conocer la evaluación de mi crisálida, de saber qué capacidad de elección me darían y qué pasaría una vez bajásemos al Dédalo. Solo quedaban unas cuantas horas de Lucas.

La velada de aquella noche iba a ser en casa de los Carrillo. Raquel era el pájaro azul que presentaba su candidato para la próxima liberación. Era una respetada profesora de la facultad de bellas artes casada con el CEO de una importante agencia de comunicación internacional. Según Roberto, una mujer con mucho talento que decidió vivir de enseñar arte en lugar de venderlo. Mi perspectiva

sería como la de Santi durante la cena en casa de los Cortés, sin duda mucho más cómoda que la del esclavo que no esperaba el interrogatorio sorpresa que se le venía encima. Recordé cómo destacaba mi «hermano mayor» entre el resto de miembros cuando lo vi por primera vez. Era una pieza que no encajaba del todo, azul, pero de una tonalidad ligeramente menos oscura. Un pájaro más volando en la misma dirección que el resto, pero a un ritmo sutilmente más lento. Ese sería yo aquel día y, aunque el resto de invitados no lo recordase, yo sabía que la persona que iba a servirnos la mesa se daría cuenta.

—Ya estamos cerca. ¿Estás nervioso, chaval?

—Pues un poco —mentí.

—Pero no se te nota. Eso es lo importante. De todas formas, recuerda que la parte más difícil está hecha. Lo de hoy es un paseo —mintió también—. Intenta disfrutarlo.

Llegamos al imponente chalé de los Carrillo. Estaba a las afueras de la ciudad porque en el centro era imposible tener un jardín tan gigantesco como el suyo. Desde la cancela a la puerta de la casa recorrimos unos tres minutos de carretera asfaltada. Por el número de jardineros que hacen falta para mantener ese excesivo parque privado, supe que la situación económica de esa familia era muy diferente a la de los Cortés. Los aparcacoches que esperaban delante de la entrada me lo confirmaron. En aquel domicilio debían trabajar como mínimo diez esclavos.

Tocamos el timbre y esperamos unos segundos. Miré a Roberto. Bajo su abrigo, iba vestido con un elegante traje azul prácticamente igual que el mío. Me resultó cómico que fuésemos casi uniformados. Parecíamos un dúo musical. En un momento, él me miró e intentó tranquilizarme con una sonrisa y una palmadita en la espalda. Le devolví el gesto justo cuando se abrió la puerta que teníamos delante. Nos recibió una esclava de casa, como lo era yo, de unos veinte años. Llevaba su traje reglamentario y su cabeza afeitada. Lo que más llamaba la atención de ella era su notable complexión atlética.

—Buenas noches, señores, ¿me permiten sus abrigos?

—Sí, claro. Muchas gracias —contestó Roberto. La chica los

recogió y colgó a una velocidad que consiguió que me sintiese una tortuga.

—Acompáñenme, por favor.

La seguimos a lo largo de un enorme recibidor y dos pasillos anchos hasta el salón donde los invitados que ya habían llegado esperaban tomando un aperitivo. La anfitriona, que estaba atenta a las llegadas, fue la primera en darnos la bienvenida. Era una señora bajita y corpulenta. Tendría más o menos la edad de Luisa. Se le había ido un poco la mano con el maquillaje y el modelo elegido, más adecuado para una boda que para la reunión a la que nos había invitado.

—Roberto, qué alegría. —Se dieron un abrazo—. Estaba deseando que llegarais.

—Raquel, estás fantástica. ¿Te acuerdas de Lucas?

—Claro. Vaya cambio. —Me tocó el pelo de forma intrusiva—. Hoy es tu gran noche. Estarás ilusionado, ¿no?

—Mucho —contesté con mi sonrisa ensayada, arreglándome el peinado.

—Yo también. —Soltó una risita nerviosa y desagradable.

Era evidente que a todos les desperté mucha curiosidad e inmediatamente se acercaron a saludarme, tanto los que estaban como los que fueron llegando. Por suerte, antes de ser debidamente presentado ya los tenía bastante controlados. No solo por la extensa explicación de Roberto, también porque, salvando un par de excepciones como Santi, eran exactamente los mismos comensales que habían sido invitados a la cena anterior. Gente adinerada e influyente que un día fue igual que yo.

Los últimos fueron la jueza Casares y Carlos Bastida, el pájaro que se disfrazó para ponerme a prueba en la cabaña. Según Roberto, de la evaluación de ambos dependía mi futuro inmediato. Les estreché la mano disimulando como pude las náuseas que me provocaban los nervios. Me fijé bien en cómo me miraban, buscando alguna pista sobre la valoración que iban a hacer de mi crisálida, pero resultó imposible.

—Señores, señoras. —La esclava que nos abrió la puerta llamó la atención de todos los que esperábamos en el salón sin necesidad de

levantar la voz—. Si lo desean, pueden ir pasando al comedor.

—Es ella —le susurró Raquel a alguien cercano a mí.

Roberto me indicó que me sentase a su derecha en la larguísima mesa en la que ya estaban servidos los primeros. El resto de invitados ocuparon exactamente el sitio que habían escogido en casa de los Cortés. Lo recordaba porque tuve que memorizarlo antes de servirles los distintos cafés que pidieron aquella noche. El ambiente era bastante distendido, de amigos que se alegraban de volver a verse y tenían cosas que contarse. Me encantó entender por fin aquella conversación llena de tecnicismos que me pareció otro idioma cuando era yo el esclavo que les llenaba las copas de vino.

Estuve desubicado un buen rato, sin saber cuándo llegaría mi momento. En silencio, asintiendo a lo que decían otros, intentando llamar la atención lo menos posible. En una mesa tan grande, era imposible no estar en medio de varias charlas simultáneas, y lo normal era no enterarse de ninguna de ellas. En un momento dado, todas se redujeron a una sola. El tema interesaba a todos, incluido yo. Fui consciente de lo que se estaba discutiendo cuando el silencio dejó a solas la voz del doctor Tomás Alonso, un reputado cardiólogo.

—El atentado de la semana pasada deja claro que esos hijos de puta no van a por la gente libre, van a por nosotros.

—Tomás, por favor, no seas paranoico —le contestó la señora Flores.

—Hombre, hicieron explotar la furgoneta justo delante de la casa de uno de los nuestros: Ramón Fuentes, el director de cine —dijo Roberto.

—No te digo que quieran matarnos —explicó el doctor Alonso—, pero quieren poner el foco sobre un pájaro azul para que durante la investigación salga a la luz su verdadera identidad. Y si desenmascaran a uno, muchos caeremos detrás.

—Podría poner en riesgo el plan, es verdad —añadió la señora Carrillo.

—Creo que ha sido casualidad —opinó el periodista Antonio Campos—. ¿Cómo van a saber esos cochambrosos quién es uno de nosotros y quién no?

—Pues lo saben, Antonio, lo saben —concluyó el médico creando un murmullo general en el que las posiciones contrarias intentaban darse argumentos.

—Bandada, no es el momento de sacar conclusiones. —Bastida, el falso antenista, puso orden—. Estamos investigándolo. Hablemos cuando sepamos.

Carlos Bastida era un reputado psicoanalista que, junto a la jueza Casares, ocupaba la zona más alta de nuestra parte de la pirámide. De hecho, ellos presidían la mesa ocupando los dos extremos. Me di cuenta del control que tenían de la situación cuando vi entrar a la esclava musculosa con los postres justo después de que el hombre pidiera silencio. Mi evaluación llegaría tras su interrogatorio.

—Dinos, Carolina. —Cuando Estefanía empezó a hablar, se apagaron el resto de las voces del comedor—. ¿Te cuida bien Raquel?

—Sí, señora. Muy bien. —Habló sin dejar de ponerle delante a cada uno su platito de postre con un pedazo de tarta de chocolate.

—¿Por qué? —insistió la jueza.

—¿Que por qué? —La chica dejó de trabajar para contestar, como si tuviese que vomitar el fuego que tenía dentro—. Porque me trata como a una persona y es la primera vez que me pasa.

—Eso he escuchado. —Se encendió un cigarro, su gesto característico cuando iba a empezar una entrevista—. ¿Te importaría enseñarnos la cicatriz?

Se hizo un silencio tan incómodo como aquella petición para Carolina. Se quedó muda y paralizada unos segundos antes de mirar a Raquel, que la animó a hacer caso.

—Enséñasela, cariño.

Como es evidente, la chica acató resignada y diligentemente la orden directa de su dueña. Se desabrochó los botones de la camisa de su uniforme y mostró una enorme cicatriz de treinta centímetros en su costado. Se volvió a crear un breve murmullo generalizado en el comedor. Tras unos segundos, volvió a colocarse la ropa.

—Tengo entendido que eso fue un castigo de tus anteriores dueños, los Polo.

—Así es, señora. Uno de ellos.

La esclava estaba a la defensiva. Yo, que había estado hace muy poco en su situación, entendía que su perspectiva de darle pena a una panda de ricachones trajeados la hacía sentir una atracción de circo. Si hubiera sabido que en realidad salieron del mismo lodazal que ella y que podían ponerse en su pellejo, le habría resultado todo más cómodo.

—Siéntate, Carolina —la invitó Estefanía.

—¿Qué? —La petición le sorprendió bastante más que la de enseñar la cicatriz.

—Siéntate, corazón —le dijo su dueña, que se levantó para cederle su silla.

—Sí, señora —obedeció incómoda, como si el asiento tuviese chinchetas.

—¿Eran muy habituales en esa casa este tipo de castigos físicos?

—Prácticamente diarios, señora —contestó con evidente resquemor—. También a mis compañeros.

—¿Y por qué crees que lo hacían? —insistió la jueza.

—Creo que cada uno hace lo que quiere con sus cosas.

—¿Te parece normal?

—Sí, señora. Ojalá hubiese crecido en casa de los Carrillo, pero no tuve suerte. Esto pasa cada día en muchas casas. Hay muchos uniformes ocultando marcas.

—Creo que has sido muy fuerte, Carolina.

—Tampoco he tenido otra opción, señora.

—Claro. —Estefanía apagó su cigarrillo estrujándolo en el cenicero.

La chica era muy directa, nada que ver con mi inseguridad durante aquella entrevista. Hablaba levantando el mentón, alerta y desconfiada. Aunque también orgullosa de haber sobrevivido a aquel infierno y agradecida de estar en un lugar seguro por fin.

—Cuando fantaseas con ser una persona libre, ¿con qué fantaseas exactamente?
—calcó la pregunta que me hizo a mí un año antes.

—Cuando vivía en casa de los Polo fantaseaba con ser feliz algunos días.

—¿Y en casa de los Carrillo?

—Desde que vivo aquí he dejado de hacerlo, porque ahora soy feliz algunos días.

—¿Qué días eres feliz?

—La mayoría, la verdad. Cada mañana, antes de preparar los desayunos, salgo a correr una hora al jardín y me siento un poco libre. —De nuevo, un pequeño murmullo que se apagó para que pudiera continuar—. Pero, cuando tengo tiempo, me dejan usar el gimnasio personal de los señores. Esos días son los mejores.

—Pero ¿qué harías si de repente fueras libre?

—No lo sé, nunca se me ha ocurrido pensar eso. —Normal.

—Pues piénsalo. No hay prisa.

Sabía perfectamente cómo agobiaba el silencio con todos esos ojos fijos en uno. La chica intentó contestar lo más deprisa posible, evidentemente deseando que terminase de una vez esa incómoda situación en la que la habían metido. Buscó en su pasado, en los traumas que había ido acumulando a lo largo de la vida.

—Sé lo que no haría. —Su interlocutora hizo una pausa que convalidó como una pregunta para que se explicase—. Tratar mal a los demás, y dejar que el resto de la gente lo haga. Dedicaría el resto de mi vida a impedir abusos.

Creo que a todos los pájaros nos impresionó aquella respuesta altruista. No sabía si en alguna otra cena el pichón entrevistado había ofrecido una declaración menos egoísta, pero, teniendo en cuenta el silencio que se creó donde debería haber sonado el murmullo habitual, diría que no. Incluso la impasible Estefanía tuvo que tragar saliva antes de poder continuar.

—Eres una mujer extraordinaria, Carolina.

—No se crea —contestó sonriendo por primera vez.

—Gracias por tu tiempo, ya te dejo tranquila.

La chica se levantó deprisa, deseando escapar de aquella extraña emboscada. Me cayó bien mi futura hermana menor. Era todo lo que a cualquiera de aquella mesa le gustaría haber sido. No solo porque físicamente parecía el personaje de un cómic de acción, también por la seguridad con la que hablaba y la fuerza que desprendía con cada

palabra que decía. Nada nos hace crecer tanto como una vida junto al diablo.

—Carolina, por favor —dijo su dueña—. Cierra la puerta y tómate un descanso.

—Sí, señora.

Carolina obedeció. Una vez se tuvo la sensación de estar totalmente en privado, todos volvieron de inmediato a sus conversaciones cruzadas, como un aula de colegio cuando se ausenta el profesor. Muchos nos centrarnos en las primeras impresiones de Raquel Carrillo tras presentar a su pichona.

—Es maravillosa, ¿verdad?

—Lo es —contestó la jueza—. Creo que has encontrado otro diamante.

Que utilizara la palabra *otro* me dio alguna esperanza. La gente estaba charlando de la buena impresión que les había causado la esclava y lo prometedora que parecía. Me pregunté qué se hablaría el día que yo contesté a las preguntas de Estefanía. Hasta ese momento, estaba seguro de haber hecho un buen papel, pero pensé que Carolina había subido el listón unos cuantos kilómetros.

—Raquel, ¿dónde vas a mandarla para hacer la crisálida? —preguntó Roberto.

—Nosotros no tenemos una casa vacacional, así que he pensado alquilarle algo en la costa los nueve meses.

—El mar siempre es un buen compañero —soltó alguno.

—Tengo un amigo que arrenda casas en la playa, te doy su número —dijo otro.

De nuevo las voces fueron subiendo paulatinamente el volumen, intentando destacar sobre otra que intentaba destacar. Cuando empezaba a ser molesto, sonó un ruido seco y fuerte, como un disparo, que acabó con el jaleo de inmediato. Había sido Carlos, el falso antenista, descorchando una botella de champán carísima de una marca que no veía desde mis tiempos en casa de los Navarro. Todos se pusieron en pie y yo los imité.

—Bandada, sus copas. Ha llegado el momento.

El hombre llenó las copas con la habilidad de quien lo había

hecho mil veces. Puso solo un poco en cada una, lo justo para tragar después del brindis. Miré a Roberto en busca de la explicación que estaba buscando. Sabía lo que pasaba, pero necesitaba que alguien lo subrayase; el pellizco para asegurarme de que no estaba soñando.

—Sí —me susurró—. Es ahora.

Mis nervios, que había templado a lo largo de una larga velada sin sobresaltos, volvieron a mi pecho. Sentí que las manos me sudaban de nuevo, que la garganta se me secaba. La curva sin visibilidad que llevaba esperando casi un año estaba justo delante y en ese momento empezó a asustarme la parte que no veía. La oscuridad que escondía mi futuro inmediato me aterraba como nunca antes había hecho, tal y como dijo Blanca.

—Señores. Señoras. —Roberto llamó la atención de la mesa—. Por Lucas.

Levantamos nuestra copa, sabía que ahora todos decían algo a la vez. Lo había escuchado de refilón en la última cena azul, pero no lo recordaba. Nadie me lo había explicado, así que esperé que fuese lo normal y no un lapsus de mi liberador. Cuando soltaron la frase, que retumbó en toda la estancia, reconocí las palabras de Rubén Darío.

—Hoy, en plena primavera, dejo abierta la puerta de la jaula al pájaro azul.

1. Dédalo

Raquel guio al numeroso grupo de invitados por los gigantescos pasillos de su casa hasta su puerta azul. Una vez delante de esta, con la solemnidad de una ceremonia ancestral, dejaron pasar a Estefanía para abrir la cerradura superior. Luego, como pasó en casa de los Cortés, el periodista Juan Campos abrió la siguiente. En ese momento, que ya conocía el organigrama de la organización, me sorprendió que fuese él y no Carlos Bastida el que se encargase de dicha función. Luego me explicaron que entre todos lo habían votado como guardián de la cerradura central, un puesto clave para el que solían elegir un miembro que hubiese demostrado la rectitud, lealtad y compromiso suficientes para custodiar la llave necesaria para abrir todas las puertas del Dédalo. El último cerrojo fue el de la dueña de la casa, que, una vez desbloqueó la entrada, se apartó para que todos pasáramos primero.

Bajamos unas estrechas escaleras de piedra casi a oscuras. Las paredes, que casi podía tocar con los codos, eran del mismo material. La temperatura bajaba unos grados nada más pasar el marco de la entrada. Tras unos cuarenta escalones, llegamos a un pasadizo más ancho y mejor iluminado. Tardé un rato en ver de dónde provenía la luz que hacía más visible nuestro camino, eran unas discretas lámparas de emergencia colocadas donde en el pasado hubo candelabros llenos de velas. Ese y otros detalles me hicieron pensar que los pájaros habían reformado el laberinto recientemente.

Anduvimos un buen rato hasta llegar a nuestro destino. Intenté memorizar los giros del recorrido. Antes de rendirme, giramos a la derecha, luego otra vez a la derecha, a la izquierda tras una enorme recta, derecha, izquierda e izquierda. Esa solo había sido la primera mitad del camino. Finalmente, llegamos a una gran sala circular rodeada de entradas a distintos pasillos. Pude contar doce accesos, incluyendo aquel por el que nosotros acabábamos de entrar. Justo en el centro había una imponente mesa alta y redonda, lacada en azul. Esa estancia sí estaba iluminada con una gigantesca y antigua lámpara

de araña como las que se podrían ver en un teatro.

Una vez entramos, todos los que habían venido charlando distendidamente por el camino se quedaron en silencio, de pie, rodeando la mesa. Uno de ellos me hizo un gesto para que hiciera lo mismo en un lugar concreto, justo el punto diametralmente opuesto a donde Estefanía, Carlos y Roberto se estaban colocando unas togas celestes con la ayuda de algunos compañeros. Era una de esas costumbres rituales que van perdiendo sentido con el paso de los años, como si los monaguillos ayudasen a un sacerdote a ponerse la estola antes de dar misa delante de todos los fieles en vez de hacerlo en la sacristía.

Una vez vestidos, la mujer se puso en el centro, justo enfrente de mí. Los otros dos se colocaron a sus lados. Encendieron tres pequeños cirios que ya estaban colocados sobre la mesa cuando entramos y eso produjo un inesperado aplauso de todos los del salón.

—Bienvenidos a la liberación de Lucas Cortés —anunció la jueza —. Como saben, procederemos en primer lugar a su evaluación. Luego, dependiendo de esta, escucharemos sus reclamaciones y peticiones. Finalmente le indicaremos el pasillo que determinemos que se haya merecido. ¿Miguel?

—Sí, gracias. —Roberto empezó a hablar algo nervioso—. Lucas pasó los nueve meses reglamentarios de crisálida con entereza y dedicación. Consumió todo el material didáctico convenido por la organización, más algunos libros y películas extras que me pareció oportuno sumarle. Volvió a casa sin resquemor y siendo la persona en la que todos esperábamos que se convirtiese.

—¿Manifestó en algún momento su deseo de abandonar? —preguntó Estefanía.

—No, señora —contestó de nuevo él.

—¿Provocó algún destrozo en su refugio presa de la frustración?

—No, señora.

—¿Intentó pedir ayuda en la etapa final del aislamiento?

—Sí, señora. —El tono de su voz en esta respuesta fue considerablemente más triste—. Llamó a mi teléfono numerosas veces.

—Bien. Eso restará medio punto a su evaluación final. Muchas

gracias, Miguel.

El final de la exposición de mi liberador fue moderadamente aplaudido por todos. Sonreí a los que me miraban con aprobación sin poder evitar sentirme un poco farsante. Podía haber perdido bastante más puntuación sin la clandestina ayuda de Gema en los últimos días del proceso. Aun así, no podía reconocer esa pequeña trampa por las posibles consecuencias que pudieran ocasionarle a ella o a su padre.

—Es mi turno —anunció Estefanía.

La evaluación de la jueza me ponía especialmente nervioso. Tenía claro una de las pruebas en las que había fallado, pero por fin iba a resolver la duda que llevaba revoloteando mi cabeza desde su visita. Sabía que el tema de Mercedes y el telescopio apuntando al bosque podía ser algo determinante si se trataba de otra trampa, y cada vez estaba más seguro de que así sería. Aun así, la pequeña posibilidad de que no lo fuese se convertía en una opción tan esperanzadora como inquietante.

—Visité a Lucas aproximadamente un mes después de que empezara su crisálida. Me recibió con moderada cortesía, sin esmerarse demasiado, haciendo evidente su rápida evolución en este sentido. Verifiqué su comodidad con la soledad. Realizó las preguntas adecuadas, interesándose por la organización con predisposición a acatar sus normas. Tuvo el suficiente espíritu crítico para cuestionarme según qué posturas de esta institución, pero no discrepó al explicárselas. Desafortunadamente, y como viene siendo habitual en todos los aspirantes, erró en la prueba de la esclava evidenciando su arraigado instinto de siervo, pero solo en una ocasión, y no llegó a participar en la tarea, hizo caso inmediato a mi prohibición.

—¿Algún ejemplar visible que evidenciase su proceso de aprendizaje? —preguntó Carlos.

—Sí. *Los Miserables* de Víctor Hugo encima de la mesa.

—¿Se interesó por algún tema que podría poner en riesgo la organización?

—No lo hizo.

—¿Necesitó más tiempo del estimado para completar su interrogatorio?

—No. De hecho, le sobró.

—Así pues, se le restará medio punto a su evaluación final —concluyó el segundo maestro, agradeciéndole por su nombre de esclava—. Muchas gracias, Alicia.

De nuevo su evaluación recibió un aplauso del resto. Saber que Mercedes no formaba parte de todo aquello me tranquilizó, pero me cargó la cervical de nuevas preguntas que nadie iba a poder responderme, así que me concentré en la parte positiva, que era la nota que había conseguido. Roberto me hizo un sutil gesto de aprobación desde la distancia, haciéndome entender que todo iba bien. De momento había perdido un punto en total, pero, según las palabras de Santi el día que me recogió de la cabaña, la prueba del conversador era la complicada y Carlos Bastida era el hueso duro de pelar. Habló.

—Es mi turno. —Hizo una pausa para darle más importancia si cabía a lo que estaba a punto de decir—. Visité a Lucas, como es habitual, en pleno ecuador de su crisálida, y me encontré con algo que no me esperaba. Algo que nunca me había pasado a lo largo de mis veinte años como pájaro conversador y en lo que no he dejado de pensar desde que salí de aquella casa. Le he dado muchas vueltas, lo he repasado mentalmente cientos de veces buscando algún detalle que se me hubiera escapado, pero no he sido capaz de encontrarlo. Las palabras que estoy a punto de pronunciar nunca se habían escuchado en la historia de esta sala. El aspirante Lucas Cortés hizo la prueba perfecta.

Su declaración armó un gran revuelo. Nadie esperaba esa valoración por parte del que acostumbraba a bajar la nota de los pichones. Me empezaron a mirar como a un extraterrestre, negando con la cabeza, sin dar crédito a lo que estaba a punto de pasar. De repente, en medio de aquella confusión, todos empezaron a hacerle preguntas al falso antenista.

—¿No dudó al explicar el motivo por el que estaba allí?

—Ni un segundo.

—¿Cómo fue su coartada?

—Totalmente creíble. De hecho, dijo que estaba de alquiler.

—¿Qué dijo que estaba haciendo?

—Escribiendo una novela.

—¿Le preguntaste el argumento? ¿El título?

—Todo. Incluso me interesé por sus supuestos trabajos anteriores. Tuvo respuestas razonables para cada pregunta.

—¿No tardó en pensar esas respuestas?

—En absoluto.

—¿Y el tema del atentado? ¿Cómo reaccionó?

—Claramente en contra, pero crítico con la situación de los esclavos; defendiendo el objetivo y condenando el método.

—¿No se delató en ningún momento?

—No. Aunque tenía un discurso a favor de los derechos de los esclavos, hablaba con la altivez de un hombre libre.

—¿Nunca se salió del personaje?

—En ningún momento. De hecho, creo que la clave fue que percibí desgana a la hora de sujetarme la escalera. Lo que he dicho: la prueba perfecta.

Me resultó desconcertante que el éxito de un aspirante no solo aportara alegría al grupo, también era palpable una inexplicable incomodidad por parte de algunos. Roberto, que estaba tan alucinado como el resto por la evaluación de Bastida, habló por primera vez.

—Entonces…, ¿no se le resta ningún punto de esta prueba?

—No.

—Eso significa… —El padre de los Cortés seguía digiriendo la información.

—Sí. El muchacho ha sacado un nueve —concluyó mi examinador.

El alboroto se hizo ensordecedor por un momento. Todos discutían acaloradamente, algunos aplaudían, otros se echaban cosas en cara, la mayoría se preguntaba cómo era eso posible. Yo no tenía demasiado clara la magnitud de aquello. No entendía el jaleo y llegué a pensar que era algo habitual en cada evaluación. Me quedé quieto y en silencio, soportando las miradas de todos con la entereza única del que no sabe qué está ocurriendo. Lo que más me impactó fue ver cómo Estefanía me miraba desconcertada. Creo que fue la primera vez

que noté que era incapaz de esconder lo que sentía. Carlos se acercó para decirle algo al oído y ella, tras asentir resignada, apagó una de las tres velas. Eso hizo que el silencio volviese gradualmente a la sala.

—Enhorabuena, Lucas. —La jueza recuperó la compostura—. Por tu cara de nada entiendo que no sabes lo que supone tu nota. Ya te enterarás. Lo importante es que te da derecho a absolutamente todo lo que demandes en esta segunda parte de tu proceso de liberación.

—Supongo que Roberto te pondría al corriente de esto —continuó Carlos—. Una serie de elecciones que debes hacer para marcar tu punto de salida al mundo real en el lugar que prefieras. Si la nota hubiera sido más baja, tendrías más limitado ese derecho, pero, teniendo en cuenta el nueve, se te proporcionarán los recursos necesarios para que seas exactamente quien quieras ser. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor —contesté. Mi voz se escuchó por primera vez en el Dédalo.

—Bien. Empecemos: ¿qué oficio te gustaría desempeñar?

—Me gustaría ser escritor.

Un breve murmullo apareció y se extinguió unos pocos segundos después.

—¿Estás seguro, Lucas? —preguntó Estefanía—. Con la nota que has obtenido podrías aspirar a lo que quisieras. Un puesto importante dentro de la política, de las instituciones o un trabajo que te convierta directamente en millonario. La organización se encargaría de facilitarte la formación necesaria para ello.

—Sí, estoy seguro —contesté con algo de miedo a decepcionar, pero lo había pensado mucho—. Prefiero dedicarme a algo que realmente me apetezca hacer.

—Me parece una postura inteligente —dijo ella—. Igualmente se pondrán a tu disposición todos los recursos posibles para que puedas llevarlo a cabo.

—Vale, siguiente tema —siguió Carlos—: el nido. ¿Eliges esta ciudad o te gustaría trasladarte a otra?

—Me quedo aquí. —Lo más cerca de los Cortés posible.

—¿Prefieres el centro urbano o las afueras?

—Prefiero el centro. —Lo más lejos del bosque posible.

—Estupendo. ¿Vas a querer coche?

—Sí, claro. —No sabía que me iban a hacer esa pregunta.

—¿Vas a querer esclavo?

—¿Qué? —Necesité unos segundos y ellos parecieron entenderlo. La pausa era solo para recuperarme del impacto, la decisión la tenía clarísima—. No.

—Estas han sido todas las elecciones. Ahora se te informará sobre la parte económica. Manuel, por favor.

Todos se giraron hacia Manuel Valderrama, un tipo bastante gris que trabajaba en algo relacionado con la banca. El hombre sacó un ordenador portátil de un maletín que llevaba y estuvo unos segundos tecleando algo. Aproveché para hacer contacto visual con Roberto. Estaba henchido de orgullo, con una sonrisa apretada y me asentía con la cabeza. Sé que se moría de ganas por hablar conmigo, pero sabía que no era el momento.

—Lo tengo. Realizando el cálculo pertinente a la nota de Lucas, la organización le dotará de un sueldo vitalicio de tres mil al mes. —Un murmullo hizo que el banquero tuviese que interrumpir su discurso. Estefanía pidió silencio para que pudiera continuar—. Independientemente de lo que pueda llegar a ganar con su trabajo en un futuro, recibirá esta suma cada principio de mes en su cuenta. Se le enviarán los datos y la tarjeta a su nuevo domicilio lo antes posible.

La jueza volvió a acercar su cabeza a la mesa para apagar de un soplido otro de los cirios. Con solo uno encendido, quedaba el final de la asamblea.

—La fase de reclamaciones y peticiones ha finalizado —dijo—. Lucía, por favor, indícale su pasillo al nuevo pájaro azul.

—Sí, señora.

Lucía Rojas, una exitosa empresaria que solía salir en las portadas de los periódicos que compraban los Cortés, abrió un gran libro manuscrito con tapas de piel marrón que tenía delante. Tras mirar unos segundos el índice, buscó la página adecuada y encontró lo que buscaba. Tuvo que acomodarse las gafas para leer lo que tenía que decir en voz alta.

—Vale, aquí está: número veintiuno de la calle Bentejuí. —Despegó una llave de la hoja que había leído—. Pasillo doce. Voy preparándole el mapa.

—Espera, espera… ¿Se va a quedar con la casa del duque? —preguntó indignado un viejo empresario. Algunos secundaron su irritación.

—Sí, Juan Carlos —contestó Carlos—. Esto no es un tema subjetivo, todas las condiciones están relacionadas con nuestras crisálidas. ¿O acaso quieres que cambiemos las leyes centenarias de la organización porque a ti te parezca mal?

Juan Carlos Castillo, uno de los hombres más poderosos de España, dueño una gigantesca cadena de hipermercados, bajó la cabeza resignado. Muchos de aquellos reputados burgueses acostumbrados a ganar contuvieron su furia sabiendo que no podían hacer nada al respecto. Se esperó a que el silencio volviese a la sala para seguir adelante con la ceremonia.

—Pues eso ha sido todo. —Estefanía apagó la última vela—. Lucas, el pasillo doce es el que tienes justo detrás. Ahora se te darán unas indicaciones precisas para llegar a tu destino. La llave que te va a dar Lucía será la que abra tu propia puerta azul. Cuando llegues allí, ya te estará esperando tu hermano mayor. Él será quien te guíe a partir de ahora. Pregúntale las dudas que tengas porque tendrá todas las respuestas que necesitas. Ahora sí: bienvenido, pájaro azul.

—Bienvenido, pájaro azul —repitieron todos al unísono antes de aplaudir.

Recibí la ovación sabiendo que parte de los que la estaban dando lo hacían por cumplir. El hecho de haber molestado a gente sin entender el motivo era algo bastante nuevo para mí. Cuando eres un esclavo, los castigos y riñas son por motivos objetivos. Se reciben por un mal servicio, básicamente. Por eso no comprendía el origen del malestar que captaba a mi alrededor. En aquel momento en el que se hizo oficial mi libertad, volví a sentirme por debajo del resto, que hablaban sobre mí sin hablarme directamente. Quizá porque ellos sí sabían que sería la última vez que podrían hacerlo.

Lucía me entregó con una sonrisa la llave, una linterna y un folio

doblado junto a la entrada del pasillo número doce. Antes de entrar miré hacia atrás. Ya casi nadie estaba atento a mí, seguían inmersos en su discusión cruzada. Solo Roberto me prestaba atención. A más de cinco metros de distancia y entre el eco de aquel barullo agresivo, distinguí su voz animándome a emprender por fin el camino real hacia mi nueva vida.

—Mucha suerte, Lucas.

1. El nido

Aquello a lo que habían llamado «mapa» era una lista de movimientos escrita a mano por la misma Lucía. Segundo pasadizo a la izquierda, primero a la derecha, cuarto a la derecha, izquierda, tercero a la izquierda y quinto a la izquierda. Aquellas escuetas indicaciones apenas ocupaban una esquina del papel, pero me llevó más de media hora a paso ligero llegar a mi propia puerta azul. Unos tres kilómetros aproximadamente.

Aquellos pasillos de piedra eran irregulares y sinuosos. El suelo era de tierra pedregosa y el eco de los corredores hacía que cada paso sonase como si pesara el doble. Todo olía a humedad, escuchaba alguna gotera cercana y de vez en cuando se cruzaba corriendo alguna rata asustada. Pero a veces me encontraba con los detalles que mis antepasados construyeron para hacer más acogedor aquel frío laberinto: banquitos de madera y ladrillo en las zonas más anchas, plataformas olvidadas que en su día fueron puestitos de venta y montañas de ropa que seguramente utilizaron como cama en algún momento. Algunos de los pasadizos eran diferentes al resto, más toscos e irregulares si cabe. Deduje que eran aquellos que los esclavos crearon para moverse con la libertad que sus dueños desconocían. No es que fuese un lugar bonito, pero, sabiendo todas las historias que encerraba y lo que significó para mi gente en su día, era imposible que uno no lo recorriese fascinado. Me prometí a mí mismo volver algún día al Dédalo para descubrirlo con más tranquilidad. Sobre todo porque, en aquel momento, lo único que quería era llegar lo más rápido posible al lugar donde me esperaba Santi.

Cuando llegué a la que se suponía que era mi puerta, temí haber realizado un giro en falso. Hasta ese momento no había caído en el problema que supondría haberme perdido allí abajo. No sabría en qué indicación habría fallado, así que no sabría cómo regresar. Metí la llave en la cerradura suplicándole al destino que funcionase. Cuando giró y pude abrir, noté cómo me relajaba físicamente. No había sido consciente hasta ese momento que llevaba rígido e incómodo por una

aguda tensión cervical toda la noche. Ni siquiera tuve que ver lo que había al otro lado de la madera, saber que había llegado fue suficiente para sentirme a salvo.

Lo primero que encontré al entrar fue un pasillo a oscuras. Solo la luz de las farolas que se colaban por las ventanas cercanas dejaba adivinar la forma de aquella estancia. Busqué a tientas un interruptor cercano, acordándome otra vez de Blanca y los monstruos que podían esconder las sombras. Entonces una voz grave a mi espalda me paró el corazón.

—EH, OIGA. —Se encendió la luz y vi a Santi partiéndose de risa —. Vaya cara has puesto, tío.

—Casi me matas del susto. —Intenté recuperar el aliento.

—Perdona, no he podido evitarlo. Bienvenido a tu casa, colega.

Mi nuevo hogar cambiaba mucho iluminado. La puerta azul estaba en un pasillo ancho que unía todas las estancias con una escalera que subía a una segunda planta. Era bastante más grande y moderna que el chalé de los Cortés. Mientras caminaba al salón, me crucé con un despacho totalmente equipado y una cocina excesiva, con una isla en medio donde podrían trabajar ocho chefs sin estorbarse. Aun así, lo más impresionante era el salón. Si no hubiera estado amueblado, se habría podido jugar un partido de fútbol sala reglamentario. Tenía cuatro grandes sofás y una televisión gigantesca, una mesa de comedor para ocho personas que ocupaba uno de los extremos y unas inmensas puertas de cristal que daban a un jardín que, incluso de noche, me pareció precioso.

—Vaya castillo, Lucas. Se ve que has sacado una notaza en la crisálida.

—Un nueve. —Sonreí orgulloso.

Cuando dije eso, mi hermano mayor se quedó mudo de repente y se giró para mirarme impactado. Se rio medio segundo, pero volvió a ponerse serio cuando vio en mi gesto que no estaba de broma. Pese a eso, no pudo evitar comprobarlo.

—¿Qué? ¿Estás de coña?

—No, te lo juro. Saqué un nueve. ¿Qué pasa?

—Vale, a ver cómo te lo explico sin mearme encima. —Pensó—.

¿Sabes cuál fue la nota más alta de todos los que han cenado contigo esta noche?

—No. No sé.

—Un ocho. De la jueza Casares. Y la consideran una leyenda por eso.

—No puede ser. —Aquello me pilló totalmente por sorpresa.

—Tío, la media de las crisálidas anda por un seis o un seis y medio. Tienes que haber batido un récord o algo. —Soltó una carcajada—. Un puto nueve.

Era la información que me faltaba para entender la reacción de los pájaros que asistieron a mi evaluación. La cara de Roberto y el desconcierto de Estefanía. En ese momento sentí que la nota me quedaba tan grande como la mansión en el centro que me habían regalado. Quizá porque sabía que los maestros no conocían del todo los altibajos de mi proceso como para evaluarme de manera justa. Si supieran lo del telescopio, la visita al campamento de los salvajes o lo de Gema, habría sido muy diferente. Y aunque me pesara saberme un tramposo, ese secreto tendría que morir conmigo por el bien de mi familia adoptiva. Ahí tomé la decisión de actuar como si mereciera todo aquello.

—¡Un nueve! —Santi seguía eufórico—. Seguro que has cabreado a unos cuantos.

—Pues sí que algunos parecían molestos.

—Claro. Normal. Porque les has dado una buena patada de humildad. Y me alegro, porque hay varios bastante subiditos. —Recordó algo que le hizo elevar un poco más el tono—. De hecho, esa nota te convierte directamente en miembro de la camarilla.

—¿Y eso qué significa?

—Que formas parte de la mesa azul de forma oficial. O sea, que asistirás a todas las cenas que se celebren y tendrás derecho a voto. Y creo que el número de miembros es fijo: once, así que tendrán que echar a uno para que tú entres.

Aunque puse cara de satisfacción, aquella noticia no me gustó demasiado. Estaba a favor del movimiento, pero tampoco me apetecía ser una pieza importante. Me agobió pensar que, después de que

tuvieran que echar a uno de la pandilla por mi culpa, no me recibirían precisamente con los brazos abiertos. Intenté cambiar de tema.

—Bueno, y ahora… ¿Qué tengo que hacer?

—Primero celebrarlo. He comprado comida en Flipper's. ¿La has probado?

—No me suena.

—Es una multinacional de comida basura. —Cogió un perrito caliente envuelto de la bolsa que tenía y me lo puso delante de la cara —. Esto es como matarratas metido en pan barato, pero es que nada está más bueno que este veneno. Toma.

—Pero si acabo de cenar.

—Es verdad. La cena azul justo antes de sacar ¡un puto nueve!

Al final terminó contagiándome la alegría. Aunque me sentía mal por alegrarme de que todo hubiese salido tan bien, me propuse disfrutarlo. Quizá fuera un poco farsante, pero no iba a permitir que eso me impidiese celebrar la noche más importante de mi vida.

—Lucas, repite conmigo: ¡un puto nueve!

—¡Un puto nueve! —Reímos.

Tras unas cervezas que Santi me obligó a tomar asegurándome que pronto me gustarían, bajó bastante el nivel de entusiasmo y recordó para lo que había venido a casa ese día.

—Se ha hecho un poco tarde, pero te voy a dar tu nueva identidad antes de irme.

—¿Ya está todo preparado?

—Claro, tío. Esto se ha empezado a mover desde que te recogí de la cabaña. Mira, toma. —Me lanzó un pasaporte—. Ahora te llamas Julio Relova.

Miré aquel documento identificativo. Tenía una foto mía que Roberto se empeñó en hacerme unas semanas antes sin darme explicaciones. Mi cara y el año de nacimiento eran las dos únicas cosas que Julio tenía en común con Lucas.

—Aquí tienes pasaporte, carnet de conducir, libro de familia y seguro médico. En unos días te llegará la documentación bancaria. Por cierto, ¿cuánto te pagan?

—Tres mil al mes.

—Jo-der.

—Sí… —No supe cómo desarrollarlo.

—Bueno, a lo que vamos. A partir de esta noche eres ese tío. Eres Julio, no lo olvides. Es muy importante, Lucas muere hoy. Todos tienen que llamarte así siempre, incluso yo te llamaré por ese nombre desde ya. ¿Lo entiendes, Julio?

—Lo entiendo.

—Eso espero, Julio. Tienes que interiorizarlo, ahora te la juegas cada día.

No había caído en que lo más traumático de la liberación era el cambio de identidad. Aprender a ser otra persona siendo la misma, a girar el cuello de manera natural cuando nombren a otro. Pero Julio Relova también sería una armadura perfecta para proteger al Lucas asustado en esta nueva realidad. Un escondite, como para el resto de pájaros.

—¿Cuál es tu nombre real? —le pregunté a Santi.

—¿Mi nombre de esclavo?

—Sí.

—Tomás. En paz descanse. —Se persignó cómicamente.

Santi se fue prometiéndome que volvería a la mañana siguiente para comenzar con fuerza un curso intensivo que me había preparado y recomendándome disfrutar de la soledad de esa primera noche en mi nueva casa; que le diese la importancia que merecía, porque nunca más viviría otra primera noche como Julio Relova.

1. Julio

Cuando desperté necesité un rato para recordar dónde estaba. La primera imagen de mi mañana fue la moderna lámpara metálica en el techo altísimo de mi nuevo dormitorio. La poderosa luz que entraba por el ventanal creaba sombras y reflejos casi mágicos en los muebles blancos de diseño que me rodeaban. Me resultó complicado abandonar el colchón más cómodo en el que había dormido, pero supuse que Santi estaría a punto de llegar. Me deslicé perezoso a lo largo del metro que me separaba del borde de aquella cama excesivamente ancha. Aún me parecía difícil creer cómo había cambiado mi vida en dos años. De hecho, nunca había limpiado una casa tan bonita.

Los únicos armarios equipados eran los de la cocina, así que desayuné sin prisa y de manera abundante. Esperé a mi hermano mayor en calzoncillos, porque la única ropa que tenía era el traje con el que había asistido a mi cena azul. Tan elegante como incómodo para alguien que se había acostumbrado al chándal durante nueve meses. Me tomé el café en el jardín trasero al que se accedía desde el salón. Era grande para estar en el centro de la ciudad y estaba bastante cuidado para no haber pertenecido a nadie. Supuse que los pájaros se encargarían regularmente del mantenimiento de todas las residencias que poseen hasta que llegara el momento de entregárselas a alguien. El primer paseo matutino que me daba por mi nueva casa fue interrumpido por el sonido del timbre, que escuchaba por primera vez.

—Joder, Julio. Tápate un poco —bromeó Santi, que llegó cargado de bolsas.

Me trajo algo de ropa informal. Él también había experimentado una primera mañana sin más muda que la que llevaba puesta cuando llegó a su piso desde el Dédalo. Así que, como su hermano mayor hizo en su día, él se había encargado de equiparme con lo básico para empezar a trabajar en Julio Relova: un pantalón vaquero, una camiseta que yo nunca hubiese escogido y unas deportivas, además de

la ropa interior. Mientras desvalijaba confianzudo mi nevera, me dijo que me vistiera para poder marcharnos.

Fuimos en su coche directos a la zona comercial del barrio. Santi, que ya me había conseguido la tarjeta de crédito que me prometieron el día anterior, me enseñó cómo retirar efectivo de un cajero o a pagar directamente con ella en tiendas. Me resultó tan sencillo de primeras que tuve que preguntarme si los libres serían conscientes de cómo todas esas facilidades los empujaban a gastar de manera compulsiva.

Estuvimos en unas cuantas tiendas de ropa juvenil y, de nuevo por primera vez, pude escoger las prendas con las que quería vestir. Tenía suficientes referentes en ese sentido, tanto en la vida real como en las películas o las series que había estado consumiendo. Sabía qué no me gustaba y, gracias a la cómoda posibilidad de poderme probar lo que pretendía comprar y comprobar cómo me quedaba en grandes espejos, resultaba todo bastante más sencillo. Mi acompañante decidió no aconsejarme para que encontrase mi propio estilo, pero los dependientes no paraban de recomendarme productos que les interesaba vender. De nuevo disfruté aquella sensación artificial de tener a personas que cobraban por satisfacer mis deseos apresurándose a buscarme la talla correcta y acercármela al probador cada vez que lo pedía.

Supongo que la inercia práctica de haber sido esclavo hizo que me hiciese con un par de modelos para según qué ocasión concreta. Para hacer deporte, para dormir, algo cómodo para salir de día, un poco más formal para salir de fiesta, algunas prendas para combatir el frío y otras más indicadas para los días calurosos: bañadores, gorras y hasta unas gafas de sol. Julio vestiría como a Lucas siempre le habría gustado hacerlo.

Luego fuimos a por productos de higiene: champú, gel, útiles para el afeitado, cepillo y pasta de dientes, desodorante, y lo más importante para Santi: la colonia.

—Creo que una de las decisiones más importantes que debes tomar hoy es cómo quieres que te huelan los demás —me dijo.

Llamó a la encargada de la perfumería para que me ayudase con el tema. No sé si la mujer había recibido un soborno por parte de mi

compañero, pero lo cierto es que se esforzó como si fuese yo su único cliente. No paró de sacar marcas y explicarme los aromas de cada una de ellas con la pasión del que adora su trabajo o que necesita una venta urgente para no perderlo. Me pasó por la nariz tantísimas muestras que en un momento dado dejaron de oler diferente. Elegí por la forma del tarro una que describió como suave, fresca y dulce. Se despidió aplaudiendo mi buena elección.

Después de aquel estresante día de compras, Santi me invitó a comer a un restaurante elegante. Creo que quería asegurarse de que me desenvolviese bien tratando a esos que cobran por servirte el almuerzo.

En el pasado, todos los camareros eran esclavos hosteleros especializados, pero los jóvenes libres protestaron por no tener un acceso rápido a mundo laboral y pensaron que la hostelería les resultaría sencilla. Pretendían enfrentarse a tareas básicas que les reportaran dinero fácil mientras estudiaban otras cosas, pero, después de un día tras la barra o cargando una bandeja, se daban cuenta de lo sacrificado que era. En ese momento, ya no podían echarse atrás, porque habían conseguido modificar el funcionamiento histórico de la restauración gracias a manifestaciones donde gritaban que los esclavos les robábamos oportunidades. Los empresarios se vieron obligados a gastar dinero por un servicio que siempre fue gratis y eso conllevó una subida de precios para mantener su modelo de negocio. Acabaron condenados a desempeñar con desgana una tarea que odiaban. Se convirtieron en esclavos dados de alta con centenares de dueños diarios.

—¿Has visto? —Santi hablaba con la boca llena—. No tienen ni puta idea.

—¿Qué crees que pasaría si los esclavos cobrasen?

—Que no serían esclavos. —Tenía razón. Vaya tontería—. Voy al baño.

Me quedé solo, esperando en la mesa un buen rato. Mientras picoteaba de un diminuto plato patatas fritas con mayonesa y pimentón, supuse que lo más elegante del restaurante eran sus precios. Aburrido y a la espera de que mi amigo volviese, me quedé

observando a los demás clientes del local, gente que podía permitirse gastar una fortuna para quedarse con un poco de hambre; personas que aparentaban tener dinero con sus vestimentas o sus elecciones gastronómicas charlaban seriamente sobre problemas del primer mundo. Combinaban a la perfección con la decoración brillante y recargada del comedor. Esa fue la primera vez que vi a aquel tipo que intentaba camuflarse.

Desentonaba como una hoguera en la nieve. Un largo abrigo oscuro y unas gafas de sol en un interior conseguían lo contrario de lo que parecía que pretendía. Llamaba mucho la atención con aquel disfraz barato de espía rodeado de ruidosas familias almorzando. Me quedé un buen rato adivinando sus ojos detrás de aquellos cristales oscuros. Juraría que me estaba mirando, pero era atrevido asegurarlo al cien por cien sin ver sus pupilas. Lo que estaba claro es que hacer evidente que había notado su presencia no lo incomodó en absoluto. Siguió en la misma postura, dando vueltas a una cucharilla en una taza de café vacía.

Cuando Santi volvió, se sentó justo entre ambos, haciendo que lo perdiese de vista. Quise avisarlo para que se girase a confirmar o desmentir lo extraño de aquel hombre, pero mi guía en el mundo libre hablaba demasiado para estar atento a señales sutiles.

—¿Todavía no te has acabado las bravas? ¿Qué pasa, no tienes hambre? Si hubieras entrado en ese baño asqueroso lo entendería, pero… —Cuando levantó sus ojos del plato, me vio hacerle gestos, señalando con mi barbilla al hombre que estaba tras él. Evidentemente no entendió nada—. ¿Qué haces?

—El tío ese de ahí, que es un poco raro.

—Julio, tío. —Sonrió sin siquiera girarse—. Ya te irás dando cuenta de que aquí todo el mundo es un poco raro. Tener la posibilidad de elegir quién quieres ser desde niño hace que la mayoría se equivoque y…

—Santi, por favor. —Llamé su atención—. ¿Te puedes callar y girarte un momento?

—Vale, tío.

Cuando Santi se giró, el hombre se estaba levantando de su silla.

Caminaba directo a la puerta y, sin detenerse, desapareció entre el gentío de fuera del restaurante. En ese corto trayecto, intenté quedarme con los máximos detalles posibles por si acaso. Quizá podrían ser útiles en un futuro o, tal vez, la manía persecutoria que desarrollé durante la crisálida con los salvajes me había dejado tocado para siempre. Deduje que rondaría los cincuenta años. Por su complexión me resultó evidente que había sido, como mínimo, un aficionado al deporte que había tenido que dejar de entrenar por alguna razón; que esa razón podría ser una lesión por la forma en la que cargaba el peso del cuerpo sobre una pierna más que sobre la otra, dejándole una ligera cojera difícil de disimular. Estaba menos calvo de lo que parecía, tenía grandes entradas, pero se afeitaba el resto. Su forma de comportarse me hacía pensar que había llegado al mismo restaurante que yo con una misión que no era precisamente pedirse un menú. Pero a mi amigo no le extrañó.

—¿Quién? ¿El calvo ese?

—Déjalo, da igual.

—Julio, todavía vives en el estado de alerta esclavo. Tienes que relajarte y dejar de pensar que todo gira a tu alrededor… porque, de hecho, apenas existes.

Asentí resignado y seguí comiendo. Seguramente tuviese razón, pero eso no quitaba que yo también la tuviese un poco. El hombre que intentaba camuflarse estaba acechando a alguno de los clientes del local. Acepté que lo más probable es que no fuese a mí, pero eran demasiado evidentes sus intenciones. Me dio un poco de miedo haberme encontrado cara a cara con el posible protagonista de la sección más aterradora del telediario, esa que siempre me hizo pensar en la extraña sensación de seguridad que sentía el esclavo, cuando solo tenía una serie limitada de enemigos con derecho a hacerle daño, con los que convivía y que era fácil verlos venir.

Después de comer, Santi insistió en que me tomase el café en su casa antes de volver a la mía. Según él, era importante que supiese dónde vivía su hermano mayor por si algún día necesitaba volver allí. Tenía sentido.

El chico vivía en un pequeño adosado a las afueras de la ciudad.

Tenía dos plantas de pocos metros cuadrados, aunque muy bien distribuidos. Una cocina, un salón, un par de baños diminutos y dos coquetas habitaciones. También había un patio trasero que usaba para tender la ropa después de lavarla. Aun así, estaba decorado con mucho gusto, aprovechando puntos fuertes y, como decía su dueño, no hacía falta más que eso.

—No me hace falta más que esto, Julio. Apenas paso tiempo aquí. Lo único importante es tener un buen colchón y una televisión que parezca grande.

No fui consciente de la importancia de mi evaluación de crisálida hasta que no comparé el salón de mi casa con el de la suya. La diferencia era ofensiva. El anfitrión preparó un par de cafés de cápsula y nos sentamos en su pequeño aunque cómodo sofá.

—Lo raro es lo tuyo, tío —rectificó—. Raro no, rarísimo. Todos empezamos con una casa como esta y un sueldo bajo.

—¿Cuánto te dan a ti?

—Seiscientos al mes. Lo justo. Pero bueno, esa es una ayuda para empezar. Luego se supone que se convierte en un pequeño extra. El sueldo real lo ganarás con el trabajo que ellos también te faciliten.

—Tú ya ganas más con tu trabajo, ¿no?

—Claro, bastante más. Y ya te digo que se aseguran de que así sea, porque lo importante es que pasemos a ser parte de los que aportan esas ayudas.

—¿Qué quieres decir?

—¿De dónde te crees que sale toda esa pasta? ¿Las casas, los coches? Todos los pájaros donan un porcentaje de su sueldo a la causa, y claro, todos son sueldazos. Ya has visto que tienen puestos importantes y, además de influencias, manejan grandes fortunas. —Bajó instintivamente el volumen de su voz—. Colega, todos esos ricachones de la cena azul que conociste no son los más adinerados de la organización. Y somos muchos, muchísimos pájaros azules en el mundo.

—Así que tú ya aportas ese porcentaje.

—Desde hace tiempo. Y tú también lo harás, ellos se asegurarán de que así sea.

Volví a casa por el Dédalo gracias a un mapa que me dio Santi. No era una nota con movimientos específicos como el que había usado la primera vez. Él había conseguido el plano de todo aquel laberinto y marcó el recorrido de mi puerta a la suya con un rotulador. Mirándolo sobre el papel, era mucho más complejo de lo que imaginaba. No tenía ningún sentido arquitectónico, era un amasijo de carriles irregulares.

No era un recorrido que pudiera hacer muchas más veces. Me advirtió que una semana después de ser liberado se bloquearían las dos cerraduras de mi puerta azul a las que yo no tenía acceso. El Dédalo era para actos ceremoniales y emergencias, pero siempre dejaban un pequeño período de cortesía para el recién liberado y su hermano mayor, como mínimo hasta recibir el vehículo que le pertenecía al primero.

Tardé más de cuarenta minutos en llegar a mi destino. Pero, a pesar de ir cargando con todas las bolsas de mi jornada de compras, me apeteció pasear por aquellos pasillos de roca antes de no tener acceso a ellos.

Cuando entré en casa y cerré la puerta, antes de encender las luces, noté algo distinto en el ambiente. Quizá cualquier otro día no me hubiese ocurrido, pero aquella experiencia en la perfumería me había dejado la nariz en forma. Mi olfato me puso alerta. Una fragancia intensa y que fui capaz de reconocer gracias a mi compra de aquella mañana flotaba en el aire de mi pasillo. Alguien a quien yo no había abierto había entrado.

Dejé las bolsas en el suelo sin hacer ruido y recorrí sigilosamente la casa. Aproveché la habilidad que me dieron los años moviéndome en la oscuridad, pero con la cautela del que sabe que podría haber un intruso esperando aprovechar el factor sorpresa contra mí, alguien escondido en un rincón de todos aquellos que aún no conocía.

Terminé el reconocimiento en mi habitación, la última estancia que revisé. Quien había entrado ya no estaba allí, pero, por la intensidad del rastro del perfume, estuvimos a punto de cruzarnos. Encendí la luz del dormitorio aún a medio camino de que mi pulso volviese a su velocidad normal. Entonces escuché un motor de coche encenderse en la calle. Cuando me asomé, ya se estaba yendo, como el

tipo extraño del restaurante.

1. El nueve

Una semana después de mi liberación invité a los Cortés a comer a casa. Contraté un *catering* caro intentando devolverles parte de todo lo que habían hecho por mí. Estaban impresionados con el tamaño y el diseño de mi nueva residencia. No pude evitar pensar en cómo habría asimilado Simón que su antiguo esclavo tuviese un salón tres veces más grande que el de sus padres.

Todos se alegraron de cómo me estaban yendo las cosas. A todos nos tranquilizó aquel almuerzo que confirmaba que nuestro contacto no se vería dañado por culpa de mi recién estrenada libertad. Estuvimos horas charlando de tonterías, como en cualquier sobremesa del tiempo que pasé con ellos. No estaba dispuesto a perderlos. Eran y serían siempre mi familia, los únicos con los que cenaría en Nochebuena; mis padres y mis hermanos adoptivos, a los que les iba a costar bastante acostumbrarse a llamarme Julio.

—Propongo quedar todos los domingos a comer donde sea —planteó Luisa.

Me pareció una de esas ideas perfectas de las que siempre tenía. De esa forma, la vuelta a casa se convertiría en una tradición, y las tradiciones son las pautas de convivencia más sólidas dentro de cualquier comunidad. Algo que, con suerte, mantendrían nuestros hijos y nietos. Aquello, en el momento en el que estaba, supuso una vela encendida en medio de la oscuridad que provocaba mi miedo a los siguientes pasos.

Se nos pasó tan rápido la tarde que el sol dejó de iluminar el salón lo suficiente para encender las luces de casa. Tras una de esas larguísimas despedidas en las que acaban saliendo cinco temas más de conversación y se dilatan de pie junto a la puerta, me quedé a solas con Roberto. Ya había comentado que tenía que hablar conmigo algunos asuntos relativos al proceso de liberación y que se marcharía más tarde en taxi.

Le serví una copa de la marca de ginebra que le gustaba y que había comprado para la ocasión. Yo me eché solo tónica sin que me

viera, para que se sintiese acompañado. Puse algo de música tranquila y me senté junto a él en uno los grandes sofás del salón. Cuando le entregué su *gin-tonic* me di cuenta de que había torcido el gesto, como si hubiese estado fingiendo tranquilidad delante del resto de los Cortés. Estaba claro que tenía que decirme algo importante, pero empezó con un rodeo de espuma acolchante.

—¿Cómo llevas la biografía?

—Pues muy bien, la he repasado mil veces. Me la sé de memoria.

Se refería al dosier que se le aportaba a un pájaro junto a la documentación básica de su nueva identidad asignada. En este se detalla la vida ficticia de Julio Relova, por si en alguna conversación surge el tema de los orígenes. Según la que me tocó, soy el único hijo de un profesor de literatura de secundaria y una psicóloga, ambos fallecidos en un accidente de tráfico cuando yo estaba a punto de cumplir la mayoría de edad. Desde entonces me mudé con mi abuela y me dediqué a cuidar de ella mientras vivió, por eso no tengo estudios universitarios a día de hoy. Santi me contó que la biografía es similar a la de la mayoría de los pájaros que necesitan una procedencia ilocalizable.

—Eso está bien. No deberías cometer ningún error —soltó.

—¿A qué te refieres?

—Mira, Lucas… —rectificó rápido—. Digo…, Julio. Supongo que sabes que lo de tu nueve en la crisálida no es normal. Muy pocos pájaros a lo largo de la historia han conseguido una nota tan alta. Ninguno en los últimos cincuenta años.

—Sí, me lo ha contado mi hermano mayor.

—No sé si te habrá dicho también que eso hace que todas las miradas estén puestas sobre ti ahora mismo. Y que es algo tan positivo como negativo.

—No te entiendo… —Sabía que debía soltar mucha más información.

—Has entrado a una tienda de jarrones antiguos, colocados en sus estantes hace décadas…, con un todoterreno. A muchos pájaros les pareces una amenaza y están deseando verte tropezar. De hecho, no podemos descartar que sean ellos mismos quienes te pongan la

zancadilla.

Roberto me contagió la preocupación. Fue mi liberador y también salió ganando con mi evaluación. Me representaba dentro de la organización, era mi protector y, aun así, se había enterado de algo que a él también estarían intentando ocultarle. Fue inevitable recordar aquel aroma intruso al llegar a casa unos días antes. Un dato que corroboraba su advertencia y que sin embargo decidí no comentarle por no incrementar su inquietud.

—Intentaré estar atento y esquivarlas.

—O enfrentarte a ellas y darles una patada.

—Vale. —No esperaba un consejo agresivo por su parte.

—Igualmente, en la cena somos unos cuantos y no todos son detractores. Algunos tenemos muchas esperanzas puestas en ti y te defenderemos desde dentro.

Roberto no quiso disimular su tensión, quería que me sintiese en peligro, pero yo no estaba preocupado. Todas las trampas que podrían condenarme ya las había hecho antes de salir de la cabaña sin que nadie se diera cuenta. Aquel injusto nueve ya pesaba demasiado como para permitirme dar otro paso en falso, y más habiendo sido advertido. Mi intención era hacer lo correcto y aprovechar la oportunidad.

—Otra cosa —dijo tras acabarse media copa de un trago—, ahora eres un miembro de la cena azul. Tendrás voz y voto en algunas decisiones importantes.

—Eso sí me lo comentó Santi. Por el nueve, ¿no?

—Exacto. Los que estamos ahí hemos obtenido las notas más altas de la zona. Todas entre el siete y el ocho.

—Hay alguien que tiene que salir para que yo entre, ¿no?

—Sí. —Sonrió—. Lorenzo Camacho. Pero no te preocupes, es un imbécil.

Nos reímos en el momento en el que más lo necesitábamos y conseguimos romper la espesa tensión que nos robaba el aire. Sabía que mi padre libre quería lo mejor para mí y hubiese preferido no inquietarme.

Después de mirar su reloj, se levantó y se puso el abrigo. Lo

acompañé hasta la puerta, dispuesto a despedirme hasta, como máximo, el siguiente domingo. Pero Roberto salió sin girarse para darme su habitual abrazo y aquello me desorientó.

—Acompáñame un momento —dijo sin dejar de andar.

Me aseguré de llevar la llave y lo alcancé a unos cuantos metros. No dijo nada durante los tres minutos que caminamos juntos, y aquel paseo en silencio me obligó a pensar deprisa en algo que decir para eliminarlo. Por suerte, llegamos al misterioso destino antes de lo que esperaba. Se detuvo de repente y señaló uno de los coches aparcados.

—Este es el tuyo. —Me tiró una llave que agarré al vuelo.

—¿En serio?

Era un deportivo azul marino de alta gama, a juego con la carísima casa que me habían dado. No era un modelo excesivamente extravagante, pero tampoco había que ser un entendido para saber que estaba al alcance de unos pocos. Roberto me miró sonriente.

—Si yo fuera tú, lo metería en el garaje.

1. Libertad vigilada

Como me prometió la jueza Casares antes de mandarme a casa por uno de los pasadizos del Dédalo, la organización me facilitó las herramientas formativas necesarias para dedicarme a escribir. Se me matriculó en exclusivos y carísimos cursos privados de escritura creativa, narratología, sintaxis, gramática y ortografía. Asistí a interesantes talleres impartidos por reputados escritores en activo en los que todos daban el mismo consejo: para aprender a caminar hay que dar el primer paso. A escribir se aprende leyendo, pero también escribiendo, aprendiendo de los errores y corrigiendo.

En clase conocí a muchos compañeros con las mismas inquietudes que yo, con los que pude hablar de libros durante horas. Todos compartíamos la misma sensación de no haber vivido lo suficiente como para escribir algo interesante. Por suerte, igual que había docentes que se limitaban a dar la lección que tocaba para cobrar su sueldo, tuvimos profesores apasionados e inspiradores que nos hicieron pensar que, sentados en el aula que compartíamos, estarían los autores de futuros *best sellers*.

—Por muy jóvenes que sean, llevan vivos el tiempo suficiente para contar una gran historia. Puede que no hayan atravesado el océano a remo, pero se han enamorado, han sentido miedo, han sido desgraciados e incluso felices alguna vez. Lo que me interesa como lector es cómo fueron esos momentos para cada uno de ustedes, porque lo interesante no es la historia, sino la perspectiva. Están destinados a ser la voz de su generación, así que no pierdan tiempo y escriban.

Eran las palabras de un maestro que nos animó a que venciéramos los bloqueos saliendo a la calle, observando a desconocidos e inventándonos de dónde venían y hacia dónde iban, enfrentándonos a la parte del mundo más lejana de nuestra zona de confort. En mi caso eso era bastante fácil.

Decidí sentarme cada día con mi portátil en una cafetería cercana a mi casa. Estirar el desayuno durante horas y fijarme en el

resto de clientes desde mi mesa. Cada mañana rellenaba los espacios en blanco que surgían de cada situación que veía a mi alrededor.

Una pareja joven hablaba en voz baja. Él no conseguía contener las lágrimas y se las secaba disimuladamente mientras ella hablaba con entereza. Era evidente que le estaba rompiendo el corazón. Imaginé que la chica, intentando no hacerle demasiado daño, le explicaba con delicadeza los motivos que la habían llevado a la terminar su relación. Me acordé de mí mismo pensando la manera más suave de rechazar la declaración amorosa de Gema aquella noche en mi celda. Cómo ella intentaba fingir que no la estaba destrozando y cómo me dolía a mí ser quien propinase el golpe a alguien que quería.

Dos señores enchaquetados discutían en la barra. Uno le echaba la culpa de algo al otro. Imaginé, gracias a eso, una historia de sicarios que no habían conseguido terminar satisfactoriamente el último trabajo por el que fueron contratados. Cómo los años los condenaron a una lentitud que jugaba en contra de su oficio. Entonces pensé en la víctima de esos ancianos asesinos a sueldo y recordé la posibilidad de que fuese yo.

Miré hacia la calle por el escaparate del bar y me encontré con un coche sospechoso aparcado en la acera de enfrente. Era negro y la luz del sol convertía sus cristales en espejo. Fue imposible ver si alguien vigilaba desde el asiento del conductor. Regresó la taquicardia que me robó el sueño de tantas noches en la cabaña cuando temía ser atacado en cualquier momento. Intenté calmarme culpando de mi paranoia al ejercicio creativo que estaba llevando a cabo, pero, justo cuando estuve a punto de convencerme, el coche arrancó y se alejó calle abajo.

—¿Quiere algo más? —Me asustó la voz de la camarera.

—¿Qué? —Era el típico «qué» para recobrar el aliento.

—¿Necesitas la clave del wifi?

—No, gracias. —A la chica pareció extrañarle.

—Ah. ¿Estás… estudiando?

—Escribiendo. —Entonces lo dije por primera vez—. Soy escritor.

—¿En serio? —Pareció impresionarle—. ¿Y qué escribes?

—Pues… una novela.

—¿De qué? —Estaba entusiasmada.

—Pues… todavía no lo sé.

Giré el portátil para que pudiera ver mi pantalla. Tenía el programa de escritura abierto, con la primera página que estaría en blanco si no hubiese escrito en mayúsculas y con un tamaño enorme de fuente «CAPÍTULO 1». Se rio y yo me reí con su risa.

—Bueno, ¿quieres algo más, a ver si te inspiras?

—No, estoy bien.

—Deberías pedir otro café —siguió susurrando y se agachó para que su boca estuviera más cerca de mi oreja— porque, si mi jefe ve que estás ocupando una mesa sin consumir, me va a obligar a pedirte que te vayas y no quiero hacerlo.

—Ah…, claro. —Miré al hombre que nos miraba tras la barra—. Pues otro café.

—Marchando… —Tardé un poco en darme cuenta de que estaba esperando a que le dijera mi nombre. Tardé un poco más en recordar cuál de los dos era el correcto.

—Julio. —Me sonrió antes de alejarse.

Se llamaba Candela. Tenía mi edad y una alborotada melena castaña que enmarcaba un bonito rostro protagonizado por un par de brillantes ojos oscuros. Su simpatía me hacía perdonarle el peor café de la ciudad. El uniforme ceñido que llevaba dejaba adivinar un cuerpo de modelo de lencería, probablemente mantenido gracias a la velocidad a la que servía desayunos a sus clientes. Casi sin darme cuenta, desde aquella breve conversación, mis fantasías dejaron de surgir de las mesas para centrarse casi exclusivamente en ella. En ella conmigo.

Cuando regresé a casa ese día, volví a toparme con aquel perfume intruso y borró de un golpe la sonrisa de la camarera de mi cabeza. Había pasado bastante tiempo desde la primera vez que lo olí, pero lo reconocí inmediatamente. Después de comprobar que el extraño no seguía dentro, me asomé buscando el coche negro. No lo vi, pero un aparcamiento libre en la calle me hizo pensar que acababa de irse.

El sentimiento de desprotección me dio tanto frío que empezaron a temblarme las manos. Me puse a repasar todas las evidencias de que me estaban siguiendo. El tipo de gafas oscuras en el restaurante, el coche que arrancó la primera noche que descubrí su colonia en mi casa y el que estaba junto a la cafetería. Este último se había marchado con tiempo suficiente para registrar mi residencia entera antes de que yo regresara. Me pregunté si me seguían continuamente para controlar mi ubicación y me propuse estar más atento a partir de aquel momento. Pero la duda más oscura me llegó antes de volver a dejarlo a pasar: ¿tendría Santi algo que ver con todo esto?

Santi estuvo conmigo cuando vi al tipo del abrigo y las gafas negras; además, me convenció de que no pasaba nada cuando se lo dije. Me invitó a su casa, consiguiéndole tiempo al posible invasor. No me advirtió del malestar que mi nota había creado entre algunos de la organización a pesar de que Roberto me dio a entender que lo sabía. Era el único que había entrado en mi casa sin que yo abriese la puerta, de hecho, estaba ya allí cuando llegué la primera vez. Teniendo en cuenta todos esos datos, no era una locura sospechar que fuese parte del bando de pájaros detractores.

Dejé el teléfono en casa y volví a meterme en el coche. Arranqué manteniéndome alerta, comprobando si alguien me seguía. Conduje durante horas por la ciudad sin dejar de darle vueltas a cuánto de verdad y cuánto de miedo había en aquella certeza de estar siendo investigado. Tras cada curva en la que no encontraba al acosador que esperaba, la segunda opción ganaba fuerza ante la primera.

La obsesión por verlo aparecer hizo que la noche me sorprendiera al volante. Cansado de dar vueltas y preocupado por estar perdiendo la cabeza, decidí parar un rato y respirar hondo antes de volver a casa. Resignado, empecé a aceptar que todas las amenazas que me perturbaban estaban dentro de mí. Aparqué en un enorme y solitario polígono industrial a las afueras. No había rastro del típico bullicio matutino de esa zona. El final de la jornada laboral la dejaba silenciosa y con la escasa iluminación de una película de terror. Apagué el motor, la radio y me permití cerrar los ojos unos segundos.

Unos minutos, incluso.

El ruido de un coche cercano me hizo volver a abrirlos. Hasta ese momento, yo era el único del polígono y pensé que podría ser la policía preguntándose qué hacía allí parado a esas horas o una pareja buscando un aparcamiento retirado y solitario. Hubiera preferido cualquiera de esas dos opciones. Era el coche negro que estaba esperando. Lo miré entrar en la calle hasta detenerse justo delante de mí, a unos cien metros. Apagó el motor y todo volvió a quedarse en silencio. Un silencio mucho más tenso.

No podía ver a quien lo ocupaba, por la distancia y la escasa luz del lugar, así que imaginé que tampoco podían verme a mí. Después de toda una tarde conduciendo sin sentido y seguro de que nadie me seguía, aquello solo podía significar que a mi coche se le había instalado un rastreador. La respuesta que buscaba estaba delante, aunque no completa. Entonces me dejé llevar por la irresponsabilidad del hombre libre y actué por el instinto que alimentaba mi rabia. Arranqué, encendí las luces largas y pisé a fondo el acelerador dispuesto a embestir aquel Mercedes persecutor.

En los cinco segundos que tardé en llegar hasta él, encendió el coche y evitó el impacto con un habilidoso giro marcha atrás. Era mucho mejor conductor que yo, pero mi coche era más rápido. Aceleró pretendiendo huir de mí. Cambié de sentido y comencé a perseguirlo. Ambos atravesamos la ciudad rebasando el límite de velocidad. Sabía que estaba cometiendo un delito grave, pero no me iba a permitir perderlo.

Fue una persecución larga y tosca, muy diferente a las que vi en las películas de acción que tenía en las cajas de la cabaña. Y lo peor de todo es que no logré alcanzarlo. De hecho, me sacaba un poco más de ventaja en cada curva.

De pronto, cuando ya había demostrado con creces que era capaz de librarse de mí, se detuvo de repente. Paré también a unos diez metros de él, desconcertado. Me quedé unos segundos esperando su siguiente movimiento. Vi cómo se abría su ventanilla y, tras pensar durante más tiempo del que seguramente aquel misterioso conductor hubiera estimado, lo tomé como una invitación.

Me bajé del coche y, sin apagar el motor, me acerqué caminando

al suyo. Imaginé que, si hubiese querido hacerme daño, como mínimo habría salido del vehículo. Así que me concentré en el triunfo que suponía descubrir el rostro del conductor y poder recibir las respuestas que necesitaba. ¿Por qué me seguía? ¿Quién lo enviaba? ¿Santi estaba en el ajo? ¿Era quien entraba en mi casa cuando yo no estaba? Pretendía ser diplomático, pero debo aceptar que me apetecía saludarlo con un puñetazo.

Cuando me quedaban solo unos metros para asomarme a la ventanilla y descubrir la identidad del merodeador a la fuga, se volvió a poner en marcha a toda velocidad. Corrí con todas mis fuerzas para seguir persiguiéndolo, pero fue demasiado tarde.

Estuve callejeando un rato en vano. Me había engañado con un truco para idiotas inocentes. Se me había escapado.

Terminé regresando a casa, frustrado por la derrota, aunque extrañamente contento de estar siendo perseguido por alguien de verdad y no por mi propia paranoia. Al entrar, volví a encontrar algo que no estaba cuando salí de allí. En aquella ocasión no se trataba de un olor diferente, sino un sobre azul que parecía haber sido introducido por debajo de la puerta que lleva al Dédalo. En el dorso ponía mi nombre de esclavo: Lucas.

Dentro solo había una invitación formal a algo llamado «la noche de los perdigones».

1. Perdigones

El tiempo como hombre libre pasaba rápido, pero no siempre era todo tan brillante como un esclavo soñador imagina. Supongo que por un tema de expectativas. Aun teniendo el mundo entero a mi disposición y pudiendo dedicarme a lo que realmente quería.

Esperaba vivir en una película de aventuras, pero a veces me sentía encerrado en un drama noreuropeo de bajo presupuesto. Además, habían pasado meses desde la última y breve secuencia de *thriller* persecutorio. Estaba sentado en una escena bonita, pero sin música ni diálogo ni movimientos de cámara. Esperando alguna nueva noticia por debajo de mi puerta azul.

Seguía descubriendo universos enteros cada día y aún experimentaba primeras veces. Pero hasta la primera «primera vez» es mucho más extraordinaria que la segunda.

Mi relación con Santi se enfrió. Él seguía pendiente de mí y quedábamos de vez en cuando para comer o tomar un café. Le tenía mucho aprecio y me daba pena el sentimiento de sospecha hacia él que me obligaba a distanciarme. Llevaba tiempo pensando cómo ponerlo a prueba para salir de dudas, necesitaba comprobar de manera tajante que no pertenecía a los pájaros detractores. Pero no conseguía sacar nada en claro. Igualmente, sabía que sin darle información que pudiera utilizarse en mi contra, no podría perjudicarme de ninguna manera. Le conté lo del sobre azul y la invitación a la noche de perdigones, pero me dijo que no tenía ni idea de lo que aquello significaba. Me recordó que yo ahora formaba parte de una cúpula a la que él no tenía acceso y que eso me haría conocer secretos que debería ocultarle.

La escritura de la novela era más frustrante. Se me ocurrían grandes historias que me enamoraban solo durante las primeras diez páginas. Tenía el escritorio del portátil lleno de principios que abandoné desencantado y que nunca pasarían de ahí. Muchos de mis compañeros de clase estaban en una situación parecida y nos consolábamos entre todos asegurándonos que tarde o temprano

daríamos con algo que nos motivase. Estoy seguro de que ellos tenían tan poca confianza en esas palabras de ánimo como yo.

Cada noche, cuando llegaba a casa, me sentaba en mi sofá solitario. Me decía a mí mismo que algún día debería invitar a alguien a cenar, pero no se me ocurrían opciones. En esos momentos, con la televisión puesta en un canal cualquiera, antes de quedarme dormido en una postura imposible, me daba cuenta de que volvía a estar bastante solo.

Una de aquellas tristes madrugadas, en plena duermevela, unos poderosos golpes a mi puerta me espabilaron del susto. Eran casi las dos de la madrugada, una hora extraña para una visita sorpresa. Me asomé por la mirilla, pero no había nadie fuera, eso lo hizo todo bastante más inquietante. Entonces los golpes volvieron a sonar y me di cuenta de que venían de dentro de mi casa. Del pasillo. De la puerta azul.

Me vestí deprisa y giré mi llave en la cerradura inferior. Habían desbloqueado las otras dos porque la puerta se abrió después de aquello. Al otro lado estaba Juan Campos, el periodista al que todos habían elegido para custodiar la tercera llave. Era un cincuentón delgado y sonriente. Detrás de sus gafas, había una mirada que inspiraba confianza.

—Buenas noches, Julio. ¿Listo para la noche de los perdigones?

—Supongo que sí.

—Coge algo de abrigo —me dijo con su voz profunda—. Vamos a la costa.

Supuse que darme tan poca información evidenciaba que no debía preguntar nada más. Cogí una chaqueta impermeable y lo seguí por los pasadizos del Dédalo. El periodista no iba mirando ningún mapa, conocía perfectamente aquel laberinto. Tras unos minutos de caminata a buen ritmo, rompió el silencio que hasta entonces parecía obligatorio.

—¿Qué tal tus primeros meses como hombre libre?

—Muy bien. Haciéndome un poco al mundo.

—Te entiendo. Yo tuve la sensación de estar forzado a caminar despacio después de pasarme toda una vida corriendo. No te agobies,

al final te saldrá solo.

—Sí, ya le voy pillando el ritmo. —No quise mostrar debilidad porque en aquel momento no estaba seguro de a qué bando pertenecía mi guía.

—Estoy seguro.

—¿A dónde vamos?

—Al garaje. Ya estamos cerca.

Tras unas cuantas curvas más, llegamos a un largo pasillo que terminaba en un lugar bastante mejor iluminado que el resto del Dédalo: una especie de aparcamiento más amplio y moderno que el resto del laberinto subterráneo. Era evidente que había sido construido recientemente. Allí esperaban un par de furgonetas añiles y cinco personas que había visto antes en las cenas azules. Los empresarios Juan Carlos Castillo y José Martín, la comisaria de policía Sol Aguado, la concejala Alicia Alonso y el fiscal Enrique Lojo. Cuando los tuve delante, fue fácil recordar su reacción durante mi ceremonia de liberación. Ellos eran el bando en mi contra.

—Ya estamos todos. —El periodista anunció nuestra llegada.

—Hombre… —dijo el fiscal con tono socarrón—. El chico del nueve.

—¿Qué tal? —Pretendí disimular la tensión—. ¿A dónde vamos?

—Te lo contamos por el camino. —La comisaria terminó su cigarrillo, se subió en una furgoneta y arrancó—. Vamos, que luego siempre se nos hace corta la noche.

Llenamos aquel gran vehículo de siete plazas y salimos por una vieja puerta de garaje ubicada en una calle solitaria. Imaginé que vieron necesario darle un acceso no peatonal al Dédalo unas décadas después de tapiarlo. Tras callejear unos minutos por una alejada zona de urbanizaciones, nos incorporamos a la autovía que salía de la ciudad. Mi cabeza iba más rápido que la furgoneta, pensando en estrategias de defensa por lo que pudiera pasar. Al fin y al cabo, seis personas que me odiaban me estaban llevando a algún lugar alejado para algo que aún no me habían contado.

—Bueno. —La comisaria volvió a mandar, dejando claro su rol en el grupo—. Que alguien le cuente al niño prodigio lo que vamos a

hacer.

—Claro, coño. —Habló por primera vez la concejala—. Campos, cuéntale tú.

—La noche de los perdigones es una tradición de la organización. En el momento clave de un pichón en la crisálida, justo antes de la fase del aislamiento, los pájaros veteranos hacemos algo que lo asuste para que crea que existe una amenaza real. Para él, todo se pone un poco más cuesta arriba…

—Pero para nosotros es superdivertido. —Uno de los empresarios acabó su frase.

—Pocas cosas son más divertidas que asustar a un crío —dijo el fiscal.

—En tu caso, por ejemplo, nos lo curramos bastante —terminó el periodista.

—El círculo de pájaros muertos… —pensé en voz alta—. Fueron ustedes.

—Sí. Fue una gran noche. —La comisaria contagió la risa al resto. Menos a mí.

Saber que los salvajes no tenían nada que ver con aquella amenaza no fue precisamente un alivio. Aun sabiendo que era parte de una tradición, enterarme que aquel grupo de señores con dinero eran los responsables de la inquietud enfermiza de aquellos días me sentó bastante mal. Tuve que disimular durante el resto del viaje que aquella furgoneta era el último sitio del planeta en el que me apetecía estar.

—Vale… —Intenté parecer uno más—. ¿Y qué es lo que vamos a hacer?

—Habíamos pensado repetir lo que hicimos contigo —dijo Enrique—. Cazar unos cuantos bichos con las escopetillas y dejarlos colocados de forma dramática.

—Dependemos del lugar donde se esté haciendo la crisálida —soltó el periodista.

—Claro. No es lo mismo un piso en el centro que una casa en medio de la nada.

—Claro —contesté al empresario al que escuchaba la voz por

primera vez.

La comisaria paró la furgoneta en medio de un descampado. Abrí la puerta corredera y el sonido del mar rugió transportándome a la primera vez que lo escuché, cuando solo era un esclavo al que le permitían descubrir el mundo; al tiempo en que solo tenía que preocuparme de cumplir órdenes, cuando todo era supuestamente peor.

—Julio, ¿sabes usar una de estas?

Sacaron del maletero siete escopetas de balines, una para cada uno. A cien metros había una casa con la lámpara del porche encendida. Estaba casi sobre la playa de roca, pero la puerta trasera daba a una gran arboleda. Pensé que a la luz del día parecería la imagen publicitaria de un lugar paradisíaco. Uno de ellos me vio mirándola y la señaló con las cejas, asintiendo. Carolina estaba dentro, aprendiendo a ser libre.

—Bien, repitamos la estrategia del año pasado. —Sol llevaba las riendas—. Nos separamos y nos metemos en el bosque para disparar a todo lo que se mueva sobre los eucaliptos. El cañón siempre hacia arriba, no lo olviden.

Todos observábamos la danza de los árboles que la mujer señaló. La pausa se alargó lo suficiente para que volviésemos a mirarla. La comisaria tenía sus ojos fijos en mí.

—¿Lo has pillado, nueve?

—Perfectamente.

—Recuerden, no debe vernos. Ante cualquier riesgo, corremos hasta aquí.

Asentimos y nos pusimos en marcha cargando nuestras escopetas de aire comprimido. La luna estaba casi llena y nos permitía ver dónde pisábamos. Cuando estábamos ya cerca de la casa, nos metimos en el bosque e intentamos dejar de hacer ruido al andar. Mis compañeros estaban mucho más entusiasmados que yo y eso me mantenía alerta, preguntándome por qué me habrían invitado a mí y no a Roberto, por ejemplo. Estaban deseando verme fallar y demostrarles que mi evaluación era tan injusta como ellos querían que fuese. No me iba a permitir perderlos de vista.

Todos intentaban ser sigilosos mirando fijamente a las copas de los árboles. La única que sabía coger el arma era la comisaria. También fue la primera que disparó, falló y maldijo. El océano funcionaba como silenciador para aquellos balines de calibre mínimo. Eso les fue haciendo ganar confianza y olvidar su obligación de ser silenciosos.

El sonido agudo y seco de los disparos empezó a ser constante y celebraban, cada vez más efusivos, cada una de las pequeñas aves nocturnas a las que alcanzaban. A veces, alguno me llamaba la atención con gestos, sin entender que no estuviese jugando a su juego. Mi respuesta era encoger los hombros y las suyas un resoplido. Me daba igual, no pensaba ponerme a disparar pájaros dormidos para asustar a la chica. Como si no diera ya suficiente miedo la nada que se le venía encima.

Dejé de mirar a los cazadores para observar la casa e imaginar la reacción de Carolina cuando se encontrase todos los cadáveres alados en su felpudo a la mañana siguiente. Me tranquilizó recordar su entrevista en la cena azul. Era mucho más fuerte de cabeza que yo, quizá terminaría preparándose unos pajaritos fritos con aquella amenaza ficticia. Entonces, vi una sombra en su ventana. Nos había escuchado y estaba viéndonos merodear entre los árboles. A diferencia del nuestro, su oído se había acostumbrado durante meses al sonido del mar que ahora, para ella, formaba parte del silencio. Me alejé un poco y me agaché tras un arbusto antes de intentar alertar al resto.

—Eh, oigan, señores —susurré lo más alto que pude, pero nadie me escuchó.

El sonido de una puerta abriéndose me hizo volver a girarme hacia la casa. Antes de que mis ojos llegasen, Carolina ya estaba corriendo a una velocidad endiablada hacia uno de los pájaros armados. Vi cómo saltaba y golpeaba con los dos pies a la vez al estirado fiscal Enrique Lojo en el cráneo, haciéndolo caer como un muñeco de trapo. El ruido del cuerpo chocando contra el suelo fue suficiente para que el resto se diera cuenta de lo que estaba pasando. La concejala y el periodista salieron corriendo en dirección a la furgoneta. Uno de los empresarios intentó seguirlos, pero se encontró

con el codo de la chica en pleno entrecejo. Juan Carlos Castillo se tambaleó evitando caerse, pero ella terminó el trabajo con un puñetazo en el mentón.

Escuché un disparo agudo y Carolina hizo un leve gesto de dolor. Un balín había impactado en uno de sus poderosos muslos. Un proyectil que le había hecho una herida cincuenta veces más pequeña que la cicatriz que mostró durante su entrevista. Buscó rabiosa el dueño del dedo que había apretado el gatillo y descubrió a la comisaria Sol, que recargaba la escopeta a toda prisa. Cuando la mujer supo que su movimiento no terminaría antes que un puño de la muchacha en su cara, intentó pararla.

—Espera, espera. Somos de los tuyos. Somos pájaros azules.

La chica, que solo estaba a un metro de destrozarle el maxilar a la señora, se detuvo confusa, momento que aprovechó el otro empresario para correr hacia la furgoneta.

—Pero… ¿qué están haciendo aquí? —preguntó la joven.

—Estamos protegiéndote, Carolina. Nos han avisado de un posible ataque que estabas a punto de recibir. —Hay que reconocer que salvó bastante bien la vieja.

—¿Un ataque de quién?

—De gente que está en nuestra contra. Enemigos.

La chica se quedó en silencio asimilando aquella información, con la respiración agitada. Entonces demostró que no era solo rápida físicamente.

—Pero me ha disparado usted.

—Sí… —Era evidente que la mujer estaba pensando en alguna excusa—. Perdona, me he puesto nerviosa y se me ha disparado por error. Voy a avisar para que vengan a curarte.

Carolina asintió sin creerse del todo lo que le habían contado. Pensé que tal vez aquella improvisación podría valer también como amenaza, al fin y al cabo.

—Tranquila, lo tenemos controlado —dijo sonriente Sol.

—¿Lo de la gente que quiere atacarme?

—Sí, los hemos repelido con éxito.

—¿Con escopetillas de aire comprimido? ¿Quién me quería

atacar? ¿Una liebre?

Tuve que hacer un esfuerzo por controlar la risa. Desde aquel momento en que dejó sin palabras a la comisaria, me convertí en el presidente del club de fans de mi futura hermana menor. A la mujer, solo le quedó una respuesta posible.

—Hay muchas cosas que se te explicarán a su debido tiempo. Entra en la casa.

Carolina volvió a entrar, pasando junto a los dos pájaros que había dejado inconscientes. Una vez escuché el portazo, salí de mi escondite y me acerqué a ellos. La señora policía no pudo evitar un gesto de derrota al comprobar que yo no era uno de los que habían salido corriendo, sino que me había quedado allí y lo había presenciado todo.

—Venga… Vamos a despertar a estos —dijo sin mirarme a la cara.

El plan del bando detractor de llevarme para verme fallar se había vuelto en su contra. Había sido testigo directo de su fracaso, descubiertos por la chica, que como mínimo se habría quedado con tres rostros: los dos que dejó fuera de combate en apenas unos segundos y la jefa del comando, que le había disparado.

El fiscal reaccionó lo suficiente para andar apoyado en su amiga, al empresario tuve que cargarlo yo hasta donde estaba el resto. Cuando llegamos, sus miradas estaban llenas de interrogantes. Fue la concejala la que dejó que le llegasen a la boca.

—¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado?

—Pues… —Sol empezó a hablar, pero la interrumpí para contar la verdad.

—Carolina les ha dado una buena paliza a estos dos y la señora comisaria le pegó un tiro en la pierna.

—¿Qué? —El periodista no daba crédito—. ¿Le has disparado?

—Sí, pero no te preocupes. La chica está bien —seguí explicando —. Después Sol la ha tranquilizado inventándose una excusa, aunque no sé si se la ha creído.

—¿Has hablado directamente con ella? —El fiscal se echó las manos a la cabeza.

La mujer no habló. Bajó la cabeza consciente de los graves errores que había cometido y de lo desprotegida que la dejaba mi presencia allí. A saber cuántas irregularidades se habrían cubierto antes de aquella noche.

La vuelta a la ciudad fue bastante más silenciosa. Disfruté cada gesto de vergüenza que me rodeaba en aquella furgoneta tanto como los golpes que Carolina les había dado. Me era imposible no sonreír pensando en aquellos estirados huyendo entre los árboles y el bochornoso espectáculo al que había asistido. Ninguno se atrevía a mirarme directamente. Ahora no solo tenía una casa enorme, un sueldo excesivo, un coche caro y un puesto importante en la camarilla de los pájaros azules; también tenía la posibilidad de hundirlos contando lo que pasó. Y en aquel momento, también la intención de hacerlo.

Recordando el principio de la noche, sus risitas cómplices y sus comentarios socarrones sobre mi evaluación, me salió aprovechar aquel momento para darles la puntilla.

—Ahora entiendo que para ustedes haya sido tan sorprendente mi nueve.

Ninguno contestó. Se quedaron mirando por sus ventanillas el resto del trayecto, aceptando su aplastante derrota y ni así pudieron evitar percibir mi satisfacción.

1. Todo bien

La noche de los perdigones fue un importante punto y aparte en mi vida como hombre libre. De alguna manera, aquella victoria con todo en contra desbloqueó lo que me impedía disfrutar al cien por cien de mi recién estrenada condición. Fue como si las piezas siempre hubieran estado ahí, en la posición correcta, pero me hiciera falta dar un paso atrás para poder contemplar el puzle terminado. El descubrir y derrotar al grupo que suponía una amenaza para mí durante la misma noche hizo que pudiera volver a respirar, levantar la vista del suelo y alegrarme de conocer a Julio Relova.

Lo mejor es que encontré la historia que buscaba para mi novela. Ver a Carolina en acción fue, sin ser yo consciente en aquel momento, la primera piedra. También me había propinado a mí la bofetada que necesitaba para arrancar por fin. En ella estaba inspirada su protagonista, Roca. Una poderosa guerrera que no tiene ni idea de que lo es. La única persona sin superpoderes en un mundo donde todos los tienen, que termina siendo la única con la capacidad de salvarlo. Tomando como contexto el ejemplo con el que Santi explicó cómo me sentiría al salir de la cabaña y como referente a Sofía Noguera, la liberadora de mi liberador, conté la historia camuflada de un esclavo haciéndose pasar por libre. Mi historia y la de muchos otros que me rodeaban.

Volví a reconciliarme con mi hermano mayor. Seguía siendo la persona más parecida a mí de los que conocía y quien mejor entendía mis pequeños problemas de adaptación. Rara era la semana en la que no quedábamos como mínimo un par de tardes. La sonora carcajada que soltó cuando le conté los detalles de la noche de los perdigones me dejó bastante más tranquilo.

—No sabes lo que me alegro de que esos pijos la cagaran así. Deberías contarlo en la camarilla y que se les castigue como merecen.

—No. Es mucho mejor tenerlos como los tengo ahora, sabiendo que puedo destruirlos cuando quiera.

—Bueno, lo contará la chavala cuando acabe la crisálida.

—Puede ser, pero de esa forma ni siquiera podrán culparme por traicionarlos.

—Sí, señor, Julio. Son todo ventajas.

Desde que me convertí en testigo de aquel desastre de plan, desapareció mi acosador. Pensé que era la prueba de que aquel grupo había sido quien lo había contratado y que mi hermano no tenía nada que ver. Me quedó claro que Santi no era de ningún bando. Él odiaba a la camarilla entera menos a mí, que más que como un miembro me consideraba un topo de su lado. En parte, yo también me sentía un poco de esa manera.

Dentro de la organización de los pájaros azules, con el respeto obligado de los que me debían su puesto, me convertí en un miembro activo y determinante. Tenía la confianza de Carlos y Estefanía, que no solo defendían mi nota de quien osara cuestionarla, sino que entendían que mi lugar estaba junto a ellos en la parte más alta del organigrama. Me advirtieron de que en cualquier momento podría ser uno de los pájaros que vuelan más alto. Por lo visto habían mostrado mucho interés en mí desde que se enteraron de mi nota. Cuando el resto de la cena azul se enteró de eso, empezó a tratarme con más aprecio de lo normal, como a un superior al que había que tener contento porque pronto tendría el poder de ascenderlos o despedirlos.

Continué con la tradición de comer cada domingo con los Cortés, afianzando el sentimiento de familia. Roberto había conseguido un aumento considerable en la asignación que le daban los pájaros gracias al éxito de mi liberación y eso ayudó con las facturas de la universidad de Gema. Yo, que ganaba muchísimo más de lo que podía gastar, empecé a insistir en pagar la cuenta, pero el orgullo maternal de Luisa le impedía aceptarlo. Igualmente tenía la necesidad de compensarles y decidí hacerles regalos caros. Por ejemplo, le compré a Simón su primer coche de segunda mano.

Algunos lunes llevaba a la pequeña Blanca al cine y después la invitaba a un helado. Pasar tiempo con la niña se fue haciendo cada vez más necesario porque era la toma de tierra que me impedía perder el control. Una brújula iluminada dentro de esta oscuridad que ya apenas me daba miedo. Era totalmente consciente de que las tardes

con ella y todas sus brillantes reflexiones eran gasolina para mi libro.

—¿Cómo te cae a ti ese tal Julio? —me preguntó una vez.

—Cada vez mejor.

Fue en esos días felices, a las puertas del invierno, cuando me cambió la perspectiva; cuando pasé de sentirme abandonado en casa a disfrutar de la tranquilidad que me aportaba aquella soledad doméstica. Fue el momento en que empecé a envalentonarme. Un esclavo vive con un miedo constante al error, pero una persona libre vive asumiendo riesgos para conseguir objetivos. Me propuse lanzarme a ese abismo sin red asegurada, sabiendo que el golpe podría ser doloroso, pero nunca mortal.

Quise empezar pidiéndole una cita a Candela, la chica de la cafetería. Durante aquellos meses, nuestra relación había avanzado bastante. Nos aprendimos nuestros nombres y dejó de necesitar que le dijese qué quería tomar. No mejoró en la ejecución, pero tenía claro cómo pedía el café. Ambos nos alegrábamos de vernos y nos echábamos de menos cuando no coincidíamos.

Un día terminó su turno cuando yo aún estaba en mi mesa y me ofrecí a llevarla a casa. Aparcados delante de su edificio, estuvimos casi una hora hablando de nosotros. Fue la primera vez que le conté la historia de mi padre profesor y mi madre psicóloga fallecidos en un accidente ficticio. Antes de bajar del coche, nos despedimos con un par de besos en la mejilla. Fue algo insignificante pero especial, porque no era algo que hubiéramos podido hacer en la cafetería como camarera y cliente. Me dijo que sus días libres eran los lunes y me quedé mirándola hasta que entró en su portal.

Hasta con mi escasa capacidad para captar señales sociales, sabía que era una partida ganada. Después de tanto tiempo, los dos teníamos clarísimo el interés mutuo por seguir conociéndonos más allá del bar. Aun así, teniendo segura una respuesta positiva por su parte, esperé casi un mes a dar el paso y no me atreví a hablarle de ello hasta que recogió de mi mesa la tercera taza de café de aquel día.

—Candela, tu día libre es el lunes, ¿no?

—Sí, claro —respondió extrañada a mi pregunta retórica—. El día que cerramos.

—Había pensado que…, si te apetece… —Me di cuenta en ese momento que no había pensado en cómo decirlo—. Que no tiene por qué ser este lunes…

Me miraba en silencio, esperando mis previsibles siguientes palabras. Su gesto burlón me dio a entender el ridículo que estaba haciendo, así que volví a empezar. Me preocupaba acabar tropezando en medio de una batalla vencida, pero todas las primeras veces me ponían nervioso. Disimulé mi inseguridad como pude.

—A ver…, hace casi un año que vengo a escribir aquí.

—Sí. —Era un «sí» de meter prisa.

—Y creo que hemos conectado desde el principio… casi, ¿no?

Asintió de nuevo, como sabiendo que necesitaba ayuda para terminar el discurso. Pero volví a perderme, me arrepentí de haber empezado de esa forma y me tomé algo de tiempo para pensar en otro principio mejor. Quizá demasiado.

—Julio, se supone que estás intentando pedirme una cita, ¿no?

—Sí —dije con mueca de haber errado el tiro.

—Joder, ya era hora. —Rio como quitándose un peso de encima. Y yo también.

Candela solía dejar sus asuntos familiares para los lunes, así que tuvimos que posponer la cita dos semanas. Estaba bastante ilusionado. La chica me gustaba mucho. No notaba esas mariposas en el estómago que había leído tantas veces en novelas románticas, pero me resultaba fácil y agradable imaginarme a su lado, recostados uno sobre el otro en mi sofá, acabando de una vez por todas con mis noches solitarias. Pensé que, además, eso haría que aquella salvaje de ojos verdes dejase de visitarme en sueños de una vez por todas.

Reafirmé lo que le había dicho a Blanca. Ese tal Julio me caía cada vez mejor.

1. Hermana menor

Recibí una llamada de la jueza Estefanía avisándome del inminente final de la crisálida de Carolina. Mi labor como hermano mayor, tal y como hizo Santi conmigo en su día, era recogerla y traerla de vuelta a casa contestando todas sus preguntas y preparándola para la siguiente fase. Por debajo de mi puerta azul, pasaron un dosier de la chica con toda la información necesaria para poder guiarla a partir de entonces.

«Carolina. ESP1885AB+. Especialidades: servicio doméstico, protocolo, niñera, cocina, limpieza, mecánica básica, conducción, jardinería y socorrismo». Era preparadora física y escolta. Manejaba a nivel experto cinco estilos de lucha diferentes. Teníamos prácticamente los mismos cursos y talentos. Llevaba mucho tiempo esperando el momento de recogerla y conocerla por fin como era debido.

Me monté en el coche con el teléfono móvil que le había comprado y aproximadamente el mismo dinero que recibí yo cuando me fueron a buscar. Había preparado una lista de reproducción para el viaje con mis canciones preferidas. El sol de invierno hacía más bonito de lo normal el paisaje que veía junto a la autovía. Desde luego, era un gran día para volver a salir al mundo. Estaba contento. A menos de una semana de mi cita con Candela y a unos capítulos de terminar el primer borrador de mi novela. Seguía feliz, dejándome enamorar por la hermosa sonrisa que me dedicaba la vida últimamente.

El camino hasta la casa de la playa donde Carolina había pasado la crisálida me pareció mucho más corto que la última vez que fui, pero más largo que la última vez que volví.

Había estado pensando en los detalles que debía tener en cuenta. Mi salida estaba lo suficientemente reciente como para recordar los aciertos y fallos de Santi. Escogí ropa informal pero elegante, quería darle buena impresión, pero que no pensara que era uno de esos estirados de la cena. Necesitaba que se sintiera cómoda, con alguien igual que ella. Tenía el sobre azul que Raquel Carrillo, su liberadora,

me había dado en nuestra última reunión para que la chica no tuviese miedo a abrirme.

Aparqué delante de su entrada y me acerqué despacio, seguro de que me estaba mirando desde detrás de alguna cortina. Metí la nota bajo su puerta y me quedé esperando un rato hasta que abrió desubicada. Le había crecido bastante el pelo, que resultó ser rizado y rubio. Vestía un chándal gris manchado y no paraba de hacerme preguntas profundas con la mirada.

—Hola, Carolina, soy Julio. Vengo para llevarte a casa.

—Ah… —Se quedó unos segundos mirándome—. Eres el chaval de la cena.

—Sí, soy yo. —Sonreí porque sabía lo importante que era ver esa mueca en su estado—. Recoge tus cosas, ya has acabado aquí.

—Vale.

La chica tenía la mirada perdida con la que se acaba el proceso y aun así estaba mucho más entera de lo que yo estaba cuando me recogieron. Necesitó un momento para ponerse en marcha, se giró y se quedó unos segundos frente al salón desordenado.

—Tranquila, no hay prisa. —Pasé dentro—. Te espero por aquí.

Carolina se dirigió a la escalera acelerando paulatinamente el ritmo, ganando confianza paso a paso. Subió al piso de arriba y, cuando estuvo fuera de mi campo de visión, escuché gracias a sus pisadas cómo terminó casi corriendo. Me resultaba interesante comprender los procesos que estaba atravesando; cómo iba asimilando la noticia, entendiendo lo que significaba volver al mundo y dejándose arrastrar por la emoción.

Me paseé por el piso de abajo, mirando los restos de su crisálida. Como todos en la etapa del aislamiento, dejó de recoger y limpiar la cabaña hacía meses. La basura se mezclaba con los libros que había terminado, aunque aún quedaban algunos en las cajas. Tardé un poco en comprender que la peculiar colocación de los muebles tenía sentido para hacer ejercicio y mantenerse en forma dentro de las limitadas condiciones que le permitía su reducida cárcel junto al mar. Había marcas de puñetazos en la pared y cuchillos escondidos por cada rincón, preparados para defenderse de lo que fuera la pillase donde la

pillase. Había un enorme mueble bar bloqueando la puerta trasera. La nevera estaba casi vacía, solo quedaban algunas latas de conserva en la despensa. Había estrellado comida, platos y demás objetos contra el suelo. Una manta en el sillón me recordó mis últimas noches de encierro. La chica había sobrevivido a la pesadilla con heridas parecidas a las mías.

Intenté imaginar aquel coqueto salón antes de la feroz reclusión y luego recordé que era alquilado. Me alegré de la tarea que conllevaría dejar todo como estaba hasta que fui consciente de que le tocaría hacerlo a los esclavos no liberados al servicio de los que sí lo estaban. El sonido de los pasos bajando escalones me obligó a recomponerme.

—Estoy lista. —Llevaba una mochila y una mueca mucho más relajada.

—Pues nos vamos.

Subimos al coche. A diferencia de mí, ella no miró atrás en ningún momento. Los minutos recogiendo su equipaje ya habían supuesto demasiado tiempo extra de infierno.

—No hubiera soportado un día más —soltó.

—Yo creo que sí. —Empecé con todo lo ensayado—. ¿Sabes qué día es hoy?

—El mejor de mi vida. —Me descolocó.

—Te entiendo perfectamente. —Reímos—. Se hace largo.

—Eterno. Sobre todo, los últimos meses.

—Era parte del proceso, ¿sabes?

—Claro que lo sé. Demasiadas trampas seguidas para no ser previsibles.

—Sí, tienes razón. —Me hizo sentir un completo idiota.

—Eso no quita que haya sido horrible.

—Lo sé. Pero te ayudará bastante en todo lo que viene. Aunque suene raro, hay algo de aislamiento en la primera fase de la libertad. Cuando me lo dijeron a mí, me pareció una tontería, pero sí que me ha costado bastante adaptarme.

—Ahora se te ve feliz —soltó.

—Sí…, lo estoy. Más que nunca, la verdad.

—Se te nota.

La chica me sonrió y miró hacia su puerta. Encontró el botón para bajar la ventanilla y cerró los ojos, disfrutando el viento marino que le acariciaba la cara. Le di unos minutos antes de seguir con la lección.

—¿Te has leído el tomo de *Superman*?

—No. Me han quedado unos cuantos libros y pelis, no me daba tiempo.

—Ya… —Estaba seguro de que lo raro era lo mío. Tuve que inventarme mi propia metáfora—. Tú eras de otra familia antes que de los Carrillo, ¿no?

—Sí, de los Polo.

—¿No te pasó que recién llegada a la nueva casa tenías la necesidad de hacer todo bien? ¿No estabas deseando demostrar tu valía?

—Un poco sí… —contestó insegura después de pensárselo.

—¿Te acuerdas de ese primer día en el que improvisas un servicio antes de que te lo manden y esperas no estar cometiendo un error? ¿Lo difícil que es hacerlo bien y rápido cuando no sabes dónde están guardadas las cosas? ¿Lo despacio que pasa el tiempo desde que terminas hasta que uno de los nuevos dueños te saca de dudas? ¿Te acuerdas de lo raro que es estar aburrida y nerviosa a la vez?

—Como si hubiera sido esta mañana —dijo muy seria.

—Pues el principio de la liberación es un poco así, pero nunca llega la respuesta. Nadie te va a decir si lo has hecho bien o mal, y hay que aprender a asumirlo.

—Pues vaya…

—Aun así, es mucho mejor que ser esclavo. —Sonreí.

—Y que el aislamiento este, seguro. —Reímos.

—La crisálida es un examen. Cada trampa que te han puesto es para ver cómo te enfrentas a ellas y ponerte nota. De esa nota dependerá tu vida cuando te liberen.

—Me da un poco igual la nota. —No mentía—. Vivir en la calle buscando comida en la basura ya me parece un cambio a mejor.

—Pues también es verdad. —Repasé mentalmente todo lo que

tenía que hablar antes de llegar al destino—. ¿Cómo te fue con la jueza Casares?

—La vieja, ¿no? —Asentí—. Me pone muy nerviosa la gente que me habla como si aún fuera una niña. ¿Cuál era su trampa?

—La esclava que iba con ella. ¿Intentaste ayudarla en algún momento?

—No. Lo pensé, pero me recordaba a una compañera que tenía en casa de los Polo. Era mayor también y odiaba que los jóvenes la ayudásemos. Nos decía que ella todavía podía hacer su trabajo y que nuestra solidaridad la dejaba fatal delante de sus dueños, que no quería que la consideraran una inútil. Pensé que la mejor forma de ayudarla era no hacer nada.

—Pues enhorabuena, la mayoría cae en su trampa. Ya tienes mucho ganado.

—Bueno, también me dijo que le había hecho muy pocas preguntas. Pero es que no necesitaba saber más.

—Luego está la trampa del falso antenista.

—Sí. —Cambió de mueca—. La verdad es que en esa no estuve muy fina. Fui un poco desagradable con el tío, pero es que… hacía demasiadas preguntas. Cuando se puso a hablarme mal de los esclavos terroristas, ya me caía tan mal que me puse un poco radical.

No pude evitar dejar escapar la risa que me produjo imaginarme la escena que Carolina acababa de narrar. Era evidente que lo había intentado suavizar, así que me imaginé a Carlos Bastida asustado y a punto de abandonar el personaje. A ella le valió el recuerdo y mi carcajada para contagiarse.

—Me hubiera encantado verlo —dije.

—Ya lo creo, fue un espectáculo —contestó.

Tuve que volver a ubicarme en los apuntes mentales que traía de casa para encauzar la conversación después de aquella risotada.

—Lo importante es que has completado la crisálida. Hay muchos que no lo consiguieron.

—¿Y qué hicieron? —Por fin una pregunta que esperaba—. ¿Se escaparon?

—Algunos sí. Y no los han encontrado. Otros suspenden y la

repiten después de que los pájaros vuelvan a prepararlos para ello, aunque esos ya tienen menos derechos que los que aprueban a la primera.

—Pero son libres, ¿no?

—Sí, claro. En cuanto a los derechos, me refiero a poder ascender dentro de la organización o tener la posibilidad de liberar a otro esclavo.

—Eso me da igual, lo único que no quiero es repetir este infierno de nuevo.

—Te entiendo.

—¿Sabes que los pájaros me pegaron un tiro en la pierna?

—¿Qué? —Fingí una creíble cara de sorpresa.

—Mira. —Se bajó el chándal para enseñarme la herida curada de su muslo. Fue un movimiento osado que hizo que me esforzara por no parecer incómodo al tener una chica con el pantalón por las rodillas en el asiento del copiloto.

—Te curaron, ¿no? —dije después de un rápido vistazo.

—Sí, mandaron un sanitario al día siguiente. —Se subió de nuevo el chándal—. Una noche vi un grupo de gente armada fuera de la casa y salí a por ellos. Dejé a dos inconscientes y otra mujer que estaba por allí me disparó. Se inventó que se le había escapado y que estaban defendiéndome de no sé qué. Mentía fatal.

—Madre mía…

Estuve tentado de sincerarme y confesarle que yo era uno de esos intrusos armados, pero no quise arriesgarme a que pensara mal de mí. Al fin y al cabo, yo estuve en contra de aquella excursión desde el principio. Seguí con gesto de no haberme enterado de nada.

—Sería justo antes del aislamiento, ¿no?

—Sí, el sanitario fue el último ser humano que vi antes que a ti.

—Suelen hacerlo para justificar esa fase del proceso, para intensificar la tensión dejándote con esa sensación de amenaza externa.

—Yo la pasé sabiendo que era mentira, así que estuve más aburrida que asustada.

—Conmigo sí lo consiguieron.

La chica no contestó. Volvió a mirar por la ventanilla durante un buen rato. Quizá sintió lástima por mí, imaginando lo oscuro que debe resultar el aislamiento si se le suma el miedo. Repasando todo lo hablado, me quedó claro que éramos personas bastante más diferentes de lo que esperaba. Carolina era más práctica, más valiente y mucho menos reflexiva que yo. Era dura, astuta y muy intuitiva. Éramos tan contrarios que, de alguna forma, conectábamos en el extremo más lejano. Aquel viaje en coche la consolidó como inspiración principal de la protagonista de mi novela.

—¿Y ahora qué viene? —preguntó volviendo a mirarme.

—Ahora pasarás unos meses como invitada en casa de los Carrillo. Te vendrá bien convivir con otros como persona libre hasta que llegue la próxima cena.

—Pero el resto de los esclavos de la casa me conocen, eran mis compañeros.

—Ya no. Según la información que tengo —que leí en el dosier —, el servicio que trabajaba contigo ha sido vendido. Ahora todos son nuevos.

—Vaya. —Diría que le molestó sentir alivio por una noticia tan desagradable.

—En la próxima cena azul serás como yo en la anterior, el pájaro que va a ser liberado de forma oficial mientras se conoce al siguiente pichón. Cuando termine, llegará el momento de la evaluación de tu crisálida y, según la nota que saques, te mandarán a una casa más o menos grande.

—¿Pero mía?

—Sí, tuya. Tu casa de persona libre.

Se le escapó una sonrisita cuando pensó en ser la dueña de algo. Quise ser más claro que Santi para que estuviese más preparada de lo que estuve yo. Carolina era demasiado impulsiva como para hacer de cada nuevo paso una sorpresa.

—De tu nota dependerán muchas cosas importantes de tu futuro libre. Como a qué te quieres dedicar, por ejemplo. No digas que te lo he dicho yo, pero, cuando llegue el momento, ese disparo en tu pierna serán puntos extras. Utilízalo.

—¿A qué te refieres?

—A que el grupo que fue cometió muchos errores. Haberlos visto y golpeado hará que los penalicen. Imagínate la vergüenza que provocará a la organización que te hayan disparado. Eso hará que se porten bien contigo.

—¿Los estás traicionando?

—Solo a los que se lo merecen. Igualmente, tú puedes hacer lo que quieras, yo solo te doy un consejo de hermano mayor.

—Ah, sí… La vieja me dijo que el tercer sabio que me visitaría sería algo así como mi hermano mayor.

—Exacto —dije con orgullo.

—No entiendo muy bien lo que significa eso.

—Básicamente, el pájaro recién liberado es guiado por el anterior. Yo seré como tu maestro protector en el mundo libre. Estaré siempre ahí para cualquier pregunta que te surja o lo que sea que te haga falta. Mi hermano mayor ha sido muy importante para mí durante todo este tiempo, yo espero serlo también para ti.

—Pensaba que de eso se encargaría mi antigua dueña.

—Sí, yo también lo pensé del mío. Pero solo te llevo un año de ventaja y tengo más reciente el impacto contra el mundo real de nuestros tiempos.

—Claro, prefiero mil veces que seas tú, la verdad.

—Abre la guantera.

La chica obedeció y sacó la caja del móvil que le había comprado. Repetí casi palabra por palabra lo que me dijo Santi en su día.

—Ese teléfono es para ti. En la agenda ya tienes grabados dos números: el tuyo y el mío. Llámame cuando lo necesites, a cualquier hora.

—Vaya, gracias. —Miraba su regalo como una niña feliz.

—Tengo que reconocer que me alegré mucho de que fueras tú mi hermana pequeña desde que respondiste las preguntas de la jueza en la cena. Me caes muy bien, Carolina.

—Pues me quedo más tranquila, porque yo tengo que reconocer que soy bastante intensa y seguro que te reviento a llamadas.

—Para eso estoy.

Después de aquello, seguimos charlando como si hiciera años que nos conociéramos. Haber atravesado el mismo túnel del terror, comprender con tanta exactitud lo que sentimos en uno de los momentos claves de nuestra vida, hacía surgir una confianza muy similar a la que deben tener los hermanos. Teníamos la sensación inmediata de estar en el mismo equipo y que solo juntos podríamos competir contra el resto.

—Y después de un año viviendo en libertad… ¿Cómo dirías que es el mundo?

—Vaya…, es una pregunta un poco gigantesca, ¿no?

—Bueno, tengo muchísimo tiempo para la respuesta. —Se recostó en el sillón.

Intenté encontrar mentalmente la manera de empezar a contestar. La inmensa campiña que rodeaba la autovía sirvió de inspiración para contarle la feliz perspectiva que tenía justo en aquel momento.

—Es tan grande que parece infinito, porque para alguien como tú y como yo hasta las partes más pequeñas parecen enormes. Es precioso a pesar del extraño empeño de algunos humanos en afearlo. Cuando seas libre, te darás cuenta de lo largos que pueden ser los días en realidad y del gran pedazo de tierra que te pertenece. Y el momento en que tus raíces dejen de hacerte una persona insegura, a fuerza de visitar lugares donde antes te prohibían la entrada, comprarte un capricho en cualquier momento, sintiendo que otra persona se siente atraída por ti o puedas permitirte sonreírle a alguien que te atraiga. A fuerza de por favores y gracias recibidos por los que antes ni siquiera se dignaban a mirarte, empezarás a disfrutarlo y sufrirlo en todo su esplendor. Lo único que a veces te entristecerá será el pensamiento de no haberlo hecho durante la niñez. Aprenderás a ser egoísta, lenta, irresponsable, a desobedecer y a perder una tarde entera sentada. Solo entonces tendrás la seguridad de mezclarte a la perfección con el resto de la gente libre. Ellos son la parte más compleja e imprevisible del mundo. Capaces de declarar guerras, de matarse unos a otros por beneficios materiales, de sacrificar a un

compañero para salvarse, de mentir, robar o destruir por puro egoísmo. Pero también de ser solidarios, ayudar a desconocidos, inventar algo que mejore la vida del resto, crear obras artísticas que hagan incluso más bonito todo. Es una jungla llena de flores de colores y tallos con espinas, de depredadores y presas, de cálidas madrigueras y lodazales, de ríos con agua potable para todo el que tenga sed y de montañas con dueños feroces, de peligros y aventuras. Pero, sobre todo, llena de posibilidades. El cambio más importante para los que son como nosotros es asimilar que ahora tenemos la opción de luchar por cumplir un sueño. Que fantasear y desear algo deja de ser ciencia ficción.

—Me encanta. —La chica sonreía emocionada—. Es incluso más y mejor de lo que necesitaba escuchar.

—Pues ha sido un resumen cortito. De todas formas, te recuerdo que el principio es complicado. Se tarda un poco en averiguar la velocidad a la que hay que vivir para encender la luz y aceptar que te mereces todo eso.

—Oye, qué bien hablas. Deberías escribir un libro.

—Debería. —Sonreí.

El resto del trayecto apenas tuvo silencios. Compartimos anécdotas de crisálida y de lo sospechosos que parecían nuestros últimos dueños antes de saber que iban a liberarnos; de todo lo que había pensado hacer con su vida después de aquello, de mis torpes y patéticas aventuras como inexperto hombre libre.

Cuando paré el coche delante de la fachada de los Carrillo, ya nos sentíamos muy cómodos juntos. Al final, el viaje se nos terminó haciendo corto. Le entregué el sobre con su primer sueldo y nos dimos un abrazo fraternal.

—Recuerda que puedes llamarme cuando te haga falta, cuando sea —le dije.

—Tranquilo, lo voy a hacer. —Abrió la puerta para salir.

—Disfruta este tiempo con la familia, después de la cena me verás más a menudo.

Bajó del coche, cogió su mochila del maletero y volvió a asomarse por la ventanilla del copiloto con una sonrisa que habíamos

ido fabricando durante el viaje.

—Tengo que reconocer que me alegro muchísimo de que seas mi hermano mayor.

—Más te vale. —Sonreí—. Mucha suerte, Carolina.

—Gracias, Julio.

—Hablamos pronto. —Arranqué el motor.

—Más te vale.

1. Primera cita

Llegué casi veinte minutos antes de la hora a la que había quedado con Candela. Aún mantenía esas costumbres de esclavo. La mayoría de las veces resultaban prácticas en la vida libre, pero en ocasiones eran como un tiro en el pie. Mi cita llevaba diez minutos de retraso y eso había incrementado mis nervios de forma considerable. Había elegido un vestuario moderno y elegante, pero tal vez demasiado abrigado para esperar media hora dentro de un coche aparcado al sol. Otra de esas manías de siervo era la de adelantarme a todas las posibilidades de fracaso, y ese día eran muchísimas. Sin embargo, fue imposible estar preparado para aquel fatídico lunes que estaba a punto de aplastarme y cambiarlo todo para siempre.

Candela salió dejando claro que había valido la pena cada segundo extra de espera. Deslumbró también a todos los vecinos de camino al coche. Cuando subió y me sonrió a menos de un metro, sentí lo mismo que cuando vi el primer amanecer sobre el lago junto a la cabaña de los Cortés.

—Perdona el retraso, ¿llevas mucho esperando?

—Qué va —mentí.

Tenía reserva para comer en un exclusivo restaurante que me recomendó Santi para impresionar a mi acompañante. Estaba en el centro comercial más caro de la ciudad, inaccesible para muchos bolsillos, construido sobre el río que dividía los barrios ricos del resto. Candela me confesó que solo estuvo allí una vez hace años. La gente que no podía permitirse sus precios lo visitaban como si fuera un monumento, solo para verlo por dentro. Así que de alguna forma sí que era una especie de parque temático para que la gente humilde fantasease con una vida que jamás podría permitirse.

Dejé el coche en el parking subterráneo y me alegró ver que no llamaba la atención entre todos aquellos deportivos y berlinas de alta gama. La escalera que nos sacaba del aparcamiento ya era el sitio más lujoso en el que me había subido nunca. Cuando llegamos a la primera planta, tuve que mirar las puertas de las tiendas para descartar que

nos hubiéramos colado en un palacio de cuento. Solo caminar por sus luminosas galerías te hacía sentir un impostor. Por suerte, el destino había querido que mi cuenta bancaria estuviese a la altura.

Subimos a una zona de terrazas con vistas al río y encontramos el restaurante. Me acerqué a uno de los uniformados camareros que me atendió con una de las mejores sonrisas falsas que había encontrado en el mundo libre. Supuse que por eso estaría allí.

—Disculpe, tenemos una reserva.

—¿A qué nombre, caballero?

—Julio Relova —solté sin tener que pensarlo. El tipo me encontró en una lista.

—Sí, aquí está. Síganme, por favor.

Nos acompañó hasta una de las mesas colocadas estratégicamente para disfrutar el paisaje. A diferencia del resto de camareros libres con los que me había topado, este era bastante habilidoso. Se movía con soltura y velocidad entre las mesas, recogía platos vacíos sin hacer ningún ruido y controlaba mentalmente las necesidades de todos los clientes sentados en su amplio territorio. Su trabajo era impecable, tanto que me hizo sospechar que habría sido un esclavo antes de la persona que tenía delante.

—Julio —Candela estaba leyendo la carta del restaurante—, lo que está junto a los platos… ¿es el precio o su número de teléfono?

Soltamos una escandalosa carcajada a dúo que hizo que la mitad de los comensales del local se girase para mirarnos. Por mucho que pudiéramos pagar la cuenta, éramos unos farsantes rodeados de ricachones desconfiados. Nos dimos cuenta e intentamos la imposible tarea de detener la risa, convirtiéndola en gruñidos aún más incómodos. Necesitamos unos minutos para recomponernos.

—Oye, esto es genial, pero me hubiera valido una hamburguesería —me dijo.

—A mí también. —Es que era mi primera cita. De mi vida—. Lo que pasa es que llevamos un año viéndonos todos los días en un bar, tenía que llevarte a un sitio diferente. Pero la segunda cita comemos hamburguesas.

—Trato hecho. —Sonrió por la propuesta de otra cita y yo

porque eso la hiciera sonreír—. Pero ese día pago yo.

Pedimos el menú degustación y nos divertimos fingiendo saber de vino antes de pedir el que tenía el nombre más divertido. Todos eran carísimos, así que supongo que cualquier opción hubiese sido buena. Cuanto más rato pasaba con Candela, más a gusto me sentía. Pensé que me gustaba lo suficiente como para llegar a enamorarme con el tiempo. Y podría salir bien, porque lo que más me gustaba de ella era cómo me miraba.

—Perdona, hace muchísimo tiempo que no tengo una cita —dijo tras mancharse.

—Pues yo ni te cuento.

Era perfectamente consciente que reconocer no haber tenido ningún contacto romántico en casi veinticinco años era demasiado extraño como para que no se hiciese preguntas. Estaba deseando experimentar unas cuantas primeras veces con ella, pero cuanto más cerca las veía, más nervioso estaba. Por muchas vueltas que le había dado, no encontré ninguna excusa realista para justificar mi nula experiencia general.

El sonido de un móvil vibrando nos hizo pausar la conversación y el almuerzo. Candela sacó su teléfono tras escarbar unos segundos en su bolso y cambió el gesto cuando vio quién la llamaba. Suspiró como si no tuviese opción de esquivar aquella interrupción.

—Perdona, es la cansina de mi madre. Si no lo cojo, da por hecho que me han asesinado. —Tuvo que soltar una risita para que me quedara claro que bromeaba. Descolgó y contestó cambiando el tono a uno más amable—. Dime, mamá.

Mientras hablaba, giré la cabeza para mirar por primera vez desde que me senté las vistas al río. No estaban mal, pero el sol de cara me hizo buscar otro paisaje. Observé la clientela que pasaba cerca de la terraza paseándose de tienda a tienda. Era fácil diferenciar a los que podían comprar y a los que disimulaban haciendo que no encontraban nada interesante. A los que no les importaba pasearse por allí con un chándal que en realidad costaba una fortuna y a los que se les había ido la mano con el disfraz y parecían recién salidos de un bautizo de pueblo. Me resultó interesante lo bien que se me daba

distinguir a cuál de los dos equipos pertenecía la gente. Me divertí con aquel juego improvisado hasta que se cruzó alguien que no pertenecía a ninguno de los dos y que me erizó el vello de la nuca cuando reconocí su cojera característica.

—Perdona, he visto a un conocido pasar. Voy un momento a saludarlo —le dije a Candela, que asintió aún con su teléfono en la oreja.

Me levanté y salí de la terraza detrás del tipo rapado, de abrigo y gafas oscuras, que había estado controlando mis primeros pasos sin cadenas. No se me habían olvidado sus pintas desde que lo descubrí observándome en aquel bar ni el coche al que perseguí cuando comprobé que antes me estaba siguiendo ni el rastro en el aire de aquel perfume extraño en casa. El tipo iba con el paso acelerado, pero caminaba más despacio que yo. Estaba seguro de que no me había visto. Hacía mucho que había dejado de molestarme y, aun así, sentí la necesidad de enfrentarme a él; de mirarle a los ojos y, aunque tenía bastante clara la respuesta, preguntarle quién lo había mandado para escucharselo decir en voz alta. Demostrarle que sabía quién era, lo que había hecho y que también podía ser capaz de encontrarlo. Necesitaba ponerle ese punto y final al capítulo de mi vida que él protagonizaba para poder pasar la página del todo.

Lo vi dirigirse a la escalera que bajaba a una de las salidas peatonales del centro comercial, así que aceleré el paso para alcanzarlo antes de que llegase. Cuando estuve a su altura, le toqué el brazo y se giró violentamente antes de poder decirle «perdone».

—¿Qué…? —En su gesto vi cómo me reconocía en segundos—. ¿Qué quiere?

—¿Sabe quién soy?

—No tengo ni idea. —Intentó seguir su camino, pero volví a detenerlo sujetándolo de la manga—. Suélteme, no le interesa montar un espectáculo.

—Yo sí sé quién es usted —solté en tono amenazante.

—Lo dudo mucho —contestó impertérrito. Luego se acercó sutilmente a mi oreja y susurró—: Cuide bien sus espaldas, no soy yo el que debería preocuparle.

Después de esto, se giró y siguió andando hacia la escalera. Me dejó paralizado, pero no solo por su mensaje, también por lo que descubrí cuando tuvo su cara a escasos centímetros de la mía. No utilizaba el mismo perfume que la persona que se había colado en mi casa, y eso magnificaba lo que acababa de decirme.

Seguí mirándolo instintivamente, intentando desatar los cabos que pensaba seguros para buscar el resto de detalles que también se me habían escapado. A mi intento por cerrar esta puerta acababan de salirle unas cuantas ventanas. Había sido derrotado en mi propio ataque por sorpresa y el cojo lo sabía tan bien como yo. Se giró y sonrió cuando comprobó que seguía congelado en el mismo sitio, con los ojos puestos en él.

Y entonces pasó.

Un ensordecedor estruendo acompañó a un fogonazo y a un montón de escombros saltando por los aires, llevándose por delante a algunas personas, entre ellas el tipo del abrigo. A mí me tiró al suelo algo que impactó en mi hombro izquierdo. Me levanté con dificultad. El hilo musical pasó a ser una desoladora mezcla de gritos y quejidos que sonaban tras el pitido en los oídos que me había dejado la explosión. Y ese infierno que escuchaba no era nada comparado con el que veía.

1. Caos

Un pitido, chillidos y toses.

El polvo en suspensión apenas dejaba ver el desastre. No estaba seguro de dónde había tenido lugar la explosión, pero la onda expansiva había lanzado con violencia enormes trozos de la estructura hasta donde yo estaba. La visión de aquella galería en ruinas era estremecedora. Había docenas de cuerpos tirados en el suelo, algunos se retorcían de dolor por un impacto, otros intentaban no asfixiarse en pleno ataque de ansiedad. Una mujer gritaba con medio cuerpo aplastado bajo un gigantesco bloque de hormigón que había volado desde el piso de abajo. Vi heridas muy graves entre los que no se movían.

Me extrañó sentir mojada mi mano izquierda y me asusté cuando comprobé que lo que parecía agua era sangre. Alguno de los fragmentos me había rozado abriéndome una brecha profunda debajo del hombro. No empezó a dolerme hasta que la vi, pero, mirando a los que se arrastraban a mi alrededor, me sentí afortunado.

Caminé hasta el lugar exacto donde había visto al tipo de las gafas oscuras por última vez. Solo encontré polvo y sangre. Tuve que seguir buscando un rato para encontrármelo a unos diez metros. El mismo objeto que lo había desplazado hasta allí le había partido el cráneo. Tras comprobar que había dejado de tener pulso, le registré el abrigo. Encontré un sobre lleno de dinero y su documentación: Alfonso Aramburu.

—¡Ayuda, no respira! —gritó detrás de mí una mujer.

Me giré y la vi ensangrentada junto a una señora tumbada en el suelo. No hacían falta conocimientos de medicina para saber que no iba a resucitar. Aquella escena triste y el sentimiento que me produjo me sacaron lo justo del trauma para aclararme la mente. Me acordé dónde estaba antes de todo esto y salí corriendo a buscar a Candela.

No había sido consciente de todo lo que me alejé del restaurante persiguiendo al tipo aquel. El camino no solo se me hacía largo por la necesidad de comprobar que la chica estuviera bien, también por el

desolador estado en el que se encontraba. Esquivé restos de lo que hasta hace unos minutos era un elegante centro comercial, y sangre, cuerpos inmóviles, gente quejándose o asistiendo a los heridos. También había personas confusas que deambulaban magulladas y manchadas, intentando asimilar qué estaba ocurriendo, buscando respuestas en la destrucción que los rodeaba.

Entonces escuché gritos diferentes. No eran lamentos, sino enérgicas directrices. En un primer momento, pensé que se trataría de bomberos y policía encargándose de las labores de salvamento, pero luego los vi. Eran los salvajes del bosque. Aquellas ratas entraban desorganizadas al edificio después de haberlo hecho explotar. Cargaban con armas muy dispares, algunos llevaban rifles y otros palos de golf. Me agaché tras un macetón gigante que había quedado intacto, quería verlos pasar y seguir mi camino hasta Candela pudiendo ubicarlos para esquivarlos.

Me dio la sensación de que recorrían la planta buscando a alguien concreto. Apuntaban a los que encontraban de pie y los obligaban a tirarse al suelo. Si hacía falta, no les importaba conseguir ser obedecidos con la ayuda de un culatazo. Un grupo de diez registró palmo a palmo la zona en la que me encontraba. Tuve que tirarme al suelo y fingir que estaba inconsciente cuando uno de ellos pasó justo a mi lado. Le bastó verme así para seguir de largo. Cuando escuché sus pisadas lo suficientemente lejos, volví a abrir los ojos. Ya no veía a tantos, supuse que se habrían separado.

Sabía que el mundo estaba plagado de ratas. Era evidente que existían muchísimos más esclavos fugados que liberados, que eran legión. Como me dijo Estefanía una vez, si tuviesen la capacidad de organizarse, serían invencibles. Pero eran bruscos y caóticos; animales que escaparon de su cautiverio y que no han dejado de correr sin pensar en la dirección. Aunque me sonaban algunas de sus caras, no estuve seguro de que fueran los que vivían cerca de la cabaña de mi crisálida hasta que vi al gigantón barbudo con el que me peleé la noche que los conocí. Por cómo daba órdenes, supe que sí existían categorías dentro de su sistema, y que la suya era superior al resto.

Cuando me aseguré de tener por delante una ruta despejada para

seguir mi camino hasta el restaurante, salí lo más rápido que el sigilo me permitió. Recorrí unos cincuenta metros más, pasando con cuidado por delante de los locales donde se habían metido los terroristas. Justo cuando llegué a la puerta correcta, vi que uno de ellos iba saliendo, así que volví a tirarme al suelo y hacerme el muerto. Supuse que esa sería la manera más segura de moverme por allí, agachado para poder fingir ser un cadáver lo más rápido posible. El que salió iba enfadado, murmurando algo.

—Estoy harto de esta mierda. Que te den por culo.

Desde mi posición escuchaba lo que pasaba dentro. Algunos gritaban asustados mientras otro los amenazaba. Reconocí entre todas la voz entrecortada de Candela, y esa sensación de peligro y culpabilidad me hizo levantarme y entrar sin asomarme antes.

Por suerte, el salvaje estaba de espaldas a la puerta y el griterío hizo que no escuchara mis pasos. Tenía a los clientes que quedaban conscientes de rodillas y con las manos en la cabeza mientras él se paseaba por delante con una escopeta de caza. Justo cuando entré, presionaba la frente de Candela con ella, dejándole marcados los dos orificios de los cañones. Mi cita, aterrada, lloraba con los ojos cerrados, negándose a mirarlo.

Busqué algo a mi alrededor con lo que pudiera enfrentarme a alguien armado, teniendo en cuenta que solo podía contar con uno de mis brazos. Agarré una de las modernas sillas de madera maciza y me acerqué a él sin hacer ruido. El resto de rehenes, asustados, hicieron lo posible por disimular, por fingir que yo no existía. Cuando estuve a dos pasos de su espalda, le soltó una frase a la chica que me aportó la rabia necesaria.

—Te pones guapísima cuando sabes que vas a morir.

Cogí el máximo impulso posible, aprovechando la inercia que me aportaba el giro completo de mi cuerpo y golpeé su cabeza con la silla todo lo fuerte que pude. El tipo se convirtió inmediatamente en un peso muerto chocando violentamente contra el suelo para no moverse nunca más. Aquellos a los que amenazaba unos segundos antes me miraron como a un sanguinario asesino que había resultado ser su salvador. O al revés.

—Julio, gracias a Dios. —Candela me abrazó cuando se dio cuenta de que era yo.

—¿Estás herida?

—No, estoy bien. Ahora estoy bien. —Justo en ese momento me vio en la mano la sangre del hombro—. Madre mía…

—Vámonos de aquí.

Una señora se agachó a coger la escopeta del terrorista y me dio las gracias con un gesto de cuello antes de que nos fuésemos. Miré a los dos lados de la puerta, no vi a ninguno de ellos. Salimos hacia la zona más alejada de la explosión, la que seguía tan entera como el momento en el que llegamos. Necesitábamos encontrar la manera de bajar hasta el sótano y aprovechar la velocidad de mi coche para alejarnos de aquel infierno en el menor tiempo posible. Aun atravesando el episodio más terrorífico de mi vida, había una microscópica parte de mí a la que el estado de Candela había tranquilizado.

Aunque el ascensor no funcionaba, vimos una señal que indicaba la dirección en la que podíamos encontrar unas escaleras de emergencia. No nos detuvimos, seguimos corriendo dejando que los chillidos de las víctimas se escucharan cada vez más bajos. A medio camino, tuve que explicarle a la chica mi infalible técnica de invisibilidad.

—Rápido, tírate al suelo y hazte la muerta.

—¿Qué? —Supongo que no es algo que se suela decir durante una primera cita.

Lo hice yo antes para que me imitase. Escuchando los pasos de otro grupo de salvajes, me di cuenta de dos cosas importantes: eran bastantes más de lo que pensaba y una pareja de muertos en la parte intacta del centro comercial podría llamar la atención más que encontrarlos bailando una bachata. Por suerte, no eligieron la dirección que les hubiera hecho cruzarse con nosotros.

Conseguimos llegar y bajar las escaleras de emergencia que daban directamente al parking. Me resultó inquietante el silencio de aquel acceso y cómo contrastaba con el jaleo del que veníamos. El eco de cada una de nuestras pisadas escalón tras escalón era como el

tambor tribal que musicaliza el peligro en una película de aventuras.

No fuimos los únicos en huir por el aparcamiento. Allí abajo, unos cuantos sacaban sus deportivos de lujo lo más rápido que podían. No parecía que los atacantes hubieran ocupado esa zona y, sin embargo, nos movimos rápido y agachados entre los coches. Cuando por fin llegamos al mío, mi mirada se detuvo en una matrícula cercana que reconocí. Tener el Ford de Roberto aparcado y vacío delante cambió en cuestión de milésimas de segundo mis prioridades y mi endeble sentimiento de victoria.

—¿Sabes conducir? —le pregunté a Candela.

—Sí, claro. —Me miraba sin entender la expresión de mi cara—. ¿Qué pasa?

—Ese es el coche de mi tío —señalé.

Ella asintió, disgustada pero comprensiva. Ya le había hablado de los Cortés. Después de la ficción sobre mis padres, me había referido a ellos como la única familia que me quedaba. Le hubiera gustado escapar de allí conmigo y tener la certeza de que ambos nos salvásemos, pero ella hubiera hecho lo mismo que yo en mi situación. Le di las llaves del coche sin pensar que aquella podría ser la última vez que la viese.

—Vete a tu casa. No te preocupes del coche, tienes que ponerte a salvo lo más rápido posible. Si alguien se te mete delante…, si intenta hacer que pares…

—Le paso por encima —contestó y sonrió dentro de sus posibilidades.

—Exacto. —Le devolví algo parecido a una sonrisa—. Siento que nuestra cita haya sido un desastre.

—Hay que reconocer que por lo menos tiene pinta de ser inolvidable.

—Eso es verdad.

Entonces me agarró la cara y me besó. Era más consciente que yo de las muchísimas posibilidades de encontrarse ante la única oportunidad de hacerlo. Es curioso cómo puede pararse el tiempo en el momento más difícil, cómo aquel oasis en medio de un desierto asesino me aportó la misma cantidad de felicidad que de miedo. Fue

inesperado y espectacular; como si, además del primero, fuese el último. No hicieron falta mariposas estomacales para comprobar que encajábamos a la perfección. Ni siquiera tuve que recordar lo aprendido en el beso ensayado con Gema y, gracias a eso, me di cuenta en ese momento de algo por lo que valía la pena seguir vivo. Cada beso está compuesto por las dos personas que lo dan y la mezcla de los dos estilos, la pasión y el contexto, por lo que nunca podrán existir dos iguales. Son como los copos de nieve.

—Hazme el favor de sobrevivir, ¿vale? —me dijo al separarse.

—Te lo prometo.

No volví a ponerme en marcha hasta que la vi conduciendo directa a la salida. Utilicé de nuevo las escaleras de emergencia para llegar a la segunda planta. El centro comercial era un lugar gigantesco y, en ese momento, se encontraba en unas condiciones nefastas. Encontrar a Roberto iba a ser una tarea complicadísima, pero tenía que intentarlo. Además, no sabía si habría venido solo o con alguien más de la familia. Si estaba en la parte menos afectada por la explosión o intentando respirar semiaplastado por un trozo de muro. Si seguía vivo, tenía que encontrarlo. Si estaba en peligro, tenía que salvarlo.

Salí por la zona de las terrazas en el piso más alto. *A priori*, no vi a nadie que supusiera un riesgo. Solo heridos tumbados en el suelo con más o menos capacidad de retorcerse. Recorrí todo aquel desastre atento a cada rincón, entrando en cada uno de los locales que ya habían registrado los salvajes. Empezaban a escucharse sirenas de policía y ambulancia a lo lejos, y eso hizo más fácil desatender a todos los que me suplicaban ayuda durante mi búsqueda.

Bajé a la primera planta, la central. En un primer vistazo comprobé que los estragos de la explosión eran bastante más graves allí. Había mucho más movimiento, de gente que ayudaba a otra a salir del edificio, pero también de salvajes que seguían buscando algo. Tuve que moverme con más cuidado, entrando en las tiendas de ropa carísima que los terroristas también estaban saqueando. Tuve suerte de recorrer más de la mitad del piso sin encontrarme frente a frente con ninguno de ellos. La velocidad que exigía la misión en la que

estaba no me permitía pararme demasiado tiempo a hacerme el muerto.

En un momento dado, dentro de uno de aquellos negocios, tuve que ocultarme tras uno de los mostradores. Una pareja de ratas armadas con *sticks* de hockey entraron agarrando de la muñeca a un niño de unos cinco años que no paraba de llorar. Aun sin saber qué intenciones tenían, la imagen me resultó durísima.

—Te lo he dicho, aquí ya hemos mirado —dijo uno, molesto.

—Vale, solo quería asegurarme. —Echó un vistazo rápido—. Pues nada, vámonos.

Lo inteligente habría sido mantenerme tras el mostrador, esperar un poco a que se fueran y seguir en busca de Roberto. Cada segundo contaba en aquellos momentos. Sin embargo, algo dentro de mí me gritaba que nunca podría perdonarme el no haber ayudado a aquel crío. Miré a los secuestradores. Tendrían unos treinta años y una complexión poco atlética. No estaban gordos, pero sí que se les adivinaba blandos bajo su ropa sucia. Miré fuera del local para asegurarme de que todo quedase en un dos contra uno y salí de detrás de mi escondite.

—Suelten al niño, por favor. —Se miraron confusos entre ellos.

—¿De dónde coño sale este?

—Encárgate tú —dijo el que agarraba al pequeño.

El tipo vino hacia mí cargando el palazo que pretendía darme, estaba solo a unos cuatro metros de distancia. Afortunadamente, era más rápido que él y esquivé el golpe con relativa facilidad. Con la inercia de su fallo, pasó de largo y se quedó de espaldas a mí. Le di un puñetazo en la oreja que lo desestabilizó y luego una patada en la rodilla. Cuando estuvo en el suelo con cara de no saber qué había ocurrido, le quité el palo y lo desconecté con un impacto en la cara. Su compañero tardó bastante en reaccionar.

—¡Cristo! —gritó mirando a su amigo con miedo, luego me miró a mí con rabia.

—No creo que Cristo le conteste —dije—. Suelte al niño.

Lo soltó, pero para venir a atacarme. Era incluso más torpe que el anterior y ahora yo también tenía un palo. Lo hice caer con un

golpe en las canillas durante su carrera que le hizo chocar de cara contra el suelo. No hizo falta más, se quedó inmóvil junto al otro. El niño había dejado de llorar, pero me miraba aterrorizado sin saber quién era el malo.

—Chico, tranquilo. —Me acerqué a él y le puse una mano en el hombro—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

Estaba en *shock*, así que lo cogí suavemente de la mano y lo acerqué a una puerta al fondo de la tienda en la que ponía «solo personal autorizado». Estaba abierta. Era un estrecho almacén lleno de estanterías y cajas sin desembalar.

—Quédate aquí escondido, ¿vale? —Asintió—. No salgas hasta que dejes de escuchar este escándalo. No te fíes de nadie que no lleve uniforme.

El chaval se metió detrás de una pila de cajas antes de que yo cerrase la puerta. Dejé el *stick* sobre los dos terroristas inconscientes y seguí mi camino un poco más tranquilo.

—¡Hay que irse, la policía está fuera!

El grito de uno de aquellos asesinos sonó bastante cerca de mi posición. Seguían allí, pero cada vez había menos. Esquivé otro grupo que pasaba ocultándome tras uno de los bancos de hormigón que estaban frente a las tiendas. Entonces escuché una tos que había escuchado antes. Roberto estaba justo detrás de mí, parcialmente cubierto por una de las enormes lámparas metálicas que se había descolgado por la explosión y le había caído encima. Me acerqué gateando hasta él.

—Roberto, soy yo.

—¿Qué haces tú aquí? —No le alegró mucho verme.

Tuve que utilizar toda la fuerza del brazo derecho para levantar la estructura de acero que lo aplastaba. Debajo de ella, había un charco de sangre y dos rodillas rotas. Hice un esfuerzo para que no me notase en la cara lo impactante que era su estado. Lo agarré por las axilas y lo arrastré con cuidado hasta la tienda más cercana. No quiero imaginar el dolor que le causó aquel movimiento para ponerlo a salvo. El grito que soltó por el camino se unió a la sinfonía de lamentos que sonaba a nuestro alrededor.

—Te he preguntado que qué haces aquí —dijo cuando ya estábamos dentro.

—Había quedado para comer con una chica.

Analicé las heridas de sus piernas. Los huesos de las rodillas hacia abajo estaban sueltos como los de un muñeco articulado que cede con el tiempo. Justo en uno de sus muslos había una herida que casi lo cortaba en dos horizontalmente. Estaba perdiendo mucha sangre, así que me quité la chaqueta y le hice un torniquete mientras me hablaba.

—Chaval, tienes que salir de aquí. Esto es muy peligroso.

—No me digas.

—En serio, hazme caso. Déjame y vete. —Me agarró con fuerza de la camisa y consiguió que lo mirase a la cara—. Julio, es muy importante que a ti no te pase nada. Los pájaros azules no pueden permitirse perderte.

—Ni a ti tampoco.

—Yo no soy nadie. Venga, márchate ya. —Aún me quedaban preguntas.

—¿Y Luisa y los chicos?

—Están en casa, tranquilo. He venido yo solo.

—¿Para qué? —Empecé a pensar en posibilidades.

—¿Qué?

—¿Para qué has venido?

—Vine a… cerrar un trato con un cliente.

—¿Con Alfonso Aramburu? —La expresión de su cara contestó por él.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Porque miré su documentación. Está muerto.

—Vaya… —Pareció darle lástima.

—Sabes que ese hombre me ha estado siguiendo, ¿no?

—Claro que lo sé. Lo contraté yo para eso.

—¿Qué? —No me podía creer la naturalidad con la que me soltaba esa bomba.

—Le pagué para que te siguiese y te protegiese de los demás.

—Pero… ¿quiénes son los demás?

—Pájaros, chico. Ya te lo dije. Pájaros para los que tu llegada por la puerta grande supone una amenaza porque los has puesto en evidencia. Como en todas las grandes organizaciones, se han creado bandos que se han polarizado aún más contigo. Hay gente que te quiere fuera y, por nuestra política, no existe forma legal de echarte. Me puse en lo peor, estaba asustado. Por eso contraté a Aramburu.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Pensé que él era la amenaza.

—Se suponía que no debías descubrirlo. No quería que tus primeros pasos como hombre libre estuviesen condicionados por el miedo. Tenía que protegerte hasta que te llamaran los que vuelan más alto y fueras intocable.

—Pero… —Era demasiada información en mal momento.

Era inevitable que me sintiera estúpido habiendo temido y perseguido a la persona que velaba por mi seguridad. El plan de Roberto había sido un fracaso. No solo no pudo evitar que viviese atemorizado, sino que lo hice con el foco en el lugar equivocado.

—De momento, no te fíes de ningún pájaro del Dédalo —me dijo.

—¿De ninguno? ¿Ni siquiera de Estefanía?

—Sobre todo de ella. No la pierdas de vista. —Eso lo hacía todo más complicado.

—Ahora vete, por favor. —El hilo de su voz cada vez era más débil—. Y si no lo consigo, cuida de la familia. De nuestra familia.

—No digas tonterías. —Fingí que su estado era menos grave de lo que era.

—Estoy orgulloso de ti, chico. Eres el logro más importante de mi vida. —Tosió.

—No hagas esfuerzos…, y tranquilo. Todo va a salir bien, estoy seguro.

No lo estaba. El tiempo corría en nuestra contra. El charco de sangre sobre el que estaba tumbado se hacía cada vez más grande. Comprobé el torniquete y saqué el teléfono que le asomaba por el bolsillo del pantalón. Estaba tan destrozado como las tibias de su dueño. Le di el mío.

—Toma, quédatelo. Cuando veas que es seguro, llama a una

ambulancia. Vas a necesitar que te ayuden a salir de aquí y…

El hombre me interrumpió poniendo su dedo índice delante de sus labios, luego señaló al exterior. Escuché voces de un grupo de ratas que se acercaba.

—¡Cristo! —Sabía a quién andaban buscando—. ¡Juancho!

Por señas, le dije a Roberto que se tumbara con cuidado y se quedara quieto. Tuve que adelantarme a la posibilidad de que entrasen y lo descubriesen, así que me dirigí a la puerta. En ese momento, uno de ellos pasó a comprobar que no estaban sus compañeros y aproveché para que toda la atención se centrase en mí. Corrí hacia él y, como lo hizo Carolina la noche de los perdigones, salté con los dos pies por delante y le golpeé en el pecho tirándolo al suelo.

Cuando me disponía a levantarme después de mi patada voladora doble, una suela del cuarenta y cinco impactó directamente en la herida de mi brazo izquierdo. Intenté evitar un grito de dolor que delatase mi debilidad, pero no lo conseguí. El momento en que intenté incorporarme fue clave para asumir que no me quedaban las fuerzas necesarias.

—No te levantes, chaval —dijo la que estaba detrás del cañón que me apuntaba.

Aparte del que ayudaban a levantarse tras mi agresión había unos seis salvajes más. Todos bastante mejor armados que los que había visto hasta ese momento. En total eran cuatro hombres y dos mujeres, físicamente poderosos. Supuse que sería el último grupo en abandonar el edificio tras un repaso general. Los más rápidos y mejor preparados.

—Aquí tampoco están, jefe —informó una que había echado una rápida ojeada.

—Joder. —Yo había escuchado antes aquella voz.

Me escoré un poco para mirar bien las caras de todos y vi que se trataba del grandullón con el que ya había peleado, el que repartía cerveza en el campamento y mandaba sobre sus compañeros en el piso de arriba. Parecía preocupado.

—Todo está saliendo fatal.

—Hay que salir de aquí ya, la policía está entrando en el edificio —dijo otro.

—No. —La voz del jefe retumbaba en aquella tienda vacía—. Quedan cuatro locales por revisar, ninguno queda atrás. Vosotros tres, comprobadlo rápido.

—Sí, jefe.

Los tres más jóvenes salieron a toda velocidad. El tipo al que había tirado al suelo se acercó a mí sin que me diera cuenta y me dio un puñetazo en la cara. Estaba enfadado.

—Dispara ya a este cabrón.

—¿Disparo, jefe? —preguntó la joven que me encañonaba.

—Hoy ya ha muerto demasiada gente, ¿no crees? —contestó su superior.

—Pero este me ha reventado el pecho de una patada.

—Y él a lo mejor acaba de perder a su familia. Además, la culpa es tuya por entrar sin asegurarte de que estaba vacío.

El discurso de su jefe no calmó a aquel terrorista. De hecho, consiguió el efecto contrario e incrementó su rabia. Se agachó a coger la escopeta que había dejado caer con mi ataque y se volvió a acercar a mí.

—No voy a permitir que un puto libre se salve después de esto. Después de todo lo que los suyos me han hecho.

En ese momento, solo pude cerrar los ojos con resignación. Asumí que había llegado mi final y lo acepté. Me consoló pensar que había tenido la oportunidad de ser libre durante un tiempo, que aquel año lleno de primeras veces había valido la pena y que no lo habría cambiado por otros ochenta como esclavo. La ironía era que iba a morir a manos de uno de los míos. Creo que hasta sonreí antes de escuchar el disparo y la bala silbar junto a mi oreja. No me explicaba cómo se podía fallar un disparo a bocajarro, así que volví a abrir los ojos. El jefe había apartado el arma de mi cara en el último momento y ahora estaba forcejeando con su subordinado.

—Suelta la escopeta, imbécil. —El jefe volvió a tumbarlo de un puñetazo—. Que sea la última vez que desobedeces una orden mía, Gusano. Me estoy hartando de tus gilipolleces.

El tal Gusano se limpió la sangre de la nariz apretando iracundo el mentón, haciendo un esfuerzo por quedarse callado. Entonces, pensé en un último y arriesgado movimiento. La sensación de que debería estar muerto me hizo jugármela con una última carta.

—¿Sois esclavos?

—Tú, cállate —me soltó el líder.

—Soy uno de los vuestros. —Levanté las manos.

—¿Cómo dices?

—Os lo juro, miradme la matrícula.

El grandullón le hizo una señal con la cabeza a la chica que me apuntaba con el arma al principio. Ella se puso a mi espalda. Noté cómo revisaba mi cabeza y encontraba mi número identificativo tras separarme bruscamente el pelo. No vi lo que le indicó al jefe, pero debió ser algo que lo llevase a hacerme la siguiente pregunta.

—¿Eres un pájaro?

—¿Qué? —Sabía perfectamente lo que opinaban de nosotros y aceptarlo era una sentencia de muerte directa.

—¿Eres un pájaro azul?

—No sé qué quieres decir con eso.

—¿Cómo has llegado hasta aquí siendo un esclavo?

—Me escapé de la casa de mis dueños hace años. —Era el momento de tirar de mi supuesta imaginación de escritor—. Me escondí durante un tiempo y luego… he sobrevivido robando, buscándome la vida como he podido.

El hombre no pareció creerse la historia y llamó a la chica de nuevo. Se alejaron unos pasos de mí y mantuvieron una pequeña conversación a un volumen que yo no podía escuchar. Finalmente, ella asintió obediente, se acercó a mí a paso ligero y preparando su arma para utilizarla. Me golpeó con fuerza en la cabeza con la parte trasera de la escopeta y se me apagó la luz, y, un poco más tarde, el sonido.

1. Oscuridad

Cuando desperté, no estaba seguro de cuánto tiempo había pasado. Tenía un intenso dolor de cabeza, y no solo en el lugar exacto del culatazo que me habían dado. Abrí los ojos, pero no veía nada, solo pura negrura por más que forzase la apertura de párpados. No entendí lo que pasaba hasta que quise llevarme las manos a la cara y me di cuenta de que estaba atado por las muñecas. Moví la boca hacia delante, como dando un beso a alguien lejano, y toqué con ella una tela. Entonces hice un esfuerzo por quedarme lo más quieto posible, fingir que seguía inconsciente y averiguar lo que estaba pasando con los sentidos que me quedaban.

Sentí la vibración de un motor y sensación de movimiento. Iba sentado en un coche con la cabeza apoyada en la ventanilla y el brazo de alguien pegado al mío. Mis rodillas chocaban contra lo que parecía un asiento, así que iba detrás. El paño con el que me habían cubierto la cabeza olía a gasolina. Cuando estuve relativamente ubicado, empecé a ser consciente de la conversación de mis captores. Eran tres hombres y una mujer.

—Se supone que había que crear una distracción, no reventar tres putos pisos.

—Ya lo sé, joder, pero ¿quién preparó la carga?

—Creo que al final se encargó Tono.

—El puto Tono.

—Pues entonces es normal que haya pasado esto, ese tío es un psicópata.

—Era.

—¿Qué? ¿Cómo que era?

—Lo encontraron muerto arriba con la cabeza partida en dos.

—No jodas… ¿Ha sido la única baja?

—De los nuestros sí, que yo sepa.

—Aunque hay bastantes heridos. A Cristo y Juancho los han reventado. Alguien ha disparado a Lola y los mellizos estaban muy cerca de la explosión.

—Qué desastre. Encima volvemos con las manos vacías.

—¿Nadie lo ha encontrado?

—No. Esto ha sido un despropósito, la vieja nos va a matar.

—Bueno…, el culpable ya está muerto.

—Sé que no debería decir esto, pero me alegro de no tener que verlo más.

—Nadie va a echarlo de menos.

Después hubo un silencio largo, en el que solo se escuchaba aquel motor de gasoil.

—¿Y este qué?

—Dice el jefe que tiene matrícula.

—¿Tú la has visto?

—No, ya venía con la capucha.

—¿Y no es un pajarraco?

—Por lo visto, no. Igualmente, no se fían del todo. Por eso lo llevamos al piso con la niña y no al campamento.

—¿Con la niña?

—Sí, tiene un brazo bastante jodido.

—La niña sabe lo que hace.

—¿Tú te quedas con ellos?

—No, lo dejo en el piso y vuelvo con vosotros.

—¿No será peligroso para ella?

—La niña sabe lo que hace.

Noté una curva por cómo mi cabeza presionaba el cristal de la ventanilla.

—¿Cómo puede haber sobrevivido sin ser pájaro ni rata?

—El jefe dice que se escapó y que ha estado robando. Lo han registrado y no tenía documentación ni teléfono, solo un sobre con dinero. Todo cuadra, la verdad.

—Pues debe ser bastante bueno.

—O tener una flor en el culo.

—De momento, ha tenido suerte de que lo hayamos encontrado.

Un poco más adelante, el coche se detuvo y fingí despertarme con el meneo que me dieron para conseguirlo. Uno de los hombres me guio hasta un ascensor. Tocó un botón y escuché cómo se cerraban las

puertas. Mientras subía, me moví por el reducido espacio del cubículo y descubrí que estaba solo. Repasé mentalmente la conversación del coche. Mi cartera se había quedado en la chaqueta con la que hice el torniquete a Roberto y el teléfono también se lo di a él. Las llaves de mi coche las tenía Candela y el sobre de dinero era el de Aramburu, lo único que había guardado en el pantalón. Si alguna de aquellas casualidades hubiera fallado, no estaría vivo. El elevador se detuvo y escuché cómo las puertas se abrían.

1. La niña

Justo después de escuchar el sonido metálico del ascensor abierto, escuché su voz.

—Hola, soy Eva. Tranquilo, ven conmigo.

Una mano me agarró suavemente por el antebrazo y ejerció la fuerza suficiente para que yo entendiese que debía moverme. Me guio por un pasillo hasta que cerró una puerta detrás de mí por la que no fui consciente de pasar. En un momento dado, me hizo girar ciento ochenta grados.

—Vale, siéntate.

Su voz era dulce, y su tono, amable. Escucharla era como taparse solo unos segundos con un edredón durante una tormenta de nieve. Me senté despacio, sin fiarme, hasta que toqué la silla que no podía ver. Tenía música puesta a un volumen muy bajo. Era un vinilo viejo con boleros antiguos que, de alguna forma, consiguieron relajarme.

—Ahora te voy a quitar la capucha. ¿Listo?

—Sí —contesté inseguro.

Mis ojos tardaron unos segundos en adaptarse de nuevo a la luz. La imagen de la salvaje que tenía delante se fue enfocando paulatinamente hasta descubrirla. Eva, a la que llamaban «la niña», era la esclava que se acercó a casa de los Cortés a preguntarme «¿azul?». La chica que persiguió a su perro hasta la puerta de mi cabaña. La dueña de la única mirada que se me había grabado a fuego en la memoria desde que se cruzó con la mía. La que me había visitado en sueños cuando no me los robaba, y que me había empeñado en olvidar. Tuve que disimular los nervios que me producía estar por fin cara a cara.

—Vaya, te han dado fuerte —comentó mirando el culatazo de mi frente.

Volvía a estar bastante cambiada desde la última vez. En aquel momento no tenía pinta de vivir en un bosque. Viendo el coqueto piso en el que me encontraba, supuse que las ratas la habían destinado a infiltrarse en la ciudad. Se había hecho un moderno corte de pelo y

vestía con ropa limpia de temporada. Además, después de todo el rato que pasé oliendo a gasolina, su perfume me hizo sentir a salvo.

—Ahora, no te muevas. Voy a quitarte esto.

Cortó la presilla que me inmovilizaba las manos y me sorprendió que corriera el riesgo.

—Toma, bebe un poco de agua. —Me dio una botella y bebí.

—Gracias. —Lo necesitaba.

No contestó. Solo giró y echó un vistazo más de cerca a la herida de mi brazo. Su gesto me dio a entender que no tenía buena pinta.

—Ve quitándote la camisa, voy a ir a por mis cosas para curarte eso.

Seguía sin entender la confianza que depositaba en un desconocido al que le habían traído atado a casa. Salió del salón y escuché cómo trasteaba fuera de mi campo de visión. Me quedé desnudo de cintura para arriba y la vi volver con una caja grande que utilizaba como botiquín. Sacó una botella de agua oxigenada y empapó unas gasas con las que empezó cuidadosamente a limpiarme la sangre seca de la cabeza. Al hacerlo, su cara se quedó a menos de medio metro de la mía y sentí un vértigo extraño en el pecho, como cuando uno se deja caer de un muro y la altura termina siendo inesperadamente más de lo que había dado por hecho. Tenía unas ganas bárbaras de hablarle por fin, pero no supe por dónde empezar, así que esperé que lo hiciera ella.

—Me han dicho que ha sido horrible.

—Lo ha sido, sí.

—Por lo visto ha salido mal. Se suponía que iba a ser una pequeña explosión.

—Pues entonces sí que ha salido mal.

—Ya. —Se le veía avergonzada. Cambió de tema—: ¿Qué hacías tú allí?

—Buscarme la vida. —Volví a la historia que les había contado a los suyos—. Me escapé hace tiempo de casa de mis dueños y mi única opción ha sido robar.

—¿Quiénes eran tus dueños?

—Los Navarro. —La familia por la que me hubiera fugado.

—¿Eran de castigos físicos?

—De los que los disfrutaban.

—Ya… —pensó un momento—, pues te la estabas jugando. Si te hubieran detenido, habrían descubierto que eres un fugado, y ya sabes cómo acaba eso.

—Lo sé —acaba con un castigo ejemplar que va desde la ejecución a un trabajo forzado bajo tierra, sin posibilidad de volver a ver el sol—, pero preferí arriesgarme y tener una oportunidad a aceptar la vida de esclavo para siempre.

—Yo hice lo mismo.

Justo cuando me dijo eso me sonrió por primera vez, y entonces descubrí que esa fantasía de las mariposas en el estómago que había leído cientos de veces era tan real como inevitable. Me dio tanta vergüenza pensar en la cara de idiota que aquella sensación me habría dejado que me apresuré a seguir la conversación para que no se diera cuenta.

—¿Tú también te fugaste?

—Sí, hace más de un año me mandaron a hacer la compra y nunca volví. Había buscado otras formas de hacerlo, pero al final solo me quedó esa.

—¿Qué otras formas?

—Un compañero de la casa a la que pertenecía me habló de los pájaros azules.

—El que me trajo aquí me preguntó si yo era un pájaro de esos. ¿Qué significa?

—Es una organización en la que esclavos liberados liberan a otros esclavos. Gente de dinero que eligen a quién hacer libre… Un poco elitistas, la verdad.

—¿Y no te eligieron?

—Ni siquiera los pude encontrar. Pregunté en algunas casas donde me habían dicho que vivían, pero ni rastro. Llegué a pensar que eran una leyenda inventada por soñadores como yo.

Afortunadamente mi cara sí había sido olvidable para ella y no era consciente de que yo fui uno de los que la recibió en su búsqueda puerta por puerta.

—Pensé que me estaba exponiendo demasiado yendo a casas de desconocidos a preguntar, así que me dije: «Me la juego». Estuve mucho tiempo escondiéndome en el bosque y a punto de rendirme mil veces; de volver a casa de mis dueños inventándome que había sufrido un ataque o algo así. Por suerte, me encontraron las ratas justo a tiempo.

—¿Las ratas son los que me trajeron? ¿Los de la explosión?

—Sí… Ya sé que son un poco brutos, pero me salvaron la vida de muchas formas.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, son mi familia. La primera que tengo. Después de la vida de mierda que había tenido hasta toparme con ellos, que me tratasen como una más ha sido, con muchísima diferencia, la mejor sensación que he tenido nunca.

—Sí, debe ser estupenda.

—A diferencia de los pájaros, las ratas no eligen a quién hacer libre. Quieren… Queremos que todos lo seamos.

Me dejó sin palabras durante unos segundos. Escuchar una historia que ya conocía de la boca de uno de ellos me aportaba otra perspectiva; aunque no podía dejar de pensar en la explosión, en todos aquellos muertos y en Roberto.

—Tú también has tenido suerte de que te hayan encontrado.

—Sí, bueno, y de que no me hayan matado. —Suspiró, entendiendo mis rencillas.

—Son buena gente con los suyos, pero están llenos de odio.

—Supongo… que es normal.

—Pero no saben gestionarlo. Somos muchos, dentro de la familia, los que no aprobamos sus métodos violentos, pero se supone que eso está cambiando.

—Ah, ¿sí?

—Sí. El antiguo líder murió hace poco y tengo bastante fe en la nueva. Igualmente vamos a seguir luchando, haciendo lo que haya que hacer por conseguir nuestro objetivo. No somos como los pájaros, no nos conformamos con ser libres.

—¿Qué hacen los pájaros?

—Nada. Y el problema es que podrían hacer mucho. Porque tienen dinero, son poderosos. Pero lo único que hacen es fingir que son libres, que siempre lo han sido. Apoyando sus leyes retrógradas… hasta tienen sus propios esclavos.

—¿En serio? —Fingí como si yo no hubiera sido uno.

—No van a hacer una mierda porque no quieren arriesgarse a perder su vida de reyes. Son peores que los libres, porque ellos sí saben lo que nosotros sabemos.

Se fue enfadando a medida que soltaba el discurso. Me hubiera gustado explicarle que los pájaros tenían el mismo objetivo, que llevaban siglos colocándose en posiciones clave para luchar por la liberación desde los despachos, demostrando la valía del esclavo. Pero, si quería sobrevivir, tenía que mantener mi personaje de fugado ignorante.

—Vale, esto ya está. Vamos con el brazo. —Se movió con su silla para enfrentarse a mi hombro izquierdo.

—¿Y tú vives aquí?

—Más o menos. Este es el piso franco que usamos cuando hay una misión en la ciudad, pero lo normal es que vivamos en nuestro campamento del bosque. —Lo decía con un entusiasmo que convertía sus palabras en una buena venta—. Te va a encantar cuando lo veas. Es increíble, nunca te habrás sentido tan libre.

—No estoy muy seguro de que los tuyos me acepten.

—Si no fueras de la familia, no estarías conmigo ahora. Nos quedaremos aquí unos días, hasta que la cosa se calme y tú estés mejor. Luego, nos iremos juntos.

Escucharla decir que nos iríamos juntos después de pasar unos días en el piso me volvió a remover algo dentro. Sabía que no lo decía de forma romántica, pero, sinceramente, no podía evitar desear que así fuera. No entendía muy bien lo que estaba experimentando, las ganas de poder detener el tiempo para poder seguir mirándola, escuchándola y oliéndola. Me parecía una locura sentir todo aquello por alguien que acababa de conocer, pero daba igual. Fue la mejor primera vez de todas.

—¿Y cuál es la misión por la que no estás en el bosque? ¿El

atentado de hoy?

—Sí…, bueno… —Volvió a torcer el gesto—. Como te dije, la misión no era la explosión, esa era solo una parte del plan; la misión era rescatar a un niño.

—¿Rescatar a un niño? —Sabía a qué niño se refería—. ¿Lo habían secuestrado?

—Más o menos, sí.

—¿En un centro comercial? —La chica dejó de curarme para soltar un suspiro. Era evidente que no le apetecía hablar del tema, pero lo hizo.

—Es el hijo de una esclava. Lo compraron con dos años, y eso es ilegal. Nosotros tenemos muy pocos derechos, pero que nos críe nuestra madre hasta la edad mínima para trabajar es uno de ellos.

—Ya… —pensé en voz alta—. Sería una pareja que no podía tener hijos.

—¿Y? —Aquel tema le afectaba mucho.

—Nada. Es una mierda, pero no me sorprende. Eso pasará muchísimas veces con gente rica que prefiera evitar el proceso de adopción de un niño libre —recordé mi coartada—, que he oído que es muy complicado.

—El problema es que la gente rica que compró a este niño son pájaros. —Se iba enfadando mientras hablaba—. Esclavos jodiendo a esclavos.

Aquella información me dejó mudo un buen rato. Eva también necesitaba un momento para relajarse y supuse que su evidente indignación justificaría mi silencio. Lo primero que pensé fue en un pájaro explicándome que ese niño crecería como alguien libre, que había tenido suerte de ser elegido para tener una vida mejor de la que le esperaba. Después pensé en mi madre y no pude evitar posicionarme del lado de las ratas. Si lo que acababa de escuchar era cierto, estaba claro que la organización a la que pertenecía había perdido el norte. Entendía que las personas libres fueran incapaces de empatizar con un electrodoméstico, como le pasaba a aquel fotógrafo al que entrevistó Luisa, pero, por mucho que lo intenté, no conseguí disculpar que hijos de madres esclavas hubieran hecho algo así. Era

normal que los salvajes nos odiaran.

—Vale, esto te va a doler —dijo.

—Lo sé.

Miré a Eva lamentando que, si supiera la verdad sobre mí, me odiaría. Era consciente de que lo nuestro era imposible. Aunque viniésemos del mismo agujero, pertenecíamos a mundos irreconciliables. Ella una rata convencida y yo un pájaro fingiendo no serlo. Su gente había estado a punto de matarme. De hecho, no estaba seguro de que mi liberador estuviese vivo tras el atentado. El hombre al que le debía todo lo que había conseguido ser, la vida de ensueño con la que ni siquiera me hubiese atrevido a fantasear. La familia que me hizo sentir uno más, que me dio el amor que me habían negado y las primeras lecciones para aprender que también tenía la capacidad de ser feliz. Todo el conocimiento, el espíritu crítico y mi pasión por la literatura; la confianza en mí mismo y en mi facultad de hacer todo lo que me propusiera. Una casa imponente, un deportivo, un puesto importante en la organización y la seguridad de un ascenso. El primer borrador de una novela casi terminado; el principio de una prometedora relación con una buena chica libre que me miraba como nunca me habían mirado y un futuro tan imprevisible como luminoso.

No podía permitirme echar a perder todo eso por un campamento en el bosque junto a terroristas que me ejecutarían si me conocieran, por la remota posibilidad de que una desconocida sintiese por mí algo similar a lo que yo sentía por ella. No podía renunciar a todo lo que tenía por muchas mariposas en el estómago que me hiciera sentir. El viaje para ser Julio, el escritor feliz y realizado, había sido demasiado largo, y Julio tenía la obligación de escapar de aquel piso franco en cuanto tuviese oportunidad. Era imposible que Julio, el pájaro que sacó un nueve en su crisálida, la esperanza de una organización que empezaba a corromperse, fuese otra sucia rata salvaje.

—Por cierto…, no te he preguntado cómo te llamas.

—Lucas.

FIN DEL PRIMER LIBRO

AGRADECIMIENTOS

A Teresa, que sigue metiéndose en todos mis marrones como si fueran suyos. Que ha pasado de ser mi bastón a enseñarme a caminar.

A mi madre y mi padre, por confiar en mí incluso cuando ni siquiera yo lo hacía. Por enseñarme y ayudarme a ser feliz.

A mi hermana Esther, por ser mi primera fan incondicional y aplaudirme incluso en mis fracasos.

A Javi y Antonio, por construir conmigo el barco en el que remamos juntos desde entonces, esté la marea como esté.

A mis compadres Pepe y Carlos, por subirse a mi universo antes que el resto y sembrar los bosques que me siguen dando sombra.

Al viejo Buster, que abrió una senda a machetazos con su libro que yo luego seguí. Por mirar cada vez que silbo.

A mis lectores y lectoras beta, en los que confío tantísimo que puedo dejarles ver la parte trasera de mi frigorífico. Han sido la pieza clave de toda esta aventura. No creo que estas páginas estuviesen en tus manos si no hubiesen pasado por las suyas.

A ti y todos los que cada día, sin conocerme de nada, me han seguido y apoyado en cada paso desde que eché a andar. Son ustedes los que habéis hecho que cumpla mi sueño.

Si faltase alguna de estas piezas, esta historia no existiría.